HORIZONTES PERDIDOS

JAMES HILTON

No hay en la Tierra ningún otro valle como el de Shangri-La. Situado en las recónditas montañas de Blue Moon, es un lugar mágico, en el que nadie envejece, en el que nadie piensa en la muerte. En *Horizontes perdidos* —que marca un capítulo aparte en la obra del autor, no sólo por su tema, sino por las implicaciones filosóficas que trascienden la idea de la novela—, Hilton nos cuenta la aventura de unos seres empujados hacia Shangri-La contra su voluntad, entre los que destaca Hugh Conway, sugestionado por la fascinación de la vida eterna. Novela de concepción extremadamente original, *Horizontes perdidos* alterna situaciones de fuerte tensión dramática con otras de sosegada belleza o de delicado humorismo. Esta obra dio lugar, en su día, a un inolvidable filme del mismo título, dirigido por Frank Capra e interpretado por Ronald Colman.

En esta publicación se ha añadido un prefacio del autor que existe en la edición inglesa pero que ha sido omitida en la española. Dicho texto ha sido traducido por nuestro Equipo de Traductores. (*N. del Ed.*)

James Hilton

Horizontes perdidos (Tr. Patricia Antón)

ePub r1.0
Titivillus 04.02.2024

Título original: *Lost Horizon*
James Hilton, 1933
Traducción: Patricia Antón de Vez
Ilustraciones: Jordi Vila Delclòs

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

LA TRADUCTORA

Patricia Antón de Vez se dedica en exclusiva a la traducción literaria desde hace más de veinticinco años. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona, llegó a la traducción desde la corrección de estilo. Ha vertido al castellano multitud de títulos de narrativa y ensayo, pero también de literatura infantil y juvenil o artículos para prensa. Entre los muchos autores que ha traducido cabe destacar a Kate Atkinson, Khaled Hosseini, Mark Haddon, Joyce Carol Oates, John Cheever, Louise Penny, Claire Messud, Nancy y Jessica Mitford, Chris Stewart, Howard Fast, Damon Galgut, Margaret Atwood, Stephen King o William Trevor. Melómana confesa, siempre ha creído que para traducir hay que tener oído y musicalidad, porque al fin y al cabo el traductor, como el músico, se dedica a interpretar una partitura ajena. También ha creído siempre que la traducción literaria es un oficio precioso que requiere grandes dosis de tesón y de pasión.

EL ILUSTRADOR

Jordi Vila Delclòs nació en Barcelona en 1966. Estudió música y percusión, y ha tocado el vibráfono en diversos grupos de *jazz*. Paralelamente, estudió ilustración en la Escola d'Arts i Oficis Llotja de Barcelona, y trabaja como ilustrador desde 1988. Ha ilustrado cuentos, novelas, álbumes y libros de texto para distintas editoriales. Asimismo, ha trabajado para revistas, productoras, agencias de publicidad y ha colaborado con grupos teatrales, arquitectos y diseñadores gráficos. Confiesa que, realmente, lo que más le gusta es escuchar *jazz* y dibujar piratas.

PREFACIO

Horizontes perdidos se publicó por primera vez a ambos lados del Atlántico durante el otoño de 1933. Al principio su venta fue escasa y, aunque tuvo apasionados y destacados entusiastas, ya en la Navidad de ese mismo año cualquiera podría haber vaticinado que incluso el interés que había suscitado se habría calmado. Tal y como ocurre con el noventa y nueve por ciento de las novelas esto apenas me sorprendió, aunque —me atrevo a decirlo ahora— sí me decepcionó un poco. A pesar de ello, en junio de 1934 la historia recibió el Premio Hawthornden que se concede anualmente en Inglaterra a una obra de imaginación escrita por un autor británico menor de cuarenta y un años. Esto dio lugar a una especie de resurrección de la misma; la venta de la edición original inglesa empezó a cobrar impulso, mientras que en Estados Unidos los editores dieron el paso, casi único, de publicar el libro de nuevo. Esta segunda oportunidad resultó un acierto, dado que durante los dos últimos años se han impreso ya diecisiete ediciones. Esta, la decimoctava, es la definitiva.

Cuento estos detalles sin vanidad, aunque no puedo fingir que me sean indiferentes. Desde luego, no hay ningún libro mío cuyo éxito haya deseado más porque Horizontes Perdidos ha sido, en parte, la manifestación de un estado de ánimo para el que siempre había esperado encontrar afines. Los he encontrado por miles, y ahora, a través de la versión cinematográfica que ha realizado Frank Capra, espero que el mismo sentimiento llegue a millones de personas.

Lo que me lleva a una última observación sobre este punto.

Cuando hace tres años apareció por primera vez *Horizontes Perdidos*, su mensaje sobre el peligro de la guerra para todo aquello que entendemos por «civilización» se consideró muy actual. «Será una tormenta como el mundo no ha visto antes. Las armas no proporcionarán seguridad, ni las autoridades ayuda, ni la ciencia dará respuesta. Se propagará hasta que todos los logros de la cultura sean pisoteados, y todo lo humano sea arrasado en un vasto caos… La Edad Oscura que está por venir cubrirá el mundo entero bajo un solo

manto; no habrá escapatoria ni santuario excepto para aquellos que se hallen demasiado escondidos para ser encontrados o sean demasiado simples para ser tenidos en cuenta…» 24,7.

¡Cuánto más feliz sería uno de descartar todo esto como totalmente anticuado que admitir, como uno debe, que en 1936 se ha vuelto más aterradoramente actual que nunca!

James Hilton
Londres
1936

PRÓLOGO

Los puros ya eran poco más que colillas y empezábamos a sentirnos decepcionados, como suele pasarles a los viejos amigos del colegio cuando, al reencontrarse de adultos, descubren que tienen menos en común de lo que creían. Rutherford escribía novelas; Wyland, secretario en la embajada, acababa de ofrecernos una cena en Tempelhof, y no de muy buena gana, me pareció, aunque sí con la ecuanimidad que un diplomático debe mantener en ocasiones como esta. Daba la impresión de que estábamos reunidos allí solo porque éramos tres ingleses solteros en una capital extranjera, pero yo había llegado ya a la conclusión de que la actitud algo pedante que Wyland Tertius exhibía en el pasado no había mejorado con los años ni con su pertenencia a la Real Orden Victoriana. Me caía mejor Rutherford; el crío flacucho y precoz a quien yo intimidaba o menospreciaba, según la ocasión, había madurado bien. La probabilidad de que estuviera ganando mucho más dinero que nosotros y de que su vida fuera más interesante que la nuestra nos proporcionaba a Wyland y a mí la única emoción compartida: cierta envidia.

Sin embargo, la velada no resultó aburrida ni mucho menos. Teníamos una buena vista de los grandes aparatos de la Lufthansa a su llegada al aeródromo desde todos los puntos de Europa central, y hacia el anochecer, cuando se encendieron las balizas, la escena adquirió un esplendor suntuoso y dramático. Uno de los aviones era inglés, y su piloto, con el atuendo completo de vuelo, pasó ante nuestra mesa y saludó a Wyland, que al principio no lo reconoció; cuando por fin lo hizo, tras las debidas presentaciones, invitó al desconocido a unirse a nosotros. Se llamaba Sanders y era un joven agradable y simpático. A modo de disculpa, Wyland mencionó la dificultad de identificar a la gente enfundada en mono y casco de aviador, un comentario que hizo reír a Sanders, que contestó:

—Oh, lo sé muy bien, no olvides que estuve en Baskul.

Wyland rio a su vez, pero con menos espontaneidad, y entonces la conversación tomó otros derroteros.

Sanders supuso una incorporación atractiva a nuestro pequeño grupo y todos bebimos juntos una buena cantidad de cerveza. Hacia las diez, Wyland nos dejó un momento para hablar con alguien de una mesa vecina, y Rutherford aprovechó el repentino paréntesis en la charla para comentar:

—Hace un rato ha mencionado Baskul… Conozco un poco ese lugar. ¿Se refería a algún suceso en concreto?

Sanders sonrió con cierta timidez.

—Oh, solo a un episodio emocionante que tuvo lugar cuando yo prestaba servicio allí. —Pero su juventud le impidió seguir mostrándose discreto, y añadió—: Lo cierto es que un *afgano*[1] o un *afridi*[2], o alguien así, robó uno de nuestros aviones de transporte de tropas, y como podrán imaginar, se armó la gorda. Fue la cosa más descarada que he visto en mi vida: el tipo redujo al piloto, lo dejó fuera de combate, le birló el equipo y ocupó su sitio en la carlinga sin que lo viera un alma. Luego les hizo a los mecánicos de tierra las señales adecuadas y despegó con mucho estilo. El problema fue que nunca regresó.

Rutherford pareció interesado.

—¿Y eso cuándo pasó?

—Pues hará un año, más o menos. Fue en mayo del 31. Estábamos evacuando a la población civil de Baskul a Peshawar, por la revuelta… me imagino que recordarán aquel asunto. Había mucho desbarajuste, o no habría ocurrido algo así, supongo, sin embargo sí sucedió… lo que demuestra de alguna manera que por el traje se reconoce al personaje, ¿no?

Rutherford continuó mostrando interés.

—Lo lógico sería pensar que en una ocasión así habrían tenido a más de un hombre a cargo de cada aparato, ¿no?

—Y así era cuando se trataba de los aviones habituales para el transporte de tropas, pero el aparato en cuestión era especial: construido originalmente para algún *maharajá*, habría hecho un buen papel incluso en vuelos acrobáticos. Los del servicio cartográfico hindú lo habían estado utilizando para vuelos a gran altura en Cachemira.

—¿Y dice que nunca llegó a Peshawar?

—Ni allí ni a ninguna parte, por lo que pudimos averiguar. Eso es lo más curioso de todo. Si el tipo era miembro de alguna tribu, podría haber puesto rumbo a las montañas con la idea de secuestrar a los pasajeros y pedir un rescate. Supongo que todos acabaron muertos, de un modo u otro. En la frontera hay numerosos sitios donde un avión podría estrellarse sin que después se sepa nada de él.

—Sí, conozco la zona. ¿Cuántos pasajeros iban a bordo?

—Cuatro, creo. Tres hombres y una mujer, una misionera.

—¿Por casualidad era Conway el apellido de uno de los hombres?

Sanders pareció sorprendido.

—Pues en realidad así es: Conway el Magnífico, lo llamaban… ¿Lo conocía?

—Fuimos juntos al colegio —contestó Rutherford con cierta timidez, pues, aunque fuera cierto, sabía que no era un comentario muy propio de él.

—Era un tipo admirable, por lo que se cuenta que hizo en Baskul —continuó Sanders.

Rutherford asintió con la cabeza.

—Sí, desde luego, pero qué extraordinario… qué extraordinario… —Tras unos instantes sumido en sus pensamientos, pareció volver a la realidad y añadió—: Nada de eso apareció en los periódicos, o de lo contrario lo habría leído. ¿Cómo es posible?

De repente, Sanders pareció algo incómodo, hasta el punto de sonrojarse, creí entrever.

—A decir verdad —repuso—, ya les he revelado más de lo que debía. O quizás a estas alturas dé igual: ya serán noticias trasnochadas en cualquier comedor de oficiales, y en los bazares no digamos. Se corrió un tupido velo, ya saben… me refiero a la forma en que ocurrió; no habría causado muy buena impresión. Los del Gobierno se limitaron a decir que uno de sus aparatos había desaparecido y a mencionar los nombres; lo justo para no atraer demasiada atención entre los forasteros.

En ese punto, Wyland se unió de nuevo a nosotros y Sanders se volvió hacia él con expresión algo contrita.

—Ah, Wyland, estos amigos estaban hablando sobre Conway el Magnífico, y me temo que les he contado lo de Baskul… Espero que no te importe.

Wyland guardó un silencio algo hosco durante unos instantes. Era evidente que conciliaba la cortesía hacia sus compatriotas con la rectitud oficial.

—Me parece una lástima convertir el asunto en una mera anécdota —repuso finalmente—. Siempre había creído que los pilotos considerabais una cuestión de honor no andar contando cuentos por ahí. —Tras hacerle ese desaire al joven, se volvió hacia Rutherford y añadió con mayor gentileza—: En tu caso no hay problema en que muestres interés, por supuesto, pero estoy

seguro de que comprenderás que a veces es necesario que las cosas que pasan en la frontera se envuelvan en un pequeño manto de misterio.

—Por otra parte —respondió secamente Rutherford—, a uno le puede picar un poco la curiosidad por conocer la verdad.

—Nunca se le ocultó a nadie que tuviera una buena razón para saberla; yo estaba en Peshawar en aquel momento y puedo asegurártelo. ¿Conocías bien a Conway? Sin contar la etapa en el colegio, quiero decir.

—Solo un poco, de Oxford y de una serie de encuentros fortuitos desde entonces. ¿Y tú? ¿Coincidiste mucho con él?

—Nos encontramos un par de veces en Ankara, cuando estuve destinado allí.

—¿Qué opinión tenías de él?

—Me pareció inteligente, pero poco disciplinado.

Rutherford sonrió.

—Muy inteligente, desde luego. Su carrera universitaria era de lo más impresionante… hasta que estalló la guerra. Competía al más alto nivel en las regatas de remo de la facultad y era toda una estrella de la asociación de estudiantes; obtuvo premios por esto, por aquello y por lo de más allá, y lo recuerdo además como el mejor pianista aficionado que he oído nunca. Era un tipo increíblemente polifacético: de esos, diría yo, a los que Jowett habría pronosticado un futuro como primer ministro. Aunque a decir verdad no volvió a saberse gran cosa de él tras aquellos tiempos de Oxford. Por supuesto, la guerra interrumpió en seco su carrera; rebosaba juventud, y supongo que tuvo que pasarlas canutas durante gran parte del conflicto.

—Fue víctima de una explosión o algo así —repuso Wyland—, pero no resultó muy grave. No le fue nada mal: en Francia le concedieron la Orden del Servicio Distinguido. Después, tengo entendido que volvió a Oxford una temporada, como catedrático o algo así. Sé que viajó a Oriente en el 21. Su dominio de varias lenguas orientales le granjeó un puesto sin necesidad de pasar por los pasos preliminares habituales. Desempeñó distintos cargos.

La sonrisa de Rutherford se volvió más amplia.

—Eso lo explica todo, entonces. La historia nunca revelará cuánto talento en bruto se desperdició en la rutina de descifrar resguardos del Foreign Office y ofrecer té en las meriendas de la legación.

—Estaba en el cuerpo consular, no en el diplomático —puntualizó Wyland con altivez.

Era evidente que no le interesaban las burlas triviales, de modo que no protestó cuando, tras haber soltado unas cuantas chanzas por el estilo,

Rutherford se levantó para marcharse. En cualquier caso, se hacía tarde, y yo dije que también me iba. Al despedirnos, la actitud de Wyland seguía siendo la de un diplomático decoroso que padeciera en silencio, pero Sanders se mostró muy cordial y dijo que esperaba volver a vernos en otra ocasión.

Yo debía coger un tren transcontinental a la mañana siguiente, a una hora intempestiva, y mientras esperábamos un taxi, Rutherford me preguntó si me apetecería pasar ese intervalo de tiempo en su hotel; disponía de una salita, según dijo, y así podríamos charlar. Le contesté que me parecía una excelente idea, y él añadió:

—Bien, pues podemos hablar sobre Conway, si quieres… a menos que estés aburridísimo ya del tema.

Respondí que no lo estaba en absoluto, aunque apenas lo había conocido.

—Se marchó a finales de mi primer curso y nunca volví a verlo. En cierta ocasión fue extraordinariamente amable conmigo: yo era un chico nuevo allí y no existía ni la más mínima razón para hacer lo que hizo por mí; solo fue un detalle trivial, pero nunca lo he olvidado.

Rutherford hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, a mí también me caía de maravilla, aunque es asombroso que también lo traté muy poco, si lo medimos en tiempo.

Siguió un silencio algo extraño, durante el cual fue evidente que ambos pensábamos en alguien que nos había importado mucho más de lo que quizás deberían sugerir unos encuentros tan fortuitos. Desde entonces, me he preguntado con frecuencia si otros que conocieron a Conway, incluso de manera formal y durante un momento, lo recordarían después con gran viveza. Desde luego era excepcional en su juventud, y para mí, que le conocí en plena edad del culto al héroe, su recuerdo sigue siendo bastante romántico. Era alto y guapísimo y no solo destacaba en los deportes, sino que además obtenía cualquier premio escolar imaginable. Un director que pecaba de sentimental tildó en cierta ocasión sus hazañas de «magníficas», y de ahí salió su apodo; solo Conway habría sido capaz de estar a su altura, supongo. Recuerdo que una vez pronunció un discurso en griego y que era un actor de primera en las obras de teatro de la escuela. Su versatilidad desenfadada, su atractivo y una efervescente combinación de actividades intelectuales y físicas le conferían un aire casi isabelino, un poco al estilo de Philip Sidney. Hoy en día, nuestra civilización ya no engendra a menudo a gente así. Le hice un comentario por el estilo a Rutherford, que contestó:

—Sí, es verdad, y tenemos una palabra especialmente denigrante para ellos: los llamamos *diletantes*. Supongo que algunos habrán tildado de eso a

Conway, gente como Wyland, por ejemplo. Lo cierto es que Wyland no es santo de mi devoción: no soporto a los tipos como él, tan relamido y con todo ese aire de prepotencia. Y con esa pose suya de santurrón paternalista, ¿te has fijado? Hablando de «cuestiones de honor» y de «contar cuentos», ¡como si el condenado Imperio fuera el instituto de bachillerato de los dominicos! Pero debo decir que siempre acabo víctima de algún *sahib* diplomático como él.

Guardamos silencio mientras el taxi recorría unas calles más y luego Rutherford continuó:

—Aun así, no me habría perdido esta velada por nada. Para mí ha supuesto una experiencia peculiar oír a Sanders contar la historia sobre el asunto de Baskul. Resulta que ya la había oído antes y no me la creía del todo. Era parte de un relato mucho más fantástico, y no veía razón alguna para tragármela, o bueno, solo una mínima razón, en fin. Pues ahora tengo dos razones leves para creerlo. Me parece que puedes adivinar que no soy una persona especialmente crédula. Me he pasado gran parte de mi vida viajando y sé que en el mundo pasan cosas raras, si es que las ves por ti mismo, claro; no tanto cuando las oyes de segunda mano. Y sin embargo…

Pareció comprender de repente que lo que estaba diciendo no tendría mucho sentido para mí y se interrumpió con una carcajada.

—Bueno, una cosa sí es segura: no es probable que le confíe nada a Wyland, porque sería como tratar de vender un poema épico a la revista *Tit-Bits*. Prefiero probar suerte contigo.

—Quizás te estás haciendo ilusiones conmigo —sugerí.

—Por lo que he leído en tu libro, no me lo parece.

Yo no había mencionado mi autoría de la obra en cuestión, que era bastante técnica —al fin y al cabo, la labor de un neurólogo no es el tema favorito de la gente—, y me sorprendió para bien que Rutherford conociera siquiera su existencia. Así se lo hice saber, y él respondió:

—Bueno, pues me interesaba, sí, porque resulta que en cierto momento Conway tuvo un problema de amnesia.

Ya habíamos llegado al hotel y tuvo que pedir su llave en recepción. Cuando subíamos a la quinta planta, añadió:

—Todo esto no son más que rodeos. La pura verdad es que Conway no está muerto; por lo menos no lo estaba hace unos meses.

No me pareció que el ascensor, con sus limitaciones de espacio y de tiempo, fuera el sitio adecuado para hacer comentarios, pero unos segundos más tarde, en el pasillo, sí lo interpelé:

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

Abriendo la puerta, contestó:

—Porque en noviembre pasado viajé con él de Shanghái a Honolulu en un buque japonés de pasajeros.

No volvió a hablar hasta que estuvimos instalados en sendas butacas, cada uno con una copa y un puro.

—Estuve en China en otoño, de vacaciones; siempre estoy dando vueltas por ahí. Llevaba años sin ver a Conway; nunca nos escribíamos y no puedo decir que apareciera con frecuencia en mis pensamientos, aunque el suyo es uno de los pocos rostros que siempre acuden a mí sin esfuerzo cuando trato de visualizarlo. Había visitado a un amigo mío en Hankou y regresaba en el expreso de Pekín. En el tren, entablé conversación por casualidad con la encantadora madre superiora de alguna orden francesa de las hermanas de la caridad. Viajaba hacia Chung-Kiang, donde se hallaba su convento, y como yo hablaba un poco de francés, pareció encantada de charlar conmigo sobre su trabajo y los acontecimientos en general. Lo cierto es que el proyecto misionero en sí no despierta mis simpatías, digamos, aunque sí estoy dispuesto a admitir, como mucha gente hoy en día, que los católicos forman en sí mismos una clase aparte, puesto que, al menos, trabajan duro y no pretenden ser oficiales de rango en un mundo ya lleno de ellos. Pero eso es anecdótico… La cuestión es que la dama, al contarme sobre el hospital de la misión en Chung-Kiang, mencionó a un paciente con fiebre al que habían ingresado unas semanas atrás, un hombre que les pareció europeo, si bien él mismo no supo decirles quién era y no tenía papeles. Vestía como un lugareño y muy humildemente, y cuando las monjas lo acogieron había estado muy enfermo. Hablaba el chino con fluidez y se hacía entender bien en francés, y mi compañera de vagón me aseguró que antes de darse cuenta de la nacionalidad de las monjas se había dirigido a ellas en un inglés de acento depurado. Le dije que no era capaz de imaginar un fenómeno semejante y le tomé un poco el pelo sobre que hubiera podido detectar un acento depurado en una lengua que ella misma no conocía. Bromeamos sobre esa y otras cuestiones y terminó invitándome a visitar la misión si alguna vez me hallaba en los alrededores. Por supuesto, aquello me pareció tan poco probable como emprender el ascenso del Everest, y cuando el tren llegó a Chung-Kiang y nos despedimos con un apretón de manos, lamenté de verdad que aquel encuentro fortuito hubiese llegado a su fin. Sin embargo, resultó que al cabo de unas horas me vi de regreso en Chung-Kiang. El tren sufrió una avería a tan solo un par de kilómetros de allí y, con grandes dificultades, solo pudo llevarnos de vuelta a la estación, donde nos enteramos de que una

locomotora de repuesto tardaría al menos doce horas en llegar. En los ferrocarriles chinos ocurren con frecuencia esa clase de inconvenientes. Así pues, disponía de medio día para pasarlo en Chung-Kiang, y decidí tomarle la palabra a aquella buena mujer y acercarme a visitar la misión.

»Eso hice, pues, y me dio una bienvenida cordial, si bien algo perpleja, como es natural. Supongo que una de las cosas que más le cuesta entender a un no católico es con cuánta facilidad es capaz un católico de combinar la rigidez oficial con una amplitud de miras extraoficial. ¿Tan complicado es? En fin, sea como fuere, la gente de aquella misión resultó una compañía de lo más agradable. No llevaba allí ni una hora y ya habían preparado una comida; un joven médico chino y cristiano se sentó conmigo a dar cuenta de ella y a entablar conversación en una jovial mezcla de francés e inglés. Después, él y la madre superiora me llevaron a visitar el hospital, del que se sentían muy orgullosos. Les había contado que era escritor y, como hacían gala de cierta ingenuidad, parecían inquietos ante la idea de que los metiera a todos en un libro. Íbamos pasando ante las camas mientras el médico nos explicaba cada caso. El lugar estaba impecablemente limpio y parecía que lo llevaba gente muy competente. Me había olvidado por completo del paciente del acento depurado cuando la madre superiora me lo recordó al decirme que nos acercábamos a él. Lo único que podía ver era la parte posterior de la cabeza del hombre, que por lo visto estaba dormido. Me sugirieron que me dirigiera a él en inglés, de modo que le dije: "Buenas tardes". No era muy original, pero fue lo primero que se me ocurrió. El hombre alzó la mirada de repente y respondió: "Buenas tardes".

»Era cierto: su acento era el de un hombre culto. Sin embargo no tuve tiempo de sorprenderme ante eso, porque ya lo había reconocido, pese a la barba y al hecho de que lleváramos tanto tiempo sin vernos: era Conway. Estaba convencido de que se trataba de él, y sin embargo, de haberme detenido a considerarlo, quizás habría llegado a la conclusión de que no era posible. Por suerte actué de manera impulsiva y sin darle más vueltas. Pronuncié su nombre y luego el mío y, aunque me miró sin mostrar ningún indicio claro de haberme reconocido, supe que no me equivocaba. Le noté un leve temblor en sus músculos faciales en el que ya me había fijado antes y tenía aquellos ojos que, en la facultad de Balliol, solíamos decir que eran de un azul más típico de Cambridge que de Oxford. Pero aparte de todo eso, simplemente un hombre al que uno no confundía: verlo una sola vez entrañaba reconocerlo siempre. Por supuesto, el médico y la madre superiora dieron grandes muestras de entusiasmo. Les expliqué que conocía

a aquel hombre, que era inglés, y amigo mío, y que si no me reconocía solo podía ser porque había perdido por completo la memoria. Asintieron, con cara de asombro, y mantuvimos una larga reunión para hablar sobre el caso. No supieron decirme cómo Conway podía haber llegado a Chung-Kiang en semejante estado.

»En resumidas cuentas, me quedé allí dos semanas con la esperanza de inducirlo de un modo u otro a recordar cosas. No tuve éxito, aunque sí recuperó la salud física y mantuvimos muchas conversaciones. Cuando le revelé sin miramientos quién era yo y quién era él, se mostró dócil y no me lo discutió; incluso se mostraba alegre, aunque de forma algo vaga, y parecía contento de disfrutar de mi compañía. Ante mi sugerencia de que se viniera conmigo de regreso a casa, se limitó a decir que le daba igual; esa aparente falta de iniciativa personal me resultó algo perturbadora. En cuanto me fue posible, puse fecha a nuestra partida, tras haberme ganado la discreta confianza de un conocido en el consulado de Hankou y conseguir así que el pasaporte necesario y otros papeles se expidieran sin mucho alboroto. Lo cierto es que me parecía que, por el bien de Conway, era preferible mantener todo el asunto lejos de la publicidad y los titulares, y me alegra decir que eso sí lo logré. Para la prensa habría sido un caramelo, por supuesto.

»El caso es que salimos de China sin contratiempo alguno. Navegamos por el Yangtsé hasta Nankín y cogimos un tren a Shanghái; aquella misma noche zarpaba de allí un buque japonés de pasajeros con destino a San Francisco, de modo que corrimos hacia él para subir a bordo.

—Hiciste mucho por él —comenté.

Rutherford no lo negó.

—Creo que no habría llegado a esos extremos por nadie más —respondió—. Aunque el tipo tenía algo, lo había tenido siempre… cuesta explicar qué era, pero a uno le suponía un placer hacer cuanto pudiera por él.

—Sí —coincidí—, tenía un encanto especial, una especie de carisma que incluso a estas alturas me resulta agradable recordar, pese a que todavía pienso en él como un colegial con pantalones de críquet.

—Qué lástima que no lo vieras en su etapa en Oxford. Era sencillamente genial, no hay otra palabra para describirlo. Tras la guerra, la gente decía que había cambiado; yo mismo lo pensaba. Pero no puedo evitar la sensación de que, con todos sus talentos, debería haber estado haciendo cosas más importantes; todos esos cargos para Su británica Majestad no acaban de ser lo que yo considero la carrera de un gran hombre. Y Conway era un gran hombre, o debería haberlo sido. Tú y yo lo hemos conocido, y no creo que

exagere si digo que es una experiencia que jamás olvidaremos. E incluso cuando Conway coincidió conmigo en medio de China, con la mente en blanco y su pasado convertido en un misterio, seguía irradiando ese extraño magnetismo, ese atractivo.

Rutherford hizo una pausa, rememorando aquellos tiempos, y luego continuó:

—Como puedes suponer, en el barco volvimos a forjar nuestra antigua amistad. Le conté cuanto sabía sobre él, y me escuchó con tanta atención que casi resultó un poco absurdo. Lo recordaba todo con claridad desde nuestra llegada a Chung-Kiang; otro punto que podría interesarte es que no había olvidado las lenguas que hablaba. Me contó, por ejemplo, que debía de haber tenido algo que ver con la India, porque era capaz de hablar el *indostaní*.

»En Yokohama, el barco se llenó, y entre los nuevos pasajeros figuraba Sieveking,**[3]** el pianista, de camino hacia una gira de conciertos por Estados Unidos. Era uno de los comensales en nuestra mesa y a ratos hablaba con Conway en alemán; eso te demostrará la normalidad con la que Conway se comportaba en apariencia: aparte de la pérdida de memoria, que no resultaba evidente en el trato social habitual, no parecía haber indicios de que le ocurriera nada malo.

»Unas noches después de haber zarpado de Japón, convencieron a Sieveking para que ofreciera un concierto a bordo, y Conway y yo nos acercamos a escucharle. Tocó bien, por supuesto: algo de Brahms y de Scarlatti y un montón de piezas de Chopin. En un par de ocasiones miré de soslayo a Conway y comprobé que estaba disfrutando; me pareció muy natural, teniendo en cuenta su propio pasado musical. Concluido el programa, el espectáculo se alargó con una serie informal de bises que Sieveking ofreció de muy buen grado, en mi opinión, a un puñado de entusiastas reunidos en torno al piano. Una vez más tocó un poco de Chopin; ya sabrás que es un especialista en su obra. Finalmente abandonó el piano y se encaminó hacia la puerta, todavía seguido por sus admiradores, pero con la clara sensación de haber hecho ya suficiente por ellos. Entretanto, ocurrió algo bien curioso: Conway se sentó al teclado e interpretó una pieza rápida y alegre que no reconocí, pero que hizo volver a Sieveking para preguntar con gran acaloramiento de qué se trataba. Tras un silencio largo y un tanto extraño, Conway solo pudo responder que no lo sabía. Sieveking proclamó a voz en grito su incredulidad y se entusiasmó todavía más. Conway llevó a cabo entonces lo que pareció un tremendo esfuerzo físico y mental por recordar y, por fin, dijo que era un estudio de Chopin. No me pareció que pudiera serlo,

de modo que no me sorprendió que Sieveking lo negara rotundamente. Sin embargo, la cuestión hizo que Conway se indignara de repente, y eso me sobresaltó un poco porque hasta entonces había dado muy pocas muestras de emoción ante lo que fuera.

»—Mi querido amigo —protestó Sieveking—. Conozco toda la obra existente de Chopin y puedo asegurarle que jamás compuso lo que usted acaba de tocar. Podría haberlo hecho, desde luego, porque es justo de su estilo, pero no lo hizo. Lo desafío a mostrarme la partitura en cualquiera de sus ediciones.

»Conway tardó un rato en contestar.

»—Ah, sí, ahora me acuerdo… nunca se publicó. Yo mismo solo la aprendí gracias a un conocido que había sido alumno de Chopin… Y hay otra pieza inédita que llegué a tocar gracias a él; es esta.

Rutherford me miró fijamente a los ojos antes de continuar.

—No sé si sabes de música, pero, aunque no sea así, diría que podrás imaginar la agitación de Sieveking, y la mía, cuando Conway siguió tocando. Para mí, por supuesto, aquello suponía la posibilidad fugaz y misteriosa de entrever su pasado, la primera pista que tenía, de la clase que fuera. Sieveking, como es natural, estaba absorto en el problema musical, muy desconcertante de por sí, como te lo parecerá cuando te recuerde que Chopin murió en 1849.

»El incidente entero resultó tan incomprensible, en cierto sentido, que tal vez debería añadir que hubo al menos una docena de testigos, incluido un profesor universitario californiano de renombre. Sin duda, es fácil decir que la explicación de Conway era cronológicamente imposible, o casi; pero seguía sin haber explicación para la música en sí, porque si no era lo que Conway decía, ¿qué era entonces? Sieveking me aseguró que, si se llegaran a publicar esas piezas, no tardarían ni seis meses en figurar en el repertorio de cualquier virtuoso. Aunque se trate de una exageración, el comentario viene a ilustrar la opinión que le merecieron a Sieveking. En aquel momento, por mucho que debatimos la cuestión, no fuimos capaces de concluir nada, porque Conway insistía en su historia, y como empezaba a parecer fatigado, yo no deseaba otra cosa que arrancarlo del grupo y llevarlo a acostarse. El último episodio giró en torno a unas grabaciones en gramófono: Sieveking dijo que se ocuparía de organizarlo todo en cuanto llegara a América, y Conway le prometió que interpretaría las piezas ante el micrófono. No dejo de pensar que supuso una tremenda lástima, desde cualquier punto de vista, que no fuera capaz de cumplir con su palabra.

Rutherford echó un vistazo a su reloj y me recalcó que tendría tiempo de sobra para llegar a mi tren, puesto que ya se acercaba al final de su historia.

—Porque resulta que aquella noche, después del recital, Conway recuperó la memoria. Ambos nos habíamos ido a la cama y yo yacía aún despierto cuando entró en mi camarote a contármelo. Su rostro lucía entonces lo que solo puedo describir como una expresión de abrumadora tristeza, una suerte de tristeza universal, si sabes a qué me refiero… era algo remoto o impersonal, una Wehmut o un Weltschmerz, o como sea que lo llamen los alemanes. Dijo que podía rememorarlo todo, que las cosas habían empezado a acudir a su pensamiento durante la interpretación de Sieveking, aunque solo a retazos al principio. Se sentó durante largo rato en el borde de mi cama y lo dejé tomarse su tiempo para que encontrara la forma de contármelo. Le dije que me alegraba de que hubiese recobrado la memoria, pero que lo lamentaba si ya estaba deseando no haberlo hecho. Alzó la vista entonces y me obsequió con lo que siempre he considerado un cumplido maravilloso: «Gracias a Dios, Rutherford, que eres capaz de imaginar cosas». Al cabo de un rato, me vestí y lo convencí de hacer otro tanto, y salimos a pasear por la cubierta. Hacía una noche tranquila, estrellada y muy cálida, y el mar se veía pálido y casi pegajoso, como leche condensada. De no haber sido por la vibración de los motores, podríamos haber estado recorriendo un paseo marítimo. Dejé que Conway llevara la voz cantante, sin hacerle preguntas al principio. Empezó a hablar más o menos al amanecer y, para cuando hubo acabado, ya era media mañana y lucía un sol ardiente. Y al decir «acabado» no me refiero a que no tuviera nada más que añadir tras aquella primera confesión, puesto que durante las siguientes veinticuatro horas llenó un buen número de lagunas importantes. Se sentía muy desdichado y habría sido incapaz de dormir, de modo que seguimos hablando casi sin cesar. El barco debía llegar a Honolulu más o menos a medianoche. Aquella velada tomamos unas copas en mi camarote; salió de allí en torno a las diez, y jamás volví a verlo.

—No querrás decir que… —Me vino a la cabeza la imagen de un suicidio pausado y cauteloso que había presenciado en cierta ocasión en el vapor correo de Holyhead a Kingstown.

Rutherford se echó a reír.

—Ay, Dios, no, qué va… No era esa clase de hombre. Sencillamente logró zafarse de mí. Desembarcar le debió resultar bastante fácil, sin duda, pero tuvo que costarle lo suyo evitar que lo localizara la gente que mandé en su busca, como por supuesto tuve que hacer. Más tarde me enteré de que se

las había apañado para subir a bordo de un barco bananero que zarpaba en dirección sur hacia las Fiji.

—¿Cómo conseguiste averiguar eso?

—Pues de forma bien sencilla: me escribió él mismo tres meses más tarde, desde Bangkok, incluyendo un cheque de caja para pagar los gastos que me había ocasionado. Me daba las gracias y decía que gozaba de buena salud. También contaba que estaba a punto de emprender un largo viaje, hacia el noroeste. Nada más.

—¿Qué quería decir con eso?

—Sí, es bastante impreciso, ¿verdad? Hay un montón de sitios que deben quedar al noroeste de Bangkok; incluso Berlín, ya puestos.

Rutherford hizo una pausa y llenó mi vaso y el suyo. Había sido una historia bastante curiosa, o, al menos, él la había hecho sonar así; no supe muy bien si era lo uno o lo otro. La parte de la música, pese a resultar desconcertante, no me interesaba tanto como la del misterio de la llegada de Conway al hospital de la misión china, y así se lo comenté. Rutherford contestó que, de hecho, eran partes del mismo problema.

—Bueno, ¿y cómo llegó a Chung-Kiang? —quise saber—. Supongo que aquella noche en el barco te lo contaría todo al respecto, ¿no?

—Algo me contó, sí, y sería ridículo por mi parte, tras haberte revelado tanto, mostrarme reservado con el resto. Pero es una historia bastante larga, para empezar, y no me daría tiempo ni a resumírtela antes de tu marcha hacia la estación; además, resulta que hay una manera más conveniente. Me da un poco de apuro desvelar los trucos de mi deshonrosa vocación, pero la pura verdad es que el relato de Conway, cuando le di vueltas más tarde, me atrajo enormemente. Había empezado tomando simples notas tras nuestras conversaciones en el barco, para no olvidarme de los detalles; más adelante, cuando ciertos aspectos del asunto empezaron a fascinarme, tuve ganas de hacer más: de ensamblar una única narración con aquellos fragmentos escritos. Con eso no pretendo decir que inventara o alterase nada. Disponía de material de sobra con lo que él me iba contando: era buen orador y tenía un talento natural para transmitir un ambiente. Y supongo que me daba la sensación de que empezaba a entender al hombre en sí. —Fue hasta un maletín y sacó de él un fajo de hojas mecanografiadas—. Bueno, pues aquí la tienes, y puedes sacar las conclusiones que quieras.

—Supongo que con eso quieres decir que no esperas que me la crea, ¿no?

—Oh, en absoluto te advertiría de nada tan definitivo. Pero, debo decir que, si en efecto te la crees, será por la famosa razón de Tertuliano… ¿la

recuerdas?: *quia impossible est*[4]. Quizás no sea tan mal argumento. En todo caso, hazme saber qué te parece.

Me llevé el manuscrito y leí la mayor parte en el expreso de Ostende. Pretendía devolverlo junto con una larga carta a mi llegada a Inglaterra, pero hubo ciertos retrasos y, antes de que pudiera ponerlo en el correo, me llegó una breve nota de Rutherford en la que me comunicaba que emprendía de nuevo sus andanzas y que pasaría algunos meses sin tener una dirección fija. Partía hacia Cachemira, según decía, y de allí se dirigiría «hacia el este». No me sorprendió.

UNO

Durante aquella tercera semana de mayo la situación en Baskul había empeorado mucho y, el día 20, según lo dispuesto desde Peshawar, llegaron una serie de aparatos de las Fuerzas Aéreas para evacuar a los residentes blancos. En total eran unas ochenta personas, y la mayoría de ellas cruzaron a salvo las montañas a bordo de aviones para el transporte de tropas. También se utilizaron varias aeronaves, entre ellas una cedida por el *maharajá* de Chandrapur. En esta última, sobre las diez de la mañana, embarcaron cuatro pasajeros: la señorita Roberta Brinklow, de la misión oriental; Henry D. Barnard, ciudadano estadounidense; Hugh Conway, cónsul de Su Majestad; y el capitán Charles Mallinson, vicecónsul de Su Majestad.

Esos nombres son los que aparecerían más tarde en los periódicos de la India y Reino Unido.



Conway tenía treinta y siete años. Llevaba dos en Baskul, en un puesto que, en ese momento, a la luz de los acontecimientos, podía considerarse una apuesta constante al caballo perdedor. Una etapa de su vida llegaba a su fin: al cabo de unas semanas, o quizás tras unos meses de permiso en Inglaterra, lo enviarían a algún otro lugar. Tokio o Teherán, Manila o Mascate; la gente de su profesión nunca sabía qué le esperaba. Llevaba diez años en el cuerpo consular, tiempo suficiente para hacerse una idea tan aproximada de sus propias posibilidades como solía tenerla de las de otros. Sabía que las guindas del pastel no iban destinadas a él; pero le suponía un genuino consuelo, y no solo por una cuestión de quiero y no puedo, la reflexión de que no le iba el dulce y las guindas le resultaban empalagosas. Prefería los empleos menos formales y más pintorescos disponibles, y como a menudo no eran los mejores, sin duda a otros les había parecido que jugaba mal sus cartas. En realidad, si se trataba de satisfacer sus propios gustos, tenía la sensación de haberlas jugado bastante bien; había tenido una década variada y moderadamente agradable.

Era un hombre alto, de piel muy bronceada, con cabello castaño y corto y ojos azul pizarra. Su aspecto solía ser severo y taciturno hasta que se reía, y aunque no pasaba a menudo, entonces parecía un crío. Tenía un leve tic nervioso junto al ojo izquierdo que en general se le notaba cuando trabajaba mucho o bebía demasiado, y como la víspera de la evacuación había pasado día y noche empaquetando cosas y destruyendo documentos, el tic era muy visible cuando subió a bordo. Estaba agotado y se sentía muy satisfecho por haber conseguido volver en el lujoso aparato del *maharajá* en lugar de en uno de los abarrotados aviones de transporte de tropas. Se arrellanó con abandono en el asiento reclinable mientras el avión se elevaba. Era de esos hombres que, acostumbrados a una vida de grandes dificultades, esperan pequeñas comodidades a modo de compensación. Sería capaz de soportar alegremente los rigores del camino a Samarcanda, pero de Londres a París se hubiera gastado hasta la última libra en el lujoso tren de la Flecha de Oro.

Cuando ya llevaban más de una hora de vuelo, Mallinson dijo que el piloto parecía haberse desviado del rumbo. Sentado justo delante, Mallinson era un joven de veintitantos años, de mejillas sonrosadas, inteligente sin llegar a intelectual, que daba muestra de las limitaciones de un internado privado, pero también de sus excelencias. El hecho de haber suspendido un examen había sido la causa principal de que lo mandaran a Baskul, donde ya llevaba seis meses con Conway y a este había llegado a caerle bien.

Pero a Conway no le apetecía hacer el esfuerzo que requiere mantener una conversación a bordo de un avión. Soñoliento, abrió los ojos y respondió que era de suponer que el piloto sabía lo que hacía, fuera cual fuese el rumbo que llevaban.

Media hora más tarde, cuando se estaba quedando dormido, arrullado por el cansancio y el zumbido del motor, Mallinson volvió a molestarlo.

—Oye, Conway, ¿no era Fenner quien pilotaba el avión?

—¿Y no lo es?

—El tipo ha girado la cabeza hace un momento y juraría que no es él.

—Es difícil saberlo, a través de ese panel de vidrio.

—Reconocería la cara de Fenner en cualquier parte.

—Bueno, pues será otra persona. No veo que importe mucho.

—Pero Fenner me aseguró que él llevaría este aparato.

—Pues habrán cambiado de opinión y le habrán dado uno de los otros.

—Bueno, ¿y quién es este hombre, entonces?

—Mi querido muchacho, ¿cómo voy a saberlo? No creerás que he memorizado la cara de cada capitán de las Fuerzas Aéreas, ¿verdad?

—Yo conozco a muchos, por cierto, pero a este tipo no lo reconozco.

—Entonces debe de pertenecer a la minoría a la que no conoces. —Conway sonrió y añadió—: Muy pronto, cuando lleguemos a Peshawar, podrás entablar contacto con él y pedirle que te lo cuente todo sobre sí mismo.

—A este paso no llegaremos a Peshawar en absoluto. El tipo se ha desviado del rumbo. Y tampoco me sorprende: vuela tan alto que así no hay quien vea ni dónde estamos.

Conway no sentía la menor preocupación. Estaba acostumbrado a viajar en avión y daba las cosas por sentado. Además, no había nada en particular que ansiara hacer a su llegada a Peshawar, y nadie en particular a quien ansiara ver; de modo que le era totalmente indiferente si el viaje duraba cuatro horas o seis. No estaba casado; no habría tiernos recibimientos para él cuando llegara. Tenía amigos, y era probable que algunos de ellos lo llevaran al club y lo invitaran a unas copas; era una perspectiva agradable, pero no un anhelo que lo hiciera suspirar.

Tampoco suspiraba al mirar atrás y contemplar la década anterior, igualmente agradable pero no del todo satisfactoria. Intervalos variables y de buen tiempo, con tendencia a la inestabilidad: ese había sido su propio parte meteorológico durante aquella época, el mismo que el del planeta. Pensó en Baskul, Pekín, Macao y los demás lugares; se había mudado con bastante frecuencia. El más remoto de todos era Oxford, donde había sido profesor

universitario un par de años después de la guerra, y daba clases de Historia Oriental, respiraba polvo en bibliotecas soleadas y recorría la calle mayor en bicicleta. La visión era atrayente, pero no lo conmovía; en cierto modo seguía sintiendo que era solo una parte de todo lo que podría haber llegado a ser.

Un familiar vuelco en el estómago le reveló que el avión empezaba a descender. Se sintió tentado de chinchar a Mallinson por su nerviosismo, y tal vez lo habría hecho si el joven no se hubiese levantado con brusquedad, golpeándose la cabeza contra el techo y despertando a Barnard, el estadounidense, que había estado dormitando en su asiento al otro lado del estrecho pasillo.

—¡Dios mío! —exclamó Mallinson escudriñando a través de la ventanilla—. ¡Mira, ahí abajo!

Conway miró. La vista no era la que esperaba, desde luego, si de hecho había esperado alguna. En lugar de los estilizados barracones geométricamente dispuestos y los rectángulos algo mayores de los hangares, solo era visible un velo de niebla opaca sobre una extensión desolada y enorme agostada por el sol. El avión, aunque descendía con rapidez, seguía a una altura insólita para tratarse de un vuelo corriente. Se distinguían largas y onduladas crestas montañosas, un par de kilómetros más cerca que los borrones nebulosos de los valles. Era un paisaje típico de la frontera, aunque Conway nunca lo había contemplado desde semejante altitud. Tampoco conseguía imaginar que se tratara de algún lugar cercano a Peshawar, lo que le pareció bastante extraño.

—No reconozco esta parte del mundo —comentó, pero luego, en voz baja para no alarmar a los demás, agregó al oído de Mallinson—: Por lo visto tienes razón, el tipo ha perdido el rumbo.

El avión descendía a una velocidad tremenda, y a medida que lo hacía, el aire se volvía más caliente; allá abajo, la tierra abrasada era como un horno con la puerta repentinamente abierta. Sobre el horizonte, una cumbre tras otra se elevaban formando una silueta escarpada; en ese momento volaban a lo largo de un valle curvo, con el lecho sembrado de rocas y *detritus*[5] de cursos de agua secos. Parecía un suelo alfombrado de cáscaras de nuez. El avión cabeceaba y daba bandazos en las turbulencias con la misma torpeza que un bote de remos en pleno oleaje. Los cuatro pasajeros tuvieron que aferrarse a sus asientos.

—¡Parece que quiere aterrizar! —exclamó el estadounidense con voz ronca.

—¡No puede! —repuso Mallinson—. ¡Simplemente estaría loco si lo intentara! Nos estrellaremos y…

Pero el piloto consiguió aterrizar. Con considerable destreza, hizo que el aparato tomara tierra entre sacudidas y se detuviera en un pequeño espacio despejado junto a un barranco. Lo que sucedió después, sin embargo, fue más desconcertante y menos tranquilizador. Una tribu de hombres barbudos y con turbante surgió de todas direcciones como un enjambre, rodeó el avión e impidió que nadie saliera de él, a excepción del piloto. Este se dejó caer a tierra y mantuvo con ellos un acalorado debate, durante el cual quedó claro que, lejos de tratarse de Fenner, no era inglés en absoluto y posiblemente ni siquiera europeo. Entretanto, otros asían latas de gasolina de allí cerca y las vertían en los depósitos de combustible de excepcional capacidad del avión. Los gritos de los cuatro pasajeros encerrados solo daban pie a sonrisas y a un silencio indiferente, a la vez que el más mínimo intento de desembarcar provocaba el movimiento amenazante de una veintena de rifles. Conway, que hablaba un poco de pastún, trataba de arengar a los miembros de la tribu en esa lengua, pero sin el más mínimo efecto; mientras que las únicas réplicas del piloto a los comentarios dirigidos a él en cualquier idioma eran significativas florituras con el revólver. El sol de mediodía incidía en el techo de la cabina con sus rayos abrasadores, volviendo tan ardiente el aire interior que los ocupantes casi desfallecían de calor y por el esfuerzo que requerían sus protestas. Estaban indefensos, pues una de las condiciones de la evacuación había sido que no llevaran armas.

Una vez llenos y asegurados los depósitos, les hicieron entrega de una lata de gasolina llena de agua tibia a través de una de las ventanillas de la cabina. No respondieron a sus preguntas, aunque no parecía que aquellos hombres fueran personas hostiles. Tras una nueva negociación, el piloto volvió a subir a la carlinga, un pastún hizo girar torpemente la hélice y el vuelo se reanudó. El despegue, en aquel espacio tan reducido y con la carga extra de gasolina, fue un alarde de destreza aún mayor que el del aterrizaje. El avión se elevó hasta internarse en los vapores brumosos; luego viró hacia el este, como si emprendiera un rumbo. Era media tarde.

¡Menuda situación tan extraordinaria y desconcertante! Revitalizados por el aire cada vez más fresco, los pasajeros apenas podían creer que aquello hubiera sucedido de verdad; era un atropello sin parangón ni precedentes, que ellos supieran, en todo el turbulento historial de la zona fronteriza. Habría resultado increíble, de hecho, de no haber sido ellos mismos las víctimas. Era

bastante natural que la incredulidad diera paso a una tremenda indignación y que solo cuando esta se hubiera aplacado vinieran las conjeturas y la preocupación. Mallinson formuló entonces la teoría que a todos les resultó más fácil de aceptar, a falta de nada mejor: los habían secuestrado para pedir un rescate. Semejante ardid no era ninguna novedad en sí mismo, aunque la técnica empleada en particular sí podía considerarse original. Los reconfortaba un poco la idea de que no eran los primeros en pasar por eso; al fin y al cabo, había habido secuestros antes, y muchos de ellos habían acabado bien. Los secuestradores te retenían en alguna guarida en las montañas hasta que el Gobierno pagaba y te liberaban. Te trataban decentemente, y como el dinero que había que pagar no era tuyo, todo el asunto solo era desagradable mientras duraba. Después, por supuesto, los de las Fuerzas Aéreas enviaban un escuadrón de bombarderos, y a uno le quedaba una buena historia que contar durante el resto de su vida. Mallinson enunció aquella hipótesis con cierto nerviosismo; pero Barnard, el estadounidense, tuvo la ocurrencia de tomárselo a risa.

—Bueno, caballeros, me atrevo a decir que alguien ha tenido una idea brillante con esto, pero imagino que sus Fuerzas Aéreas no se han cubierto de gloria exactamente. Ustedes los británicos no paran de hacer bromas sobre los atracos en Chicago y todo eso, pero no recuerdo ningún caso de un pistolero huyendo con uno de los aviones del Tío Sam. Y me gustaría saber, por cierto, qué hizo este tipo con el verdadero piloto. Habrá recurrido a la coacción, supongo. —Bostezó.

Era un hombre grandote y rollizo, con un rostro curtido en el que las arrugas de jovialidad no quedaban eclipsadas del todo por las bolsas de pesimismo bajo los ojos. Nadie en Baskul sabía gran cosa sobre él, excepto que había llegado de Persia, donde parecía que tenía algo que ver con el petróleo.

Entretanto, Conway estaba enfrascado en una tarea más práctica: tras recoger cada trozo de papel que cada uno llevaba encima, redactaba mensajes en las distintas lenguas nativas que conocía y los arrojaba a tierra a intervalos. En un país con tan escasa población, las posibilidades de éxito eran remotas, pero valía la pena intentarlo.

La cuarta pasajera, la señorita Brinklow, permanecía sentada muy tiesa y con los labios apretados, hacía pocos comentarios y no se quejaba. Era una mujer menuda, más bien seca, con el aire de quien se ve obligada a asistir a una fiesta en la que pasan cosas que no acaba de aprobar.

Conway había hablado menos que los otros dos hombres, porque traducir mensajes de socorro a diversos dialectos era un ejercicio mental que requería concentración. Sin embargo, sí respondía cuando le hacían preguntas y se había mostrado de acuerdo, si bien con cierta cautela, con la teoría del secuestro de Mallinson. También coincidía, hasta cierto punto, con las críticas de Barnard de las Fuerzas Aéreas:

—Aunque se entiende que pudiera haber pasado algo así, desde luego. Con el alboroto que reinaba en el lugar, un hombre vestido de piloto se parecería mucho a cualquier otro. A nadie se le ocurriría dudar de la buena fe de un tipo con el atuendo adecuado y que diera muestras de conocer bien su oficio. Y este tipo en efecto debía conocerlo, por cómo hizo las señales y todo eso. Y es bastante evidente, además, que sabe pilotar un avión. Aun así, estoy de acuerdo con usted en que es la clase de asunto por el que alguien debería acabar encontrándose con el agua al cuello. Y alguien lo hará, puede estar seguro, aunque sospecho que no será quien lo merezca.

—Bueno, señor —respondió Barnard—, ciertamente admiro cómo se las arregla para ver ambos aspectos de la cuestión. La situación requiere un temple como el suyo, sin duda, incluso cuando alguien le toma el pelo.

Los estadounidenses, reflexionó Conway, tenían la virtud de darse aires de superioridad sin llegar a resultar ofensivos. Esbozó una sonrisa indulgente, pero no continuó con la conversación. Sentía un cansancio tan tremendo que ni el mayor de los peligros habría podido vencerlo. Hacia el atardecer, cuando Barnard y Mallinson recurrieron a él en algún punto de la discusión que mantenían, resultó que se había quedado dormido.

—Está molido —comentó Mallinson—. Y no me extraña, con lo de estas últimas semanas.

—¿Son amigos, ustedes dos? —preguntó Barnard.

—He trabajado con él en el consulado, y sé que lleva las últimas cuatro noches casi sin pegar ojo. Lo cierto es que tenerlo con nosotros en una situación comprometida como esta supone un golpe de suerte, pues además de conocer las lenguas de la zona, se le da de maravilla el trato con la gente. Si alguien puede sacarnos de este lío, es él. Sabe tomarse las cosas con calma.

—Bueno, pues dejémoslo dormir, entonces —repuso Barnard.

La señorita Brinklow hizo uno de sus poco frecuentes comentarios:

—Por su aspecto, diría que es un hombre muy valiente.

Conway no creía ser un hombre muy valiente, ni mucho menos. Había cerrado los ojos de puro agotamiento, pero en realidad no dormía. Oía y

captaba cada movimiento del avión, y había escuchado también, con sentimientos contradictorios, el elogio de Mallinson hacia su persona: lo había hecho dudar, pues reconocía una sensación de opresión en el estómago que era su propia reacción corporal a un perturbador examen de conciencia. Como la experiencia le había enseñado muy bien, él no era una de esas personas que sienten pasión por el peligro. Sí disfrutaba a veces de un aspecto del mismo —de su lado excitante, de su efecto purgante sobre el letargo emocional—, pero distaba de ser aficionado a poner su vida en riesgo. Doce años atrás había llegado a detestar los peligros de la guerra de trincheras en Francia, y en varias ocasiones había evitado la muerte al negarse a llevar a cabo proezas imposibles. Con la medalla al Servicio Distinguido no lo habían condecorado tanto por su valor físico como por ciertas técnicas de resistencia apenas desarrolladas. Y desde la guerra, siempre que había vuelto a surgir algún peligro, lo había afrontado con creciente desdén a menos que prometiera beneficios insólitos en lo tocante a las emociones.

Seguía con los ojos cerrados. Se sentía conmovido, y algo consternado, por lo que había oído decir a Mallinson. Era su destino que confundieran siempre su ecuanimidad con coraje, cuando en realidad se trataba de algo mucho más desapasionado y mucho menos viril. En ese momento se hallaban todos en una situación terriblemente incómoda, en su opinión, y lejos de rebosar de valentía al respecto, sentía sobre todo un enorme desagrado ante los problemas que se avecinaban, de la índole que fuesen. Y uno podía ser la señorita Brinklow, por ejemplo. Era previsible que, en determinadas circunstancias, él tuviera que actuar dando por hecho que, por ser mujer, su vida sería prioritaria, incluso más que las de todos ellos juntos, y una situación en la que semejante desproporción pudiera resultar inevitable lo intimidaba.

Sin embargo, cuando dio muestras de estar despierto, fue a la señorita Brinklow a quien se dirigió primero. Había reparado en que no era joven ni guapa; dos desventajas, sí, pero de enorme utilidad ante dificultades como en las que pronto podrían encontrarse. También le daba un poco de pena, porque sospechaba que ni a Mallinson ni al estadounidense les gustaban los misioneros, en particular si eran mujeres. El propio Conway no tenía prejuicios, pero temía que su amplitud de miras le resultara a ella poco familiar y, por tanto, un fenómeno más desconcertante incluso.

—Por lo visto nos encontramos en una situación extraña —dijo, inclinándose para hablarle al oído—, pero me alegro de que se lo esté

tomando con calma. La verdad es que no creo que vaya a pasarnos nada terrible.

—Estoy segura de que no, si usted puede evitarlo —contestó ella.

Su respuesta no le fue de mucho consuelo a Conway.

—No dude en hacerme saber si podemos hacer algo para que se sienta más cómoda.

Barnard captó la última palabra.

—¿Más cómoda? —repitió a voz en cuello—. Vaya, pues claro que sí, todos nos sentimos cómodos; limitémonos a disfrutar del viaje. Lástima que no tengamos una baraja, así podríamos jugar al *bridge*.

Conway agradeció el espíritu de aquel comentario, aunque no le gustaba el *bridge*.

—No creo que la señorita Brinklow juegue a las cartas —repuso con una sonrisa.

Pero la misionera se volvió con gesto enérgico para replicar:

—De hecho, sí que lo hago, y nunca me ha parecido que jugar a las cartas hiciera ningún daño. En la Biblia no se dice nada en contra.

Todos se echaron a reír, contentos al parecer de que les diera una excusa para hacerlo. En cualquier caso, pensó Conway, aquella mujer no era ninguna histérica.

Durante toda la tarde, el avión había volado entre las finas brumas de la atmósfera superior, demasiado alto para que pudieran ver con claridad qué había debajo. A veces, a largos intervalos, el velo se rasgaba unos instantes y revelaba el contorno irregular de una cumbre o el brillo de algún río desconocido. Podían hacerse una idea del rumbo guiándose por el sol: todavía viajaban hacia el este, con virajes ocasionales hacia el norte; pero hasta dónde habrían llegado dependía de la velocidad de vuelo, que Conway no podía juzgar con precisión. No obstante, parecía probable que el aparato hubiera consumido ya buena parte del combustible, aunque eso también dependía de factores inciertos. Conway no tenía conocimientos técnicos sobre aviones, pero estaba convencido de que el piloto, fuera quien fuese, era todo un experto. La escala en aquel valle alfombrado de rocas lo había demostrado, al igual que otros incidentes desde entonces. Y Conway no podía reprimir un sentimiento que siempre abrigaba en presencia de cualquier competencia magnífica e indiscutible: tan acostumbrado estaba a que solicitaran su ayuda que el mero hecho de que hubiera alguien que ni iba a pedírsela ni la necesitaba le resultaba levemente tranquilizador, incluso cuando el futuro

podía depararle grandes perplejidades. Pero no esperaba que sus compañeros compartieran una emoción tan frágil. Reconocía la probabilidad de que ellos tuvieran muchas más razones personales para sentir ansiedad que él mismo. Mallinson, por ejemplo, estaba comprometido con una chica en Inglaterra; Barnard podía estar casado; la señorita Brinklow tenía su trabajo, o su vocación, o lo que supusiera para ella. Mallinson, por cierto, era con mucho el menos sereno: a medida que pasaban las horas, estaba cada vez más nervioso y parecía más propenso a echarle en cara a Conway la misma calma que antes elogiara a sus espaldas. En una ocasión, sobre el rugido del motor, perdió los estribos y exclamó con indignación:

—¿Vamos a quedarnos aquí sentados de brazos cruzados mientras ese maníaco hace lo que le viene en gana? ¿Qué nos impide romper ese panel y zanjar este asunto con él?

—Nada en absoluto —respondió Conway—, excepto que él va armado y nosotros no, y que, en cualquier caso, ninguno de nosotros sabría cómo aterrizar este trasto después.

—No puede ser muy difícil, me parece. Me atrevo a decir que tú podrías hacerlo.

—Mi querido Mallinson, ¿por qué siempre esperas que sea yo quien lleve a cabo los milagros?

—Bueno, de todas maneras, este asunto me está poniendo los nervios de punta. ¿No podemos obligar a ese tipo a descender?

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos?

Mallinson estaba cada vez más alterado.

—Bueno, está ahí mismo, ¿no? A solo un par de metros de distancia de nosotros, ¡y somos tres hombres contra uno! ¿Tenemos que mirar fijamente su maldita espalda todo el tiempo? Al menos podríamos obligarlo a decirnos de qué va todo esto.

—Muy bien, vamos a ver.

Conway avanzó unos pasos hasta la ventanilla entre la cabina y la carlinga del piloto, que quedaba al frente y un poco en alto. Contaba con un panel cuadrado de unos veinte centímetros de lado que se deslizaba para abrirse de modo que el piloto, girando la cabeza y agachándose un poco, pudiera comunicarse con sus pasajeros. Conway dio unos golpecitos en el cristal con los nudillos. Como esperaba, la respuesta fue casi cómica. El panel de vidrio se deslizó hacia un lado y asomó el cañón de un revólver. Ni una palabra; solo eso. Conway retrocedió sin discutir ante semejante argumento y el panel volvió a deslizarse en la ventanilla.

Mallinson, que había sido testigo del incidente, quedó solo satisfecho a medias.

—Supongo que no se habría atrevido a disparar —comentó—. Es probable que haya sido un farol.

—Casi seguro que sí —coincidió Conway—, pero prefiero que lo compruebes tú.

—La verdad es que tengo la sensación de que deberíamos oponer resistencia antes de rendirnos así, tan mansamente.

Conway se mostró comprensivo. Reconocía la convención, con todas sus asociaciones de soldados de casaca roja y libros de historia, de que los ingleses no le temen a nada, nunca se rinden y jamás experimentan la derrota.

—Oponer resistencia sin una posibilidad decente de ganar es un juego muy necio, y yo no tengo madera de héroe.

—Bien por usted, señor —intervino Barnard con entusiasmo—. Cuando alguien te tiene agarrado por las orejas, no queda otra que seguirle la corriente de buen grado. Por mi parte, voy a disfrutar de la vida mientras dure y a fumarme un puro. Espero que no les importe que añada un pequeño riesgo más al que ya corremos.

—A mí no me importa, pero podría molestar a la señorita Brinklow.

Barnard se apresuró a corregirse.

—Discúlpeme, señora, pero ¿la incomodo mucho si fumo?

—En absoluto —respondió ella afable—. No soy fumadora, pero me encanta el olor de un buen habano.

De todas las mujeres incapaces de haber hecho semejante comentario, Brinklow sería el epítome, o eso sospechó Conway. En todo caso, Mallinson parecía haberse calmado un poco y tuvo el simpático gesto de ofrecerle un cigarrillo, aunque él mismo no encendió uno.

—Sé cómo te sientes —le dijo amablemente a Conway—. Es una situación muy fea, y lo peor, de alguna manera, es que no podemos hacer gran cosa al respecto.

«Y también es lo mejor, en cierto sentido», no pudo evitar añadir Conway para sí, porque todavía sentía un agotamiento tremendo. Había además un rasgo en su carácter que algunos podrían haber considerado pereza, aunque no se trataba exactamente de eso: nadie era más capaz que él de trabajar duro cuando había que hacerlo, y pocos sabían cargar mejor con las responsabilidades; y, aun así, lo cierto era que no lo apasionaba la actividad ni disfrutaba en absoluto de la responsabilidad. Ambas formaban parte de su trabajo y él les sacaba el mayor partido posible, pero siempre estaba dispuesto

a dejarle paso a cualquier otra persona capaz de rendir tan bien como él o mejor. Sin duda era esa la causa, en parte, de que sus éxitos en el cuerpo fueran menos sorprendentes de lo que podrían haber sido. No era lo bastante ambicioso como para abrirse paso a codazos entre los demás, ni para hacer gran alarde de no pegar sello cuando en realidad no había gran cosa que hacer. Sus despachos eran a veces lacónicos hasta el punto de la aspereza, y su calma en situaciones de emergencia, aunque admirada, a menudo hacía sospechar que era demasiado sincera. A la autoridad le gusta tener la impresión de que un hombre lleva a cabo esfuerzos por voluntad propia y su aparente indiferencia no es más que un disfraz para ocultar todo un catálogo de emociones. En el caso de Conway, a veces se había tenido la oscura sospecha de que en verdad era tan imperturbable como parecía, y que no le importaba un comino lo que ocurriera. Pero como pasaba con la pereza, esa era también una interpretación errónea. Lo que la mayoría de observadores no percibían era algo mucho más simple: la pasión que Conway sentía por la tranquilidad, la contemplación y la soledad.

Tales eran sus inclinaciones en ese momento y, a falta de nada mejor que hacer, se arrellanó en el asiento y se dispuso a dormir. Cuando despertó, advirtió que los demás, pese a sus diversos grados de nerviosismo, también habían sucumbido al sueño. La señorita Brinklow estaba sentada muy tiesa y con los ojos cerrados, como un ídolo deslucido y anticuado; Mallinson se había inclinado hacia adelante en su asiento con la barbilla en la palma de una mano. El estadounidense incluso roncaba. Muy sensato por parte de todos, pensó Conway; no tenía sentido desgañitarse hasta el agotamiento. Pero un instante después reparó en ciertas sensaciones físicas en su cuerpo: un leve mareo, el corazón acelerado y una tendencia a respirar entrecortadamente y con esfuerzo. Recordó haber tenido síntomas similares en una ocasión anterior, en Suiza.

Se volvió para mirar por la ventanilla hacia el exterior. El cielo circundante se había despejado por completo y, a la luz del atardecer, contempló un espectáculo que, en cuestión de un mero instante, le arrebató el aliento que le quedaba en los pulmones. Muy lejos, en el límite mismo de la distancia, distinguía una hilera tras otra de picos nevados, engalanados con glaciares que aparentaban flotar sobre inmensos mares de nubes. Se extendían por toda la curva entre el cielo y la tierra, fundiéndose hacia el oeste en un horizonte feroz y de colores casi chillones, como un telón de fondo impresionista creado por algún genio medio loco. Y entretanto el avión, ajeno a aquel magnífico escenario, seguía zumbando sobre un abismo, ante una

pared del blanco más puro y que parecía parte del cielo, hasta que los rayos del sol incidieron en ella: entonces, como una docena de amontonados Jungfraus vistos desde el pueblo suizo de Mürren, refulgió hasta tornarse una incandescencia soberbia y deslumbrante.

Conway no solía impresionarse fácilmente y por regla general no les concedía mucha importancia a las «vistas», en especial a las más famosas, esas para cuya contemplación las autoridades atentas de ciertos pueblos proporcionan asientos en los parques. En cierta ocasión lo habían llevado a la colina del Tigre, cerca de Darjeeling, para ver el amanecer en el Everest, pero el pico más alto del mundo le había supuesto una absoluta decepción. Sin embargo, el tremendo espectáculo que contemplaba a través de la ventanilla del avión era de diferente calibre; no tenía el aspecto de estar luciéndose para que lo admiraran. Había algo crudo y monstruoso en aquellas implacables cumbres de hielo, y acercarse a ellas así entrañaba cierta impertinencia sublime. Reflexionó, imaginando mapas, calculando distancias, estimando tiempos y velocidades. Entonces se dio cuenta de que Mallinson también se había despertado. Posó una mano en el brazo del joven.

DOS

Conway, cómo no, dejó que los demás se despertaran por sí mismos y apenas reaccionó ante sus exclamaciones de asombro; sin embargo, cuando Barnard le pidió su opinión, se la dio con la fluidez algo distante de un profesor universitario que dilucida un problema. Dijo que le parecía probable que todavía estuvieran en la India; habían volado hacia el este durante varias horas, demasiado alto para ver gran cosa, pero parecía posible que hubieran seguido el curso de algún río al fondo de un valle, uno que fluía aproximadamente de este a oeste.

—Ojalá no tuviera que fiarme solo de mi memoria, pero me da la impresión de que el valle del alto Indo encaja bastante bien. Si lo fuera, habríamos llegado a una parte muy espectacular del mundo, y como ven, así ha sido.

—¿Reconoce dónde estamos, entonces? —interrumpió Barnard.

—Bueno, no… nunca he estado cerca de aquí ni mucho menos, pero no me sorprendería que esa montaña fuera el Nanga Parbat, donde perdió la vida Mummery. Su configuración y su relieve parecen coincidir en general con todo lo que he oído decir sobre ella.

—¿Es aficionado al alpinismo?

—En mi juventud fui un montañero entusiasta, aunque me limitaba a escalar las habituales cumbres suizas, por supuesto.

Mallinson intervino de mal talante:

—Tendría más sentido discutir hacia dónde vamos. Ojalá alguien pudiera decírnoslo.

—Bueno, yo diría que nos dirigimos a esa cordillera —repuso Barnard—. ¿No crees, Conway? Disculparás que te hable de tú, pero si vamos a vivir esta pequeña aventura todos juntos, es una tontería que andemos con tanta ceremonia.

A Conway le pareció muy natural que se tutearan, y encontró innecesarias las disculpas de Barnard por hacerlo.

—Por supuesto —coincidió, y luego añadió—: Creo que esa cordillera debe ser el Karakórum. Hay varios pasos para cruzarlo, si esa es la intención de nuestro hombre.

—¡¿Nuestro hombre?! —exclamó Mallinson—. ¡Nuestro chalado, querrás decir! Supongo que va siendo hora de que nos olvidemos de la teoría del secuestro. Ya hemos dejado muy atrás la zona fronteriza y por aquí no vive ninguna tribu. La única explicación que se me ocurre es que ese tipo está como una cabra. Solo un chiflado se internaría en un paraje como este a los mandos de un avión.

—Pues yo diría que solo un piloto excelente sería capaz de hacerlo —replicó Barnard—. Nunca he sido un hacha en geografía, pero tengo entendido que estas montañas tienen fama de ser las más altas del mundo, y de ser así, cruzarlas supone una auténtica proeza.

—También es designio divino —intervino de improviso la señorita Brinklow.

Conway no ofreció su opinión. Los designios de Dios o la locura del hombre: le parecía que si uno buscaba una buena razón para la mayoría de las cosas, podía elegir entre ambos; o bien —y pensó aquello mientras contemplaba el orden de la reducida cabina contra el telón de fondo de la ventana y su tremendo paisaje natural— entre los designios del hombre y la locura de Dios. Saber desde qué perspectiva enfocarlo tenía que resultar satisfactorio. Entonces, al tiempo que observaba y reflexionaba, tuvo lugar una curiosa transformación: la luz adquirió un tono azulado en toda la montaña y las laderas más bajas se volvieron más oscuras y violáceas. Algo brotó en él, más profundo que su habitual distanciamiento: no era emoción, ni mucho menos miedo, sino expectativa, y tremendamente intensa.

—Tienes toda la razón, Barnard —declaró—: este asunto se está volviendo cada vez más extraordinario.

—Sea o no extraordinario, no me siento muy dispuesto a agradecer nada —insistió Mallinson—. No pedimos que nos trajeran hasta aquí, y sabe Dios qué haremos cuando lleguemos a nuestro destino, sea cual sea. Y no me parece que el asunto sea menos indignante porque el tipo resulta que es un piloto de acrobacias. Y aunque lo sea, puede ser también un lunático. Una vez oí hablar de un piloto que se volvió loco en el aire; este ya debía de estar chiflado desde el principio. Esa es mi teoría, Conway.

Conway guardó silencio. Le molestaba verse obligado a gritar sobre el rugido del aparato y, al fin y al cabo, no tenía mucho sentido discutir sobre las

distintas posibilidades. Pero cuando Mallinson insistió en que les diera su opinión, dijo:

—Pues si esto es una locura, se ha organizado muy bien. No olvides que aterrizamos para poner combustible, y que este es el único avión capaz de volar a tanta altura.

—Eso no prueba que no esté loco. Puede que esté lo bastante chiflado como para organizarlo todo.

—Sí, es posible, por supuesto.

—Bueno, pues tenemos que ponernos de acuerdo en una estrategia. ¿Qué vamos a hacer cuando aterrice? Si es que no se estrella y nos mata a todos, claro. ¿Qué diantre vamos a hacer? Correr a felicitarlo por su maravilloso vuelo, supongo.

—Ni hablar —respondió Barnard—. Eso te lo dejaré a ti.

Una vez más, Conway se sintió reacio a prolongar la discusión, en particular porque el estadounidense, con sus bromas sensatas, parecía bastante capaz de manejar la cuestión él solito. Conway se encontró reflexionando sobre que habría podido tener mucha menos fortuna con los integrantes del grupo. Solo Mallinson tendía a mostrarse cascarrabias, y podía deberse en parte a la altitud. El aire enrarecido tenía diferentes efectos en las personas; a Conway, por ejemplo, le producía una combinación de claridad mental y apatía física que no era desagradable, y de hecho respirar aquel aire frío y claro le provocaba pequeños espasmos de satisfacción. Toda aquella situación era espantosa, sin duda, pero él no tenía capacidad en ese momento para recelar de algo que tenía un claro propósito y resultaba interesante y cautivador.

Mientras contemplaba aquel magnífico macizo montañoso, lo invadió además una oleada de satisfacción ante el hecho de que todavía quedaran lugares como ese sobre la faz de la tierra: distantes, inaccesibles, sin huella humana todavía. La muralla helada del Karakórum se veía ahora más asombrosa incluso contra un cielo septentrional que se había vuelto de un tono parduzco y siniestro; las cimas despedían un brillo gélido; majestuosas y remotas, la propia ausencia de nombre de aquellas cumbres les confería dignidad. Precisamente el hecho de que les faltaran mil o dos mil metros para alcanzar a los gigantes más conocidos podía salvarlas para siempre de las expediciones de escalada; resultaban menos tentadoras para quienes pretendieran batir récords. Conway era la antítesis de esa clase de hombre: tendía a ver vulgaridad en el ideal occidental de los superlativos, y «dejarse la piel en las cumbres extremas» le parecía menos razonable y quizás más

trillado que «perseverar en las altas». De hecho, el esfuerzo excesivo no le interesaba gran cosa y las meras hazañas lo aburrían.

Seguía contemplando aquella escena cuando el crepúsculo empezó a bañar las profundidades en una penumbra espesa y aterciopelada que se extendía hacia arriba como un tinte. Entonces toda la cordillera, mucho más cercana ahora, palideció hasta adquirir un nuevo esplendor; se elevó una luna llena iluminando un pico tras otro cual farolero celestial, hasta que la larga línea del horizonte resplandeció contra un cielo negro azulado. El aire se enfrió y se levantó un viento que zarandeó de forma molesta el avión. Esas nuevas dificultades mermaron el ánimo de los pasajeros: nadie había previsto que el vuelo pudiera continuar más allá del anochecer, y que la última esperanza residiera en que se acabara el combustible; sin embargo, eso tenía que suceder pronto. Mallinson comenzó a discutir sobre ese punto, y Conway, un poco a regañadientes, porque en realidad no lo sabía, estimó que la autonomía máxima del aparato sería de unas mil millas, de las cuales ya debían de haber cubierto la mayoría.

—Bueno, ¿y dónde nos sitúa eso? —preguntó el joven con tono desdichado.

—No es fácil decirlo con precisión, pero es probable que en alguna parte del Tíbet. Si esto es el macizo del Karakórum, el Tíbet queda al otro lado. Una de las cumbres, por cierto, debería ser el *K2*, que se suele considerar la segunda montaña más alta del mundo.

—La siguiente en la lista después del Everest —comentó Barnard—. Caramba, menudo paisaje.

—Y desde el punto de vista de un montañero, mucho más difícil que el Everest. El duque de los Abruzos desistió de escalarlo, y lo dejó por imposible.

—¡Ay, por Dios! —murmuró Mallinson con irritación.

Barnard se echó a reír.

—Supongo que debemos nombrarte guía oficial en este viaje, Conway, y por mi parte debo confesar que, si tuviera conmigo una buena petaca de café con coñac, me daría igual que esto fuera el Tíbet o Tennessee.

—Pero ¿qué vamos a hacer? —insistió Mallinson—. ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué sentido puede tener todo esto? No me explico que seáis capaces de hacer bromas al respecto.

—Pues me parece igual de apropiado que hacer una escena al respecto, joven. Además, si ese tipo es en efecto un loco, como tú mismo has sugerido, es posible que nada tenga sentido.

—Tiene que estar loco, no se me ocurre otra explicación. ¿A ti sí, Conway?

Este último negó con la cabeza.

La señorita Brinklow se dio la vuelta como quien llega al entreacto sobre un escenario teatral.

—Como no me han pedido mi opinión, tal vez no debería dársela —empezó con chillona modestia—, pero me gustaría decir que estoy de acuerdo con el señor Mallinson. Estoy segura de que ese pobre hombre no puede estar bien de la cabeza. Me refiero al piloto, por supuesto. En todo caso no tendría excusa posible si no estuviera loco. —Y añadió con tono confidencial, aunque tuviera que gritar para hacerse oír sobre el estruendo—: ¿Saben qué? ¡Este es mi primer viaje en avión! ¡El primero! Nada me había inducido a volar antes, aunque una amiga mía sí hizo cuanto pudo por convencerme de coger un avión de Londres a París.

—Y aquí está ahora, volando de la India al Tíbet —dijo Barnard—. Así son las cosas.

—Conocí a un misionero que había estado en el Tíbet —continuó ella—: Me contó que los tibetanos son muy extraños. Creen que descendemos de los monos.

—Qué descubrimiento tan bonito por su parte.

—Ay, no… no me refiero a la teoría moderna. Ellos tienen esa creencia desde hace cientos de años, es solo una más de sus supersticiones. Por supuesto, yo misma estoy en contra de todo eso, y creo que Darwin era mucho peor que cualquier tibetano. Prefiero basar mis opiniones en la Biblia.

—Y hace una lectura fundamentalista de ella, supongo.

Pero la señorita Brinklow no pareció entender aquel término.

—Solía pertenecer a la *SML* —exclamó—, pero no compartía sus teorías sobre el bautismo de los niños.

A Conway, aquellas siglas le sonaron al principio a línea ferroviaria y tardó un momento en comprender que correspondían a la Sociedad Misionera de Londres; aun así, siguió pareciéndole cómico imaginar los inconvenientes de mantener una discusión teológica en la estación de Euston, por ejemplo, y empezó a sentir una ligera fascinación por la señorita Brinklow. Incluso valoró ofrecerle alguna prenda de abrigo para la noche, pero por fin decidió que seguro que era de constitución más fibrosa que él. Así pues, se acurrucó, cerró los ojos y se sumió con bastante facilidad en un sueño tranquilo.

Y el vuelo continuó.

Una fuerte sacudida del avión los despertó a todos de repente. Conway se golpeó la cabeza contra la ventanilla y quedó aturdido durante unos instantes; un bandazo hacia el lado contrario lo zarandeó hacia el pasillo entre las dos filas de asientos y lo dejó allí tambaleándose. Hacía mucho más frío. Lo primero que hizo, de manera automática, fue echarle una ojeada a su reloj: la una y media; había dormido un buen rato. Notaba un fuerte aleteo en los oídos; creyó que eran imaginaciones suyas, hasta que reparó en que el motor se había parado y el avión se precipitaba contra un vendaval. Luego miró a través de la ventanilla y vio cómo la tierra, borrosa y grisácea, pasaba rauda por debajo de ellos, muy cerca.

—¡Va a aterrizar! —exclamó Mallinson.

Barnard, que también se había visto arrancado de su asiento, respondió con tono taciturno:

—Si tiene esa suerte.

La señorita Brinklow, la menos afectada al parecer por toda aquella confusión, se calaba el sombrero con tanta calma como si tuvieran a la vista el puerto de Dover.

Un instante después, el avión tocó tierra. Pero esta vez no fue un buen aterrizaje.

—¡Ay, Dios mío, qué mal! ¡Qué desastre, maldita sea! —gimió Mallinson aferrándose al asiento durante diez segundos de topetazos y vaivenes. Se oyó cómo algo se tensaba y se partía y cómo explotaba un neumático, y añadió con tono pesimista y angustiado—: Se acabó. Eso era el patín de cola… Ahora tendremos que quedarnos donde estamos, eso seguro.

Conway, que nunca hablaba en momentos de crisis, estiró las piernas entumecidas y se palpó la cabeza donde se la había golpeado contra la ventana. Un chichón, nada del otro mundo. Pensó que tenía que ayudar de alguna forma a los demás, pero cuando el avión quedó inmóvil, fue el último de los cuatro en ponerse en pie.

—¡Cuidado! —gritó al ver cómo Mallinson abría de un tirón la puerta de la cabina y se disponía a saltar a tierra.

En medio del relativo silencio, la respuesta del joven sonó un poco fantasmagórica:

—No hace falta tener cuidado; esto parece el fin del mundo, y no se ve un alma.

Al cabo de unos instantes, helados y temblando, todos fueron conscientes de que en efecto era así. Sin que sus oídos captaran otra cosa que las violentas ráfagas de viento y sus propias pisadas crujientes, se sentían a merced de algo

hosco y de una melancolía feroz, de un desánimo que saturaba tanto la tierra como el aire. La luna parecía haberse ocultado detrás de las nubes y la luz de las estrellas iluminaba un tremendo vacío palpitante de viento. Sin tener conocimiento de la situación, uno podría haber supuesto que ese mundo inhóspito surgía de las propias alturas y que las cumbres que se elevaban de él eran montañas sobre montañas. Una cordillera entera relucía en el lejano horizonte como una hilera de dientes de perro.

Mallinson, febrilmente activo, ya se dirigía hacia la carlinga.

—Sea quien sea ese tipo, en tierra ya no me da miedo —exclamó—. Voy a plantarle cara…

Los demás observaban con recelo, hipnotizados ante semejante despliegue de energía. Conway se precipitó tras él, pero demasiado tarde para evitar sus pesquisas. Al cabo de unos segundos, sin embargo, el joven se dejó caer de nuevo y lo agarró del brazo para murmurar con tono ronco y entrecortado, pero algo más sereno:

—Es extraño, Conway… Creo que el tipo está enfermo o muerto o le pasa algo… No consigo sacarle una sola palabra. Sube y echa un vistazo… He cogido su revólver, por si acaso.

—Dámelo, será mejor —repuso Conway, y aunque seguía aturdido por el reciente golpe en la cabeza, se armó de valor para pasar a la acción.

Entre todos los momentos, lugares y situaciones posibles sobre la faz de la tierra, aquel escenario le parecía combinar las condiciones más horribles. Se alzó con rigidez hasta una posición desde la que pudiera ver, más o menos, el interior de la carlinga. Captaba un fuerte olor a combustible, por lo que no se arriesgó a encender una cerilla. Apenas distinguía al piloto, caído hacia adelante con la cabeza sobre los controles. Lo zarandeó, le desabrochó el casco y le aflojó la ropa alrededor del cuello. Unos instantes después se dio la vuelta para informar a los demás.

—Sí, le ha pasado algo. Tenemos que sacarlo de ahí.

Pero un observador atento podría haber añadido que al propio Conway le había sucedido algo también. Su tono de voz era más intenso, más incisivo; ya no parecía al borde de un abismo de dudas. El momento, el lugar, el frío y su cansancio tenían ahora menos importancia: había una tarea que sencillamente tenía que llevarse a cabo, y su parte más convencional estaba por encima de todo y se disponía a acometerla.

Con la ayuda de Barnard y Mallinson, sacaron al piloto de su asiento y lo depositaron en el suelo. No estaba muerto, sino inconsciente. Conway no tenía muchos conocimientos de medicina, pero como les ocurre a muchos que

han vivido en lugares pintorescos, estaba familiarizado con las distintas manifestaciones de la enfermedad.

—Es posible que haya sido un ataque al corazón provocado por la gran altitud —diagnosticó inclinándose sobre el desconocido—. Aquí podemos hacer muy poco por él, no hay forma de protegerlo de este viento infernal. Será mejor que lo metamos en la cabina, y que nosotros entremos también. No tenemos ni idea de dónde estamos, y es inútil que hagamos nada antes de que amanezca.

El veredicto y la sugerencia se aceptaron sin discusión. Incluso Mallinson estuvo de acuerdo. Llevaron al hombre a la cabina y lo depositaron cuan largo era en el pasillo entre los asientos. El interior no estaba más caliente que el exterior, pero ofrecía protección contra las ráfagas de viento. No mucho después, justo el viento pasó a ser la preocupación principal de todos ellos, el *leitmotiv*, por así decirlo, de toda aquella lamentable escena nocturna. No era un viento al uso: no era tan solo fuerte, o frío. De algún modo, era una furia delirante en torno a ellos, un señor airado que arremetía y despotricaba en sus dominios. Embestía contra el pesado avión, y lo sacudía con brutalidad, y cuando Conway miraba por las ventanas tenía la impresión de que el viento hacía girar esquirlas de luz de las estrellas.

El extraño seguía inerte, y Conway, con dificultades por la penumbra y el reducido espacio, lo examinó como pudo. Pero la exploración no reveló gran cosa.

—El corazón le late muy débil —declaró por fin.

La señorita Brinklow, tras rebuscar a tientas en el bolso, despertó cierta expectación.

—Me pregunto si esto le sería de alguna utilidad al pobre hombre —dijo con cierto aire de superioridad—. Yo no bebo ni una gota, pero siempre la llevo conmigo en caso de emergencia. Y esto es una emergencia, ¿no?

—Diría que sí —respondió Conway con tono serio. Desenroscó la botellita, la olió y vertió un poco de *brandy* en la boca del piloto—. Es justo lo que necesita. Gracias.

Al cabo de un breve intervalo, fue visible un levísimo movimiento de los párpados bajo la llama de la cerilla. Mallinson fue presa de repente de una risa histérica.

—No puedo evitarlo —exclamó entre carcajadas—. Parecemos malditos imbéciles, prendiendo fósforos sobre un cadáver… Y no es lo que se dice una belleza, ¿no? Un amarillo, quizás chino, diría yo.

—Es posible. —El tono de Conway fue bastante severo—. Pero todavía no es un cadáver. Con un poco de suerte podemos reanimarlo.

—¿Suerte? Será para él, no para nosotros.

—No estés tan seguro. Y haz el favor de callarte un rato.

Mallinson aún tenía lo bastante reciente su etapa de colegial como para reaccionar a una orden seca de un superior, aunque era evidente que ejercía poco control sobre sí mismo. Conway lo lamentaba por él, pero le preocupaba más el problema inmediato del piloto, ya que era el único que podía darles alguna explicación sobre su difícil situación. No tenía ningunas ganas de discutir más sobre el asunto de un modo meramente especulativo; bastante lo habían hecho ya durante el viaje. Más allá de su curiosidad habitual, ahora sentía cierta inquietud, porque era consciente de que el asunto había dejado de ser emocionante y arriesgado y amenazaba con convertirse en una prueba de resistencia que podría terminar en catástrofe.

Permaneció despierto durante toda esa noche bajo el embate del vendaval, y se enfrentó a los hechos con franqueza porque no tenía que molestarse en exponérselos a los demás. Suponía que el vuelo había llegado mucho más allá de la cordillera occidental del Himalaya hacia las cumbres menos conocidas de Kunlun. De ser así, ya habrían alcanzado la zona más elevada y menos hospitalaria de la superficie de la tierra: la meseta tibetana, de más de tres mil metros de altura incluso en sus valles más bajos, una región vasta, deshabitada y en gran parte inexplorada, de tierras altas azotadas por el viento. Y allí se habían quedado aislados, en algún lugar de ese paraje desolado, con muchas menos comodidades que en la mayoría de las islas desiertas. Entonces, de repente, como si la respuesta a su curiosidad consistiera en aumentarla, se produjo un cambio impresionante. La luna, que había creído oculta por las nubes, se mecía sobre la parte superior de algún peñasco y, aunque todavía no se mostraba en su totalidad, arrojaba luz en la penumbra que había más allá. Conway distinguió el contorno de un largo valle con redondeadas colinas de aspecto tristón a ambos lados, no muy altas, y de un negro azabache contra el intenso azul eléctrico del cielo nocturno. Pero era hacia el extremo del valle adonde dirigía los ojos irresistiblemente, porque allí, elevándose de la brecha, magnífica bajo el resplandor de la luna, se hallaba la que se le antojó la montaña más hermosa de la tierra. Era un cono de nieve casi perfecto, de contorno simple, como dibujada por un niño, e imposible de clasificar en cuanto a tamaño, altura o cercanía. Se veía tan radiante, con un equilibrio tan sereno, que durante un instante se preguntó si sería real. Entonces, mientras la contemplaba, una leve voluta de nieve

desdibujó el perfil de la pirámide, dando vida a la visión justo antes de que el débil estruendo de una avalancha lo confirmara.

Sintió el impulso de despertar a los demás para compartir con ellos aquel espectáculo, pero lo pensó mejor y decidió que su efecto podía no ser tranquilizador. Tampoco lo era desde el punto de vista del sentido común: esa clase de esplendores vírgenes se limitaban a poner de relieve la realidad del aislamiento y el peligro. Era probable que el asentamiento humano más cercano quedara a cientos de kilómetros de distancia. Y no tenían comida ni armas, aparte de aquel único revólver; el avión había sufrido daños y estaba casi sin combustible, además de que nadie sabía pilotarlo. No tenían ropa adecuada para unas temperaturas y unos vientos terribles; ni el abrigo tres cuartos de Mallinson ni su propio gabán protegían gran cosa, y ni siquiera la señorita Brinklow, envuelta en lana como para una expedición polar —al verla por primera vez le había parecido ridícula— podía sentirse muy contenta. Además, a todos, menos a él mismo, les estaba afectando la altitud. Incluso Barnard se había sumido en la melancolía bajo la presión. Mallinson murmuraba para sí; era evidente qué le sucedería si esas duras condiciones continuaban mucho tiempo. Ante tan angustiosa perspectiva, Conway no pudo evitar posar una mirada de admiración en la señorita Brinklow. No era de entrada una persona corriente, reflexionó, pues ninguna mujer que enseñara a los afganos a cantar himnos podría considerarse así. Pero tras cada calamidad, su conducta seguía siendo insólita, y Conway se lo agradecía desde lo más profundo.

—Espero que no esté pasándolo muy mal —dijo con tono cordial cuando sus miradas se cruzaron.

—Los soldados tuvieron que padecer cosas peores durante la guerra —respondió ella.

A Conway, la comparación no le pareció muy acertada. De hecho, él nunca había pasado una noche tan desagradable en las trincheras, aunque sin duda muchos otros sí lo habían hecho. Concentró su atención en el piloto, que ahora respiraba de forma entrecortada y a ratos se movía algo. Es posible que Mallinson tuviera razón al tomarlo por chino. Tenía una nariz y unos pómulos típicamente mongoles, pese a su exitosa suplantación de un capitán de aviación británico. Mallinson lo había llamado feo, pero a Conway, que había vivido en China, le parecía un espécimen bastante aceptable, a pesar de que, en ese momento, en el círculo bruñido de la llama de la cerilla, su piel pálida y su boca abierta no ofrecieran un bonito espectáculo.

La noche avanzaba muy despacio, como si cada minuto fuera algo pesado y tangible que había que empujar para dar paso al siguiente. La luz de la luna se desvaneció al cabo de un tiempo, y con ella aquel espectro distante de la montaña; luego la desdichada triada de oscuridad, frío y viento fue en aumento hasta el amanecer. Como si la llegada del día fuera una señal, el viento amainó y el mundo quedó sumido en una quietud compasiva. Enmarcada por un pálido triángulo, la montaña se mostró de nuevo, gris al principio, luego plateada, y por fin rosada cuando los primeros rayos del sol incidieron en la cumbre. En la penumbra menguante, el valle mismo adquirió forma, revelando un lecho de roca y guijarros que describía una cuesta ascendente. No era una imagen amable, pero Conway, al contemplarla, percibió en ella una extraña pureza, que no tenía ningún atractivo romántico en absoluto, sino que se trataba de una cualidad fría como el acero, casi intelectual. La pirámide blanca en la distancia obligaba a la mente a conformarse con el mismo desapasionamiento que un teorema euclidiano, y cuando por fin el sol se elevó hacia un cielo de un intenso azul cobalto, volvió a sentirse casi reconfortado.

Al volverse más cálido el aire, los demás se despertaron, y Conway sugirió sacar al piloto a la intemperie, donde el aire seco y cortante y la luz del sol podrían ayudarle a recobrar las fuerzas. Eso hicieron, y dio comienzo una segunda y más agradable vigilia. Al fin, el hombre abrió los ojos y se lanzó a hablar de forma convulsiva. Los cuatro pasajeros se inclinaban sobre él escuchando con mucha atención unos sonidos ininteligibles para ellos, excepto para Conway, que de vez en cuando intervenía. Al cabo de un tiempo, el hombre se debilitó, pasó a hablar con creciente dificultad y después murió; ocurrió sobre las diez de la mañana.

Conway se volvió entonces hacia sus compañeros.

—Lamento comunicar que me ha dicho muy poco, por lo menos en comparación con lo que nos gustaría saber. Tan solo que estamos en el Tíbet, lo cual es obvio. No ha dado ninguna explicación coherente del motivo para traernos aquí, pero parecía conocer la zona. Hablaba un dialecto chino que no entiendo muy bien, pero creo que ha dicho que cerca de aquí, en algún punto del valle, me ha parecido, hay un monasterio de lamas donde podríamos conseguir comida y refugio. Lo ha llamado Shangri-La. En tibetano, La quiere decir «paso de montaña». Ha insistido mucho en que vayamos allí.

—Pues no me parece que debamos hacerlo solo por eso —soltó Mallinson —. Al fin y al cabo, lo más probable es que no estuviera bien de la cabeza. ¿O

no?

—Sobre eso no sé más que tú. Pero si no vamos a ese lugar, ¿adónde más podemos ir?

—Adonde te apetezca, a mí me da igual. De lo único que estoy seguro es de que si ese Shangri-La está en esa dirección, debe de quedar unos kilómetros todavía más lejos de la civilización. Estaría más contento si nos dedicáramos a disminuir la distancia, no a aumentarla. Maldita sea, ¿pretendes sacarnos de aquí o no?

Conway respondió con tono de paciencia:

—Me parece que no acabas de entender la situación, Mallinson. Estamos en una zona del mundo de la que nadie sabe gran cosa, excepto que está llena de dificultades y peligros incluso para una expedición bien equipada. Teniendo en cuenta que lo más seguro es que nos rodeen por todas partes cientos de kilómetros de este mismo terreno, la idea de volver a pie hasta Peshawar no me parece muy esperanzadora.

—No creo que yo pudiera conseguirlo —intervino la señorita Brinklow, muy seria.

Barnard asintió con la cabeza.

—Pues por lo visto estamos de suerte si ese templo de lamas está en efecto a la vuelta de la esquina.

—Sí, aunque es una suerte relativa —repuso Conway—. La verdad es que no tenemos comida y, como podéis ver vosotros mismos, no es un terreno en el que vaya a resultar fácil abastecerse. En cuestión de horas estaremos todos medio muertos de hambre. Y luego esta noche, si nos quedáramos aquí, tendríamos que enfrentarnos de nuevo al viento y al frío. No es una perspectiva agradable. Nuestra única posibilidad, me parece, es encontrar otros seres humanos, y ¿dónde deberíamos empezar a buscarlos sino donde supuestamente existen?

—¿Y si es una trampa? —preguntó Mallinson, pero la respuesta la proporcionó Barnard:

—Si es una trampa caliente y con un buen pedazo de queso, pienso caer en ella encantado.

Se echaron a reír, a excepción de Mallinson, que parecía angustiado y muy nervioso. Al fin, Conway continuó:

—¿Puedo contar entonces con que todos estamos más o menos de acuerdo? Hay un camino evidente recorriendo el valle: no parece demasiado empinado, aunque tendremos que emprenderlo despacio. En cualquier caso, aquí no podríamos hacer nada, ni siquiera enterrar a este hombre, sin

dinamita. Además, la gente del monasterio quizás podrá proporcionarnos porteadores para el trayecto de regreso. Los necesitaremos. Sugiero que nos pongamos en marcha de inmediato; así, si no hemos localizado el lugar al caer la tarde, nos dará tiempo a volver para pasar otra noche en la cabina.

—Y suponiendo que lo localicemos —insistió Mallinson, todavía intransigente—, ¿tenemos alguna garantía de que no vayan a asesinarnos?

—No, ninguna. Pero me parece un riesgo menor, y quizás también preferible a morir de hambre o de frío. —Con la repentina sensación de que esa lógica tan drástica podía no ser adecuada para la ocasión, añadió—: De hecho, que nos asesinen es lo último que deberíamos esperar de un monasterio budista; sería más probable que te mataran en una catedral inglesa.

—Como en Santo Tomás de Canterbury —intervino la señorita Brinklow asintiendo con energía, aunque malinterpretando por completo las palabras de Conway.

Mallinson se encogió de hombros y respondió con melancólica irritación:

—Muy bien, pues salgamos hacia Shangri-La. Sea lo que sea y esté donde esté, intentemos llegar. Y confiemos en que no esté ahí arriba a medio camino de ese pico.

El comentario sirvió para que todos volvieran la mirada hacia la reluciente montaña cónica en el extremo del valle. Se mostraba magnífica a plena luz del día. Y entonces sus ojos se llenaron de asombro, pues a lo lejos, dirigiéndose cuesta abajo hacia ellos, distinguieron figuras humanas.

—¡Ha sido la Divina Providencia! —susurró la señorita Brinklow.

TRES

Una parte de Conway se mantenía siempre en actitud observadora, por muy activo que estuviera el resto. En ese momento, mientras esperaba a que los extraños se acercaran, se negaba a inquietarse a la vez que valoraba qué podría hacerse o no en una serie de posibles contingencias. Y no se trataba de valentía o frialdad, ni de alguna confianza especialmente sublime en su propio poder para tomar decisiones rápidas según lo requirieran las circunstancias. Era, por describirlo desde el peor punto de vista posible, una forma de indolencia, poca disposición a interrumpir el mero interés de su parte observadora en lo que estaba sucediendo.

Cuando las figuras avanzaron valle abajo, pudieron comprobar que se trataba de un grupo de doce o más y de que portaban una silla de manos con toldillo. En ella, al cabo de poco, distinguieron a una persona con una túnica azul. Conway no acertó a imaginar adónde se dirigían, pero la verdad es que parecía providencial, como había dicho la señorita Brinklow, que un destacamento así pasara por allí justo en ese momento. Cuando el grupo se hubo acercado un poco más, Conway se adelantó, apartándose de los demás, aunque sin apresurarse, pues sabía que los orientales disfrutan del ritual del encuentro y les gusta tomarse su tiempo. Se detuvo cuando se hallaba a unos metros de distancia, y se inclinó con la debida cortesía. Para su sorpresa, la figura de la túnica se levantó de la silla, se le acercó con digna parsimonia y le tendió la mano. Conway se la estrechó y lo observó con atención: era un chino de cierta edad, ya anciano tal vez, de cabello cano, bien afeitado y algo paliducho, pero elegante en su atuendo de seda bordada. A su vez, él parecía estar sometiendo a Conway a un examen similar. Luego, en un inglés preciso, quizás demasiado impecable, dijo:

—Vengo del templo *lamaísta* de Shangri-La.

Conway hizo otra inclinación y, tras una adecuada pausa, procedió a explicar brevemente las circunstancias que los habían traído a él y a sus tres compañeros a una parte tan poco frecuentada del mundo. Al final de la perorata, el chino hizo un gesto de asentimiento.

—Es sorprendente, desde luego —repuso, y observó el avión dañado, pensativo. Luego agregó—: Me llamo Chang, y le agradecería que me presentara a sus amigos.

Conway se las apañó para sonreír de modo cortés. Se sentía cautivado por aquel fenómeno: un chino que hablaba un inglés perfecto y observaba las formalidades sociales de Bond Street en medio de un paraje desolado del Tíbet. Se volvió hacia los demás, que para entonces habían llegado a su altura y presenciaban el encuentro con diversos grados de asombro.

—La señorita Brinklow… El señor Barnard, de Estados Unidos… El señor Mallinson… y yo me llamo Conway. Todos estamos encantados de verle, aunque esta reunión sea casi tan desconcertante como el hecho de que estemos aquí. De hecho, estábamos a punto de dirigirnos a su monasterio, por lo que esto es doblemente afortunado. Si pudiera darnos las indicaciones para el trayecto…

—No es necesario. Estaré encantado de servirles de guía.

—No quisiera causarle tantas molestias. Es muy amable por su parte, pero si la distancia no es muy grande…

—No queda lejos, aunque tampoco es un camino fácil. Será todo un honor para mí acompañarles a usted y sus amigos.

—Pero de verdad que…

—Debo insistir.

Conway se dijo que aquella discusión, en el contexto de aquel lugar y de aquellas circunstancias, corría el riesgo de volverse ridícula.

—Muy bien —accedió—. Estoy seguro de que todos le estamos muy agradecidos.

Mallinson, que había soportado con gesto sombrío aquellas fórmulas de cortesía, intervino entonces con un tono mordaz que recordó al que usaba en los barracones.

—Nuestra estancia no será larga —anunció con aspereza—. Pagaremos por cuanto consumamos, y nos gustaría contratar a algunos de sus hombres para que nos ayuden en nuestro viaje de regreso. Queremos volver a la civilización lo antes posible.

—¿Tan seguro está de hallarse lejos de ella?

Aquella pregunta, planteada con suma delicadeza, no hizo sino irritar aún más al joven, que añadió con mayor acritud:

—Estoy bastante seguro de hallarme muy lejos de donde quiero estar, al igual que todos nosotros. Le agradecemos que nos ofrezca refugio temporal, pero aún le agradeceremos más que nos proporcione los medios necesarios

para nuestro regreso. ¿Cuánto tiempo calcula que nos llevará el viaje hasta la India?

—La verdad es que no sabría decirlo.

—Bueno, pues confío en que no nos surja ningún problema al respecto. Tengo cierta experiencia en la contratación de porteadores nativos, y esperamos que utilice su influencia para conseguirnos un trato ventajoso.

Conway tuvo la sensación de que toda esa hostilidad era innecesaria, y estaba a punto de intervenir cuando llegó la respuesta de Chang, con enorme dignidad:

—Solo puedo asegurarle, señor Mallinson, que será tratado con toda consideración y que finalmente no lo lamentará.

—¿Finalmente? —exclamó Mallinson pillando al vuelo la palabra, pero fue fácil evitar una escena cuando vio que les ofrecían vino y fruta que habían sacado de sus fardos los integrantes de la procesión, tibetanos fornidos envueltos en pieles de borrego, con gorros peludos y botas de pellejo de yak. El vino tenía un sabor agradable, no muy distinto del de un buen blanco alemán, y la fruta incluía mangos bien maduros y tan deliciosos que casi dolía después de tantas horas de ayuno. Mallinson comía y bebía con placer y sin cuestionarse nada; pero Conway, liberado de las preocupaciones inmediatas y reacio a plantearse las futuras, se preguntó cómo podían cultivar mangos a semejante altitud. También se interesó por la montaña en el extremo del valle: era un pico sensacional, desde cualquier punto de vista, y le sorprendía que ningún viajero cantara sus alabanzas en los libros a los que siempre daban pie las expediciones por el Tíbet. Se dedicó a escalarla mentalmente mientras la miraba, eligiendo una ruta a través de un collado, hasta que una exclamación de Mallinson lo hizo regresar a la realidad; se volvió y reparó en que el chino lo observaba con atención.

—¿Estaba contemplando la montaña, señor Conway?

—Sí. Es una vista impresionante. Supongo que tiene un nombre, ¿no?

—Es el monte Karakal.

—No creo haber oído hablar nunca de él. ¿Es muy alto?

—Tiene más de ocho mil quinientos metros.

—¿En serio? No sabía que hubiera nada de esa escala fuera del Himalaya. ¿Se ha documentado convenientemente? ¿Quién ha hecho las mediciones?

—¿A usted qué le parece, mi querido señor? ¿Hay acaso alguna incompatibilidad entre la vida monástica y la trigonometría?

Conway le dio vueltas con fruición a aquella pregunta y por fin respondió:

—Oh, no, no, en absoluto, en absoluto. —Luego se rio con amabilidad. Pensó que como broma no era gran cosa, pero tal vez valiera la pena sacarle el máximo partido. Poco después partieron hacia Shangri-La.

El ascenso prosiguió durante toda la mañana, despacio y por pendientes poco pronunciadas; pero a tanta altitud hacía falta un esfuerzo físico considerable y a nadie le sobraba energía para hablar. El chino viajaba con todo lujo en su silla, algo que habría podido parecer poco caballeroso si no hubiera sido absurdo imaginar a la señorita Brinklow en tan regio artilugio. Conway, a quien el aire enrarecido le producía menos molestias que al resto, se esforzaba en captar la charla ocasional de los porteadores de la silla. Sabía muy poco tibetano, apenas el suficiente para deducir que los hombres se alegraban de regresar a la *lamasería*[6]. Aunque le hubiera gustado, no pudo seguir conversando con su líder, pues este, con los ojos cerrados y la cara medio oculta tras los cortinajes, parecía tener la habilidad de sumirse en un sueño instantáneo y oportuno.

Entretanto, el sol los calentaba; el hambre y la sed habían quedado apaciguadas, si no satisfechas; y el aire, puro como si fuera de otro planeta, se volvía más preciado con cada nueva inhalación. Había que respirar consciente y deliberadamente, algo que, si bien resultaba desconcertante al principio, provocaba al cabo de un tiempo una paz mental casi extática. Todo el cuerpo se movía según un único ritmo que incluía respirar, caminar y pensar; los pulmones ya no cumplían con su función de forma discreta y automática, sino que se les había impuesto la armonía con la mente y las extremidades. A Conway, que aunaba una vena mística en curiosa confraternización con el escepticismo, aquella sensación le resultaba desconcertante pero agradable. En un par de ocasiones le dirigió unas palabras alegres a Mallinson, pero el joven estaba inmerso en el penoso esfuerzo del ascenso. Barnard también soltaba jadeos asmáticos, mientras que la señorita Brinklow estaba enzarzada en alguna sombría guerra pulmonar que por alguna razón se empeñaba en ocultar.

—Ya estamos casi en la cima —le dijo Conway con tono alentador.

—Una vez tuve que correr para llegar a un tren y me sentí justo así —respondió ella.

De modo que había gente, reflexionó Conway, que no distinguía la sidra del champán. Era una cuestión de paladares.

Se sorprendió al descubrir que más allá de su perplejidad, apenas tenía dudas, y ninguna venía de sí mismo. Había momentos en la vida en los que

uno abría de par en par su alma, igual que abriría la cartera si el entretenimiento de una noche tuviera un coste inesperado, pero también supusiera una novedad inesperada. Aquella mañana, sin aliento ante el Karakal, Conway respondía de buen grado y con alivio, pero sin agitación, al ofrecimiento de una nueva experiencia. Tras diez años en distintas partes de Asia, se había vuelto algo maniático a la hora de valorar lugares y acontecimientos, y debía reconocer que aquel sitio prometía ser insólito.

Cuando llevaban unos tres kilómetros recorriendo el valle, la pendiente se volvió más escarpada, pero para entonces el sol se había ocultado y una niebla plateada emborronaba la vista. Truenos y avalanchas resonaban en los campos de nieve en las alturas; el aire se enfrió y poco después, fruto del cambio brusco de temperatura en las zonas montañosas, se volvió glacial. Una súbita ráfaga de viento y aguanieve dejó al grupo empapado y aumentó enormemente su malestar; incluso Conway, en un momento dado, tuvo la sensación de que sería imposible llegar mucho más lejos. Pero poco después pareció que hubieran alcanzado la cumbre, pues los porteadores de la silla de manos se detuvieron para reajustar su carga. El estado de Barnard y Mallinson, que sufrían mucho, provocó un nuevo retraso; pero era evidente que los tibetanos estaban ansiosos por seguir adelante, y les indicaron mediante gestos que el resto del trayecto sería menos fatigoso.

Después de esas garantías, se decepcionaron al ver cómo desenrollaban unas cuerdas.

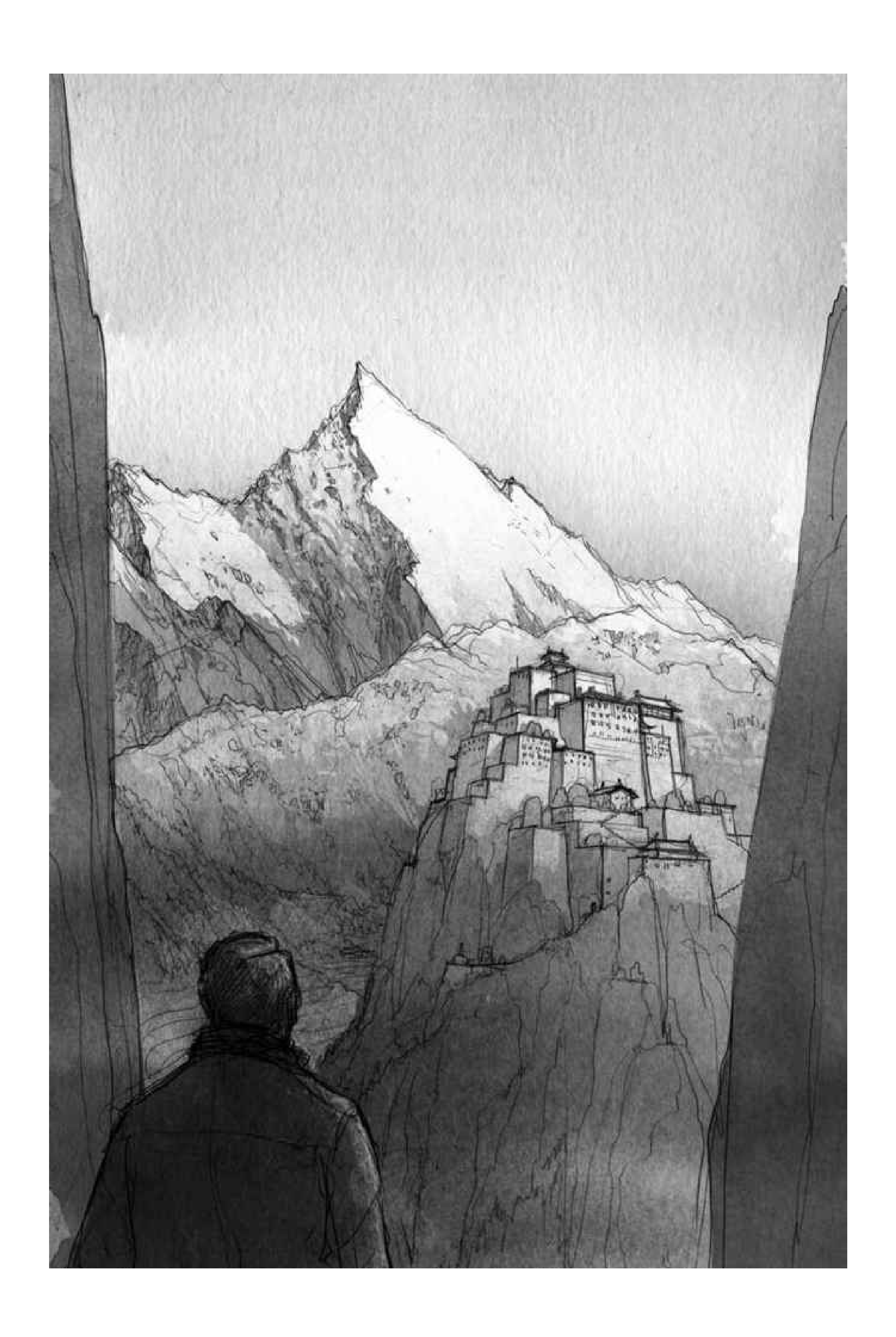
—¿Pretenden ahorcarnos ya? —logró exclamar Barnard a modo de broma desesperada.

Pero los guías no tardaron en dejar clara su intención, menos siniestra, de atar a los miembros del grupo entre sí del modo en que lo suelen hacer los montañeros. Cuando repararon en que Conway estaba familiarizado con el uso de cuerdas de escalada, se volvieron mucho más respetuosos y le permitieron disponer el grupo a su manera. Se situó con Mallinson, con tibetanos delante y detrás, y con Barnard y la señorita Brinklow y otros tibetanos a sus espaldas. No tardó en advertir que los hombres, durante el sueño ininterrumpido de su líder, le permitieron reemplazarlo. Experimentó el familiar estímulo que proporciona la autoridad; si les esperaba alguna dificultad, les transmitiría su confianza y sus dotes de mando, pues se sabía poseedor de ambas. Había sido un montañero de primera clase en su tiempo, y todavía se las apañaría bien, sin duda.

—Tiene que cuidar de Barnard —le dijo a la señorita Brinklow, solo medio en broma, y ella respondió con la falsa molestia de un águila:

—Haré cuanto pueda, pero nunca me habían atado así, ¿sabe?

La siguiente etapa, aunque a ratos emocionante, resultó menos ardua de lo previsto y supuso un alivio para la tensión pulmonar del ascenso. La senda consistía en un corte transversal en una pared de roca cuya cumbre sobre ellos quedaba oculta por la niebla. Por suerte, tal vez, también ocultaba el abismo al otro lado, a pesar de que a Conway, que tenía buen ojo para las alturas, le hubiera gustado distinguir dónde estaba.



El sendero tenía apenas tres palmos de ancho en algunos puntos, y la forma en que los porteadores maniobraban en ellos con la silla le despertó casi tanta admiración como los nervios de acero de su ocupante, capaz de seguir durmiendo pese a todo. Los tibetanos eran dignos de confianza, pero parecieron más contentos cuando el camino se ensanchó y se inclinó un poco cuesta abajo. Luego empezaron a cantar entre ellos, melodías bárbaras que Conway pudo imaginar orquestadas por Massenet para algún *ballet* tibetano. Dejó de llover y el aire se volvió menos frío.

—La verdad es que ahora estoy bastante seguro de que nunca habríamos encontrado el camino por nuestros propios medios —dijo, procurando que su tono fuera alegre, pero Mallinson no encontró el comentario muy reconfortante. Estaba aterrado, de hecho, y ahora que lo peor ya había pasado existía un mayor riesgo de que lo demostrara.

—¿Y tú crees que nos habríamos perdido gran cosa? —fue su amarga respuesta.

El sendero continuó descendiendo, más bruscamente ahora, y en un punto Conway encontró varios *edelweiss*[7], primer grato indicio de tierras más hospitalarias. Pero cuando se lo señaló a Mallinson no le supuso el menor consuelo.

—Madre mía, Conway, ¿te has creído que andas brincando por los Alpes? A qué lugar de mala muerte nos dirigimos: he ahí lo que me gustaría saber. Y cuál será nuestra estrategia cuando lleguemos allí. ¿Qué diantre vamos a hacer?

Conway respondió en voz baja:

—Si hubieras pasado por todas las experiencias que he vivido yo, sabrías que hay momentos en la vida en que lo más cómodo es no hacer nada en absoluto. Las cosas te ocurren y tan solo dejas que sucedan. La guerra era así. Tenías suerte si, como en esta ocasión, un toque de novedad venía a sazonar lo desagradable.

—Te has puesto demasiado filosófico para mi gusto, me confundes. No te dio esa vena durante los disturbios en Baskul.

—Claro que no, porque entonces tenía la posibilidad de poder alterar los acontecimientos mediante mis propios actos. Pero ahora, al menos por el momento, no existe tal posibilidad. Estamos aquí porque estamos aquí, si quieres un motivo. A mí suele parecerme tranquilizador.

—Supongo que te das cuenta del terrible esfuerzo que va a suponernos volver por donde hemos venido. Durante la última hora hemos estado reptando por una ladera casi vertical; he reparado en ello.

—Yo también.

—¿En serio? —Mallinson tosió con nerviosismo—. Me atrevo a decir que estoy siendo un incordio, pero no puedo evitarlo. Desconfío de todo esto. Tengo la sensación de que estamos haciendo lo que estos tipos quieren que hagamos; esto es una encerrona.

—Incluso si lo es, la única alternativa era mantenerse al margen y morir.

—Sé que eso es lógico, pero no parece servirme de nada. Me temo que no me resulta tan fácil como a ti aceptar la situación. No puedo olvidar que hace dos días estábamos en el consulado en Baskul; pensar en todo lo que ha sucedido desde entonces es un poco abrumador para mí. Lo siento, estoy muy alterado. Esto me hace comprender que tuve mucha suerte de perderme la guerra; supongo que todo aquello me habría puesto histérico. El mundo entero parece haberse vuelto completamente loco a mi alrededor. Y yo mismo debo estar bastante chiflado para hablarte así.

Conway negó con la cabeza.

—Mi querido muchacho, en absoluto. Tienes veinticuatro años y estás en algún lugar a cuatro o cinco mil metros de altitud: son razones suficientes para cualquier cosa que estés sintiendo en este momento. Creo que has pasado por una terrible experiencia de manera extraordinaria, mejor de lo que lo habría hecho yo a tu edad.

—Pero ¿no tienes la impresión de que todo esto es una locura? La forma en que sobrevolamos esas montañas, la horrible espera a merced del viento, la muerte del piloto, y luego el encuentro con estos tipos… ¿no te parece todo una pesadilla increíble cuando miras atrás?

—Sí, por supuesto.

—Entonces me gustaría saber cómo te las apañas para permanecer tan tranquilo pase lo que pase.

—¿De verdad quieres saberlo? Te lo diré si quieres, aunque es posible que me consideres un cínico: porque muchas otras cosas que veo cuando miro atrás también me parecen de pesadilla. Esta no es la única parte chiflada del mundo, Mallinson. Al fin y al cabo, si insistes en pensar en Baskul, ¿recuerdas, justo antes de que nos fuéramos, cómo los revolucionarios torturaban a sus cautivos para obtener información? Con algo tan vulgar como esos rodillos para escurrir la ropa; no creo haber visto nunca nada tan terriblemente cómico. ¿Y recuerdas el último mensaje que llegó antes de que nos cortaran las comunicaciones? ¡Era una circular de una empresa textil de Manchester para preguntarnos si había mercado en Baskul para la venta de corsés! ¿No es lo bastante absurdo para ti? Créeme, al llegar aquí lo peor que

puede haber pasado es que hayamos intercambiado una forma de locura por otra. Y en cuanto a la guerra, si hubieras estado en ella, habrías hecho lo mismo que yo: aprender a pasar miedo sin perder la compostura.

Todavía estaban conversando cuando un ascenso brusco aunque breve los dejó sin aliento, sumiéndolos en unos cuantos pasos en las penalidades de antes. Al poco, el terreno volvió a allanarse y emergieron de la niebla a un aire claro y soleado. Más allá, a poca distancia, se hallaba el monasterio de Shangri-La.

Para Conway, que lo vio primero, podría haber sido una visión que revoloteaba fuera de aquel ritmo solitario en el que la falta de oxígeno había perturbado sus facultades. Era, en efecto, un espectáculo extraño y casi increíble. Un grupo de pabellones de colores se aferraban a la ladera de la montaña, pero no con la sombría deliberación de un castillo de Renania, sino más bien con la fortuita delicadeza de pétalos de flores que emergen de un peñasco. Era un lugar magnífico y exquisito. Una emoción austera lo hacía a uno levantar la vista desde los tejados de un azul lechoso hasta el bastión de roca gris en lo alto, tan tremendo como el Wetterhorn sobre Grindelwald. Más allá, en una pirámide deslumbrante, se alzaban las laderas nevadas del Karakal. Conway se dijo que bien podría ser el paisaje montañoso más aterrador del mundo, e imaginó la enorme tensión de la nieve y los glaciares contra la roca, que hacía las veces de un gigantesco muro de contención. Algún día, tal vez, la montaña podría partirse en dos y la mitad del esplendor helado del Karakal se desplomaría en el valle. Se preguntó si lo remoto de aquel riesgo combinado con su temor podría incluso resultar un agradable estímulo.

Al mirar hacia abajo, el panorama apenas resultaba menos atractivo, pues la pared de la montaña continuaba descendiendo, casi en vertical, hasta una hendidura que solo podía haber sido fruto de algún cataclismo en un pasado lejano. El fondo del valle, brumoso y distante, acogía la mirada con una explosión de verdor; protegido de los vientos y bajo la custodia, más que el dominio, del monasterio, a Conway se le antojó un lugar deliciosamente favorecido, aunque de estar habitado, sus gentes se hallarían aisladas de todo por las elevadas cumbres imposibles de escalar en el lado más lejano. Solo la *lamasería* parecía contar con alguna clase de posible salida escalable. Mientras observaba, Conway experimentó una leve punzada de aprensión; quizás las dudas de Mallinson no debían descartarse por completo. Pero aquella impresión fue solo momentánea, y no tardó en fundirse en la

sensación más profunda, mitad mística, mitad visual, de haber llegado a un lugar que era un fin en sí mismo, un objetivo.

Después no recordaría con exactitud cómo habían llegado al monasterio, ni con qué formalidades los recibieron y procedieron a desatarlos y conducirlos al interior del recinto. El aire purísimo tenía una textura de ensueño, a juego con el azul porcelánico del cielo; con cada aliento y cada mirada se sentía invadido por una profunda tranquilidad anestesiante que lo volvía inmune por igual a la inquietud de Mallinson, las ocurrencias de Barnard y el recatado retrato de la señorita Brinklow de una dama bien preparada para lo peor. Recordaba un poco la sorpresa de encontrarse en un interior espacioso, cálido y limpio; pero solo hubo tiempo para reparar apenas en esas cualidades, porque el chino se había apeado de su silla con toldillo y ya abría camino a través de varias antecámaras. Se mostraba ahora bastante afable.

—Les debo una disculpa —dijo— por dejarlos solos durante el camino, pero la verdad es que los viajes de ese tipo no me convienen, y tengo que cuidarme. Confío en que no se hayan fatigado demasiado.

—Nos las hemos apañado —respondió Conway con una sonrisa irónica.

—Excelente. Y ahora, si me acompañan, les mostraré sus habitaciones. Sin duda querrán darse un baño. Nuestro alojamiento es sencillo, pero espero que lo encuentren aceptable.

En ese punto, Barnard, todavía con dificultades para respirar, dio rienda suelta a una risita asmática.

—Bueno —jadeó—, no puedo decir que su clima me guste todavía, porque este aire se me pega un poco al pecho, pero es cierto que tienen hermosas vistas desde las ventanas delanteras. ¿Tenemos que hacer cola para el cuarto de baño, o esto es un hotel americano?

—Creo que lo encontrará todo bastante satisfactorio, señor Barnard.

La señorita Brinklow asintió con gesto remilgado.

—Lo mismo espero yo.

—Y después —continuó el chino—, me sentiré muy honrado si todos ustedes me acompañan en la cena.

Conway respondió cortésmente. Mallinson era el único que no mostraba reacción alguna ante aquellas comodidades inesperadas. Al igual que Barnard, había padecido con la altitud, pero en ese momento, con gran esfuerzo, encontró el aliento necesario para exclamar:

—Y después, también, si no le importa, haremos planes para salir de aquí. Cuanto antes, mejor, en lo que a mí respecta.

CUATRO

—Como ven —decía Chang—, no somos tan bárbaros como esperaban…

Conway no estaba dispuesto a negarlo, ni mucho menos. Unas horas más tarde, estaba disfrutando de la velada y de una agradable mezcla de bienestar físico y alerta mental: de todas las sensaciones, aquella le parecía la más verdaderamente civilizada. Hasta el momento, las comodidades en Shangri-La habían estado a la altura de sus deseos; de hecho, los habían superado con creces. Que un monasterio tibetano poseyera un sistema de calefacción central no era tan digno de mención, quizás, en una época en la que había teléfonos incluso en Lhasa; pero que combinara los aspectos prácticos de la higiene occidental con tantas otras cosas orientales y tradicionales sí le parecía muy singular. La bañera en la que tanto había disfrutado un rato antes, por ejemplo, era de una delicada porcelana verde y se había fabricado, según la inscripción, en Akron, Ohio. Sin embargo, el mozo nativo lo había asistido a la manera china, limpiándole las orejas y las fosas nasales, y pasándole un fino hisopo de seda bajo los párpados inferiores. En ese momento se preguntó si sus tres compañeros estarían recibiendo atenciones similares y cómo se las tomarían.

Conway había vivido durante casi una década en China, no siempre en las ciudades más grandes; y, bien mirado, había sido la época más feliz de su vida. Los chinos le caían bien y se sentía como en casa con sus costumbres. En particular, le gustaba la cocina, con sus sutiles matices; y su primera comida en Shangri-La le produjo por tanto una satisfacción que le era familiar. También sospechaba que podría haber contenido alguna hierba o droga para proporcionar un alivio respiratorio, pues no solo notaba una diferencia él mismo, sino que era capaz de captar una mejora entre sus compañeros. Reparó en que Chang apenas comía nada aparte de una pequeña ración de ensalada verde, y en que no tomaba vino.

—Tendrán que disculparme —había explicado al principio—, pero mi dieta es muy limitada; tengo que cuidarme.

Era la misma excusa que había dado antes, y Conway se preguntó qué forma de invalidez sufriría. Ahora que lo veía más de cerca, le costaba adivinar su edad: las facciones menudas y de alguna manera poco definidas, junto con la textura de arcilla húmeda de su piel, le proporcionaban un aspecto que podría haber sido el de un joven convertido en un viejo prematuro o el de un anciano muy bien conservado. Sin embargo no carecía de cierto atractivo; lo rodeaba un aura de cortesía formal, como una fragancia tan delicada que uno solo la detectaba cuando había dejado de pensar en ella. Con su túnica bordada de seda azul, con los típicos faldones con cortes laterales sobre unos pantalones ajustados en los tobillos, todo en un tono de cielo de acuarela, irradiaba un encanto metálico y algo frío que Conway encontraba agradable, aunque sabía que no sería del gusto de todos.

La atmósfera, de hecho, era más china que específicamente tibetana, algo que por sí solo le daba a Conway la agradable sensación de estar en casa, aunque de nuevo no podía esperar que los demás la compartieran. La habitación también era de su agrado, con sus perfectas proporciones y su escasa decoración a base de tapices y un par de finas piezas lacadas. La luz la proporcionaban farolillos de papel, inmóviles en el aire quieto. Sentía una paz relajante de mente y cuerpo, y sus renovadas conjeturas sobre alguna posible droga no le causaban aprensión. Fuera lo que fuese, si existía siquiera, había aliviado la falta de aliento de Barnard y la agresividad de Mallinson; ambos habían cenado bien, encontrando más satisfacción en la comida que en la conversación. Conway, también bastante hambriento, no lamentó que la etiqueta exigiera un abordaje gradual de los asuntos de importancia. Nunca le había agradado apresurar una situación que fuera en sí misma agradable, por lo que aquella convención le parecía bien. De hecho, fue solo cuando hubo encendido un cigarrillo que dio suave rienda a su curiosidad y comentó, dirigiéndose a Chang:

—Parecen formar una comunidad afortunada, y muy hospitalaria con los forasteros. Me imagino que no los reciben a menudo, sin embargo.

—Muy rara vez —respondió el chino con prudente solemnidad—. Los viajeros no frecuentan mucho esta parte del mundo.

Esas palabras hicieron sonreír a Conway.

—A eso se le llama decirlo suavemente. Al llegar, me ha parecido el lugar más aislado que haya visto nunca. Aquí podría florecer una cultura aparte, sin contaminación del mundo exterior.

—¿Sin contaminación, dice?

—Utilizo la palabra para referirme a orquestas de baile, cines, letreros luminosos y esa clase de cosas. Su instalación de fontanería es, eso sí, tan moderna como la que más; he ahí el único beneficio claro, en mi opinión, que Oriente puede tomar de Occidente. A menudo pienso que los romanos fueron afortunados: su civilización llegó a disfrutar de baños calientes sin acercarse al funesto conocimiento de la maquinaria.

Conway hizo una pausa. Había estado hablando con una soltura espontánea que, pese a no ser hipócrita, sí pretendía crear y controlar una atmósfera. Esas cosas se le daban bastante bien. Solo la voluntad de corresponder a la sutil cortesía de la ocasión le impedía ser más abiertamente curioso.

La señorita Brinklow, sin embargo, no tenía tales escrúpulos.

—Por favor —intervino, aunque su tono no fue manso en absoluto—, ¿querrá hablarnos del monasterio?

Chang arqueó las cejas en un leve gesto de desaprobación ante el tono apremiante de la misionera.

—Será un gran placer hacerlo, señora, en la medida que pueda. ¿Qué desea saber en concreto?

—En primer lugar, cuántos de ustedes hay aquí y de qué nacionalidades son. —Era evidente que su ordenada cabeza estaba funcionando con la misma eficacia que en la sede de la misión en Baskul.

Chang procedió a responderle:

—Hay unos cincuenta que han alcanzado la plena condición de maestros y algunos, como yo, que aún no hemos llegado a la fase de iniciación; es de esperar que lo hagamos a su debido tiempo. Hasta entonces somos «medio-lamas»; postulantes, podría decirse. En cuanto a nuestros orígenes raciales, entre nosotros hay representantes de muchas naciones, aunque la mayoría, como es natural, somos tibetanos y chinos.

La señorita Brinklow nunca se resistía a sacar una conclusión, aunque fuera equivocada.

—Ya veo. De modo que en realidad se trata de un monasterio de indígenas. ¿Y su líder lama es tibetano o chino?

—No.

—¿Hay ingleses?

—Varios.

—Vaya, vaya… pues me parece extraordinario. —La señorita Brinklow solo se detuvo a tomar aliento antes de continuar—: Y ahora, dígame cuáles son sus creencias.

Conway se arrellanó en la silla con divertida curiosidad. Siempre le había gustado observar el choque de mentalidades opuestas; y la franqueza de niña exploradora de la señorita Brinklow aplicada a la filosofía *lamaísta* prometía resultar entretenida. Por otro lado, no deseaba que su anfitrión se asustara.

—Esa es una gran pregunta —comentó con la intención de ganar tiempo.

Pero la señorita Brinklow no estaba para andarse con prudencias. El vino, que había apaciguado a los demás, parecía haberle dado a ella más vitalidad.

—Yo creo en la religión verdadera, claro —declaró con gesto magnánimo —, pero tengo la suficiente amplitud de miras para admitir que otras personas, y me refiero a los extranjeros, a menudo son sinceros en sus puntos de vista. Y, por supuesto, en un monasterio no esperaría que estuvieran de acuerdo conmigo.

Su concesión suscitó una reverencia formal en Chang.

—Pero ¿por qué no, señora? —respondió en su inglés preciso y exquisito —. ¿Debemos sostener que si una religión es verdadera todas las demás tienen por fuerza que ser falsas?

—Bueno, pues sí, me parece obvio, ¿no?

Conway volvió a intervenir.

—Me parece que haríamos mejor en no discutir. Pero tengo la misma curiosidad que la señorita Brinklow por conocer el motivo de la existencia de una comunidad única como esta.

Chang respondió despacio y con una voz que fue poco más que un susurro:

—Por expresarlo con pocas palabras, estimado señor, diría que nuestra creencia predominante es la moderación. Inculcamos la virtud de evitar el exceso de todo tipo, incluyendo, si me perdonan la paradoja, el exceso de virtud mismo. En el valle que han visto, donde viven varios miles de habitantes bajo el control de nuestra orden, hemos comprobado que ese principio produce un grado considerable de felicidad. Gobernamos con moderado rigor, y a cambio nos sentimos satisfechos con una obediencia moderada. Y creo poder afirmar que nuestra gente es moderadamente sobria, moderadamente casta y moderadamente honrada.

Conway sonrió. Se dijo que era una buena forma de expresarlo, además de que cuadraba con su propio temperamento.

—Creo que lo entiendo. Y supongo que los hombres que nos encontraron esta mañana forman parte de esa gente suya del valle, ¿no?

—Sí. Espero que no tengan queja de su comportamiento durante el trayecto hasta aquí.

—Oh, no, ninguna en absoluto. En todo caso, me alegro de que su paso fuera más que moderadamente firme. Por cierto, ha tenido mucho cuidado al decir que la norma de la moderación se les aplica a ellos… ¿debo entender que no ocurre otro tanto con ustedes los monjes?

Pero Chang solo pudo negar con la cabeza.

—Lamento decir, señor, que ha mencionado una cuestión de la que no puedo hablar. Solo puedo añadir que en nuestra comunidad hay religiones y prácticas distintas, pero la mayoría somos moderadamente sacrílegos al respecto. Siento muchísimo no poder decir más en este momento.

—Por favor, no se disculpe. Hacer conjeturas me resulta de lo más agradable.

Algo en su propia voz, así como en sus sensaciones corporales, volvió a darle a Conway la impresión de que lo habían drogado un poco. Mallinson parecía verse afectado por lo mismo, aunque aprovechó la oportunidad para comentar:

—Todo esto ha sido muy interesante, pero creo que va siendo hora de que empecemos a hablar de nuestros planes para salir de aquí. Queremos regresar a la India lo antes posible. ¿Cuántos porteadores pueden proporcionarnos?

La pregunta, tan práctica e intransigente, atravesó la corteza de cortés afabilidad y no encontró asidero debajo; la respuesta de Chang solo llegó tras un largo intervalo:

—Por desgracia, señor Mallinson, no soy la persona adecuada a quien recurrir para eso. Pero, de cualquier manera, no me parece que la cuestión pueda resolverse de inmediato.

—¡Pero tiene que resolverse de algún modo! Todos tenemos un trabajo al que volver, y nuestros amigos y parientes estarán preocupados por nosotros; sencillamente, tenemos que regresar. Le agradecemos mucho que nos haya acogido así, pero de verdad que no podemos quedarnos aquí sin hacer nada. Si es factible, nos gustaría ponernos en marcha mañana a más tardar. Espero que haya muchos entre su gente que se ofrezcan voluntarios para acompañarnos; les compensaremos con generosidad, por supuesto.

Mallinson acabó su perorata con nerviosismo, como si hubiera esperado una respuesta antes de tener que hablar tanto, pero solo pudo sacarle a Chang unas palabras en voz baja y casi en tono de reproche:

—Pero me temo que eso apenas está en mi mano.

—¿No me diga? Bueno, pues es posible que pueda hacer algo, en cualquier caso. Ayudaría por ejemplo que nos consiguiera un mapa a gran

escala de la zona. Parece que tenemos un largo viaje por delante, razón de más para partir temprano. Tienen mapas, supongo…

—Sí, tenemos muchos.

—Pues tomaremos prestados algunos, si no le importa. Podemos devolvérselos más adelante; supongo que se comunicarán con el mundo exterior de vez en cuando. Y sería buena idea enviar mensajes con antelación, también, para tranquilizar a nuestros amigos. ¿A qué distancia queda la línea telegráfica más cercana?

El rostro arrugado de Chang parecía lucir una expresión de paciencia infinita, pero no respondió.

Mallinson esperó unos instantes y luego continuó.

—Vamos a ver, ¿adónde dirigen sus peticiones cuando quieren algo? Me refiero a cualquier cosa civilizada.

En sus ojos y en su voz empezaban a asomar indicios de miedo. De repente, echó atrás la silla y se puso en pie. Estaba pálido y se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Estoy tan cansado… —balbució mirando alrededor—. No me parece que ninguno trate de ayudarme de verdad. —Se dirigió de nuevo a Chang—. Solo le he hecho una pregunta bien simple, y es evidente que conoce la respuesta. Cuando hicieron instalar todos esos baños modernos, ¿cómo llegaron hasta aquí?

Siguió otro silencio.

—¿Se niega a contármelo? Forma parte del misterio, como todo lo demás, supongo. Maldita sea, Conway, debo decir que me pareces muy negligente… ¿por qué no llegas al fondo de todo esto? Ahora mismo estoy… totalmente agotado, pero mañana… de verdad que mañana debemos salir de aquí… es esencial…

Habría caído al suelo de no haberlo agarrado Conway, que luego lo ayudó a sentarse en una silla. Allí se recuperó un poco, pero no habló más.

—Mañana estará mucho mejor —dijo Chang con delicadeza—. Se hace difícil respirar este aire al principio, para un extraño, pero uno no tarda en aclimatarse.

El propio Conway se sentía como quien despierta de un trance.

—Las cosas han sido un poco difíciles para él —comentó con tono tristón, y añadió, con mayor energía—: Diría que todos nos sentimos así en cierto sentido… Creo que será mejor que dejemos esta discusión para otro momento y que nos vayamos a la cama. Barnard, ¿querrás hacer el favor de cuidar de Mallinson? Y estoy seguro de que usted también necesita dormir, señorita

Brinklow. —Su anfitrión había dado alguna clase de señal, porque en ese momento apareció un criado—. Sí, nos apañaremos… buenas noches, buenas noches… no tardaré en seguirles.

Conway casi los hizo salir a empujones de la habitación, y luego, dejándose de ceremonias, en acusado contraste con su actitud anterior, se volvió hacia su anfitrión. El reproche de Mallinson lo había estimulado.

—Ahora, señor, no quiero entretenerlo demasiado, así que será mejor que vaya al grano. Mi amigo es impetuoso, pero no lo culpo: hace bien en dejar las cosas claras. Nuestro viaje de regreso debe organizarse, y no podemos hacerlo sin su ayuda o la de otros en este lugar. Por supuesto, soy consciente de que salir mañana es imposible, y por mi parte, creo que una estancia mínima aquí me resultará bastante interesante. Pero es muy posible que mis compañeros no compartan esa actitud; de modo que si es cierto, como dice, que usted mismo no puede hacer nada por nosotros, por favor, póngannos en contacto con alguien que sí pueda ayudarnos.

—Es usted más sensato que sus amigos, mi estimado señor, y por lo tanto menos impaciente —dijo el chino—. Me alegro.

—Eso no es una respuesta.

Chang se echó a reír, y la suya fue una carcajada espasmódica y aguda y tan claramente forzada que Conway reconoció en ella la educada farsa ante una broma imaginaria con la que los chinos suelen salvar las apariencias en momentos incómodos.

—Estoy seguro de que no hay razón alguna para que se preocupe por la cuestión —fue la respuesta de Chang al cabo de un intervalo—. Sin duda, a su debido tiempo, podremos brindarle toda la ayuda que necesite. Existen ciertas dificultades, como puede imaginar, pero si todos abordamos el problema con sensatez y sin demasiadas prisas…

—No estoy sugiriendo que corra prisa. Tan solo busco información sobre los porteadores.

—Bueno, mi estimado señor, eso plantea otro problema. Dudo mucho que encuentre con facilidad hombres dispuestos a emprender semejante trayecto. Tienen sus hogares en el valle, y no les gusta abandonarlos para hacer largos y arduos viajes al exterior.

—Sin embargo, es posible convencerlos, sin duda; dígame si no por qué motivo lo escoltaban a usted esta mañana y para llegar adónde.

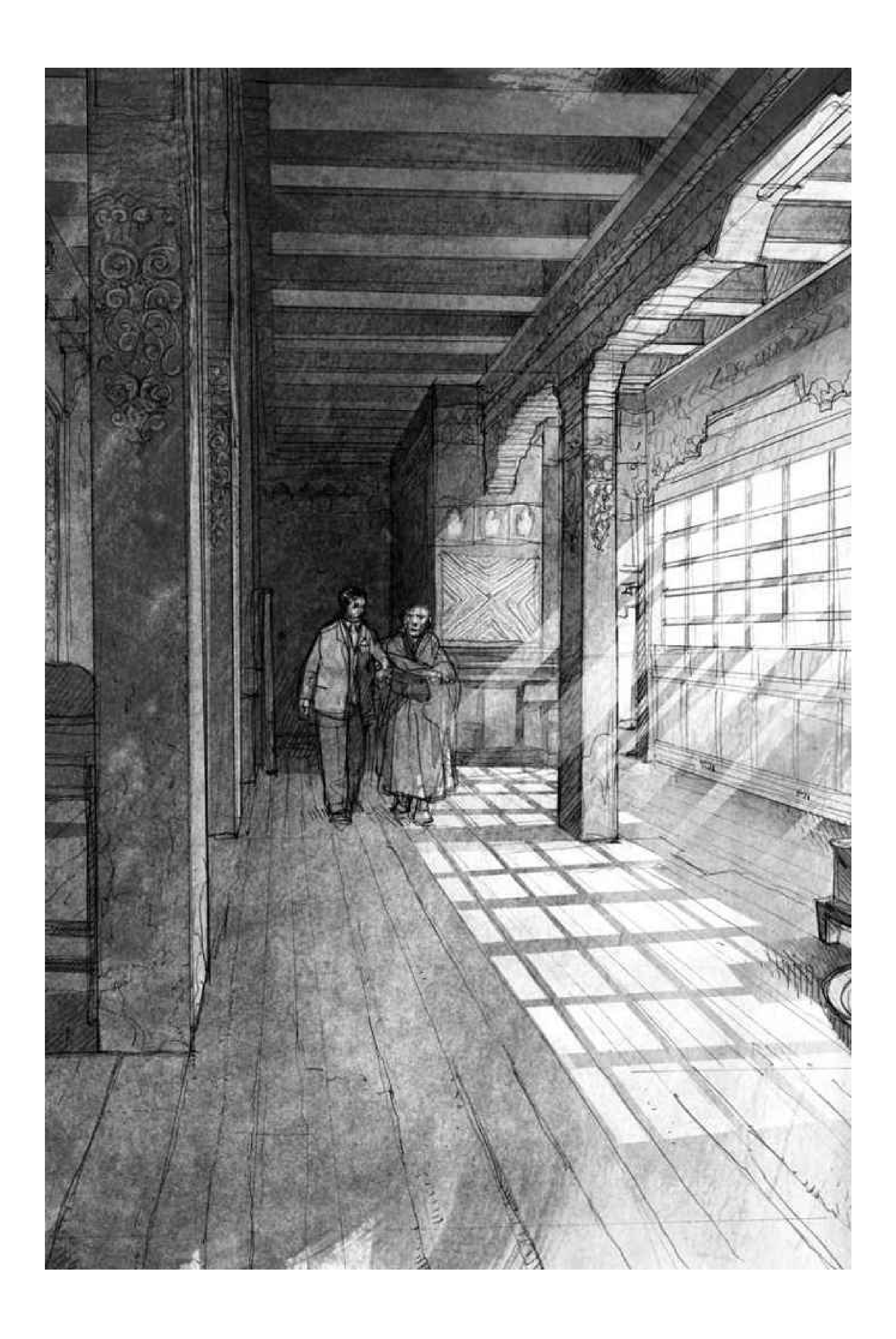
—¿Esta mañana? Oh, eso es otra cuestión.

—¿En qué sentido? ¿No emprendía un viaje cuando mis amigos y yo nos hemos encontrado con usted?

No hubo respuesta a eso, y al poco, Conway continuó en voz más baja:

—Ya entiendo. De modo que no fue un encuentro casual. Me lo he preguntado desde el principio, de hecho. Así que acudió allí adrede, para interceptarnos. Eso sugiere que tuvo que haber sabido de nuestra llegada de antemano. Y la interesante cuestión es: ¿cómo?

Sus palabras imprimieron una nota de presión en la exquisita quietud de la escena. La luz del farol incidió en el rostro del chino: se veía sereno y escultural. De repente, con un pequeño ademán, Chang rompió la tensión; apartando un tapiz de seda, destapó una puerta acristalada que daba a un balcón. Luego, posando una mano en el brazo de Conway, lo condujo al aire frío y cristalino.



—Es un hombre inteligente —dijo con expresión soñadora—, pero no está del todo en lo cierto. Por esa razón, debo aconsejarle que no inquiete a sus amigos con esas discusiones abstractas. Créame, ni usted ni ellos corren peligro en Shangri-La.

—Pero no es el peligro lo que nos preocupa, sino un posible retraso.

—Soy consciente de ello. Y en efecto puede haber cierto retraso, es inevitable.

—Si es solo por poco tiempo, y realmente inevitable, entonces tendremos que soportarlo lo mejor que podamos, por supuesto.

—Qué sensato por su parte, porque nuestro máximo deseo es que usted y sus compañeros disfruten cada momento de su estancia aquí.

—Todo eso está muy bien, y como ya le he dicho, yo mismo no puedo decir que me inquiete mucho; es una experiencia nueva e interesante, y de todas maneras, necesitamos descansar.

Conway alzaba la vista hacia la reluciente pirámide del Karakal. En ese momento, bajo la radiante luz de la luna, parecía que uno fuera capaz de tocar la montaña con solo alargar la mano; se veía cristalina y quebradiza contra la inmensidad azul más allá de ella.

—Mañana puede resultarle más interesante incluso —dijo Chang—. Y en cuanto al descanso, en el mundo no hay muchos lugares mejores que este para aliviar la fatiga.

En efecto, mientras Conway continuaba mirando, lo invadió una sensación mayor de reposo, como si el espectáculo fuera para la mente en igual medida que para los ojos. En contraste con los vendavales de las tierras altas que los habían azotado la noche anterior, apenas soplaba una leve brisa; reparó en que el valle entero era un refugio rodeado de muros de tierra, un puerto protegido por el faro del Karakal. Aquel símil ganó puntos a medida que lo consideraba, pues es cierto que había luz en la cumbre, un brillo azul cielo como el esplendor que reflejaba. Algo lo llevó entonces a preguntar cómo se traducía aquel nombre, y la respuesta de Chang fue como un eco que susurrara su propia reflexión:

—En el dialecto del valle, Karakal significa «Luna Azul» —reveló el chino.

Conway no transmitió su conclusión de que los habitantes de Shangri-La, de algún modo, habían esperado la llegada del grupo. Tenía presente que era su deber comunicarlo y era consciente de la importancia de la cuestión, pero al llegar la mañana su conciencia le inquietaba tan poco, en cualquier sentido

que no fuera teórico, que prefirió no ser causa de mayor preocupación para los demás. Una parte de él insistía en que había algo claramente extraño en aquel lugar, en que la actitud de Chang la víspera no había sido ni mucho menos tranquilizadora, y en que ellos estaban casi prisioneros, por lo menos hasta el momento en que las autoridades de Shangri-La decidieran hacer más por ayudarlos. En efecto, era su deber obligar a aquella gente a actuar. Al fin y al cabo, era un representante del Gobierno británico, como mínimo; era una barbaridad que los monjes de un monasterio tibetano le negaran alguna petición razonable… Esa sería, sin duda, la opinión oficial que se adoptaría en una situación normal; y una parte de Conway era normal y oficial. Nadie podría interpretar mejor que él, en ocasiones, el papel de hombre fuerte; reflexionó con ironía que, durante aquellos últimos días tan difíciles previos a la evacuación, su comportamiento debería haberle reportado por lo menos un título de caballero y una novela digna de un premio escolar y titulada *Con Conway en Baskul*. Asumir el liderazgo de unas decenas de civiles variopintos, mujeres y niños incluidos, buscar refugio para todos en un pequeño consulado durante una apasionada revolución dirigida por agitadores antiextranjeros, y haber intimidado y engatusado a los revolucionarios para que permitieran una evacuación aérea en bloque, era, en su opinión, poco menos que una hazaña. Tal vez tirando de algunos hilos y escribiendo informes interminables podría rascar algo en la lista de honor de la reina de ese año.

Hablando de honores, aquello le había granjeado al menos la ferviente admiración de Mallinson. Por desgracia, el joven debía de sentirse ahora muy decepcionado. Era una lástima, por supuesto, pero Conway se había acostumbrado a caerle bien a la gente solo porque lo malinterpretaban. No era en esencia uno de esos hombres resueltos, de mandíbula fuerte y llenos de vigor que andan levantando imperios; el suyo era en realidad un papel en una obra de un solo acto, que repetía de vez en cuando por convenio con el destino y el Foreign Office, y por un salario que cualquiera podría encontrar en las páginas del almanaque de Whitaker.

Lo cierto era que el rompecabezas de Shangri-La y de su propia llegada allí comenzaba a ejercer en él una fascinación encantadora. En todo caso, le costaba tener dudas a nivel personal. Su empleo oficial siempre tendía a conducirlo a partes extrañas del mundo, y cuanto más extrañas fueran, menos se aburría, por regla general; ¿por qué quejarse entonces de que el azar, y no algún mocoso de Whitehall, lo hubiera enviado a ese lugar, el más extraño de todos?

De hecho, no estaba dispuesto a quejarse en absoluto. Al levantarse esa mañana y ver el suave tono lapislázuli del cielo a través de la ventana, no habría deseado estar en ningún otro lugar de la tierra, ni en Peshawar ni en Piccadilly. Lo alegró comprobar que también a los demás la noche de reposo les había levantado el ánimo. Barnard fue capaz de gastar alegres bromas sobre camas, baños, desayunos y otros placeres hospitalarios. La señorita Brinklow admitió que un registro tenaz de sus aposentos no había revelado ninguno de los inconvenientes para los que tan bien preparada estaba. Incluso Mallinson lucía ahora un aire de complacencia algo enfurruñada.

—Supongo que no saldremos de aquí hoy, al fin y al cabo —murmuró—, a menos que alguien le dé caña en serio al asunto. Estos tipos son los típicos orientales: imposible conseguir que hagan nada de manera rápida y eficiente.

Conway encajó aquel comentario. Mallinson llevaba casi un año fuera de Inglaterra, tiempo suficiente, sin duda, para justificar una generalización que con toda probabilidad seguiría repitiendo cuando llevara veinte. Y tenía razón, por supuesto, hasta cierto punto. Sin embargo, a Conway no le parecía que las razas orientales fueran anormalmente dilatorias, sino más bien que los ingleses y los estadounidenses corrían por el mundo en un estado febril continuo y bastante absurdo. No esperaba de ninguna manera que sus compañeros occidentales compartieran semejante punto de vista, pero cuantos más años cumplía y más experiencia acumulaba más de acuerdo estaba con él. Por otro lado, no cabía duda de que Chang era de los que se andaban con sofismas y de que la impaciencia de Mallinson estaba por tanto bastante justificada. Conway tuvo el leve deseo de poder sentirse impaciente también; de ese modo todo habría sido mucho más fácil para el joven.

—Creo que será mejor esperar a ver qué nos depara el día de hoy —dijo —. Es posible que fuera demasiado optimista esperar que hicieran algo anoche.

Mallinson levantó la vista con gesto brusco.

—Supongo que crees que hice el ridículo, metiendo prisa de esa manera. No pude evitarlo, ese tipo chino me parecía de lo más sospechoso, y todavía me lo parece. ¿Conseguiste sacarle algo razonable después de que me fuera a la cama?

—No hablamos mucho rato. Fue muy poco preciso y no se comprometió con respecto a casi nada.

—Hoy tendremos que meterlo en cintura.

—Sin duda —coincidió Conway, aunque sin mucho entusiasmo ante aquella perspectiva—. Entretanto, este desayuno me parece excelente.

Consistía en pomelo, té y *chapatis*[7a] preparados y servidos a la perfección. Hacia el final de la comida, entró Chang y, tras hacerles una pequeña reverencia, dio comienzo un intercambio de saludos corteses y convencionales que, en lengua inglesa, sonaban un poco rígidos. Conway habría preferido hablar en chino, pero hasta el momento no había revelado su conocimiento de ciertas lenguas orientales; tenía la sensación de que podía ser un buen as que guardarse en la manga. Escuchó con seriedad las fórmulas de cortesía de Chang y le aseguró que había dormido bien y se sentía mucho mejor. Chang expresó su alegría al saberlo, y añadió:

—Es cierto que, como dice su poeta nacional, «el sueño devana una maraña de desvelos».

Ese alarde de erudición no fue muy bien recibido. Mallinson respondió con muestras del desdén que cualquier joven inglés con la cabeza sobre los hombros siente sin duda ante la mención de la poesía.

—Supongo que se refiere a Shakespeare, aunque no reconozco la cita. Pero sí sé de otra que dice: «Podéis retiraros sin ceremonia. Marchaos pronto». No pretendo ser descortés, pero es lo que a todos nos gustaría hacer. Y quiero ir en busca de esos porteadores de inmediato; esta misma mañana, si no tiene inconveniente.

El chino encajó aquel ultimátum con expresión impasible y respondió al cabo de una pausa:

—Lamento decirle que no servirá de mucho. Me temo que no tenemos hombres que estén dispuestos a alejarse tanto de sus hogares para acompañarles.

—Por el amor de Dios, no creerá que vamos a aceptar eso por respuesta, ¿verdad?

—Lo lamento muchísimo, pero no puedo sugerir otra cosa.

—Da la impresión de que todo eso se le haya ocurrido hoy —terció Barnard—, porque anoche no estaba tan seguro de las cosas ni mucho menos.

—No quería decepcionarles, con lo cansados que estaban del viaje. Ahora, tras una noche de reposo, espero que vean las cosas de forma más razonable.

—Mire, Chang —intervino Conway con tono enérgico—, esa clase de vaguedades y rodeos no nos sirven. Sabe muy bien que no podemos quedarnos aquí de manera indefinida. También es obvio que no podemos salir por nuestra cuenta. ¿Qué propone entonces?

Chang esbozó una sonrisa radiante que claramente fue solo para Conway.

—Mi querido señor, es un placer hacerle la sugerencia que tengo en el pensamiento. Para la actitud de su amigo no tenía respuesta, pero para la

petición de un hombre sabio siempre la hay. Tal vez recuerden que ayer se comentó, creo que lo hizo su amigo, que es preciso que tengamos contacto ocasional con el mundo exterior. Y es cierto. De vez en cuando requerimos ciertos artículos de almacenes distantes, y tenemos por costumbre obtenerlos a su debido tiempo; no hace falta que los moleste concretando por qué métodos y mediante qué formalidades. Lo que nos importa ahora es que se espera que una de esas remesas llegue en breve, y como los hombres que hacen la entrega emprenderán luego el camino de vuelta, se me ocurre que podrían llegar a algún acuerdo con ellos. De hecho, no puedo pensar en un plan mejor, y espero que cuando lleguen…

—¿Y cuándo llegan? —interrumpió Mallinson sin rodeos.

—Es imposible pronosticar la fecha exacta, por supuesto. Ustedes mismos han experimentado las dificultades que supone moverse por esta parte del mundo. Pueden suceder cien cosas que provoquen incertidumbre, como los peligros del clima…

Conway intervino de nuevo.

—Vamos a ver si dejamos esto claro. Está sugiriendo que deberíamos emplear como porteadores a los hombres que no tardarán en llegar aquí con la remesa de mercancías. No es mala idea, en principio, pero debemos saber un poco más al respecto. En primer lugar, como ya le han preguntado: ¿cuándo se espera a esa gente? Y en segundo: ¿adónde nos llevarán?

—Esa cuestión tendrá que planteársela a ellos.

—¿Nos llevarían a la India?

—Se me hace casi imposible decirlo.

—Bueno, pues responda a la otra pregunta: ¿Cuándo estarán aquí? No pido una fecha concreta, solo quiero tener una idea aproximada de si será la próxima semana o el año que viene.

—Podría ser dentro de un mes a partir de ahora. No creo que sean más de dos meses.

—O tres, o cuatro o cinco meses —estalló Mallinson exasperado—. ¿Cree que vamos a quedarnos aquí esperando a que ese convoy o caravana o lo que sea nos lleve sabe Dios adónde en algún momento muy impreciso de un futuro lejano?

—Creo, señor, que la expresión «futuro lejano» no es apropiada. A menos que ocurra algo imprevisto, el periodo de espera no debería ser más largo de lo que he dicho.

—Pero ¡dos meses nada menos! ¡Dos meses en este lugar! ¡Es absurdo! Conway, no estarás considerándolo, ¿no? ¡El límite sería dos semanas!

Chang se recogió la túnica en un pequeño gesto de actitud tajante.

—Lo lamento, no era mi intención ofender. El monasterio continuará ofreciéndoles a todos ustedes su máxima hospitalidad mientras tengan la desgracia de permanecer aquí. No puedo decir más.

—Ni falta que hace —repuso Mallinson con indignación—. Y si se ha creído que nos tiene a todos bajo su control, ¡no tardará en descubrir que está muy equivocado! Conseguiremos todos los porteadores que queramos, no se preocupe. Ya puede seguir haciendo reverencias y rebajándose y diciendo lo que le dé la gana…

Conway le apoyó una mano en el brazo para contenerlo. Furioso como estaba, Mallinson parecía un crío con una pataleta: era capaz de soltar cualquier cosa que se le ocurriera, sin pensar en su sentido ni tener en cuenta el decoro. Conway pensaba que podía perdonarse con facilidad en alguien como él y en esas circunstancias, pero temía que pudiera ofender la más delicada susceptibilidad de un chino. Por suerte, Chang ya se había alejado, con admirable tacto, a tiempo para huir de lo peor.

CINCO

Pasaron el resto de la mañana debatiendo la cuestión. Para cuatro personas que en condiciones normales deberían haber estado disfrutando de los clubes y misiones de Peshawar, la perspectiva de pasar dos meses en un monasterio tibetano les producía ciertamente una impresión tremenda. Pero era natural que el impacto inicial de su llegada los hubiera dejado con escasas reservas, tanto de indignación como de asombro; incluso Mallinson, después de su primer arrebato, se sumió en un desánimo fatalista y medio desconcertado.

—No pienso discutir más, Conway —dijo dando caladas a un cigarrillo con nerviosa irritación—. Ya sabes cómo me siento. He dicho desde el principio que hay algo raro en este asunto. Huele mal. Me gustaría largarme de inmediato.

—No te culpo por eso —respondió Conway—. Por desgracia, no es una cuestión de lo que nos gustaría hacer, sino de lo que nos toca soportar. Para serte sincero, si estas gentes dicen que no quieren o no pueden proporcionarnos los porteadores necesarios, no nos queda otra que esperar hasta que vengan esos otros tipos. Lamento tener que admitir que estemos tan indefensos ante el asunto, pero me temo que es la verdad.

—¿Quieres decir que tenemos que quedarnos aquí dos meses?

—No veo qué otra cosa podemos hacer.

Mallinson sacudió la ceniza de su cigarrillo con un gesto de indiferencia forzada.

—Bien, entonces. Pues serán dos meses. Y ahora vamos todos a gritar hurra, venga.

Conway continuó:

—No veo por qué debería ser mucho peor que pasar dos meses en cualquier otra parte aislada del mundo. La gente con puestos como los nuestros está acostumbrada a que la manden a sitios extraños, y creo que eso se aplica a todos nosotros. Por supuesto que es duro para quienes tengan amigos y familiares. A nivel personal, soy afortunado en ese sentido: no se

me ocurre nadie que vaya a preocuparse mucho por mí, y mi trabajo, sea el que haya sido, puede llevarlo a cabo otra persona sin complicaciones.

Se volvió hacia los demás como si los invitara a exponer sus casos particulares. Mallinson no reveló nada, pero Conway conocía más o menos su posición: tenía a sus padres y una novia en Inglaterra; eso volvía las cosas más difíciles.

Barnard, por su parte, aceptó la situación con lo que Conway consideraba ya su buen humor habitual.

—Bueno, creo que yo también tengo suerte, de hecho, y dos meses encerrado no acabarán conmigo. En cuanto a la gente de mi ciudad natal, no van ni a pestañear; siempre se me ha dado fatal escribir cartas.

—Olvidas que nuestros nombres aparecerán en los periódicos —le recordó Conway—. Todos figuraremos como desaparecidos, y la gente, como es natural, supondrá lo peor.

Barnard pareció sorprendido durante unos instantes; luego respondió con una sonrisita:

—Oh, sí, es verdad, pero no me afecta mucho, te lo aseguro.

Conway se alegró de que así fuera, aunque la cuestión le siguió pareciendo un poco desconcertante. Se volvió hacia la señorita Brinklow, que hasta entonces había estado curiosamente callada; durante la conversación con Chang no había expresado ninguna opinión. Imaginó que también ella, en comparación, podía tener pocas preocupaciones personales.

—Como dice el señor Barnard —comentó contenta la misionera—, dos meses aquí no son nada del otro mundo. Da igual en qué lugar te encuentres: todos son iguales cuando estás al servicio del Señor. La Providencia me ha traído aquí; lo considero una llamada.

Conway pensó que su actitud era muy conveniente, dadas las circunstancias.

—Estoy seguro —dijo con tono alentador— de que dejará muy complacida a su sociedad misionera, a su regreso. Podrá proporcionar mucha información útil. Todos tendremos una experiencia que contar, de hecho; eso debería suponernos un pequeño consuelo.

La conversación se centró en temas más generales. Conway estaba sorprendido por la facilidad con la que Barnard y la señorita Brinklow se habían adaptado al nuevo panorama. Sin embargo, también sentía alivio, pues eso le dejaba una única persona descontenta con la que lidiar. Aun así, incluso Mallinson, tras la tensión de tantas discusiones, experimentaba una reacción: seguía perturbado, pero más dispuesto a verles el lado positivo a las cosas.

—Sabe Dios qué diantre vamos a hacer en este sitio —exclamó, pero el mero hecho de hacer ese comentario indicaba que trataba de reconciliarse con la idea de quedarse allí.

—La primera regla debe ser no sacarnos de quicio unos a otros —respondió Conway—. Por suerte, este sitio parece lo bastante grande y en absoluto superpoblado. A excepción del servicio, de momento solo hemos visto a uno de sus habitantes.

Barnard supo encontrar otra razón para el optimismo.

—En todo caso, no nos moriremos de hambre, si las comidas que nos han servido hasta ahora sirven de ejemplo. ¿Sabes una cosa, Conway? Un lugar como este no se administra sin un montón de pasta contante y sonante. Esas bañeras, por ejemplo, cuestan dinero de verdad. Y no consigo ver que nadie aquí gane nada, a menos que esos tipos del valle tengan trabajo, e incluso así, no producirían lo suficiente para la exportación. Me gustaría saber si tendrán minas de algún mineral.

—El sitio entero es un maldito misterio —soltó Mallinson—. Me atrevo a decir que tienen vasijas llenas de dinero escondidas, como los jesuitas. En cuanto a las bañeras, lo más probable es que fueran un regalo de algún adepto millonario. En cualquier caso, cuando me largue de aquí me dará igual. Debo decir, sin embargo, que la vista es bonita, a su manera. Sería un buen centro de deportes de invierno, si estuviera en el lugar adecuado. Me pregunto si alguna de esas laderas de más allá será esquiable.

Conway le dirigió una mirada inquisitiva y algo divertida.

—Ayer, cuando encontré unos *edelweiss*, me recordaste que no estaba en los Alpes. Creo que ahora me toca a mí decir lo mismo. Te aconsejaría que no probaras ninguna de tus acrobacias de Wengen-Scheidegg en esta parte del mundo.

—Supongo que aquí nadie habrá visto nunca un salto de esquí.

—O ni siquiera un partido de *hockey* sobre hielo —bromeó Conway—. Podrías tratar de formar algunos equipos. ¿Qué tal un partido «Caballeros contra Lamas»?

—La verdad es que eso les enseñaría a jugar limpio —dijo la señorita Brinklow con chispeante seriedad.

Podría haber sido difícil hacer algún comentario adecuado sobre eso, pero no hubo necesidad, puesto que al poco rato se sirvió el almuerzo, y la naturaleza y la puntualidad del mismo se combinaron para causarles una impresión agradable. Después, cuando Chang hizo su entrada, ya había muy poca disposición a continuar con la disputa. Con mucho tacto, el chino simuló

hallarse todavía en buenos términos con todos, y los cuatro exiliados permitieron que el artificio se tuviera en pie. De hecho, cuando Chang sugirió que quizás les interesaría visitar el recinto del monasterio, y de ser así, añadió que estaría encantado de actuar como guía, el ofrecimiento fue aceptado al instante.

—Claro, cómo no —repuso Barnard—. Así podemos echarle un buen vistazo a este sitio, ya puestos. Calculo que pasará mucho tiempo antes de que cualquiera de nosotros haga una segunda visita.

La señorita Brinklow añadió una nota más reflexiva:

—Cuando salimos de Baskul en aquel avión, ni soñaba con que alguna vez llegaríamos a un lugar como este —murmuró en el momento que todos se alejaban escoltados por Chang.

—Y seguimos sin saber por qué estamos aquí —respondió Mallinson, en sus trece.

Conway no tenía prejuicios de raza o color, y cuando fingía, como hacía a veces en clubes y vagones de tren de primera clase, que daba mucha importancia a la «blancura» de una cara rojo gamba bajo un salacot, era solo una pose. Dejar que eso se diera por sentado ahorraba problemas, sobre todo en la India, y Conway era concienzudo cuando se trataba de ahorrarse problemas. Pero en China había sido menos necesario; allí tenía muchos amigos chinos, y nunca se le ocurrió tratarlos como a inferiores. De ahí que en su relación con Chang estuviera lo bastante relajado como para ver en él a un anciano caballero algo afectado que podía no ser del todo digno de confianza, pero que de hecho tenía una gran inteligencia. Mallinson, por su parte, tendía a mirarlo a través de los barrotes de una jaula imaginaria; la señorita Brinklow se mostraba incisiva y enérgica, como haría con un pagano en su ceguera; mientras que la ingeniosa afabilidad de Barnard era la misma que habría usado al tratar a un mayordomo.

La visita guiada de Shangri-La estaba resultando lo bastante interesante como para trascender esas posturas. No era la primera institución monástica que Conway inspeccionaba, pero resultaba evidente que era la más grande y, aparte de su emplazamiento, la más extraordinaria. El mero recorrido a través de habitaciones y patios ya constituía un buen ejercicio, aunque reparaba en que pasaban de largo muchas dependencias, y de hecho pabellones enteros a los que Chang no les invitaba a entrar. Sin embargo, les mostraba lo suficiente para que los miembros del grupo vieran confirmadas las impresiones que cada uno ya se había formado. Barnard estaba más convencido que nunca de que

los lamas eran ricos; la señorita Brinklow descubría numerosas pruebas de que eran inmorales. Mallinson, una vez se hubo disipado el atractivo de la novedad, se encontró tan cansado como en otras muchas excursiones a cimas más bajas; no era probable que los lamas llegaran a ser nunca sus héroes.

Solo Conway se sentía presa de un suntuoso y creciente hechizo. No era tanto porque lo atrajeran las cosas en sí como por la revelación gradual de la elegancia, de un gusto modesto e impecable, de una armonía tan fragante que parecía proporcionar gozo sin que los ojos llegaran a recrearse en ella. Y en efecto le costó un esfuerzo consciente y tremendo despojarse de la mirada del artista para adoptar la del experto, y entonces reconoció tesoros por los que museos y millonarios por igual habrían pujado: exquisitas cerámicas Sung en azul nacarado, dibujos a tintas de colores conservados durante más de mil años, esmaltes en los que un país de las hadas frío y encantador no solo se representaba con detalle, sino que parecía cobrar vida. Un mundo de refinamiento incomparable aún perduraba trémulo en porcelana y barniz, produciendo un instante de emoción antes de diluirse en el pensamiento más puro. No había presunción, ni lucha por el efecto, ni ataque concentrado alguno contra los sentimientos del espectador. Esas delicadas perfecciones parecían haber brotado como un revoloteo de pétalos de una flor. Habrían vuelto loco a un coleccionista, pero Conway no coleccionaba obras; carecía tanto del dinero necesario como del instinto adquisitivo. Su gusto por el arte chino era una cuestión espiritual; en un mundo de ruido y enormidad crecientes, recurría en privado a cosas delicadas, precisas y en miniatura. Y mientras cruzaba una habitación tras otra, lo invadía una remota sensación de tragedia inminente al pensar en el inmenso Karakal alzándose amenazante sobre esos frágiles encantos.

El templo *lamaísta*, sin embargo, tenía más que ofrecer que un despliegue de artesanía china. Uno de sus atractivos, por ejemplo, era una exquisita biblioteca, espaciosa y de techos altos, que contenía montones de libros tan apretados en sus compartimentos y recovecos que la atmósfera reinante era más de sabiduría que de aprendizaje, de buenas maneras más que de erudición. Al echar una mirada rápida a algunos estantes, Conway encontró muchas cosas dignas de asombro; la mejor literatura del mundo estaba allí, al parecer, así como una gran cantidad de materias complejas y curiosas que no era capaz de valorar. Abundaban los volúmenes en inglés, francés, alemán y ruso, y había muchísimos en chino y otras escrituras orientales. Una sección que le interesaba particularmente estaba dedicada a «Tibetiana», si se le podía llamar así: descubrió allí verdaderas rarezas, entre ellas el *Novo*

Descubrimento de grao catayo ou dos Regos de Tibet, de Antonio de Andrada (Lisboa, 1626); *China*, de Athanasius Kircher (Amberes, 1667); *Voyage à la Chine des Pères Grueber et d'Orville*, de Thevenot; y *Relazione Inedita di un Viaggio al Tibet*, de Beligatti. Estaba examinando ese último título cuando notó que la mirada de Chang se clavaba en él con delicada curiosidad.

—¿Es un erudito, quizás? —le preguntó.

Conway no supo muy bien cómo responder. Su etapa de catedrático en Oxford le daba cierto derecho a asentir, pero sabía que esa palabra, pese a constituir el mayor cumplido posible para un chino, sonaba algo socarrona a oídos ingleses, y eso lo hacía tener reparos, sobre todo por consideración a sus compañeros.

—Me gusta leer, por supuesto —contestó al fin—, pero en los últimos años mi trabajo no me ha proporcionado muchas oportunidades para la vida académica.

—Sin embargo, ¿desearía tenerla?

—Oh, no diría tanto, aunque sin duda soy consciente de sus atractivos.

Mallinson, que había cogido un ejemplar, los interrumpió.

—Aquí tienes algo para tu vida de estudioso, Conway. Es un mapa de la región.

—Tenemos una colección de varios centenares —reveló Chang—. Están todos a su disposición, si bien tal vez pueda ahorrarles problemas en un aspecto: no encontrarán Shangri-La en ninguno de ellos.

—Qué curioso —comentó Conway—. Me pregunto por qué.

—Hay una muy buena razón para ello, aun así me temo que es cuanto puedo contar.

Conway sonrió, pero Mallinson pareció molesto de nuevo.

—Ya veo que sigue con sus misterios —dijo—. Y hasta ahora no hemos visto mucho que valga la pena ocultar.

De repente, la señorita Brinklow despertó de su letargo mudo y ceremonioso.

—¿No va a enseñarnos a los lamas trabajando? —preguntó con un tono que habría arredrado a muchos hombres de Cook.

Daba la sensación de que la cabeza de la misionera estuviera llena de visiones nebulosas de artesanía indígena: de alfombras de oración entretejidas o algún artículo pintoresco y primitivo del que pudiera hablar a su regreso a casa. Tenía la extraordinaria capacidad de no parecer nunca demasiado sorprendida, pero siempre levemente indignada, una combinación de

fijaciones que no se vio perturbada en lo más mínimo por la respuesta de Chang:

—Lamento decir que es imposible. La gente ajena al círculo de los lamas nunca llega a verlos… o muy rara vez, debería decir.

—Pues supongo que tendremos que perdérnoslos —coincidió Barnard—. Pero me parece una verdadera lástima. No sabe cuánto me gustaría haber estrechado la mano de su cabecilla.

Chang encajó aquel comentario con benévola seriedad. La señorita Brinklow, sin embargo, no dejó que la desviaran del tema.

—¿Qué hacen los lamas? —insistió.

—Se dedican a la contemplación y la búsqueda de la sabiduría, señora.

—Pero eso equivale a no hacer nada.

—Entonces no hacen nada, señora.

—Eso mismo pienso yo. —Le pareció una ocasión para zanjar la cuestión —. Bueno, señor Chang, es un placer que nos muestre todas estas cosas, sin duda, pero no me convencerá de que un lugar como este haga algún bien real. Prefiero algo más práctico.

—¿Quizás le apetecería tomar un té?

Conway se preguntó al principio si lo habría dicho irónicamente, pero no tardó en percatarse de que no era así; la tarde había pasado deprisa, y Chang, aunque frugal en las comidas, tenía la típica afición china de tomar té a intervalos frecuentes. La señorita Brinklow confesó a su vez que visitar galerías de arte y museos siempre le provocaba un ligero dolor de cabeza. Así pues, el grupo aceptó la sugerencia y siguió a Chang a través de varios patios hasta llegar a una escena de repentina e inigualable belleza. Desde una columnata, unos peldaños descendían hasta un jardín que, gracias a algún delicado artilugio de irrigación, contenía un estanque de lotos, de hojas tan juntas que daban la impresión de formar un suelo de baldosas verdes y húmedas. Bordeaba el estanque una descarada colección de leones, dragones y unicornios, cada uno de ellos en una pose de ferocidad estilizada que ponía de relieve la paz circundante en lugar de quebrarla. Toda la escena mostraba proporciones tan perfectas que la mirada se apaciguaba por completo en su trayecto de una parte a otra; no se captaba rivalidad ni vanidad algunas, e incluso la cima del Karakal, incomparable sobre los techos de tejas azules, parecía haberse dejado vencer para formar parte de aquel lienzo de exquisita factura.

—Qué rincón tan bonito —comentó Barnard.

Chang los guio hacia un pabellón abierto que, para deleite de Conway, contenía un clavecín y un moderno piano de cola. Aquello, de alguna manera, le pareció lo más asombroso en una tarde llena de cosas extraordinarias. Chang respondió a todas sus preguntas con total franqueza, hasta cierto punto: los lamas, explicó, tenían en alta estima la música occidental, la de Mozart en particular; contaban con una colección de todas las grandes composiciones europeas, y algunos de ellos eran hábiles intérpretes de distintos instrumentos.

Barnard quedó impresionado sobre todo por la cuestión del transporte.

—¿Me está diciendo que este piano llegó hasta aquí por la ruta que recorrimos ayer?

—No hay otra.

—Vaya, ¡pues esto lo supera todo, desde luego! ¡Si con un gramófono y una radio se las habrían arreglado perfectamente! ¿O quizás no están familiarizados todavía con los artilugios musicales más modernos?

—Oh, sí, estamos al corriente, pero nos informaron de que las montañas volverían imposible la recepción por radio, y en cuanto a un gramófono, ya se les ha transmitido la sugerencia a las autoridades, pero no han sentido la necesidad de apresurarse con la cuestión.

—Eso ya lo habría sabido sin que me lo dijera —repuso Barnard—. Supongo que ese debe de ser el lema de su sociedad: «No hay prisa». —Se rio a carcajadas y luego continuó—: Bueno, por conocer los detalles, supongamos que a su debido tiempo sus jefes deciden que en efecto quieren un gramófono… ¿Qué procedimiento se sigue? Los fabricantes no harían una entrega aquí, eso es seguro. Me figuro que tienen un agente en Pekín o Shanghái o en algún otro lugar, y apuesto a que todo cuesta mucho antes de poder tenerlo en las manos.

Pero Chang no estaba más dispuesto a responder que en las ocasiones anteriores.

—Sus conjeturas son inteligentes, señor Barnard, aunque me temo que no puedo hablar sobre el tema.

Ya estaban otra vez ahí, reflexionó Conway, bordeando la invisible línea fronteriza entre lo que podía y no podía revelarse. Se dijo que pronto sería capaz de trazar esa línea en la imaginación, si bien el impacto de una nueva sorpresa aplazó la cuestión. Porque los criados ya traían los cuencos poco profundos de té perfumado, y junto con los tibetanos ágiles y esbeltos había entrado también, de manera discreta, una chica con atuendo chino. Fue derecha al clavecín y empezó a tocar una gavota de Rameau. Las primeras notas cautivadoras despertaron en Conway un placer más allá del asombro;

esos aires plateados de la Francia del siglo XVIII parecían competir en elegancia con los jarrones Sung y los exquisitos esmaltes y el estanque de lotos más allá; la misma fragancia pendía en torno a ellos, desafiando a la muerte, revistiendo de inmortalidad una época a la que el espíritu del grupo era ajeno. Entonces Conway se fijó en la intérprete. Tenía la nariz larga y fina, los pómulos altos y la palidez de cáscara de huevo de los *manchúes*[8]; llevaba el cabello negro peinado hacia atrás y trenzado; parecía muy sensata y menuda. Su boca era como un capullo de rosa, y se la veía muy quieta excepto por las manos de dedos largos. Tan pronto como terminó la gavota, hizo una pequeña reverencia y salió.

Chang la observó marcharse con una sonrisa y luego, con un toque de triunfo personal, miró a Conway.

—¿Está contento? —preguntó.

—¿Quién es? —quiso saber Mallinson, antes de que Conway pudiera responder.

—Se llama Lo-Tsen. Tiene mucho talento para la música de teclado occidental. Al igual que yo, todavía no ha concluido la fase de iniciación.

—¡Pues claro que no! —exclamó la señorita Brinklow—. Si es poco más que una niña. ¿De modo que tienen también mujeres lamas?

—No hay distinciones de sexo entre nosotros.

—Qué extraordinaria, esta comunidad de lamas suya —comentó Mallinson con altanería tras una pausa.

Apuraron sus tazas de té en silencio. Los ecos del clavicémbalo parecían flotar aún en el aire creando un extraño hechizo. Unos instantes después, cuando los guiaba hacia la salida del pabellón, Chang dijo que esperaba que la visita les hubiera parecido agradable. Conway respondió por los demás con las cortesías de rigor. Chang les aseguró que él también se sentía complacido, y añadió que la sala de música y la biblioteca estaban por entero a su disposición durante su estancia. Conway le dio las gracias de nuevo, con sinceridad.

—Pero ¿qué pasa con los lamas? —añadió—. ¿No las usan nunca?

—Están encantados de cederles el sitio a sus invitados de honor.

—Bueno, pues a eso lo llamo yo un magnífico detalle —intervino Barnard —. Es más, demuestra que los lamas saben realmente que existimos. Supone un paso adelante, en cualquier caso, y me hace sentir mucho más cómodo. La verdad es que tienen un equipo sensacional aquí, Chang, y esa jovencita toca el piano muy bien. ¿Cuántos años tiene?

—Me temo que no puedo decírselo.

Barnard se echó a reír.

—Conque no revela secretos sobre la edad de una dama, ¿eh?

—Exacto —respondió Chang con una ligera sonrisa enigmática.

Esa noche, después de la cena, Conway aprovechó la ocasión para dejar a los demás y pasear por los tranquilos patios bañados por la luna. Shangri-La estaba precioso entonces; tenía ese toque de misterio que se encuentra en el núcleo de toda belleza. El aire era frío y estaba en calma; la poderosa aguja del Karakal parecía más cercana, mucho más que a la luz del día. Conway se sentía físicamente feliz, emocionalmente satisfecho y mentalmente a gusto; pero en su intelecto, que no era lo mismo que la mente, había cierto revuelo. Estaba desconcertado. El velo de secreto que había comenzado a desentrañar se volvía más nítido, pero solo para revelar un fondo inescrutable. Todos los asombrosos sucesos por los que habían pasado él y sus tres compañeros fortuitos empezaban a converger en una especie de foco; aún no podía entenderlos con claridad, pero captaba que, de alguna manera, podían llegar a entenderse.

Recorriendo un claustro, llegó a la terraza que se asomaba al valle. Lo asaltó el aroma de los nardos, lleno de delicadas asociaciones; en China lo llamaban «olor a luz de luna». Se le antojó de pronto que si la luz de la luna tuviera también un sonido, bien podría ser la gavota de Rameau que había escuchado hacía solo unas horas, y eso lo hizo pensar en la menuda *manchú*. No se le había ocurrido imaginar mujeres en Shangri-La; uno no asociaba su presencia con la práctica general del monaquismo. Aun así, reflexionó, podría no ser una innovación desagradable; de hecho, una clavecinista podría ser una buena baza para cualquier comunidad que se permitiera ser —en palabras de Chang— «moderadamente sacrílega».

Se asomó sobre el antepecho al vacío de un negro azulado. La profundidad del abismo era espectral, de más de un kilómetro quizás. Se preguntó si se le permitiría descender e inspeccionar la civilización del valle de la que le habían hablado. La mera noción de aquel extraño reducto cultural, oculto entre cordilleras desconocidas y gobernado por alguna clase imprecisa de teocracia le interesaba como estudiante de historia, además de por los curiosos secretos que debía esconder relacionados, tal vez, con la *lamasería*.

De repente, en un pequeño soplo de aire, le llegaron sonidos desde muy abajo. Escuchando con atención, oyó gongs y trompetas y también, aunque quizás solo fuera producto de su imaginación, un gemido multitudinario. El viento roló y los sonidos se desvanecieron; luego volvieron, para extinguirse

una vez más. Pero aquellos indicios de vida y actividad en las veladas profundidades no hacían sino poner de relieve la austera serenidad de Shangri-La. Sus patios abandonados y sus pálidos pabellones se habían sumido en un reposo latente ahora que todo el trajín de la existencia había disminuido, dejando un silencio que ni el tiempo parecía atreverse a cruzar. De pronto, en una ventana muy por encima de la terraza, Conway captó la luz dorada y rosa de un farolillo; ¿era ahí donde los lamas se dedicaban a la contemplación y la búsqueda de la sabiduría, y donde esas devociones se desarrollaban en ese preciso momento? Parecía un problema que se podía resolver simplemente entrando por la puerta más cercana y explorando a través de galerías y pasillos hasta dar con la verdad; pero sabía que esa libertad era ilusoria y que sus movimientos se vigilaban en todo momento. Dos tibetanos se habían acercado con sigilo a la terraza y mataban el tiempo junto al parapeto. Parecían amistosos y llevaban capas de color intenso colgando con indolencia de un hombro desnudo. El susurro de gongs y trompetas se elevó de nuevo, y Conway oyó cómo uno de los hombres le preguntaba algo a su compañero. Siguió la respuesta:

—Han enterrado a Talu.

Conway, cuyo conocimiento del tibetano era muy limitado, confió en que siguieran hablando; no podía adivinar gran cosa por aquel único comentario. Tras una pausa, reanudaron la conversación, pero Conway solo oía a un interlocutor, al que contestaba a las inaudibles preguntas del otro; he aquí lo que entendió de esas respuestas:

«Murió ahí fuera».

«Obedecía a los grandes lamas de Shangri-La».

«Vino cruzando el aire sobre las grandes montañas con un pájaro metálico».

«También trajo a los forasteros».

«Talu no tenía miedo del viento exterior, ni del frío exterior».

«Aunque se fue hace tiempo, el valle de la Luna Azul todavía lo recuerda».

No se dijo nada más que Conway pudiera interpretar y, tras esperar un rato, se encaminó a su propia habitación. Había oído lo suficiente como para averiguar otra clave de aquel misterio impenetrable, y encajaba tan bien que se preguntó por qué no habría dado con ella mediante sus propias deducciones. Por supuesto, se le había pasado por la cabeza, pero su matiz poco razonable y algo fantástico le había resultado excesivo. Ahora percibía que esa irracionalidad, por fantástica que fuera, había que tragársela. El vuelo

desde Baskul no había sido la hazaña disparatada de un loco. Había sido algo planeado, organizado y llevado a cabo a instigación de Shangri-La. Quienes vivían allí conocían al piloto muerto por su nombre: había sido uno de ellos, en cierto sentido; estaban llorando su muerte. Todo apuntaba a una inteligencia superior empeñada en sus propios fines; había habido, por así decirlo, un único propósito que abarcaba todos aquellos kilómetros y horas inexplicables. Pero ¿qué propósito era ese? ¿Por qué posible razón llevarían a cuatro pasajeros fortuitos de un avión del Gobierno británico hasta aquellas cumbres ignotas más allá del Himalaya?

Conway se sentía ligeramente horrorizado ante aquella cuestión, pero no lo desagradaba del todo. Le planteaba un desafío de la única clase que estaba dispuesto a aceptar: de los que requerían que usara el cerebro pero solo exigían un esfuerzo relativo. Una cosa sí decidió al instante: no debía transmitir por el momento la fría emoción de su descubrimiento, ni a sus compañeros, que no podían ayudarlo, ni a sus anfitriones, que sin duda no lo harían.

SEIS

—Diría que hay gente que debe acostumbrarse a sitios peores que este —comentó Barnard hacia el final de su primera semana en Shangri-La, y era sin duda una de las muchas lecciones que podían extraerse del lugar.

Para entonces, el grupo había establecido una especie de rutina diaria y, con la ayuda de Chang, conseguían que el aburrimiento no fuera mayor que en muchas vacaciones planificadas. Todos se habían aclimatado a la atmósfera y la encontraban estimulante, siempre y cuando evitaran grandes esfuerzos. Ahora sabían que los días eran cálidos y las noches frías, que el monasterio quedaba casi por completo al abrigo de los vientos, que las avalanchas en el Karakal eran más frecuentes alrededor del mediodía, que en el valle se cultivaba un tabaco muy bueno, que algunos alimentos y bebidas tenían un sabor más agradable que otros, y que cada uno de ellos tenía sus gustos y peculiaridades personales. De hecho, habían descubierto tantas cosas unos de otros como cuatro nuevos alumnos de una escuela en la que todos los demás estuvieran misteriosamente ausentes. Chang era incansable en sus esfuerzos por suavizar cualquier posible aspereza. Organizaba excursiones, sugería ocupaciones, recomendaba libros, hablaba con su fluidez lenta y cuidadosa cada vez que había una pausa incómoda en las comidas, y en cada ocasión se mostraba benigno, cortés y lleno de recursos. La línea de demarcación entre la información proporcionada por propia voluntad y la negada con educación era tan clara que esta última dejó de despertar resentimiento, excepto, a ratos, por parte de Mallinson. Conway se contentaba con tomar nota de ello, agregando otro fragmento a los datos que acumulaba sin parar. Barnard incluso «bromeaba» con el chino según el estilo y las tradiciones de los rotarios del Medio Oeste.

—Sabe qué, Chang, este hotel suyo es un maldito desastre. ¿No les mandan nunca los periódicos? Daría todos los libros de su biblioteca por el *Herald Tribune* de esta mañana.

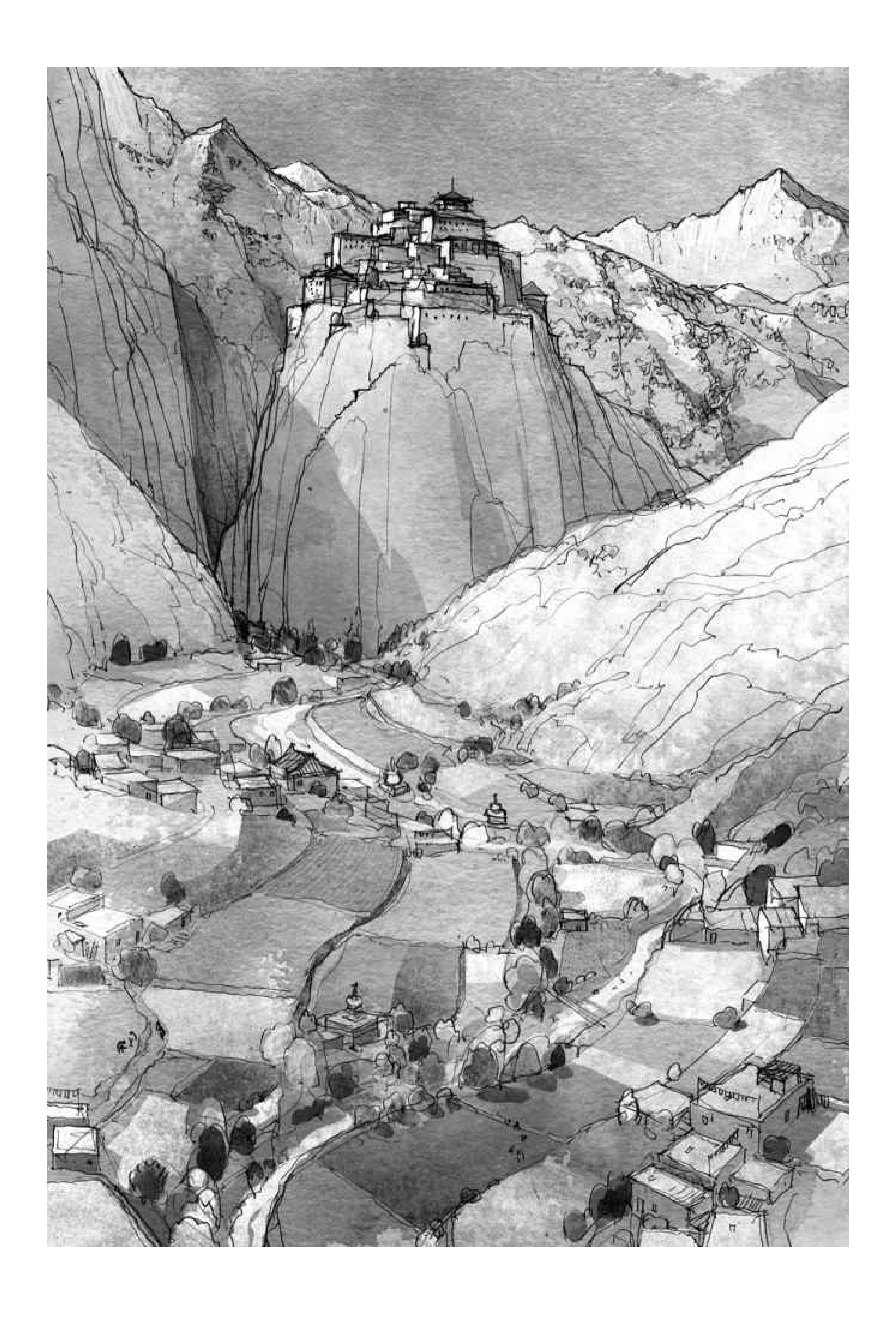
Las respuestas de Chang siempre eran serias, aunque eso no quería decir que, en realidad, se tomaba en serio todas las preguntas.

—Tenemos los archivos del *Times*, señor Barnard, hasta hace unos años. Pero lamento decir que son solo del *Times* de Londres.

A Conway lo alegró descubrir que el valle no quedaba «fuera de los límites permitidos», aunque las dificultades del descenso volvían imposibles las visitas sin escolta. En compañía de Chang, todos pasaron un día entero inspeccionando la agradable extensión verde que era visible desde el borde del acantilado, y para Conway al menos, la excursión tuvo un interés absorbente. Llevaron a cabo el trayecto en sillas de manos de bambú, meciéndose peligrosamente sobre precipicios mientras los porteadores, uno al frente y otro detrás, bajaban con paso despreocupado por el abrupto sendero. No era una ruta para aprensivos, pero cuando por fin llegaron a los terrenos más bajos del bosque y el pie de la montaña, fue evidente hasta qué punto el monasterio gozaba de una increíble buena fortuna, pues el valle era nada menos que un paraíso de asombrosa fertilidad, rodeado por montañas, en el que la diferencia vertical de unos centenares de metros abarcaba todo el espectro entre lo templado y lo tropical. Cultivos de insólita diversidad crecían en profusión y contigüidad, sin un solo centímetro de tierra descuidado. La extensión de la zona cultivada era de unos veinte kilómetros de largo y variaba en anchura de uno a cinco, y pese a ser estrecha, tenía la suerte de que el sol le daba de lleno en las horas más calurosas del día. De hecho, el ambiente era agradable y cálido incluso a la sombra, aunque el deshielo volvía gélidas las aguas de los riachuelos que regaban el terreno. Contemplando la formidable ladera de la montaña, Conway volvió a sentir que dotaba a la escena de un peligro soberbio y exquisito; pero de no ser por aquella barrera fortuita, era evidente que todo el valle habría sido un lago, alimentado continuamente por las cumbres glaciales que lo rodeaban. En lugar de ello, solo fluían a través de él unos cuantos arroyos que llenaban los embalses y regaban los campos y plantaciones con una escrupulosidad disciplinada digna de un ingeniero sanitario. La configuración misma del valle resultaba afortunada de forma increíble, siempre y cuando ningún terremoto o deslizamiento de tierra llegara a afectar el marco en el que se emplazaba.

Pero incluso esos vagos temores futuros no conseguían sino realzar la absoluta belleza del presente. Una vez más, Conway se sintió cautivado, y por las mismas cualidades de encanto e ingenio que habían convertido sus años en China en más felices que otros periodos. El enorme macizo circundante contrastaba a la perfección con los diminutos prados y los impecables jardines, con las casas de té pintadas junto al riachuelo y las casitas que

parecían de juguete. Los habitantes le parecían una mezcla muy favorecida de chino y tibetano; eran más pulcros y guapos que el individuo promedio de cualquiera de las dos razas y parecían haber sufrido poco por la inevitable endogamia de una sociedad tan pequeña. Sonreían y soltaban risas al pasar junto a los forasteros en sus sillas de manos y tenían siempre una palabra amistosa para Chang; parecían joviales y un poco inquisitivos, corteses y despreocupados, y se afanaban en infinidad de oficios, pero sin ninguna prisa aparente.



En conjunto, Conway se dijo que formaban una de las comunidades más agradables que había visto nunca, e incluso la señorita Brinklow, que había estado alerta por si captaba síntomas de degradación pagana, tuvo que admitir que todo tenía muy buen aspecto «en la superficie». Se sintió aliviada al descubrir que los nativos iban vestidos «por completo», pese a que las mujeres llevaban pantalones chinos sujetos al tobillo; y su muy imaginativo examen de un templo budista solo reveló unos cuantos objetos que podrían haberse considerado fálicos con cierta inventiva. Chang explicó que el templo tenía sus propios lamas, que se encontraban bajo el control poco estricto de Shangri-La, aunque no eran de la misma orden. Al parecer también había, más hacia el fondo del valle, un templo *taoísta*[9] y otro *confuciano*[10].

—Cada piedra preciosa tiene sus facetas —declaró el chino—, y es posible que muchas religiones sean moderadamente verdaderas.

—Estoy de acuerdo —repuso Barnard con entusiasmo—. Nunca he creído en las envidias sectarias. Chang, está hecho todo un filósofo, debo recordar ese comentario suyo: «Muchas religiones son moderadamente verdaderas»; me parece que ustedes, los lamas de la montaña, son tipos muy sabios, para haber pensado algo así. Y tienen razón, además… estoy seguro de ello sin ninguna duda.

—Pero nosotros —concluyó Chang con expresión soñadora—, solo estamos moderadamente seguros.

A la señorita Brinklow le daba igual todo eso, y le parecía un indicio de mera pereza. En cualquier caso, le preocupaba una idea propia.

—Cuando regrese —dijo con los labios apretados—, pediré a mi sociedad que envíe un misionero aquí. Y si se quejan por el gasto que supondrá, pienso convencerlos por las malas.

Esa actitud, por supuesto, era mucho más saludable, y ni siquiera Mallinson, pese a las pocas simpatías que le despertaban las misiones extranjeras, pudo contener su admiración.

—Deberían mandarla a usted —dijo—. Si es que le apetece quedarse en un lugar como este, claro.

—No es cuestión de que me apetezca o no —replicó la señorita Brinklow—. No me gustaría, como es natural… ¿cómo iba a gustarme? La cuestión reside más bien en cumplir con tu deber.

—Pues creo que si yo fuera misionero —intervino Conway—, elegiría este lugar antes que muchos otros.

—En ese caso —espetó la señorita Brinklow—, es obvio que el asunto no tendría ningún mérito.

—Pero no estaba pensando en el mérito.

—Pues es una pena, porque no hay nada bueno en hacer algo porque te gusta hacerlo. ¡Mire a esta gente!

—Todos parecen muy felices.

—Exacto —respondió ella con un toque de ferocidad, y añadió—: De todos modos, no veo por qué no debería comenzar estudiando el idioma. ¿Puede prestarme un libro para eso, señor Chang?

Chang contestó con su tono más meloso.

—Desde luego que sí, señora, con el mayor de los placeres. Y, si se me permite decirlo, creo que es una idea excelente.

Cuando ascendieron esa tarde de vuelta a Shangri-La, Chang se ocupó del asunto como si fuera una prioridad inmediata. Al principio, la señorita Brinklow se sintió un poco intimidada por el enorme volumen compilado por un laborioso alemán del siglo XIX —lo más probable es que hubiera imaginado algo más ligero, del tipo *Cómo aprender tibetano en quince días* —, pero con la ayuda del chino y los ánimos de Conway empezó con buen pie y los demás no tardaron en percatarse de que la tarea le proporcionaba una denodada satisfacción.

Conway también encontró mucho de su interés, aparte del fascinante problema que se había planteado. Durante los días cálidos y soleados, hacía pleno uso de la biblioteca y la sala de música, y vio confirmada su impresión de que los lamas tenían una cultura excepcional. Su gusto abarcaba libros de toda índole, en cualquier caso; Platón en griego tenía de vecino a Omar en inglés; Nietzsche se había asociado con Newton; Tomás Moro estaba allí, al igual que Hannah More, Thomas Moore, George Moore e incluso el Viejo Moore, Francis. En total, Conway estimaba el número de volúmenes entre veinte y treinta mil; y le parecía muy tentador hacer conjeturas sobre el método de selección y adquisición. También trataba de descubrir qué volúmenes habían llegado más recientemente, pero no encontró nada posterior a una reimpresión barata y en alemán de *Sin novedad en el frente*[11]. En su siguiente visita, sin embargo, Chang le dijo que había otros libros publicados hasta mediados de 1930 que sin duda ocuparían pronto los estantes correspondientes; ya habían llegado al monasterio.

—Nos mantenemos bastante al día, como ve —comentó.

—Sé de algunos que no estarían muy de acuerdo con usted —respondió Conway con una sonrisa—. En el mundo han pasado muchas cosas importantes desde el año pasado, ya sabe.

—Nada tan importante, mi querido señor, que no pudiera haberse previsto en 1920 o que no vaya a entenderse mejor en 1940.

—¿No le interesan entonces los últimos acontecimientos de la crisis mundial?

—Tendré un interés muy profundo en ellos a su debido tiempo.

—Sabe, Chang, creo que empiezo a entenderle. Funciona de manera diferente: el tiempo significa menos para usted que para la mayoría de las personas. Si yo estuviera en Londres, no siempre me moriría por ver el último periódico de una hora antes, y usted en Shangri-La no está ansioso por ver uno de un año atrás. Ambas actitudes me parecen bastante sensatas. Por cierto, ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que tuvieron visitantes aquí?

—Eso, lo lamento, señor Conway, pero no puedo decírselo.

Era el final habitual de una conversación con él, y a Conway le parecía menos irritante que el fenómeno opuesto, y que tanto había padecido en sus tiempos: la conversación que parecía no terminar nunca, por mucho que él intentara ponerle fin. Chang le caía cada vez mejor a medida que sus encuentros se multiplicaban, aunque todavía lo desconcertaba conocer a tan pocos miembros del personal del monasterio; incluso suponiendo que los propios lamas fueran inaccesibles, ¿no había otros postulantes además de Chang?

Sí estaba, por supuesto, la joven *manchú*. La veía a veces cuando visitaba la sala de música; pero ella no sabía inglés, y él todavía no estaba dispuesto a revelar su conocimiento del chino. No conseguía determinar si interpretaba música por puro placer o si era alguna clase de estudiante. Su forma de tocar, como de hecho todo su comportamiento, era exquisitamente formal, y siempre optaba por piezas con motivos secuenciales: de Bach, Corelli, Scarlatti y, alguna vez, Mozart. Prefería el clavicémbalo al pianoforte, pero cuando Conway se sentaba a este último, escuchaba con seria y diligente atención, y era evidente que sabía apreciar lo que tocaba. Se hacía imposible saber qué pensaba; incluso costaba adivinar su edad. Conway habría puesto en duda tanto que tuviera más de treinta años como menos de trece; y sin embargo, por curioso que fuera, ninguna de esas improbabilidades manifiestas podía descartarse por ser del todo imposibles.

Mallinson, que a veces, a falta de algo mejor que hacer, acudía a escuchar la música, no sabía muy bien qué pensar de la joven.

—No entiendo qué hace aquí —le dijo a Conway más de una vez—. Este asunto de los lamas puede estar bien para un tipo viejo como Chang, pero

¿qué atractivo tiene para una chica? Me pregunto cuánto tiempo lleva aquí.

—Yo también me lo pregunto, pero es una de esas cosas que, con toda probabilidad, no nos dirán.

—¿Crees que le gusta estar aquí?

—Debo decir que no parece que le disguste.

—No parece tener sentimientos en absoluto, por cierto. Da la impresión de ser una muñequita de marfil, más que un ser humano.

—Pues no deja de ser una cosa encantadora a la que parecerse.

—Dentro de lo que cabe.

Conway sonrió.

—Y cabe bastante, Mallinson, puestos a pensarlo. Al fin y al cabo, la muñeca de marfil tiene modales, buen gusto en el vestir, un aspecto atractivo, toca bien el clavecín y no se mueve por una habitación como si estuviera jugando al *hockey*. Europa occidental, que yo recuerde, contiene una cantidad extraordinaria de mujeres que carecen de esas virtudes.

—Eres un cínico horrible cuando se trata de las mujeres, Conway.

Conway estaba acostumbrado a aquella acusación. En realidad no había tenido mucho que ver con el otro sexo, y durante los permisos ocasionales en pueblos indios de alta montaña, la reputación de cínico había sido tan fácil de mantener como cualquier otra. Cierto que había mantenido varias relaciones de amistad deliciosa con mujeres que habrían estado encantadas de casarse con él si se lo hubiera pedido, pero no se lo había pedido a ninguna. Una vez incluso casi llegó a anunciar su enlace en los ecos de sociedad del *Morning Post*, pero la chica en cuestión no quería vivir en Pekín y él no quería vivir en Tunbridge Wells, unas reticencias mutuas que resultaron imposibles de solventar. Hasta el momento, sus pocas experiencias con mujeres habían sido tentativas, intermitentes y más bien inconclusas. Pero, pese a todo, él no era ningún cínico con respecto a las féminas.

—Tengo treinta y siete años, y tú veinticuatro —dijo con una sonrisa—: Todo se reduce a eso.

Tras una pausa, Mallinson preguntó de repente:

—Ah, por cierto, ¿qué edad dirías que tiene Chang?

—Cualquiera entre cuarenta y nueve y ciento cuarenta y nueve —respondió Conway a la ligera.

Esa información, sin embargo, era menos fiable que muchas otras cosas que tenían disponibles los recién llegados. El hecho de que su curiosidad no se viera a veces satisfecha tendía a ocultar la gran cantidad de datos que

Chang siempre estaba dispuesto a revelar. No había secretos, por ejemplo, sobre las costumbres y hábitos de la población del valle, y Conway, que tenía interés en eso, mantenía conversaciones que podrían haberse convertido en una tesis de licenciatura bastante útil. En concreto estaba interesado, como estudioso de asuntos exteriores, en la forma en que se gobernaba la población del valle; tras someterla a examen, le parecía que se trataba de una autocracia bastante relajada y flexible, que operaba desde el templo con una benevolencia casi fortuita. Sin duda era un éxito comprobado, que se hacía más evidente en cada descenso a aquel paraíso fértil. Conway no se explicaba cómo conseguían hacer cumplir la ley y el orden; no parecía haber ni soldados ni policías, pero debían de contar con recursos para ocuparse de los elementos incorregibles, ¿no? Chang respondió a esa cuestión que los delitos eran muy poco frecuentes, en parte porque solo las cosas serias se consideraban delito, y en parte porque todos disfrutaban en cantidad suficiente de cuanto pudieran desear dentro de lo razonable. En última instancia, los miembros del servicio personal de los lamas tenían potestad para expulsar a un delincuente del valle, aunque se consideraba un castigo extremo y terrible y solo se imponía en raras ocasiones. Pero el factor principal en el gobierno del valle de la Luna Azul, como procedió a explicar Chang, era la inculcación de buenos modales y costumbres: así los hombres sabían que ciertas cosas sencillamente no estaban bien y que hacerlas significaba un descenso en el sistema de castas.

—Ustedes los ingleses inculcan el mismo sentimiento en sus colegios privados —explicó Chang—, aunque me temo que no respecto a las mismas cosas. Los habitantes de nuestro valle, por ejemplo, piensan que no está bien ser poco hospitalario con los forasteros, entablar agrias disputas o competir entre ellos. La idea que tanto les gusta a sus profesores ingleses de considerar el campo de juego un reflejo del campo de batalla aquí les parecería bárbara de principio a fin; de hecho, sería para ellos una estimulación puramente gratuita de los más bajos instintos.

Conway preguntó si nunca había disputas con respecto a las mujeres.

—Solo muy rara vez, porque no se considera de buena educación tomar a una mujer que otro hombre desee.

—¿Y suponiendo que alguien la deseara tanto que le importaran un bledo los buenos modales?

—Entonces, mi querido señor, sería de buena educación por parte del otro hombre permitirle tenerla, y también por parte de la mujer mostrarse dispuesta. Le sorprendería comprobar hasta qué punto el uso de un poco de cortesía ayuda a suavizar estos problemas.

Es cierto que, en sus visitas al valle, Conway encontraba un espíritu de buena voluntad y gentileza que lo satisfacía aún más porque sabía que, de todas las artes, la del gobierno es la que menos se ha perfeccionado. Sin embargo, cuando hizo alguna clase de comentario elogioso, Chang respondió:

—Ah, pero mire, nosotros creemos que para gobernar a la perfección es necesario evitar gobernar demasiado.

—¿Y sin embargo no cuentan con maquinaria democrática alguna, como elecciones y todo eso?

—Oh, no… A nuestra gente le horrorizaría tener que declarar que una política es completamente correcta y otra del todo errónea.

Conway sonrió. Le parecía una actitud bastante agradable.

Entretanto, la señorita Brinklow obtenía sus propias satisfacciones del estudio del tibetano; Mallinson, por su parte, andaba inquieto y refunfuñando, mientras que Barnard insistía en mostrar una ecuanimidad que, fuera real o simulada, resultaba asimismo extraordinaria.

—Si he de serte franco —dijo Mallinson—, la alegría de ese tipo empieza a sacarme de quicio. Puedo entender que trate de mantener la compostura, pero esas continuas bromitas suyas empiezan a cabrearme. Si nos descuidamos acabará siendo el alma de la fiesta.

Conway también se había cuestionado un par de veces la facilidad con la que el estadounidense había logrado adaptarse.

—¿No es una suerte para nosotros que se tome las cosas tan bien?

—Personalmente, lo encuentro raro, y me mosquea. ¿Qué sabes de él en realidad, Conway? Me refiero a quién es y todo eso.

—No sé mucho más que tú. Tengo entendido que venía de Persia, donde por lo visto hacía prospecciones petrolíferas. Lo de tomarse las cosas con calma parece su forma de ser: cuando se organizó la evacuación aérea, me costó lo mío convencerlo de que se uniera a nosotros. Solo accedió cuando le dije que un pasaporte estadounidense no detendría una bala.

—Hablando de pasaportes, ¿has visto el suyo?

—Es posible que lo viera en algún momento, pero no lo recuerdo. ¿Por qué?

Mallinson se echó a reír.

—Me temo que pensarás que he estado metiéndome donde no me llaman. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Dos meses en este lugar deberían revelar todos nuestros secretos, si tenemos alguno. Eso sí, pasó por pura casualidad, y no le

he dicho una sola palabra a nadie más, por supuesto. No pensaba contártelo, pero ahora que hablamos del tema, no veo por qué no.

—Estoy de acuerdo con todo eso, pero me gustaría saber de una vez de qué estás hablando.

—De que Barnard viaja con un pasaporte falso y no es Barnard en absoluto.

Conway arqueó las cejas con un interés que no se acercaba ni mucho menos a la preocupación. Le gustaba Barnard, en la medida en que el tipo despertaba en él alguna emoción; pero en realidad no le importaba gran cosa quién fuera o dejara de ser.

—Bueno, ¿y quién crees que es? —preguntó.

—Es Chalmers Bryant.

—¡Y un cuerno! ¿Qué te hace pensar eso?

—Se le ha caído una agenda del bolsillo, esta mañana, y Chang la ha recogido y me la ha dado, creyendo que era mía. Me he fijado sin poder evitarlo en que estaba llena de recortes de periódicos; algunos se han salido cuando la hojeaba, y no me importa admitir que les he echado un vistazo. Al fin y al cabo, los recortes de periódicos no son privados, o no deberían serlo. Todos eran sobre Bryant y cómo lo están buscando, y en uno aparecía la fotografía de un tipo exactamente igual que Barnard, pero con bigote.

—¿Le has mencionado tu descubrimiento al propio Barnard?

—No, acabo de devolverle la agenda sin hacer comentarios.

—¿Así que tu identificación se basa solo en la foto de un periódico?

—Bueno, de momento, sí.

—No me creo capaz de condenar a nadie solo por eso. Por supuesto que puedes tener razón, no digo que no pueda ser Bryant. Si lo fuera, se explicaría en gran parte su satisfacción por estar aquí, pues es difícil que pudiera haber encontrado un escondite mejor.

Mallinson parecía un poco decepcionado por esa indiferencia ante una noticia que era evidente que le parecía sensacional.

—Bueno, ¿qué vas a hacer al respecto? —quiso saber.

Conway reflexionó un momento y luego respondió:

—Pues no lo sé muy bien… probablemente nada en absoluto. ¿Qué se puede hacer, en cualquier caso?

—Maldita sea, pero si el hombre es en efecto Bryant…

—Mi querido Mallinson, aunque el tipo fuera Nerón, no debería importarnos por el momento. Santo o ladrón, tenemos que sacar el mejor partido de nuestra mutua compañía mientras estemos aquí, y no me parece

que mejoremos las cosas adoptando ciertas posturas. De haber sospechado quién era en Baskul, por supuesto que habría tratado de ponerme en contacto con Delhi para denunciarlo; habría sido tan solo un deber oficial. Pero ahora creo que puedo decir que estoy fuera de servicio.

—¿No te parece una forma negligente de ver el asunto?

—Me da igual si es negligente, siempre y cuando sea sensata.

—Supongo que eso significa que me aconsejas olvidar lo que he descubierto.

—Es posible que no puedas olvidarlo, pero desde luego me parece recomendable que esto quede de momento entre nosotros. No por consideración hacia Barnard o Bryant o quienquiera que sea, sino para ahorrarnos el mal trago de una situación incómoda cuando salgamos de aquí.

—¿Quieres decir que deberíamos dejarlo marchar sin más?

—Bueno, lo expresaré de otro modo: digamos que deberíamos darle a algún otro el placer de atraparlo. Cuando has tenido una relación tan cordial con alguien durante unos meses, parece un poco fuera de lugar pedir que le pongan las esposas.

—Creo que no comparto tu opinión. Ese tipo no es más que un ladrón a gran escala; conozco a mucha gente que ha perdido dinero por su culpa.

Conway se encogió de hombros. Admiraba la simplicidad sin matices del código de Mallinson; la ética de la escuela privada podía ser cruda, pero al menos era franca. Si un hombre incumplía la ley, era deber de todos entregarlo a la justicia, siempre y cuando se tratara de una de esas leyes que no pueden violarse. Y la ley que amparaba cheques, acciones y balances era de ese tipo, sin ninguna duda. Bryant la había transgredido, y aunque Conway no había prestado mucho interés al caso, tenía la impresión de que el asunto era bastante grave. Cuanto sabía era que el fracaso del gigantesco grupo Bryant en Nueva York había provocado pérdidas de alrededor de cien millones de dólares, un colapso récord incluso en un mundo que rezumaba récords. De un modo u otro —Conway no era ningún experto financiero—, Bryant se había dedicado a hacer trapicheos en Wall Street, y el resultado había sido una orden de detención, su fuga a Europa y solicitudes de extradición contra él a media docena de países.

—Bueno —concluyó Conway—, pues mi consejo, si decides seguirlo, es que no digas nada al respecto, y no por su bien, sino por el nuestro. Pero haz lo que creas oportuno, por supuesto, siempre y cuando no olvides la posibilidad de que él puede no ser ese tipo.

Pero sí lo era, y la revelación llegó esa noche después de la cena. Chang ya se había retirado; la señorita Brinklow estaba enfrascada en su gramática tibetana; los tres hombres exiliados quedaron cara a cara con sus cafés y sus puros. Durante la comida, la conversación habría languidecido más de una vez de no haber sido por el tacto y la afabilidad del chino; en ese momento, en su ausencia, se cernía sobre ellos un silencio bastante desafortunado. Por una vez, Barnard no estaba para bromas. Para Conway era evidente que Mallinson era incapaz de tratar al estadounidense como si nada hubiera pasado, e igualmente obvio que el perspicaz Barnard era consciente de que había pasado algo.

De repente, el americano arrojó su puro al cenicero.

—Supongo que todos saben quién soy —dijo.

Mallinson se ruborizó como una muchacha, pero Conway respondió en el mismo tono tranquilo:

—Sí, Mallinson y yo creemos saberlo.

—Qué estúpido descuido por mi parte dejarme esos recortes por ahí.

—Todos tenemos tendencia a ser descuidados a veces.

—Bueno, pues estás muy tranquilo al respecto, y ya es algo.

Hubo otro silencio, que al final rompió la voz chillona de la señorita Brinklow:

—Le aseguro que yo aún no sé quién es, señor Barnard, aunque debo decir que siempre he supuesto que viajaba de incógnito. —Todos le dirigieron miradas inquisitivas y ella continuó—: Recuerdo que cuando el señor Conway dijo que los nombres de todos nosotros aparecerían en los periódicos, usted contestó que no le afectaba. Me hizo pensar que era probable que Barnard no fuera su verdadero nombre.

El culpable sonrió despacio mientras encendía otro puro.

—Señora —dijo por fin—, no solo es una detective sagaz, sino que ha dado con un nombre muy elegante para mi posición actual. Pues sí, viajo «de incógnito», tiene toda la razón. En cuanto a vosotros, muchachos, en cierto sentido no lamento que me hayáis descubierto. Nos las podríamos haber apañado bien sin que ninguno lo supiera, pero teniendo en cuenta la situación en la que estamos ahora, no parecería muy amistoso hacerme el pedante. Habéis sido tan amables conmigo que no quiero causar muchos problemas. Por lo visto, para bien o para mal, vamos a pasar una temporadita juntos, y depende de nosotros que nos ayudemos unos a otros en la medida de lo posible. En cuanto a lo que suceda después, diría que podemos dejar que eso se resuelva solo.

A Conway, todo eso le pareció tan sumamente razonable que miró a Barnard con mucho mayor interés e incluso, aunque quizás resultara raro en un momento como ese, con un toque de aprecio genuino. Era curioso pensar que aquel hombre robusto, carnoso, afable y de aspecto paternal pudiera ser el mayor estafador del mundo. Más bien parecía la clase de tipo que, con algunos estudios más, se podría haber convertido en un popular director de una escuela primaria. Tras su jovialidad se advertían indicios de tensiones y preocupaciones recientes, pero eso no significaba que la jovialidad fuera forzada. Estaba claro que era lo que aparentaba: un «buen tipo» en el sentido más mundano, un cordero por naturaleza y un tiburón solo de profesión.

—Sí, estoy seguro de que será lo mejor —concluyó Conway.

Barnard se echó a reír. Fue como si poseyera reservas aún más profundas de buen humor a las que solo ahora pudiera recurrir.

—Madre mía, pero qué rarísimo es esto —exclamó arrellanándose en la silla—. Todo este maldito asunto, quiero decir. ¡Crucé Europa entera, y luego Turquía y Persia, hasta llegar a aquel poblacho dejado de la mano de Dios! Con la policía pisándome los talones todo el tiempo… Eso sí, ¡en Viena casi me atrapan! Es bastante emocionante al principio, lo de que te persigan, pero al cabo de un tiempo te pone los nervios de punta. Sin embargo, en Baskul pude descansar un poco: pensé que estaría a salvo en medio de una revolución.

—Y así fue —dijo Conway con una leve sonrisa—, excepto por las balas.

—Sí, y eso fue lo que me inquietó en la recta final. Puedo decirles que fue una decisión muy difícil: quedarme en Baskul y que me llenaran de plomo, o aceptar un viaje en el avión de vuestro Gobierno y encontrarme con las esposas esperando en el destino. Ninguna de las dos opciones me entusiasmaba mucho.

—Lo recuerdo.

Barnard volvió a reír.

—Bueno, pues así fue la cosa, y ya podéis imaginar que el cambio de planes que me trajo hasta aquí no me preocupara mucho. Este sitio es un misterio de primera magnitud, eso lo admito, pero para mí, personalmente, no podría haber existido uno mejor. Y yo no soy de los que andan quejándose cuando están satisfechos.

La sonrisa de Conway se volvió incluso más cordial.

—Una actitud muy sensata, aunque creo que se te fue un poco la mano. Todos empezábamos a preguntarnos cómo era posible que estuvieras tan contento.

—Bueno, es que lo estaba. Este sitio no está nada mal, cuando te acostumbras. El aire es un poco cortante al principio, pero no se puede tener todo. Y se está muy bien y muy tranquilo, para variar. Cada otoño voy a Palm Beach para una cura de descanso, pero en esos lugares no lo encuentras: estás en medio del barullo de la misma manera. Sin embargo supongo que aquí me están administrando justo lo que el médico me recetó, y la verdad es que me sienta de maravilla. Llevo una dieta diferente, no puedo leer la cinta de la teleimpresora y mi corredor de bolsa no puede llamarme por teléfono.

—Me atrevo a decir que desearía poder hacerlo.

—Desde luego. Hay un buen lío que aclarar y mucha pasta por la que responder, no lo pongo en duda.

Dijo eso con tanta simplicidad que Conway no pudo evitar responder:

—No soy una autoridad ni mucho menos en lo que la gente llama altas finanzas.

Aquello le dio pie al estadounidense para decir sin la menor reticencia:

—Las altas finanzas son, sobre todo, una gran sarta de sandeces.

—Lo he sospechado a menudo.

—Mira, Conway, te lo explicaré. Un tipo hace lo que lleva haciendo durante años, y lo que muchos otros tipos han estado haciendo, y de repente el mercado se le pone de frente. No puede evitarlo, pero se prepara y espera a que las cosas cambien. Y de alguna manera las cosas no cambian, como siempre solía pasar, y cuando ha perdido diez millones de dólares más o menos, lee en algún periódico que un profesor sueco piensa que es el fin del mundo. Y yo me pregunto: ¿esa clase de cosas ayudan a los mercados? Por supuesto, se lleva una buena impresión con todo eso, pero continúa sin poder evitarlo. Y ahí sigue hasta que vengan los policías, si decide esperarlos. Yo no lo hice.

—¿Afirmas entonces que todo fue solo una racha de mala suerte?

—Pues claro, fue una racha de las gordas, sí.

—También invertías el dinero de otras personas —intervino Mallinson con aspereza.

—Sí, lo hacía. ¿Y por qué? Porque todos querían algo a cambio de nada y no tenían cerebro suficiente para conseguirlo por sí mismos.

—No estoy de acuerdo. Confiaban en ti y creían que su dinero estaba a salvo.

—Bueno, pues no lo estaba. No podía estarlo. No hay seguridad en ninguna parte, y los que creyeran que la había eran como un montón de infelices tratando de esconderse bajo un paraguas en medio de un tifón.

Conway dijo con tono tranquilizador:

—Bueno, tendremos que admitir todos que no pudiste evitar el tifón.

—Ni siquiera podía fingir que lo evitaba, como tampoco tú pudiste evitar lo que sucedió cuando salimos de Baskul. Y lo mismo me llamó la atención cuando te vi mantener la calma en el avión mientras Mallinson aquí presente no paraba quieto. Sabías que no podías hacer nada al respecto, y no te importó un pimiento. Así me sentí yo cuando se hundió la bolsa.

—¡Eso es un disparate! —estalló Mallinson—. Cualquiera puede evitar cometer una estafa. Es cuestión de jugar la partida de acuerdo con las reglas.

—Eso es algo muy difícil de hacer cuando el juego entero se está haciendo pedazos. Además, no hay un alma en este mundo que sepa cuáles son las reglas. Ni todos los profesores de Harvard y Yale juntos serían capaces de decírtelo.

Mallinson respondió con tono de desdén:

—Me refiero a algunas normas bastante simples de conducta cotidiana.

—Entonces diría que tu conducta cotidiana no incluye la gestión de compañías fiduciarias.

Conway se apresuró a intervenir.

—Será mejor que no discutamos. No me molesta en lo más mínimo esa comparación entre tus asuntos y los míos. Sin duda, todos hemos estado volando a ciegas últimamente, tanto en sentido literal como en otros. Pero ahora estamos aquí, eso es lo importante, y coincido contigo en que habría sido fácil tener más motivos de queja. Es curioso, puestos a pensarlo, que de cuatro personas elegidas al azar y secuestradas a mil quinientos kilómetros de aquí, tres sean capaces de encontrar algún consuelo en el asunto. Tú buscas una cura de descanso y un escondite; la señorita Brinklow se siente llamada a evangelizar a los paganos tibetanos.

—¿Quién es la tercera persona? —interrumpió Mallinson—. No seré yo, supongo…

—Iba a incluirme yo —respondió Conway—. Y mi razón es quizás la más simple de todas: me gusta estar aquí.

Y en efecto, al cabo de un rato, cuando daba su solitario paseo nocturno habitual por la terraza o junto al estanque de lotos, sentía una extraordinaria sensación de paz física y mental. Era verdad: era tan simple como que le gustaba estar en Shangri-La. Su atmósfera era calmante mientras que su misterio le servía de estímulo, y la sensación global era agradable. Desde unos días atrás venía llegando, gradual y tentativamente, a una curiosa conclusión sobre el templo de lamas y sus habitantes; su cerebro aún estaba

enfrascado con eso, aunque en un sentido más profundo no lo perturbaba. Era como un matemático con un problema abstruso: lo preocupaba, pero lo hacía de forma tranquila e impersonal.

En cuanto a Bryant, a quien decidió que seguiría considerando y llamando Barnard, la cuestión de sus hazañas y su identidad se desvanecía al instante en el fondo, excepto por una sola frase suya: «el juego entero se está haciendo pedazos». Conway se encontró recordando esas palabras y repitiéndolas con un sentido tal vez más amplio del que había pretendido el americano; le parecían ciertas y no solo en lo referente a la banca y la administración de compañías financieras estadounidenses. Eran apropiadas también para Baskul y Delhi y Londres, para la guerra y la construcción del Imperio, para los consulados y las concesiones comerciales y las cenas en la sede del Gobierno; todo ese mundo que él recordaba apestaba a disolución, y quizás Barnard solo había acertado a describir su fracaso con mayor dramatismo que él mismo. Todo el juego estaba sin duda haciéndose pedazos, pero por suerte, por regla general, no se juzgaba a los jugadores por los pedazos que no lograban salvar. En ese sentido, los financieros tenían mala suerte.

Pero ahí, en Shangri-La, reinaba una profunda calma. En un cielo sin luna, las estrellas refulgían al máximo y la cúpula del Karakal emitía un resplandor azul pálido. Conway comprendió entonces que si por algún cambio de plan los porteadores del mundo exterior llegaran de inmediato, no lo entusiasmaría ahorrarse el intervalo de espera. Y tampoco a Barnard, reflexionó sonriendo para sí. Era divertido, en realidad; y de repente reparó en que Barnard desde luego le caía bien, o no le habría encontrado la gracia al asunto.

De alguna manera, la pérdida de cien millones de dólares era excesiva para culpar de ella a un hombre; cuánto más fácil habría sido que solo hubiera robado un reloj. Y, a fin de cuentas, ¿cómo podía alguien perder cien millones? Tal vez solo en el sentido en que un ministro del gabinete podía anunciar con ligereza que le habían «hecho entrega de la India».

Volvió a pensar en el momento en que abandonaría Shangri-La con los porteadores en su trayecto de regreso. Imaginó el largo y arduo viaje, y finalmente la llegada al *bungaló* de alguna plantación en Sikkim o Baltistán, un momento que debería suponer una alegría delirante pero que es posible que le resultara un poco decepcionante. Luego vendrían los apretones de manos y las presentaciones; las primeras copas en la galería de un club; los rostros bronceados mirándolo con incredulidad apenas disimulada. En Delhi, sin duda, seguirían encuentros con el virrey y el comisionado jefe de información; zalemas de criados con turbante y un sinfín de informes que

redactar y enviar. Tal vez incluso un regreso a Inglaterra y Whitehall; juegos de cubierta en algún barco de la P & O; la mano flácida de un subsecretario; entrevistas en los periódicos; las voces duras, burlonas y sedientas de sexo de las mujeres: «¿Y es realmente cierto, señor Conway, que cuando estaba en el Tíbet…?». De una cosa no había duda: sería capaz de tirar de ese hilo para sacar invitaciones gratis durante al menos una temporada entera. Pero ¿lo disfrutaría? Recordó una frase escrita por Gordon durante los últimos días en Jartum: «Preferiría vivir como un *derviche*[12] con el *mahdi*[13] que salir a cenar todas las noches en Londres». La aversión de Conway era menos definida: tan solo preveía que contar su historia en tiempo pasado lo aburriría muchísimo y lo entristecería un poco.

De repente, en medio de sus reflexiones, cayó en la cuenta de que se acercaba Chang.

—Señor —comenzó el chino con sus lentos susurros, que se aceleraron a medida que hablaba—, tengo el orgullo de venir a transmitirle noticias importantes…

Lo primero que pensó Conway fue que los porteadores habían llegado antes de tiempo; qué curioso que hubiera estado pensando en eso justo un rato antes. Y sintió la punzada de una angustia para la que estaba medio preparado.

—¿Y bien? —preguntó.

Chang se hallaba en un estado tan cercano a la emoción como parecía físicamente posible en él.

—Mi querido señor, le doy la enhorabuena —continuó—. Y me siento feliz al pensar que soy en cierta medida responsable: ha sido a raíz de mis propias recomendaciones encarecidas y continuas que el Gran Lama ha tomado la decisión. Desea verle de inmediato.

La mirada de Conway fue socarrona.

—Está siendo menos coherente de lo habitual, Chang. ¿Qué ha pasado?

—El Gran Lama me ha mandado en su busca.

—Eso me ha parecido entender, pero ¿a qué viene tanto alboroto?

—A que se trata de algo extraordinario y sin precedentes; ni siquiera yo, que he insistido en ello, esperaba que sucediera todavía. Hace quince días no estaba usted aquí siquiera, ¡y ahora él va a recibirlo! ¡Nunca había ocurrido tan pronto!

—Disculpe, pero aún me siento algo confuso… Voy a ver a su Gran Lama, de eso me doy cuenta, pero ¿hay algo más?

—¿No es suficiente?

Conway se echó a reír.

—Absolutamente, se lo aseguro; no crea que estoy siendo descortés. En realidad lo que ocurre es que tenía algo muy distinto en la cabeza… pero ahora nada de eso importa. Por supuesto, lo considero un honor y estaré encantado de conocer al caballero. ¿Cuándo es la cita?

—Ahora mismo. Me ha enviado para conducirle hasta él.

—¿No es un poco tarde?

—La hora no tiene la menor importancia. Mi querido señor, muy pronto va a entender muchas cosas. Y permítame agregar mi propio placer personal ante el hecho de que este intervalo, siempre tan incómodo, haya llegado a su fin. Créame, para mí ha sido molesto, muy molesto, tener que negarle información sobre tantas cosas. Me alegra saber que esa clase de incomodidad nunca más será necesaria.

—Es usted un tipo bien raro, Chang —respondió Conway—. Pero vámonos ya, no se moleste en darme más explicaciones. Estoy perfectamente preparado y aprecio sus amables comentarios. Muéstreme el camino.

SIETE

Conway era bastante imperturbable, pero esa conducta encubría ahora un entusiasmo que crecía en intensidad mientras cruzaba patios vacíos en compañía de Chang. Si las palabras del chino significaban algo, se hallaba en el umbral del descubrimiento; y pronto sabría si su teoría, aún a medio formar, era menos imposible de lo que parecía.

Dejando eso aparte, sin duda sería un encuentro interesante. Había conocido a muchos potentados peculiares en sus tiempos; se tomaba un interés algo distante en ellos y, por norma, era sagaz en sus valoraciones. No era tímido y contaba también con la valiosa capacidad de poder utilizar fórmulas de cortesía en idiomas de los que sabía muy poco. Sin embargo, en esa ocasión quizás sería sobre todo un oyente. Se fijó en que Chang lo conducía a través de estancias que no había visto antes, todas ellas bastante tenues y encantadoras a la luz del farol. Luego llegaron a una escalera de caracol que subía hasta una puerta a la que el chino llamó, y un criado tibetano abrió con tanta prontitud que Conway sospechó que había estado en pie tras ella. Esa parte de la *lamasería*, en una planta más alta, no estaba decorada con menos gusto que el resto, pero su característica más llamativa era un calor seco que te producía un hormigueo, como si todas las ventanas estuvieran bien cerradas y alguna clase de calefacción central de vapor estuviera funcionando a pleno rendimiento. La falta de aire iba en aumento a medida que avanzaban, hasta que por fin Chang se detuvo ante una puerta que, de haber podido fiarse de sus sensaciones corporales, podría dar paso a un baño turco.

—El Gran Lama —susurró Chang— lo recibirá a solas.

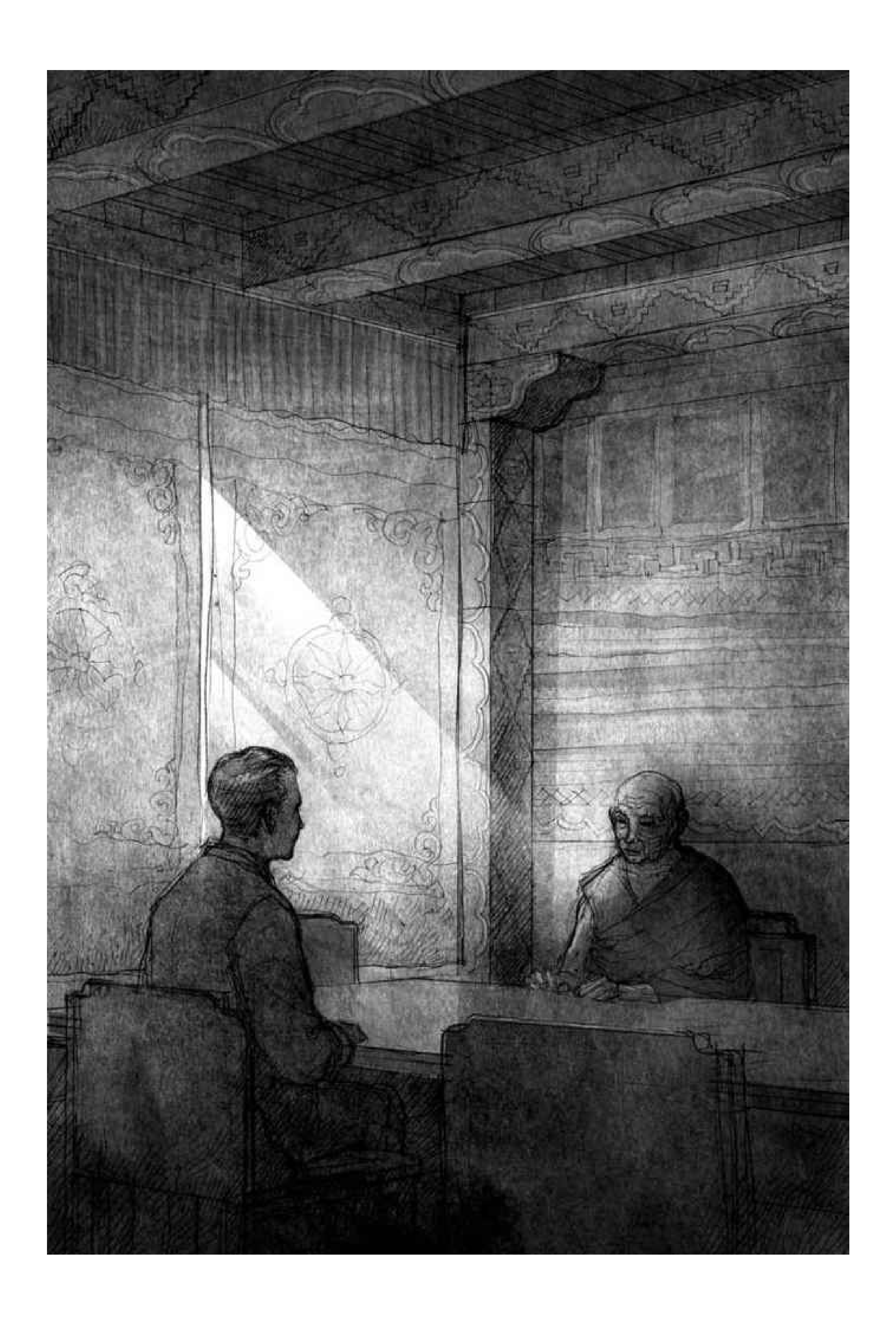
Tras abrir la puerta para dar paso a Conway, la cerró después con tanto silencio que su propia partida fue casi imperceptible. Conway se quedó allí plantado, vacilante, respirando una atmósfera no solo sofocante, sino sumida en la penumbra, de modo que pasaron varios segundos hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Luego entrevió poco a poco una estancia de techo bajo con cortinajes oscuros y una mesa y sillas por todo mobiliario. En

una de ellas se sentaba un anciano menudo, pálido y arrugado, inmóvil y envuelto en sombras, que transmitía el mismo efecto que un retrato antiguo y desdibujado en claroscuro. Si existía algo como una presencia disociada de la realidad, la tenía ante sus ojos, adornada con una dignidad clásica que era más una emanación que un atributo. Conway sintió curiosidad por su propia e intensa percepción de todo eso, y se preguntó si sería fiable o una simple reacción al denso calor crepuscular; sintiéndose algo aturdido bajo la mirada de aquellos ojos antiguos, avanzó unos pasos y luego se detuvo. La silueta del ocupante de la silla se volvió menos vaga, pero apenas más corpórea: era un anciano con ropajes chinos, con pliegues de tejido sueltos contra un marco enjuto y demacrado.

—¿Es usted el señor Conway? —susurró en un inglés excelente.

La voz era agradablemente tranquilizadora y tenía un suave dejo de melancolía que llenó a Conway de una extraña placidez, si bien, una vez más, el escéptico que llevaba dentro se inclinó a responsabilizar a la temperatura.

—Sí, soy yo —respondió.



—Es un placer verle aquí, señor Conway —continuó la voz—. He mandado a buscarlo porque me ha parecido que haríamos bien en charlar un poco. Por favor, siéntese a mi lado y no tenga miedo. Soy un anciano y no puedo hacerle daño a nadie.

—Es para mí un gran honor que me reciba —contestó Conway.

—Se lo agradezco, mi querido Conway; lo llamaré así, mejor dejarnos de títulos, como suelen hacer los ingleses. Este momento, como le decía, me produce un gran placer. Mi vista es muy mala, pero créame, soy capaz de verle en igual medida con mi mente que con mis ojos. Confío en que se haya sentido cómodo en Shangri-La desde su llegada.

—Sí, muchísimo.

—Me alegro. Chang ha hecho todo lo posible por usted, sin duda. Ha sido un gran placer para él también. Me dice que ha estado haciendo usted muchas preguntas sobre nuestra comunidad y sus asuntos.

—Es cierto, me interesan mucho.

—Entonces, si puede dedicarme un poco de tiempo, estaré encantado de relatarle brevemente los detalles de nuestra fundación.

—Nada me gustaría más.

—Eso me parecía, y confiaba en que así fuera… Pero primero, antes de nuestra conversación…

Hizo un levísimo ademán, y de inmediato, aunque Conway no pudo detectar mediante qué técnica de llamamiento, entró un criado para preparar el elegante ritual de tomar el té. Los pequeños cuencos de porcelana cáscara de huevo, llenos de un líquido casi incoloro, se colocaron en una bandeja lacada; Conway, que conocía aquella ceremonia, sabía valorarla. La voz resonó de nuevo.

—¿Nuestras costumbres le son familiares?

Obedeciendo a un impulso que no pudo analizar ni supo ni quiso controlar, Conway respondió:

—Viví en China varios años.

—No se lo ha contado a Chang.

—No.

—¿Por qué entonces me honra con esa confidencia?

A Conway rara vez le costaba explicar sus propios motivos para actuar de un modo u otro, pero en esa ocasión no se le ocurría ninguno en absoluto. Finalmente, contestó:

—Si he de serle franco, no tengo la menor idea. Quizás ha sido solo que deseaba decírselo.

—La mejor de todas las razones, estoy seguro, entre aquellos que van a convertirse en amigos… Ahora dígame, ¿no le parece un aroma delicado? Los tés de China son muchos y fragantes, pero este, que es un producto especial de nuestro propio valle, no tiene en mi opinión nada que envidiarles.

Conway se llevó el cuenco a los labios y lo probó. El sabor era suave, esquivo y recóndito, un aroma delicado y fantasmal que parecía vagar por la lengua en lugar de permanecer en ella.

—Es delicioso, y también nuevo para mí.

—Sí, como muchas de nuestras hierbas del valle, es única y preciada. Debe paladearse muy despacio, por supuesto, no solo con reverencia y afecto, sino para extraer el mayor grado posible de placer. Se trata de una famosa lección que podemos aprender de Kou Kai Tchou, que vivió hace unos quince siglos. Siempre dudaba de si debía llegar al suculento tuétano cuando comía un trozo de caña de azúcar porque, según explicaba, «así accedo gradualmente al país de las delicias». ¿Ha estudiado alguno de los grandes clásicos chinos?

Conway respondió que estaba un poco familiarizado con algunos de ellos. Sabía que la conversación llena de alusiones y referencias, según la etiqueta, continuaría hasta que retiraran los cuencos de té; pero no le parecía en absoluto irritante, pese a las tremendas ganas que tenía de oír la historia de Shangri-La. Sin duda, él mismo contaba con ciertas dosis de la remolona sensibilidad de Kou Kai Tchou.

Por fin se dio la señal, de nuevo de forma misteriosa; el criado entró y salió y, sin más preámbulos, el Gran Lama de Shangri-La dio comienzo a su relato:

—Es probable que esté familiarizado, mi querido Conway, con el panorama general de la historia tibetana. Chang me ha informado de que ha hecho amplio uso de nuestra biblioteca aquí, y no dudo de que habrá estudiado anales de estas regiones, escasos pero de enorme interés. Ya sabrá, en cualquier caso, que el cristianismo nestoriano estaba muy extendido por toda Asia durante la Edad Media, y que su recuerdo perduró mucho después de su decadencia real. En el siglo >XVII, tuvo lugar un renacer cristiano impulsado directamente desde Roma por mediación de los heroicos misioneros jesuitas, cuyos viajes, si me permite la observación, suponen una lectura mucho más interesante que los de san Pablo. Poco a poco, la Iglesia se estableció en una zona inmensa, y es un hecho digno de mención, y que muchos europeos desconocen hoy en día, que durante treinta y ocho años existió una misión cristiana en la mismísima Lhasa. Sin embargo, no fue de

Lhasa, sino de Pekín, en el año 1719, desde donde partieron cuatro frailes capuchinos en busca de algún remanente de la fe nestoriana que aún pudiera sobrevivir en el interior.

»Viajaron hacia el suroeste durante muchos meses, por Lanzhou y el Kokonor, enfrentándose a dificultades que bien puede imaginar. Tres murieron en el camino, y el cuarto no estaba lejos de la muerte cuando tropezó de manera fortuita con el desfiladero rocoso que sigue siendo hoy el único camino practicable para llegar al valle de la Luna Azul. Allí, para su alegría y sorpresa, encontró una población amistosa y próspera que se apresuró a dar muestras de la que siempre he considerado nuestra tradición más antigua: la hospitalidad hacia los forasteros. Recuperó la salud con rapidez y comenzó a predicar su doctrina. Los lugareños eran budistas, pero estaban dispuestos a escucharlo, y tuvo un éxito considerable. Había una antigua *lamasería* en esta misma plataforma montañosa, pero se hallaba en un estado de decadencia tanto física como espiritual, y a medida que la cosecha de almas del capuchino aumentaba, concibió la idea de fundar en el mismo y magnífico emplazamiento un monasterio cristiano. Bajo su vigilancia, los viejos edificios fueron reparados y reconstruidos en gran parte y él mismo empezó a vivir aquí en el año ١٧٣٤, cuando tenía cincuenta y tres años.

»Ahora permítame que le cuente más sobre este hombre. Se llamaba Perrault y había nacido en Luxemburgo. Antes de dedicarse a las misiones en el Lejano Oriente había estudiado en París, Bolonia y otras universidades; era una especie de erudito. Hay pocos documentos en los que quede constancia de sus primeros años, pero no es nada insólito para alguien de su edad y profesión. Le gustaban las artes y la música, tenía un talento especial para los idiomas y, antes de estar seguro de su vocación, había probado todos los placeres que el mundo podía ofrecerle. *La batalla de Malplaquet*[14] se había librado siendo él muy joven, y conocía de primera mano los horrores de la guerra y la invasión. Tenía un físico robusto; durante sus primeros años aquí había trabajado con sus propias manos como cualquier otro hombre, cultivando su huerto, aprendiendo de los habitantes y enseñándoles. Encontró yacimientos de oro en el valle, pero no lo tentaron; le interesaban mucho más las plantas y hierbas locales. Era humilde y en absoluto intolerante. Desaprobaba la poligamia, pero no veía ninguna razón para oponerse a la costumbre imperante de ingerir bayas de *tangatse*, a las que se les atribuían propiedades medicinales, pero populares sobre todo por sus efectos parecidos a los de un narcótico suave. Perrault, de hecho, se convirtió en una especie de adicto; era su manera de aceptar de la vida aborigen todo lo que fuera

inofensivo y agradable, y de ofrecer a cambio el tesoro espiritual de Occidente. No era un asceta; disfrutaba de las cosas buenas del mundo, y tenía buen cuidado de enseñar a sus conversos a cocinar, así como el catecismo. Quiero transmitirle la impresión de un hombre concienzudo, trabajador, erudito, sencillo y entusiasta que, al margen de sus funciones sacerdotales, no le hacía ascos a ponerse un mono de albañil y echar una mano en la construcción de estas mismas habitaciones. Esa obra, por supuesto, entrañó enormes dificultades, y solo podría haberse llevado a cabo con su orgullo y firmeza. Y digo orgullo porque sin duda fue un motivo dominante al principio: sentirse orgulloso de su propia fe lo hizo decidir que si el buda Gautama podía inspirar a los hombres para construir un templo en la cornisa de Shangri-La, Roma no sería capaz de menos.

»Pero el tiempo pasó y no tuvo nada de extraño que ese motivo diera paso gradualmente a otros más tranquilos. Al fin y al cabo, la emulación es un espíritu propio de los jóvenes, y Perrault, para cuando su monasterio quedó concluido, tenía ya un montón de años. Debe tener en cuenta que, desde un punto de vista estricto, no había cumplido con su misión con mucha regularidad, aunque tal vez deba concederse cierta laxitud a alguien cuyos superiores eclesiásticos se encontraban a una distancia que se medía en años en lugar de en kilómetros. No obstante la gente del valle y los propios monjes no tenían dudas: lo amaban y lo obedecían, y con el paso de los años, llegaron a venerarlo también. Tenía la costumbre de enviar informes, a intervalos, al obispo de Pekín, pero a menudo no le llegaban, y como era de suponer que los portadores habían sucumbido a los peligros del viaje, Perrault se volvió cada vez más reacio a arriesgar sus vidas, y alrededor de mediados de siglo abandonó la práctica. Algunos de sus mensajes anteriores, sin embargo, sí debían haber llegado y despertado ciertas dudas sobre sus actividades, pues en el año 1769 un extraño trajo una carta escrita doce años atrás en la que se conminaba a Perrault a viajar a Roma.

»Habría tenido más de setenta años si hubiese recibido la orden sin demora; tal como fue el asunto, había cumplido ya los ochenta y nueve. La larga caminata cruzando las montañas y la meseta era impensable: no habría sobrevivido a los vendavales y los fríos feroces del páramo exterior. Envió, por lo tanto, una respuesta cortés explicando la situación, pero no hay constancia de que su mensaje consiguiera franquear la barrera de la gran cordillera.

»Así que Perrault permaneció en Shangri-La, no porque desafiara las órdenes de sus superiores, sino porque cumplirlas era físicamente imposible

para él. En cualquier caso, era un anciano, y la muerte no tardaría en poner fin tanto a su vida como a su irregularidad. Para entonces, la institución que había fundado comenzaba a experimentar un cambio sutil. Pudo haber sido deplorable, pero en realidad no fue muy sorprendente; porque es difícil suponer que un hombre sin ayuda desarraigara de forma permanente los hábitos y tradiciones de toda una época. No tenía colegas occidentales que se mantuvieran firmes cuando su propio control se relajaba; y tal vez había sido un error levantar su monasterio en un sitio que despertaba recuerdos tan antiguos y diferentes. Era pedir demasiado; pero ¿no era pedir aún más que un veterano de cabello gris, nonagenario ya, se diera cuenta del error que había cometido? Perrault, de cualquier manera, no lo advirtió entonces. Era demasiado viejo y feliz. Sus seguidores eran devotos incluso cuando olvidaban sus enseñanzas, mientras que la gente del valle le tenía un afecto tan reverente que él les perdonaba con facilidad creciente que volvieran a caer en antiguas tradiciones. Seguía activo y en pleno uso de sus facultades. A la edad de noventa y ocho años empezó a estudiar los escritos budistas que habían dejado en Shangri-La sus ocupantes anteriores, y su intención era entonces dedicar el resto de su vida a la redacción de un libro en el que atacaría el budismo desde el punto de vista de la ortodoxia. Lo cierto es que llegó a completar esa tarea —tenemos su manuscrito completo—, pero el ataque fue muy suave, pues para entonces había alcanzado la cifra redonda de un siglo, una edad en la que hasta las acritudes más intensas tienden a desvanecerse.

»Entretanto, como podrá suponer, muchos de sus primeros discípulos habían muerto, y como había pocos para reemplazarlos, el número de residentes bajo el control del viejo capuchino disminuyó constantemente. De más de ochenta en un momento dado, se redujeron a una veintena, y luego a una simple docena, la mayoría de ellos muy envejecidos. La vida de Perrault en aquel tiempo se convirtió en una espera muy tranquila y plácida del final. Era demasiado viejo para la enfermedad y el descontento; solo el sueño eterno podía reclamarlo ya, y no tenía miedo. La gente del valle, en un gesto de bondad, le suministraba comida y ropa; su biblioteca le proporcionaba trabajo. Se había vuelto frágil, pero aún conservaba la energía suficiente para cumplir con el ceremonial fundamental de su cargo; el resto de los apacibles días lo pasaba con sus libros, sus recuerdos y los dulces éxtasis del narcótico. Su cabeza permanecía tan extraordinariamente lúcida que incluso se embarcó en el estudio de ciertas prácticas místicas que los hindúes llaman “yoga”, y que se basan en varios métodos particulares de respiración. Para un hombre

de su edad, la empresa bien podría haber parecido peligrosa, y la verdad es que, poco después, en aquel memorable año de 1789, la noticia de que Perrault se estaba muriendo al fin descendió hasta el valle.

»Yacía en esta habitación, mi querido Conway, desde donde podía adivinar a través de la ventana el borrón blanco que era cuanto su vista le ofrecía del Karakal; pero también podía ver con su mente; podía imaginar la silueta nítida e inigualable que había vislumbrado por primera vez medio siglo antes. Y también acudía a él el extraño desfile de todas sus muchas experiencias, de los años de viajes a través del desierto y las tierras altas, de las grandes multitudes en las ciudades occidentales, del estruendo y el brillo de las tropas de Marlborough. Su mente se había constreñido hasta consistir en una calma blanca como la nieve; estaba listo, bien dispuesto y contento de morir. Reunió a sus amigos y criados a su alrededor y se despidió de todos ellos; luego pidió que lo dejaran a solas un rato. Fue durante esa soledad, con su cuerpo hundiéndose y su mente elevándose hacia la beatitud, cuando había esperado hacer entrega de su alma… Pero no sucedió así. Permaneció tendido durante muchas semanas sin hablar ni moverse, y luego empezó a recuperarse. Tenía ciento ocho años.

El murmullo cesó durante unos instantes, y Conway, revolviéndose un poco en el asiento, tuvo la impresión de que el Gran Lama hubiera estado traduciendo, con fluidez, de un sueño remoto y privado. Por fin continuó:

—Al igual que otros que han esperado largo tiempo en el umbral de la muerte, a Perrault se le había concedido una visión de cierta importancia para que la llevara consigo de vuelta al mundo; en otro momento hablaremos más sobre esa visión. Ahora me limitaré a sus actos y su comportamiento, que fueron realmente extraordinarios. Porque en lugar de convalecer ocioso, como cabía esperar, se sumergió de inmediato en una rigurosa autodisciplina que combinaba, por curioso que parezca, con la indulgencia narcótica. Consumía drogas y hacía ejercicios de respiración profunda: digamos que no era el régimen ideal para desafiar a la muerte; sin embargo, lo cierto es que, cuando el último de los viejos monjes murió, en 1794, el propio Perrault seguía con vida.

»Casi habría arrancado sonrisas, de haber habido alguien en Shangri-La con un sentido del humor lo bastante distorsionado. El arrugado capuchino, no más decrépito que en los diez o doce años anteriores, perseveraba en un ritual secreto que había desarrollado, mientras que la gente del valle no tardó en verlo rodeado por un velo de misterio: un ermitaño con poderes extraños que vivía solo en aquel formidable acantilado. Pero seguían profesándole

afecto por tradición, y llegó a considerarse meritorio y afortunado subir a Shangri-La y dejar una simple ofrenda, o realizar alguna tarea manual que hiciera falta allí. A todos esos peregrinos, Perrault les concedía su bendición, quizás olvidando que eran ovejas perdidas y descarriadas. Pues ahora se oían igualmente en los templos del valle el “Te Deum Laudamus” y el “Om Mane Padme Hum”.

»Al acercarse el nuevo siglo, la leyenda se transformó en una rica y fantástica tradición popular: se decía que Perrault se había convertido en un dios, que hacía milagros y que en ciertas noches volaba hasta la cima del Karakal para iluminar el cielo con una vela. Siempre se ve una palidez en la cumbre en luna llena; pero no hace falta que le diga que ni Perrault ni ningún otro hombre han escalado hasta allí. Lo menciono, aunque parezca innecesario, porque hay muchos testimonios inverosímiles de que Perrault era capaz de hacer toda clase de cosas imposibles. Se suponía, por ejemplo, que practicaba el arte de la levitación, que tanto abunda en los relatos del misticismo budista; pero la pura verdad es que hizo muchos experimentos con ese fin y no tuvo el más mínimo éxito. Sin embargo, descubrió que el deterioro de los sentidos ordinarios podía compensarse de algún modo mediante el desarrollo de otros; adquirió cierta habilidad en la telepatía, algo de por sí extraordinario, y aunque no pretendía tener el poder específico de la curación, su mera presencia sí lograba mejoras en ciertos casos.

»Querrá saber cómo pasaba su tiempo durante esos años sin precedentes. Su actitud puede resumirse diciendo que, como no había muerto a una edad normal, empezaba a tener la impresión de que no había razón lógica alguna por la que debería hacerlo, o no, en un momento definido del futuro. Tras haber demostrado que era anómalo, era tan fácil creer que la anomalía podía continuar, como esperar a que llegara a su fin en cualquier momento. Y siendo así, comenzó a comportarse sin la preocupación por la inminencia que lo había aquejado durante tanto tiempo; empezó a llevar la clase de vida que siempre había deseado, pero que rara vez le había resultado posible; porque había mantenido en el fondo y a través de todas las vicisitudes los gustos tranquilos de un erudito. Tenía una memoria asombrosa; parecía haberse liberado de las trabas físicas para huir a alguna región superior de inmensa claridad; daba la sensación de que ahora pudiera aprenderlo todo con mayor facilidad con la que en sus tiempos de estudiante había sido capaz de aprender algo en concreto. No tardó en surgir la necesidad de libros, por supuesto, pero disponía de algunos que había tenido consigo desde el principio, y que incluían, como tal vez le interesará saber, una gramática y un diccionario

ingleses y una traducción de Montaigne a esa misma lengua a cargo de John Florio. Se puso manos a la obra, se las ingenió para dominar las complejidades de su idioma, y todavía poseemos en nuestra biblioteca el manuscrito de uno de sus primeros ejercicios lingüísticos: una traducción del ensayo de Montaigne sobre la vanidad al tibetano, seguramente una producción única.

Conway sonrió.

—Me interesaría mucho verla en algún momento, si es posible.

—Me procurará enorme placer mostrársela. Fue, como quizás pensará, un logro de lo menos práctico, pero recuerde que Perrault había alcanzado una edad en la que la utilidad pasa a un segundo plano. Se habría sentido muy solo sin semejante ocupación, por lo menos hasta el cuarto año del siglo XIX, que señala un acontecimiento importante en la historia de nuestra fundación. Porque fue entonces cuando un segundo forastero procedente de Europa llegó al valle de la Luna Azul. Era un joven austriaco, llamado Henschell, que había luchado contra Napoleón en Italia; un muchacho de noble linaje, muy culto y de modales encantadores. Las guerras lo habían arruinado, y había vagado por Rusia hasta llegar a Asia con la vaga intención de recuperar su fortuna. Sería interesante saber con detalle cómo llegó a la meseta tibetana, pero ni él mismo tenía una idea muy clara; de hecho, estaba tan cerca de la muerte a su llegada como el propio Perrault lo estuviera antaño. De nuevo se extendió la hospitalidad de Shangri-La, y el forastero se recuperó, pero ahí acaban las coincidencias. Porque Perrault había venido a predicar y hacer proselitismo, mientras que el interés de Henschell se centró de inmediato en los yacimientos de oro. Su mayor ambición era enriquecerse y regresar a Europa lo antes posible.

»Pero no regresó. Tuvo lugar un hecho extraño, aunque ha sucedido tan a menudo desde entonces que quizás debamos conceder que no puede ser tan extraño al fin y al cabo. El valle, con su paz y la total liberación que supone de las preocupaciones mundanas, lo tentó una y otra vez para que retrasara su partida, y un día, tras haber oído la leyenda local, subió a Shangri-La y tuvo su primer encuentro con Perrault.

»Aquella reunión fue histórica, en el sentido más estricto de la palabra. Perrault, aunque había dejado atrás pasiones humanas como la amistad o el afecto, poseía una riqueza de espíritu tan benigna que se derramaba en los jóvenes como agua sobre un terreno reseco. No trataré de describir la relación que surgió entre los dos; uno ofrecía la mayor adoración, mientras que el otro

compartía sus conocimientos, sus éxtasis y el sueño descabellado que se había convertido en la única realidad que le quedaba en el mundo.

Hubo una pausa, y Conway dijo en voz muy baja:

—Perdone la interrupción, pero no entiendo muy bien a qué se refiere con eso.

—Lo sé. —El tono de la respuesta, en susurros, fue totalmente cordial—. En realidad, sería extraordinario que lo entendiera. Es una cuestión que estaré encantado de explicarle antes del fin de nuestra charla, pero por el momento, si me disculpa, me limitaré a cosas más simples. Un dato que le interesará es que Henschell inició nuestra colección de arte chino, así como nuestra biblioteca, y se ocupó de adquirir instrumentos y partituras musicales. Hizo un viaje excepcional a Pekín y trajo de vuelta la primera remesa en el año 1809. No volvió a abandonar el valle, pero fue él, con su ingenio, quien ideó el complicado sistema mediante el cual la *lamasería* ha podido abastecerse desde entonces de cualquier cosa necesaria del mundo exterior.

—Supongo que les resultó fácil hacer el pago en oro, ¿no?

—Sí, somos afortunados al poseer existencias de un metal que se tiene en tan alta estima en otras partes del mundo.

—En tan alta estima que habrá sido una verdadera suerte no ser víctimas aquí de una fiebre del oro.

El Gran Lama inclinó la cabeza para señalar muy levemente que estaba de acuerdo.

—Ese, mi querido Conway, fue siempre el temor de Henschell. Tenía buen cuidado de que ninguno de los porteadores que traían libros y tesoros artísticos se acercara demasiado; los hacía dejar sus cargas a una distancia de un día de viaje de aquí, para que las recogieran después nuestra gente del valle. Incluso organizó que los centinelas vigilaran siempre la entrada del desfiladero. Pero no tardó en ocurrírsele una forma de protección más sencilla y definitiva.

—¿Y cuál era? —El tono de Conway fue cauto y tenso.

—Verá, resulta que no era necesario temer la invasión de un ejército. Eso nunca será posible, debido a la naturaleza del terreno y la remota situación de este lugar. Lo máximo que podía esperarse era la llegada de unos cuantos vagabundos medio perdidos que, incluso si hubiesen ido armados, lo más seguro es que estuvieran tan debilitados que no supusieran peligro alguno. Por lo tanto, se decidió que a partir de entonces los forasteros podrían acudir tan libremente como quisieran, con una sola condición importante.

»Y durante un periodo de varios años, en efecto vinieron. Mercaderes chinos que caían en la tentación de cruzar la meseta se topaban por casualidad con esta travesía de tantas otras posibles para ellos. Tibetanos nómadas que se alejaban de sus tribus se extraviaban a veces y acababan aquí como animales cansados. A todos se les daba la bienvenida, aunque algunos llegaban al refugio del valle solo para morir. En el año de Waterloo, dos misioneros ingleses, que viajaban por tierra a Pekín, cruzaron la cordillera por un paso desconocido y tuvieron la extraordinaria suerte de llegar con tanta calma como si vinieran de visita. En 1820, un mercader griego, acompañado por sirvientes enfermos y hambrientos, fue encontrado moribundo en la cresta más alta del desfiladero. En 1822, tres españoles a cuyos oídos había llegado alguna vaga historia sobre el oro aparecieron aquí tras muchas andanzas y decepciones. Y de nuevo en 1830, hubo una mayor afluencia. Dos alemanes, un ruso, un inglés y un sueco cruzaron la temida cordillera de Tian-Shan impelidos por un motivo que se volvería cada vez más corriente: la exploración científica. En el momento en el que se aproximaban, se había producido una ligera modificación en la actitud de Shangri-La hacia sus visitantes: no solo eran bienvenidos si encontraban por azar el camino hasta el valle, sino que se había convertido en costumbre ir a su encuentro si alguna vez se internaban en cierto radio, pero este punto es importante como muestra de que el templo *lamaísta* ya no era indiferente a la hospitalidad; para entonces tenía tanto la necesidad como el deseo de acoger recién llegados. De hecho, en los años sucesivos ocurrió más de una vez que un grupo de exploradores, cuando contemplaban por primera vez y presas del asombro el distante Karakal, se encontraban con mensajeros portadores de una invitación cordial, que rara vez declinaban.

»Mientras tanto, el templo *lamaísta* había comenzado a adquirir muchas de sus características actuales. Debo hacer hincapié en el hecho de que Henschell tenía una capacidad y un talento extraordinarios y en que el Shangri-La de hoy le debe tanto a él como a su fundador. Sí, es así, estoy convencido. Porque la suya era la mano firme pero amable que toda institución necesita en cierta etapa de su desarrollo, y su pérdida habría resultado totalmente irreparable si no hubiera llevado a término el trabajo de toda una vida y más en el momento de su muerte.

Conway levantó la vista, pero solo pudo expresar incredulidad ante esas palabras.

—¡No me diga que murió!

—Sí, de forma muy repentina: lo asesinaron. Fue en el año de su motín de la India. Justo antes de su muerte, un artista chino le hizo un retrato, y puedo mostrarle ese boceto ahora, está en esta misma habitación.

El leve ademán se repitió y una vez más entró un criado. Conway, como un espectador en trance, observó cómo el hombre descorría una pequeña cortina en el otro extremo de la habitación y dejaba un farolillo meciéndose entre las sombras. Entonces oyó la voz susurrante que lo invitaba a moverse, una voz que ya se había convertido en una música familiar para él.

Se puso en pie con vacilación y cruzó a grandes pasos la estancia hasta el tembloroso círculo de luz. El retrato era pequeño, apenas mayor que una miniatura en tinta de colores, pero el artista había logrado imprimir a los tonos carne una delicada textura cerúlea. Las facciones eran de gran belleza, casi femeninas de tan cinceladas, y Conway se sintió atraído de inmediato por aquellos hermosos rasgos, incluso a través de las barreras del tiempo, la muerte y el artificio. Pero lo más extraño de todo fue algo en lo que solo reparó después de su primer suspiro de admiración: el rostro era el de un hombre joven.

—Pero… ¿no ha dicho que… que esto se hizo justo antes de su muerte? —balbució mientras se alejaba.

—Sí. Es un retrato muy bueno.

—Entonces, si murió en el año en que ha dicho…

—Así fue.

—¿Y dice que llegó aquí en 1803, cuando era joven?

—Sí.

Conway tardó un rato en responder; finalmente, con un esfuerzo, se serenó lo suficiente para añadir:

—¿Y dice que lo mataron?

—Sí. Un inglés le disparó. Fue al cabo de unas semanas de la llegada de ese inglés a Shangri-La. Era otro de esos exploradores.

—¿Cuál fue la razón?

—Había tenido lugar una pelea sobre unos porteadores. Henschell acababa de hablarle de la importante condición previa que rige nuestra recepción de invitados. Era una tarea de cierta dificultad, y desde entonces, pese a mi débil estado, me he sentido obligado a llevarla a cabo yo mismo.

El Gran Lama hizo otra pausa, más larga, y en su silencio hubo un leve dejo inquisitivo; cuando continuó, fue para añadir:

—Quizás se pregunta, mi querido Conway, cuál puede ser esa condición previa.

Conway respondió despacio y en voz baja:

—Creo adivinar de qué se trata.

—¿En serio? Y dígame… ¿adivina algo más tras esta larga y curiosa historia mía?

A Conway la cabeza le daba vueltas mientras buscaba la respuesta a esa pregunta; la habitación era ahora un torbellino de sombras con aquella vetusta y benigna figura en su centro. Durante el relato, había escuchado con una intensa concentración que tal vez lo había protegido como un escudo de las más plenas implicaciones de todo aquello; pero ahora, al acometer el simple intento de expresarse conscientemente, lo invadía el asombro, y la certeza que iba tomando forma en su mente casi quedó sofocada por las palabras que brotaron a borbotones:

—Pa… parece imposible —balbució—, y sin embargo, no puedo… evitar pensarlo… Es asombroso, extraordinario, increíble… pero algo en mi interior me dice que no me es imposible creerlo…

—¿A qué te refieres, hijo?

Y Conway respondió, sacudido por una emoción cuyo motivo ignoraba y no trató de ocultar:

—A que sigue usted vivo, padre Perrault.

OCHO

Hubo una pausa, impuesta por el Gran Lama para disfrutar de un nuevo refrigerio; Conway no se sorprendió, porque la tensión causada por una perorata tan larga debía de haber sido considerable. Él mismo agradecía aquel respiro. Le parecía que el intervalo era tan deseable desde un punto de vista artístico como desde cualquier otro, y que los cuencos de té, con su acompañamiento de fórmulas de cortesía improvisadas, cumplían la misma función que una *cadenza*[15] en música. Esa reflexión sacó a relucir —a menos que se tratara de una simple coincidencia— un extraño ejemplo de los poderes telepáticos del Gran Lama, ya que se lanzó de inmediato a hablar de música y a expresar su placer ante el hecho de que los gustos de Conway en esa dirección no hubieran quedado del todo insatisfechos en Shangri-La. Conway respondió con la cortesía de rigor y agregó que lo había sorprendido encontrar en el monasterio una biblioteca tan completa de compositores europeos. El cumplido fue reconocido entre lentos sorbos de té.

—Ah, mi querido Conway, somos afortunados porque uno de los nuestros es un músico de talento; de hecho, fue discípulo de Chopin, y nos sentimos encantados de haber puesto en sus manos toda la administración de nuestra sala de música. Deberías conocerlo.

—Me encantaría. Chang, por cierto, me ha contado que su compositor occidental favorito es Mozart.

—En efecto —fue la respuesta del Gran Lama—. Mozart tiene una elegancia austera que encontramos muy satisfactoria. Construye una casa que no resulta ni demasiado grande ni demasiado pequeña, y la amuebla con gusto exquisito.

El intercambio de comentarios continuó hasta que se llevaron los cuencos de té; llegado ese momento, Conway pudo decir con bastante calma:

—Bueno, por reanudar nuestra conversación de antes, ¿tiene la intención de retenernos aquí? Esa, creo, es la condición previa tan importante a la que se ha referido.

—Has adivinado correctamente, hijo mío.

—¿Y de verdad vamos a quedarnos aquí para siempre?

—Preferiría emplear vuestro excelente modismo y decir que todos estaremos aquí mientras el cuerpo aguante.

—Lo que me desconcierta es por qué se nos ha elegido a nosotros cuatro, entre todos los habitantes del resto del mundo.

Retomando su actitud anterior y más consecuente, el Gran Lama respondió:

—Es una historia intrincada, si te apetece escucharla. Debes saber que nuestro objetivo ha sido siempre, en la medida de lo posible, mantener estable nuestro número mediante un reclutamiento constante, puesto que, dejando aparte otras cuestiones, es agradable tener con nosotros a gente de edades distintas y representativa de diferentes épocas. Por desgracia, desde la reciente guerra en Europa y la Revolución rusa, los viajes y la exploración por el Tíbet se han interrumpido casi por completo; de hecho, nuestro último visitante, un japonés, llegó en 1912, y para serte sincero, no fue una adquisición muy valiosa. Verás, mi querido Conway: no somos curanderos ni charlatanes; no garantizamos el éxito ni podemos hacerlo; algunos visitantes no obtienen beneficio alguno de su estancia aquí; otros tan solo viven hasta lo que podría considerarse una edad normalmente avanzada y luego mueren de alguna dolencia insignificante. En general, nos encontramos con que los tibetanos, debido a su mayor adaptación tanto a la altitud como a otras condiciones, son mucho menos sensibles que las razas externas; son gente encantadora, y hemos admitido a muchos, pero creo que solo unos pocos vayan a pasar de los cien años. A los chinos les va un poco mejor, pero incluso entre ellos tenemos un alto porcentaje de fracasos. Nuestros mejores candidatos, sin duda, son los de las razas nórdica y latina de Europa; tal vez los estadounidenses puedan resultar también adaptables, y considero una gran fortuna para nosotros que por fin, en la persona de uno de tus compañeros, contemos con la presencia de un ciudadano de esa nación. Pero debo continuar con la respuesta a tu pregunta. Nuestra situación era, como venía explicándote, que durante casi dos décadas no habíamos acogido a ningún recién llegado, y como habían tenido lugar varias muertes durante ese periodo, empezaba a plantearse un problema. Hace unos años, sin embargo, uno de los nuestros acudió al rescate con una idea novedosa. Era un hombre joven, nativo de nuestro valle, muy leal y plenamente comprometido con nuestros objetivos; pero como le ocurría a toda la gente del valle, la naturaleza le negaba la buena fortuna que prodiga a otros nacidos más lejos de aquí. Fue él quien sugirió abandonar Shangri-La, dirigirse a algún país de los

alrededores y traernos más nuevos acólitos mediante un método que habría resultado imposible en una época anterior. Era en muchos aspectos una propuesta revolucionaria, pero, tras la debida consideración, dimos nuestro consentimiento. Porque debemos avanzar con los tiempos, ya sabes… incluso en Shangri-La.

—¿Quiere decir que lo mandaron a propósito para traer de regreso a alguien en avión?

—Bueno, resulta que era un joven de gran talento y muy ingenioso, y teníamos una gran confianza en él. Fue idea suya, y le dejamos vía libre para llevarla a cabo. Cuanto sabíamos a ciencia cierta era que la primera etapa de su plan incluía un periodo de formación en una escuela de vuelo estadounidense.

—Pero ¿cómo pudo apañárselas con lo demás? Fue pura casualidad que estuviera disponible aquel avión en Baskul…

—Es cierto, mi querido Conway: muchas cosas ocurren por casualidad. Pero resultó ser, al fin y al cabo, justo la oportunidad que Talu estaba esperando. De no haber encontrado aquel avión, podría haber surgido otra oportunidad al cabo de un par de años, o ninguna en absoluto, por supuesto. Confieso que me sorprendí cuando nuestros centinelas nos dieron la noticia de su descenso hacia la meseta. El avance de la aviación es rápido, pero me había parecido que transcurriría mucho más tiempo antes de que un aparato promedio pudiera sobrevolar las montañas.

—No era un aparato corriente. Era un avión bastante especial, hecho para volar a gran altitud.

—¿De nuevo casualidad? Nuestro joven amigo tuvo desde luego mucha suerte. Es una lástima que no podamos hablar de este asunto con él; su muerte nos dejó a todos muy afligidos. Te habría caído bien, Conway.

Conway asintió levemente con la cabeza; le pareció muy posible. Tras un breve silencio, preguntó:

—Pero ¿cuál es la idea que subyace a todo esto?

—Hijo mío, tu forma de hacer esa pregunta me produce un placer infinito. En el curso de una experiencia vital bastante larga, nunca me la habían planteado en un tono tan sosegado. Mi revelación ha producido casi todas las reacciones imaginables: indignación, angustia, furia, incredulidad e histeria, pero nunca hasta esta noche se había encajado con mero interés. Sin embargo, es una actitud que acojo con gran satisfacción. Hoy muestras interés; mañana sentirás preocupación; y al final, tal vez, contaremos con tu devoción.

—Eso es más de lo que estoy dispuesto a prometer.

—Tu duda misma me complace, pues es la base de una fe profunda y significativa. Pero no discutamos. Estás interesado, y viniendo de ti, eso ya es mucho. Cuanto te pido, ahora, es que tus tres compañeros continúen por el momento sin estar al corriente de todo lo que te estoy contando.

Conway guardó silencio.

—Llegará un día en que lo sabrán, como tú, pero, por su propio bien, es mejor no precipitar la llegada de ese momento. Tan seguro estoy de tu sensatez con respecto a esta cuestión que no te pido una promesa: sé que actuarás como ambos creemos más prudente… Ahora, permíteme empezar esbozando para ti un panorama muy agradable. Debo decir que eres todavía un hombre joven según los estándares del mundo. Como dice la gente, tienes la vida por delante; en el curso normal de la misma, podrían esperarte veinte o treinta años de una actividad que solo disminuirá gradualmente. No se trata de ninguna manera de una perspectiva poco alentadora, y no puedo esperar que lo veas como yo: como un interludio escaso, asfixiante y demasiado frenético. El primer cuarto de siglo lo has vivido sin duda bajo un nubarrón: el de ser demasiado joven para acometer cosas; mientras que el último cuarto de siglo lo normal es que se vea ensombrecido por una nube más negra incluso: la de ser demasiado viejo para acometerlas; y entre esas dos nubes, ¡qué exiguo el rayo de sol que ilumina una vida humana! Pero es posible que te aguarde un destino más afortunado, pues según los estándares de Shangri-La, tus años iluminados por el sol apenas han comenzado. Sucederá, tal vez, que dentro de varias décadas no te sentirás más viejo de lo que lo eres hoy; quizás conservarás, como le ocurrió a Henschell, una juventud larga y maravillosa. Pero eso, créeme, es solo una fase temprana y superficial. Llegará un momento en el que envejecerás como los demás, aunque mucho más despacio, y en condiciones infinitamente más nobles; a los ochenta años quizás serás capaz de ascender hasta el desfiladero con el paso de un hombre joven, pero cuando tengas el doble de esa edad no debes esperar que toda la maravilla haya persistido. No obramos milagros; no hemos vencido en absoluto a la muerte, ni siquiera al deterioro. Cuanto hemos hecho y a veces podemos hacer es aminorar el ritmo de este breve intervalo al que llaman vida. Lo hacemos mediante unos métodos que son tan simples aquí como imposibles en otros lugares; pero no te equivoques: el final nos aguarda a todos.

»Sin embargo, la que estoy desplegando para ti es una perspectiva deliciosa: largas horas de sosiego durante las cuales contemplarás una puesta de sol cuando los hombres del mundo exterior estarán oyendo las campanadas

de un reloj, y con mucha menor inquietud que ellos. Los años irán pasando, y tú irás de los placeres carnales a reinos más austeros pero no menos satisfactorios; podrás quedarte sin tono muscular y apetito, pero habrá ganancias para compensar su pérdida; alcanzarás la calma y la profundidad, la madurez y la sabiduría, y el prístino hechizo de la memoria. Y, lo más precioso de todo, tendrás tiempo, ese raro y hermoso don que tus países occidentales más han perdido cuanto más lo han perseguido. Piénsalo durante unos instantes. Tendrás tiempo para leer, nunca volverás a hojear páginas para ahorrar unos minutos, ni evitarás ciertos estudios por resultar demasiado absorbentes. También te gusta la música: pues aquí dispones de partituras e instrumentos, y gracias a ese tiempo sin restricciones, podrán proporcionarte su sabor más delicioso. Y siendo como eres, digamos, un hombre que aprecia la buena compañía, ¿no te cautiva pensar en amistades sabias y serenas, y en un largo y sosegado tráfico de la mente del cual la muerte no pueda arrancarte con sus prisas habituales? O si decidieras preferir la soledad, ¿no podrías emplear nuestros pabellones para tornar más dulces tus pensamientos solitarios?

La voz hizo una pausa que Conway no quiso llenar.

—No haces comentarios, mi querido Conway. Perdona mi elocuencia: pertenezco a una época y una nación en las que expresarse con fluidez nunca se consideró mala costumbre… Pero tal vez estás pensando en una esposa, unos padres o hijos que has dejado atrás en el mundo, ¿no? ¿O quizás en tus ambiciones de hacer esto o lo de más allá? Créeme, aunque el golpe pueda parecer duro al principio, dentro de una década ya no te perseguirá ni su recuerdo. Aunque diría, de hecho, si soy capaz de leer bien tu pensamiento, que no tienes tales preocupaciones.

Conway se sorprendió ante la precisión de aquel juicio.

—Y así es —respondió—. No estoy casado; tengo pocos amigos cercanos y ninguna ambición.

—¿No tienes aspiraciones? ¿Y cómo has logrado escapar de esas dolencias tan extendidas?

Por primera vez, Conway tuvo la sensación de estar participando en una verdadera conversación.

—Siempre me ha parecido que, en mi profesión, buena parte de lo que pasaba por éxitos resultaba bastante desagradable, aparte de que precisaba mayor esfuerzo del que me sentía dispuesto a hacer. Estaba en el cuerpo consular, siempre en destinos de poca enjundia, pero me iba bien con eso.

—Sin embargo, ¿no ponías el alma en ello?

—Ni el alma ni el corazón y apenas la mitad de mis energías. Soy perezoso por naturaleza.

Las arrugas se volvieron más profundas y retorcidas en el rostro del Gran Lama y Conway cayó en la cuenta de que estaba sonriendo.

—La pereza a la hora de hacer ciertas cosas puede ser una gran virtud —prosiguió la voz susurrante—. En cualquier caso, es difícil que te parezcamos exigentes en ese sentido. Creo que Chang te ha explicado ya nuestro principio de la moderación, y una de las cuestiones en las que siempre somos moderados es en la actividad. Yo mismo, por ejemplo, he sido capaz de aprender diez idiomas; esos diez podrían haber sido veinte de haber trabajado sin moderación. Pero no lo hice. Y lo mismo ocurre en otros sentidos; verás que no somos ni libertinos ni ascetas. Hasta que alcancemos una edad en la que sea aconsejable cierta prudencia, aceptamos con gusto los placeres de la mesa, mientras que, para beneficio de nuestros colegas más jóvenes, las mujeres del valle han aplicado felizmente el principio de moderación a su propia castidad. En definitiva, estoy seguro de que te acostumbrarás a nuestras costumbres sin gran esfuerzo. Chang se muestra muy optimista, y lo mismo siento yo, después de esta reunión. Pero debo admitir que hay en ti una extraña cualidad que nunca he presenciado en ninguno de nuestros visitantes hasta la fecha. No se trata del todo de cinismo, ni mucho menos de amargura; puede ser en parte desilusión, pero también es una claridad mental que no hubiera esperado en nadie de menos de, digamos, cien años. Si tuviera que describirla con una sola palabra, diría que se trata de tibieza.

Conway respondió:

—Una palabra tan buena como la que más, sin duda. No sé si clasifica usted a las personas que vienen aquí, pero de ser así, puede etiquetarme como «1914-1918». Eso me convierte, me atrevo a pensar, en un espécimen único en su museo de antigüedades: los otros tres que llegaron conmigo no entran en esa categoría. Agoté la mayoría de mis pasiones y mis energías durante los años que he mencionado, y aunque no hablo mucho de ello, la petición principal que le he hecho al mundo desde entonces ha sido la de que me deje en paz. Encuentro en este lugar cierto encanto y cierto sosiego que me resultan atractivos, y sin duda, como bien ha observado, me acostumbraré a las cosas.

—¿Eso es todo, hijo mío?

—Espero estar cumpliendo adecuadamente con su propia regla de la moderación.

—Eres inteligente, como me dice Chang, muy inteligente. Pero ¿no hay nada en la perspectiva que te he planteado que te tiente a abrigar un sentimiento más intenso?

Conway guardó silencio durante un momento, y luego respondió:

—Su relato sobre el pasado me ha impresionado en lo más profundo, pero para serle sincero, su bosquejo del futuro me interesa solo en un sentido abstracto. No soy capaz de mirar tan lejos. Es cierto que lamentaría tener que abandonar Shangri-La mañana, o la próxima semana, o tal vez incluso el año que viene; pero cómo me sentiré al respecto, si llego a vivir cien años, no es una cuestión que pueda profetizar. Puedo enfrentarme a ese futuro, como a cualquier otro, pero para que me entusiasme debe tener un sentido. A veces he llegado a dudar de si la vida misma tiene alguno; y si no lo tiene, una vida muy larga debe tener menos sentido incluso.

—Amigo mío, las tradiciones que imperan en este edificio, tanto las budistas como las cristianas, son muy reconfortantes.

—Es posible. Pero me temo que sigo anhelando alguna razón más categórica para envidiar a un centenario.

—Resulta que sí existe una razón, y muy categórica, de hecho. Es la verdadera razón de la existencia de esta colonia de forasteros fortuitos que viven más años de los que les corresponden. Lo nuestro no es un experimento vano, ni una mera fantasía ni un capricho. Tenemos un sueño y una visión. La visión la tuvo por primera vez el viejo Perrault cuando yacía moribundo en esta habitación en el año 1789. Miró atrás, remontándose en su larga vida, como te he contado ya, y le pareció que las cosas más bellas eran transitorias y perecederas, y que la guerra, la lujuria y la brutalidad las aplastarían algún día hasta que no quedara rastro de ellas en el mundo. Recordó las vistas que había contemplado con sus propios ojos, y con su mente imaginó otras; vio cómo las naciones se fortalecían, pero no ganaban en sabiduría, sino en pasiones vulgares y en la voluntad de destruir; vio cómo el poder de su aparato militar se multiplicaba hasta que un solo hombre con un arma podría haber igualado a todo un ejército del Grand Monarque. Y percibió que, cuando hubieran convertido en ruinas la tierra y el mar, volverían sus ojos al aire… ¿Puedes decir acaso que esa visión suya era falsa?

—Era totalmente cierta.

—Pero eso no fue todo. Previó un tiempo en que los hombres, exultantes en sus técnicas homicidas, arrasarían el mundo con tanta saña que cada cosa preciosa estaría en peligro: cada libro, imagen y armonía, cada tesoro cosechado a lo largo de dos milenios; las cosas pequeñas, las delicadas, las

frágiles: todas se perderían, como los libros perdidos de Tito Livio, o quedarían destruidas al igual que los ingleses destruyeran el Palacio de Verano de Pekín.

—Comparto su opinión.

—Por supuesto. Pero ¿de qué sirve la opinión de los hombres razonables contra el hierro y el acero? Créeme, esa visión del viejo Perrault se hará realidad. Y por eso, hijo mío, yo estoy aquí, y por eso tú estás aquí: para que podamos rogar por nuestra supervivencia a ese fatídico destino que se cierne sobre nosotros.

—¿Por nuestra supervivencia?

—Hay una posibilidad. Todo eso sucederá antes de que seas tan viejo como yo.

—¿Y cree que Shangri-La escapará a ese destino?

—Tal vez. Es posible que no podamos esperar misericordia, pero quizás sí podemos confiar débilmente en la negligencia. Aquí permaneceremos con nuestros libros, nuestra música y nuestras meditaciones, conservando la frágil prestancia de una época moribunda, y buscando la sabiduría que los hombres necesitarán cuando hayan dado rienda suelta a sus pasiones. Tenemos un legado que apreciar y transmitir. Aprovechemos el placer cuanto podamos hasta que llegue ese momento.

—¿Y entonces?

—Entonces, hijo mío, cuando los más fuertes se hayan devorado unos a otros, la ética cristiana podrá triunfar al fin y los mansos heredarán la tierra.

Cierto tono de énfasis había impregnado los susurros, y Conway se rindió a la belleza que transmitían; volvió a sentir una oleada de oscuridad alrededor, pero esta vez fue simbólica, como si el mundo exterior ya se preparara para la tormenta. Y en ese momento reparó en que el Gran Lama de Shangri-La se levantaba de la silla y permanecía en pie como la pálida encarnación de un fantasma. Por pura cortesía, Conway hizo ademán de ayudarlo, pero de repente un impulso más profundo se apoderó de él y lo llevó a hacer algo que nunca había hecho ante ningún hombre: se arrodilló, sin apenas ser consciente de por qué.

—Le comprendo, padre —dijo.

No supo decir cómo se había despedido al terminar; se hallaba sumido en un sueño del que no emergería hasta mucho después. Recordaba el aire helado de la noche tras el calor de aquellas estancias superiores y la presencia de Chang, una serenidad silenciosa, cuando cruzaban juntos los patios iluminados por las estrellas. Shangri-La nunca había concentrado mayores

encantos ante sus ojos; imaginaba el valle desplegándose más allá del borde del acantilado, y la imagen era la de una laguna profunda y sin ondas que reflejaba la paz de sus propios pensamientos. Porque Conway había rebasado ya la frontera de cualquier posible asombro. La larga charla, con sus diferentes fases, lo había dejado vacío salvo por una satisfacción que era tanto de la mente como de las emociones, y del espíritu en igual medida; ni siquiera sus dudas lo acosaban ya, sino que formaban parte de una sutil armonía. Chang no hablaba, y él tampoco. Era muy tarde y se alegró de que todos los demás se hubieran ido ya a la cama.

NUEVE

Por la mañana, se preguntó si lo que conseguía recordar lo habría soñado, ya fuera despierto o dormido.

No tardaron en recordárselo. Un coro de preguntas lo recibió cuando apareció en el desayuno.

—Menuda conversación tan larga tuviste con el jefe anoche —empezó el americano—. Teníamos la intención de esperarte, pero nos cansamos. ¿Qué clase de hombre es?

—¿Dijo algo sobre los porteadores? —preguntó Mallinson con entusiasmo.

—Espero que le haya mencionado la posibilidad de tener un misionero destacado aquí —añadió la señorita Brinklow.

El bombardeo sirvió para que Conway levantara su armamento defensivo habitual.

—Me temo que voy a decepcionarlos a todos —respondió poniéndose en situación—. No hablé con él sobre la cuestión de las misiones; no me mencionó a los porteadores; y en cuanto a su apariencia, solo puedo decir que es muy viejo, que habla un inglés excelente y es bastante inteligente.

Mallinson intervino con tono de irritación:

—Lo principal para nosotros es si se puede confiar en él o no. ¿Crees que pretende traicionarnos?

—No me pareció una persona poco honorable.

—¿Por qué diablos no le insististe con lo de los porteadores?

—No se me ocurrió.

Mallinson lo miró con cara de incredulidad.

—No consigo entenderte, Conway. Manejaste tan condenadamente bien aquel asunto en Baskul que apenas puedo creer que seas el mismo. Pareces un hombre deshecho.

—Lo siento.

—No sirve de nada estar arrepentido. Deberías animarte y dar la impresión de que te importa lo que ocurre.

—Me malinterpretas. Quería decir que siento haberte decepcionado.

El tono de Conway fue áspero, una máscara intencionada para ocultar sus sentimientos, tan contradictorios de hecho que era difícil que los demás pudieran adivinarlos. Le sorprendía un poco la facilidad con la que había tergiversado las cosas: era evidente que tenía la intención de hacer caso a la sugerencia del Gran Lama y guardar el secreto. También lo desconcertaba la naturalidad con la que estaba aceptando una posición que, sin duda, sus compañeros, con cierta justificación, considerarían propia de un traidor; como Mallinson había dicho, no era lo que se esperaría de un héroe. Conway sintió un repentino cariño medio compasivo por el joven; luego, armándose de valor, reflexionó acerca de que las personas que idolatran a los héroes deben estar preparadas para las desilusiones. En Baskul, Mallinson se había excedido en su papel de chico nuevo que adoraba al apuesto capitán del equipo, y ahora el capitán en cuestión se tambaleaba en su pedestal, si no se había caído ya de él. Siempre había algo patético en la destrucción de un ideal, por falso que fuera; y la admiración de Mallinson podría haber supuesto al menos un consuelo parcial para la tensión de fingir ser lo que no era. Pero la pretensión era imposible en cualquier caso. Había cierta cualidad en el aire de Shangri-La, tal vez debido a su altitud, que le impedía a uno el esfuerzo de la emoción falsa.

—Mira, Mallinson —dijo—, no sirve de nada insistir tanto en Baskul. Por supuesto que yo era diferente entonces, porque era una situación completamente distinta.

—Y mucho más saludable, en mi opinión. Por lo menos sabíamos a qué nos enfrentábamos.

—A asesinatos y violaciones, para ser precisos. Puedes considerarlos más saludables, si quieres.

La voz del joven se elevó de tono cuando respondió:

—Pues en cierto sentido sí me parecen más saludables. Preferiría enfrentarme a eso que a todo este misterioso asunto. —De repente, añadió—: Esa chica china, por ejemplo… ¿cómo llegó aquí? ¿Te lo dijo el tipo?

—No. ¿Por qué debería habérmelo dicho?

—Bueno, ¿y por qué no? ¿Y por qué no preguntarlo si tenías algún interés en la cuestión? ¿Es habitual encontrar a una jovencita viviendo con un montón de monjes?

Esa forma de verlo no se le había ocurrido antes a Conway.

—Este no es un monasterio corriente —fue la mejor respuesta que pudo ofrecer, tras pensarlo un poco.

—¡Madre mía, desde luego que no!

Se hizo el silencio, pues era evidente que la discusión había llegado a un callejón sin salida. A Conway no le parecía que la historia de Lo-Tsen tuviera mucha relevancia; la pequeña *manchú* permanecía en un recoveco tan sosegado de su pensamiento que apenas reparaba en ella. Pero ante su mera mención la señorita Brinklow había levantado de repente la vista de la gramática tibetana que estaba estudiando incluso en la mesa del desayuno —como si no tuviera toda la vida por delante para hacerlo, se dijo Conway subrepticiamente—. Charlar sobre muchachas y monjes le recordaba las historias sobre templos hindúes que los misioneros contaban a sus esposas, y que ellas transmitían a sus colegas solteras.

—Por supuesto que la moral de este lugar es horrible —dijo la misionera entre dientes—, era lo que cabía esperar. —Se volvió hacia Barnard como si lo invitara a apoyarla, pero el estadounidense se limitó a sonreír.

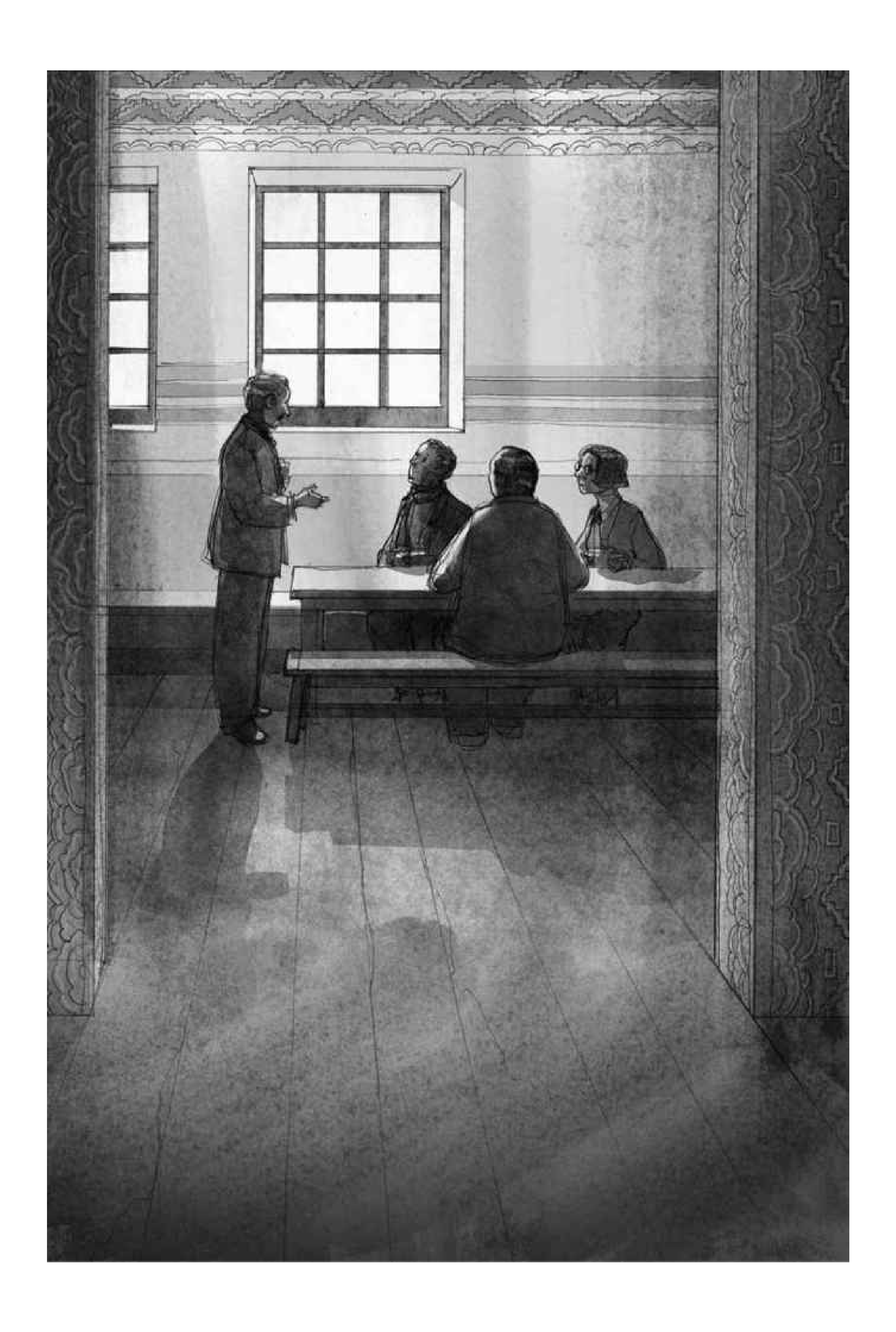
—No creo que valoren mi opinión sobre cuestiones de moral —comentó secamente—. Pero debo decir que las peleas son igual de malas. Ya que aún tenemos que pasar aquí algún tiempo, contengamos nuestro genio y pongámonos cómodos.

Conway se dijo que era un buen consejo, pero Mallinson no se había apaciguado.

—No me cuesta creer que lo encuentres más cómodo que Dartmoor —dijo con mala intención.

—¿Dartmoor? Oh, ¿es esa gran prisión vuestra? Ya entiendo… Bueno, sí, lo cierto es que nunca he envidiado a los tipos en esos lugares. Y una cosa más: esas pullas tuyas no me ofenden. Así soy yo: de piel gruesa y corazón tierno.

Conway lo miró con simpatía, y a Mallinson con cierto reproche, pero tuvo la súbita sensación de que todos estaban actuando en un enorme escenario de cuyo telón de fondo solo él mismo era consciente; y ese conocimiento, tan incomunicable, de repente lo llevó a desear estar solo. Les hizo a los demás una inclinación de cabeza y salió al patio. A la vista del Karakal, sus reparos se desvanecieron, y el cargo de conciencia con respecto a sus tres compañeros se difuminó en una extraña aceptación de aquel nuevo mundo tan distante de las conjeturas de todos ellos.



Comprendió que llegaba un momento en el que lo extraño que era todo hacía que cada vez fuera más difícil fijarse en lo extraño que era algo concreto; en el que uno daba las cosas por sentado simplemente porque el asombro habría sido tan tedioso para uno mismo como para los demás. Hasta ese punto había llegado en Shangri-La, y recordó que había alcanzado una ecuanimidad similar, si bien mucho menos agradable, durante sus años en la guerra.

Necesitaba esa ecuanimidad, aunque solo fuera para acomodarse a la doble vida que se veía obligado a llevar. A partir de ese punto, con sus compañeros de exilio, vivía en un mundo condicionado por la llegada de porteadores y el regreso a la India; en todas las demás ocasiones el horizonte se levantaba como un telón; el tiempo se expandía y el espacio se contraía, y el nombre Luna Azul adquiría un significado simbólico, como si el futuro, tan delicadamente plausible, fuera algo que solo pudiera suceder muy rara vez. A veces se preguntaba cuál de sus dos vidas era más real, pero el problema no era acuciante; y de nuevo se acordaba de la guerra, porque durante los bombardeos intensivos había abrigado la misma sensación reconfortante de que tenía muchas vidas, de las cuales solo una podía hacer suya la muerte.

Chang le hablaba ahora sin la menor reserva, por supuesto, y mantenían muchas conversaciones sobre las normas y la rutina del monasterio *lamaísta*. Conway averiguó que durante sus primeros cinco años llevaría una vida normal, sin ningún régimen especial; siempre se hacía así, como explicó Chang, «para permitir que el cuerpo se acostumbre a la altitud, así como para dar tiempo a la dispersión de los remordimientos mentales y emocionales».

—¿Debo suponer entonces que tienen la certeza de que ningún afecto humano puede perdurar más allá de una ausencia de cinco años? —preguntó Conway con una sonrisa.

—Sí, puede hacerlo, sin duda —respondió el chino—, pero solo como una fragancia con cuya melancolía podemos deleitarnos.

Pasados los cinco años de prueba, continuó explicando Chang, daría comienzo el proceso de retraso de la edad y, si tenía éxito, podía suponer que Conway permanecería medio siglo más o menos con la edad aparente de cuarenta años, que no era un mal momento de la vida en el que permanecer detenido.

—¿Qué me dice de usted? —preguntó Conway—. ¿Cómo funcionó en su caso?

—Ah, mi querido señor, tuve la suerte de llegar cuando era muy joven, con solo veintidós años. Era soldado, aunque es posible que le cueste

imaginarlo; tenía a mi mando las tropas que luchaban contra las tribus de bandoleros en el año 1855. Llevaba a cabo lo que se podría llamar un reconocimiento del terreno, si alguna vez hubiera regresado para contárselo a mis superiores, pero la pura verdad es que me había perdido en las montañas, y de mis hombres solo siete de más de cien sobrevivieron a los rigores del clima. Cuando por fin me rescataron y me trajeron a Shangri-La, estaba tan enfermo que solo me salvaron mi juventud extrema y mi virilidad.

—Veintidós… —repitió Conway haciendo cálculos—. ¿De modo que ahora tiene noventa y siete?

—Sí. Muy pronto, si los lamas dan su consentimiento, seré iniciado como maestro.

—Ya veo. ¿Tiene que esperar a cumplir la cifra redonda?

—No, no tenemos ningún límite de edad concreto, pero se suele considerar que más allá de los cien años es probable que las pasiones y los estados de ánimo de la vida corriente se hayan desvanecido.

—Diría que sí, desde luego. ¿Y qué pasa después? ¿Cuánto tiempo espera continuar?

—Tengo motivos para confiar en que entraré en la vida de maestro espiritual con las perspectivas que Shangri-La ha hecho posible. En cuanto a los años, tal vez otro siglo o más.

Conway asintió.

—Supongo que debería felicitarle, pues parece que se le ha concedido lo mejor de ambos mundos: una juventud larga y agradable a sus espaldas, y una vejez también larga y agradable por delante. ¿Cuándo empezó a envejecer físicamente?

—Cuando tenía más de setenta años. A menudo ocurre así, aunque creo que todavía puedo afirmar que me veo más joven de lo que soy.

—Desde luego que sí. Y supongamos que abandonara el valle ahora… ¿qué pasaría?

—Moriría si me quedara fuera durante más de unos cuantos días.

—¿La atmósfera es esencial, entonces?

—Solo hay un valle de la Luna Azul, y quienes esperen encontrar otro le están pidiendo demasiado a la naturaleza.

—Bueno, ¿y qué habría pasado si hubiera abandonado el valle… digamos… hace treinta años, durante su juventud prolongada?

—Creo que habría muerto incluso entonces —contestó Chang—. En cualquier caso, debería haber adquirido muy deprisa la apariencia plena de mi edad real. Hace algunos años tuvimos un curioso ejemplo de eso mismo,

aunque había habido otros antes. Uno de los nuestros salió del valle para ir en busca de un grupo de viajeros que, según habíamos oído, podían estar acercándose. El hombre en cuestión, un ruso, había llegado aquí originalmente en la flor de la vida, y se había adaptado tan bien a nuestras costumbres que a sus casi ochenta años no aparentaba más de la mitad. Debería haber estado ausente una semana como mucho, y en ese caso no habría pasado nada, pero por desgracia unas tribus nómadas lo hicieron prisionero y se lo llevaron lejos de aquí. Sospechamos que había sufrido un accidente y lo dimos por perdido. Sin embargo, tres meses más tarde, tras haber escapado, regresó con nosotros. Pero ya no era el mismo hombre. Llevaba grabado en el rostro y en su comportamiento cada año de los que tenía, y murió poco después, como mueren quienes han llegado a viejos.

Conway pasó un rato sin hacer comentarios. Estaban hablando en la biblioteca, y durante la mayor parte de la conversación había estado mirando a través de una ventana hacia el desfiladero que conducía al mundo exterior, donde una nubecilla había pasado flotando ligera sobre la cumbre.

—Es una historia bastante sombría, Chang —repuso finalmente—. Te deja con la sensación de que el tiempo es como un monstruo frustrado, que acecha en el exterior del valle para abalanzarse sobre los remolones que han logrado esquivarlo durante una buena temporada.

—¿Remolones? —repitió Chang. Su dominio del inglés era extraordinario, pero a veces algún coloquialismo le resultaba desconocido.

—Remolón —explicó Conway— es un término informal que alude a un tipo que se resiste a hacer las cosas, un perezoso. Por supuesto, no lo he usado en serio.

Chang le agradeció la información con un leve gesto de cabeza. Tenía gran interés en los idiomas y le gustaba sopesar una nueva palabra desde el punto de vista filosófico.

—Es significativo —dijo al cabo de una pausa— que los ingleses consideren la apatía un vicio. Nosotros en cambio la preferimos a la tensión. ¿No hay ya demasiada tensión en el mundo actual, y no sería mejor si más personas fueran remolonas?

—Me inclino a estar de acuerdo con usted —respondió Conway entre solemne y divertido.

Durante el transcurso de una semana más o menos tras su encuentro con el Gran Lama, Conway conoció a varios más de sus futuros colegas. Chang no se mostraba ansioso ni reacio a hacer las presentaciones, y Conway captó una

atmósfera nueva, y bastante atrayente, en la que ni la urgencia era acuciante ni los retrasos decepcionantes.

—De hecho —explicó Chang—, algunos lamas pueden tardar un tiempo considerable en conocerle, tal vez años, pero eso no debería sorprenderle. Están preparados para establecer el contacto con usted cuando pueda suceder, y evitar las prisas no implica grado alguno de falta de voluntad.

Conway, que a menudo había sentido algo parecido cuando recibía a los recién llegados a consulados extranjeros, pensó que era una actitud muy comprensible.

Los encuentros que sí tuvo, sin embargo, fueron bastante satisfactorios, y la conversación mantenida con hombres que le triplicaban la edad no adoleció de los apuros sociales que podrían haber sido un impedimento en Londres o Delhi. El primero fue con un simpático alemán llamado Meister, que había llegado al monasterio durante la década de 1880 como el superviviente de un grupo de exploradores. Hablaba bien inglés, aunque con mucho acento. Un par de días más tarde tuvo lugar un segundo encuentro, y Conway disfrutó de su primera charla con el hombre a quien el Gran Lama había mencionado especialmente: Alphonse Briac, un francés enjuto y de baja estatura que no parecía muy viejo, aunque se presentó como alumno de Chopin. Conway se dijo que la compañía de ambos, tanto el francés como el alemán, resultaría muy grata. Ya estaba llevando a cabo un análisis subconsciente y, tras varios encuentros más, llegó a algunas conclusiones generales. Percibía que, si bien los lamas que iba conociendo tenían diferencias individuales, todos compartían esa cualidad extraordinaria a la que solo se le ocurría llamar «eterna juventud», aunque no fuera un nombre del todo exacto. Además, todos hacían gala de una inteligencia pacífica que se derramaba sosegadamente en opiniones comedidas y equilibradas. Conway podía dar una respuesta precisa a esa clase de método, y era consciente de que ellos se percataban de que era así y lo agradecían. Se sentía tan cómodo en su compañía como en la de cualquier otro grupo de personas cultas que pudiera haber conocido, aunque a menudo experimentaba una sensación de rareza al escuchar recuerdos tan distantes y en apariencia tan fortuitos. Un hombre de cabello blanco y aspecto benévolo, por ejemplo, le preguntó a Conway, tras una breve conversación, si estaba interesado en la familia Brontë. Conway dijo que sí, hasta cierto punto, y el otro respondió:

—Verá, cuando era vicario en West Riding en los años cuarenta, en cierta ocasión visité Haworth y me alojé en la casa parroquial. Desde mi llegada aquí me he dedicado a estudiar toda la cuestión de las Brontë; de hecho, estoy

escribiendo un libro sobre el tema. ¿Quizás le interesará debatir sobre el asunto conmigo en algún momento?

Conway respondió con cordialidad, y después, cuando se quedó a solas con Chang, habló con él sobre la claridad con la que los lamas parecían recordar sus vidas pretibetanas. Chang respondió que todo era parte de la formación.

—Verá, mi querido señor, uno de los primeros pasos para liberar la mente es el de obtener un panorama de nuestro propio pasado, y como sucede con algún otro punto de vista, es más preciso si se hace con perspectiva. Cuando lleve entre nosotros el tiempo suficiente, se encontrará con que su antigua vida se va enfocando poco a poco, como a través de un telescopio cuando se ajusta la lente. Lo verá todo con fijeza y claridad, con la debida proporción y con su correcta relevancia. El hombre al que acaba de conocer, por ejemplo, percibe que el momento más importante de su vida tuvo lugar cuando era un joven que acudió de visita a una casa en la que vivían un viejo párroco y sus tres hijas.

—¿Debo suponer entonces que tendré que ponerme manos a la obra para recordar mis propios grandes momentos?

—No supondrá un esfuerzo. Acudirán a usted.

—Pues no sé si los recibiré con los brazos abiertos —respondió Conway con aire taciturno.

Pero con independencia de lo que el pasado pudiera aportarle, estaba descubriendo la felicidad en el presente. Cuando se sentaba a leer en la biblioteca, o a tocar a Mozart en la sala de música, a menudo sentía cómo lo invadía una profunda emoción espiritual, como si Shangri-La fuera en verdad una esencia viva, extraída de la magia de los siglos y preservada contra el tiempo y la muerte como un milagro. Su conversación con el Gran Lama acudía a su memoria en esos momentos; captaba una inteligencia tranquila meditando con calma sobre cada digresión, susurrando en sus oídos y en sus ojos un millar de palabras tranquilizadoras. Y así, escuchaba mientras Lo-Tsen atacaba una intrincada fuga, y se preguntaba qué habría detrás de la leve sonrisa impersonal que hacía que sus labios semejaran una flor que se abría. Hablaba muy poco, aunque ahora sabía que Conway podía comunicarse con ella en su idioma; con Mallinson, a quien le gustaba visitar a veces la sala de música, era casi muda. Pero Conway captaba en la muchacha una fascinación que quedaba perfectamente expresada en sus silencios.

Una vez le preguntó a Chang cuál era la historia de la joven, y se enteró de que tenía sangre real *manchú*.

—Estaba comprometida con un príncipe de Turquestán, y viajaba a Kashgar para encontrarse con él cuando sus porteadores se perdieron en las montañas. Sin duda el grupo entero habría perecido de no haber sido por el encuentro habitual con nuestros emisarios.

—¿Cuándo sucedió eso?

—En 1884. La joven tenía dieciocho años.

—¿Dieciocho en aquel momento?

Chang asintió.

—Sí, estamos teniendo mucho éxito con ella, como puede juzgar por sí mismo. Su progreso ha sido siempre excelente.

—¿Cómo encajó las cosas cuando llegó por primera vez?

—Quizás se mostró un poco más reacia de lo normal a aceptar la situación; no protestaba, pero fuimos conscientes de que lo pasó mal durante un tiempo. Era, por supuesto, una situación inusual, la de interceptar a una joven de camino a su boda… Nos preocupaba especialmente a todos que fuera feliz aquí. —Chang esbozó una sonrisa insulsa—. Me temo que la emoción del amor vuelve más difícil la resignación, aunque los primeros cinco años demostraron ser suficientes para su propósito.

—Supongo que tendría un profundo vínculo con el hombre con quien iba a casarse…

—Es difícil, mi querido señor, puesto que nunca lo había visto. Ya sabe, se hacía según la antigua tradición. La emoción de sus afectos era del todo impersonal.

Conway asintió y pensó con cierta ternura en Lo-Tsen. La imaginó como debía de haber sido medio siglo antes, escultural en su litera decorada mientras los porteadores cruzaban la meseta con grandes esfuerzos, y ella escudriñaba el horizonte azotado por el viento, que tan duro debía de parecerle después de los jardines y estanques de loto de Oriente.

—¡Pobre muchacha! —exclamó pensando en la elegante joven cautiva durante tantos años. Ser consciente de su pasado vino a aumentar la satisfacción que le producía aquella chica con su quietud y su silencio, en lugar de disminuirla; era como un hermoso jarrón frío, sin adornos salvo por un rayo que se desvanecía.

También lo hacía sentir satisfecho, aunque menos extasiado, que Briac le hablara de Chopin e interpretara las familiares melodías con gran destreza. Resultaba que el francés conocía varias composiciones de Chopin que nunca

se habían publicado, y como las había transcrito, Conway dedicó horas muy agradables a memorizarlas él también. Le hacía cierta gracia pensar que ni Cortot ni Pachmann[16] habían tenido tanta suerte. Y los recuerdos de Briac no se acababan ahí: con frecuencia acudían a su memoria pequeños pasajes de melodías que el compositor había desechado o improvisado en alguna ocasión; los transcribía en papel en cuanto brotaban en su cabeza, y algunos eran fragmentos muy deliciosos.

—No hace mucho que Briac se ha iniciado —explicó Chang—, por lo que debe ser indulgente con él si habla mucho sobre Chopin. Los lamas más jóvenes sienten una natural preocupación por el pasado; es un paso necesario para prever el futuro.

—Que es, supongo, la tarea de los mayores.

—En efecto. El Gran Lama, por ejemplo, pasa casi toda su vida sumido en una meditación clarividente.

Conway reflexionó unos instantes y luego dijo:

—Por cierto, ¿cuándo le parece que volveré a verlo?

—Sin duda, al final de los primeros cinco años, mi querido señor.

Pero Chang se equivocaba con esa confiada profecía suya, pues al cabo de menos de un mes de su llegada a Shangri-La, Conway fue llamado a visitar por segunda vez la tórrida estancia en el piso superior. Chang le había contado que el Gran Lama nunca salía de sus aposentos y que el ambiente recalentado era necesario para su existencia física; y a Conway, ya preparado esta vez, el cambio le resultó menos desconcertante que la vez anterior. De hecho, respiraba fácilmente para cuando hubo hecho una reverencia y recibido en respuesta un leve destello de vida en los ojos hundidos del anciano. Sentía un gran vínculo con la mente más allá de ellos, y aunque sabía que ese segundo encuentro al cabo de tan poco tiempo era un honor sin precedentes, no estaba nervioso en lo más mínimo ni agobiado por la solemnidad. La edad lo preocupaba tan poco como el rango o el color, y para que alguien le cayera bien no era un factor determinante que fuera demasiado joven o demasiado viejo. Sentía el mayor respeto por el Gran Lama, pero no veía por qué sus relaciones sociales deberían ser menos que cordiales.

Intercambiaron las cortesías habituales y Conway respondió a muchas preguntas educadas. Dijo que la vida en el monasterio le estaba resultando muy agradable y que ya había hecho amistades.

—¿Y les has ocultado nuestros secretos a tus tres compañeros?

—Sí, de momento. Me ha resultado incómodo a veces, pero tal vez menos que si se lo hubiera dicho.

—Es lo que suponía; has actuado como te dictaba tu conciencia. Y la incomodidad, al fin y al cabo, es solo temporal. Chang me dice que cree que dos de ellos darán pocos problemas.

—Me atrevo a decir que así es.

—¿Y el tercero?

—Mallinson es un joven excitable, y está muy ansioso por marcharse —respondió Conway.

—¿Te cae bien?

—Sí, mucho.

En ese momento, trajeron las tacitas de té, y la conversación se centró en cosas menos serias entre sorbo y sorbo del líquido aromático. Era una convención adecuada, pues permitía que la charla adquiriera cierto toque casi frívolo, como el de aquella fragancia, y Conway la respetó. Cuando el Gran Lama le preguntó si Shangri-La no era en su opinión un lugar único, y si el mundo occidental podía ofrecer algo remotamente parecido, respondió con una sonrisa:

—Bueno, pues sí. Para serle franco, me recuerda un poco a Oxford, donde solía dar clases. El paisaje no es tan bonito, pero los temas de estudio son muchas veces tan poco prácticos como aquí, y aunque ni el más anciano de los catedráticos es tan viejo, sí parecen envejecer de forma similar.

—Tienes sentido del humor, mi querido Conway —respondió el Gran Lama—, y es algo por lo que todos nos sentiremos agradecidos en los años venideros.

DIEZ

—Extraordinario —comentó Chang cuando se enteró de que Conway había vuelto a ver al Gran Lama. Y viniendo de alguien tan reacio a emplear superlativos, era un término significativo. Nunca había pasado, insistió, desde que quedó establecida la rutina del monasterio; el Gran Lama nunca había deseado un segundo encuentro hasta que los cinco años a prueba hubieran llevado a cabo una purga de todas las emociones probables del exiliado.

—Porque para él supone una gran tensión hablar con el recién llegado promedio. La mera presencia de pasiones humanas resulta desagradable y, a su edad, casi insoportable. No es que yo dude ahora de su sabiduría en esta cuestión. Nos enseña, creo, una lección de gran valor: que incluso las reglas establecidas de nuestra comunidad solo están moderadamente fijadas. Pero es extraordinario, en cualquier caso.

A Conway, por supuesto, no le parecía más extraordinario que todo lo demás, y tras haber visitado al Gran Lama en una tercera ocasión y en una cuarta, empezó a pensar que no era extraordinario en absoluto. Casi parecía haber, de hecho, cierta predestinación en la facilidad con la que sus mentes se acercaban entre sí; era como si todas las tensiones secretas se liberaran en Conway, dejándole, cuando se iba, una suntuosa calma. A veces tenía la sensación de estar completamente hechizado por el maestro de aquella central de inteligencia, y luego, ante los pequeños cuencos de té azul pálido, la actividad cerebral se contraía para dar paso a una animación tan dulce y en miniatura que semejaba un teorema disolviéndose con toda claridad en un soneto.

Sus conversaciones eran audaces y abarcaban muchos temas: se desplegaban filosofías enteras; las largas avenidas de la historia se sometían a su inspección y se les concedía una nueva plausibilidad. Para Conway suponía una experiencia fascinante, pero no abandonaba del todo la actitud crítica, y en cierta ocasión, cuando había cuestionado un punto, el Gran Lama respondió:

—Hijo mío, eres joven en años, pero percibo en tu sabiduría la madurez de la edad. Sin duda te habrá ocurrido algo insólito, ¿no?

Conway sonrió.

—No más insólito de lo que les ha sucedido a muchos otros de mi generación.

—Pues nunca he conocido a nadie como tú.

Conway respondió al cabo de una pausa:

—El motivo no tiene mucho misterio. La parte de mí que le parece vieja fue víctima del deterioro a causa de una experiencia intensa y prematura. De los diecinueve a los veintidós supusieron para mí unos años de educación suprema, sin duda, pero agotadora.

—¿Fuiste muy desgraciado en la guerra?

—No especialmente. Era presa de la emoción y un suicida, estaba asustado y era un temerario, y a veces sentía una rabia desgarradora; al igual que muchos otros millones de personas, de hecho. Me emborrachaba y mataba y daba rienda suelta a mi lujuria. Era como la sublimación de todas las emociones más bajas, y cuando lo superabas, si conseguías hacerlo, te dejaba una tremenda sensación de aburrimiento e inquietud. Fue eso lo que volvió tan difíciles los años posteriores. No crea que describo mi experiencia de un modo demasiado trágico; en general he tenido bastante suerte desde entonces. Pero ha sido como acudir a una escuela con un mal director: puede ser muy divertido cuando estás de humor, aunque también te destroza los nervios a ratos, y en realidad no resulta muy satisfactorio. Creo que fui más consciente de ello que la mayoría de la gente.

—¿Y tu educación prosiguió por el mismo camino?

Conway se encogió de hombros.

—Quizás el principio de la sabiduría sea consumir y agotar todas las pasiones, por cambiar un poco el proverbio.

—Esa es también la doctrina de Shangri-La, hijo mío.

—Lo sé. Y me hace sentir como en casa.

Lo que había dicho era la pura verdad. A medida que transcurrían los días y las semanas, empezaba a sentir una satisfacción casi dolorosa que unía mente y cuerpo; al igual que Perrault, Henschell y los demás, se hallaba, cada vez más, bajo el hechizo de aquel lugar. La Luna Azul lo había hecho suyo, y ya no había escapatoria. Las montañas formaban un cerco resplandeciente de pureza inaccesible, y la mirada deslumbrada de Conway fue de ellas a las verdes profundidades del valle; el panorama entero era incomparable y,

cuando llegó a sus oídos la monotonía plateada del clavicémbalo de más allá del estanque de loto, sintió que venía a tejer la labor perfecta de vista y sonido.

Estaba, y lo sabía, enamorado, muy en silencio, de la pequeña *manchú*. Su amor no exigía nada, ni siquiera respuesta; era un tributo de la mente, al que sus sentidos añadían solo cierto sabor. Ella representaba para Conway un símbolo de todo lo delicado y frágil; sus estilizadas fórmulas de cortesía y las caricias de sus dedos en el teclado le proporcionaban una intimidad completamente satisfactoria. A veces Conway le hablaba de un modo que, de haberlo deseado ella, podría haberles conducido a una conversación menos formal; pero las respuestas de la muchacha nunca traspasaban la exquisita privacidad de sus pensamientos, y en cierto sentido él no deseaba que lo hicieran. De repente había llegado a comprender una de las facetas de la joya prometida: tenía tiempo. Tiempo suficiente para todo lo que deseaba que sucediera, tanto tiempo que el deseo mismo quedaba sofocado por la certeza de su satisfacción. Al cabo de un año, de una década, todavía habría tiempo. La imagen iba creciendo en su interior, y se contentaba con ella.

Después, a ratos, entraba en su otra vida para encontrarse con la impaciencia de Mallinson, la efusividad de Barnard y los firmes propósitos de la señorita Brinklow. Le parecía que iba a alegrarse cuando todos supieran tanto como él; y, al igual que Chang, imaginaba que ni el estadounidense ni la misionera resultarían casos difíciles. Incluso le pareció divertido que Barnard dijera en cierta ocasión:

—¿Sabes qué, Conway? Empiezo a pensar que este puede ser un buen sitio para establecerse. Al principio me parecía que iba a echar de menos los periódicos y las películas, pero supongo que uno puede acostumbrarse a cualquier cosa.

—Sí, supongo que sí —coincidió Conway.

Más tarde se enteró de que Chang había llevado a Barnard al valle, a petición de este último, para disfrutar de una «juerga nocturna» según los recursos disponibles. Mallinson, cuando lo supo, fue bastante despectivo.

—Estaría empinando el codo, supongo —le comentó a Conway, y luego le dijo al propio Barnard—: No es asunto mío, claro, pero más te vale mantenerte en buena forma para el viaje, ¿sabes? Los porteadores deberían llegar dentro de un par de semanas y, por lo que sé, el trayecto de regreso no será exactamente un paseo.

Barnard asintió con expresión serena.

—Nunca imaginé que lo sería —respondió—. Y en cuanto a mi forma física, creo que estoy mejor que en muchos años. Hago ejercicio cada día, no tengo preocupaciones y los bares clandestinos del valle no dejan que a un tipo como yo se le vaya la mano. Ya sabes: moderación, el lema de la empresa.

—Sí, no pongo en duda que te las estás apañando para pasarlo moderadamente bien —soltó Mallinson con tono mordaz.

—Pues sí. Este establecimiento satisface todos los gustos; a algunos por ejemplo les gustan las chinitas que tocan el piano, ¿no es así? No puedes culpar a alguien por sus caprichos.

Conway no se sintió en absoluto incómodo con la alusión, pero Mallinson se sonrojó como un colegial.

—Sin embargo, sí puedes mandarlo a la cárcel cuando se encapriche de la propiedad ajena —espetó con el áspero ingenio que despierta la indignación.

—Claro, si consigues echarle el guante. —El estadounidense esbozó una sonrisa afable—. Y eso me lleva a algo que más vale que os diga de entrada, ya puestos en el tema. He decidido darles esquinazo a esos porteadores. Calculo que vienen con cierta regularidad, así que esperaré al próximo viaje, o tal vez al siguiente. Si los monjes siguen dispuestos a cubrirme los gastos de hotel, claro.

—¿Quieres decir que no vienes con nosotros?

—Exacto. He decidido quedarme aquí una temporadita. Para vosotros la cosa pinta bien: os recibirán a bombo y platillo al llegar a casa, pero toda la bienvenida que tendré yo será una fila de policías. Y cuanto más lo pienso, menos me apetece.

—En otras palabras, ¿te asusta dar la cara?

—Bueno, la verdad es que siempre me ha gustado más ir de perfil.

Mallinson concluyó con frío desprecio:

—Supongo que es asunto tuyo. Nadie puede impedir que te quedes aquí el resto de tu vida, si te apetece. —Aun así, miró alrededor como si buscara apoyo—. No es lo que todos elegirían hacer, pero hay opiniones para todos los gustos. ¿Qué dices tú, Conway?

—Estoy de acuerdo. Hay opiniones para todos los gustos.

Mallinson se volvió entonces hacia la señorita Brinklow, quien de repente bajó el libro y comentó:

—De hecho, creo que yo también voy a quedarme.

—¿Qué? —exclamaron todos al unísono.

La misionera continuó, con una radiante sonrisa que, más que iluminarle el rostro, parecía un simple pegote:

—Verán, he estado dándole vueltas a los acontecimientos que nos trajeron a todos hasta aquí y solo puedo llegar a una conclusión: hay un poder misterioso moviendo los hilos entre bastidores. ¿No lo cree usted así, señor Conway?

Conway podría haber tenido dificultades para responder, pero la señorita Brinklow continuó a toda prisa:

—¿Quién soy yo para cuestionar los designios de la Providencia? Me mandaron aquí con un propósito, y aquí me quedaré.

—¿Quiere decir que espera fundar una misión en este sitio? —preguntó Mallinson.

—No solo lo espero, sino que tengo toda la intención de hacerlo. Sé muy bien cómo tratar con esta gente; conseguiré mi propósito, sin temerle a nada. En realidad no tienen agallas.

—¿Y pretende enseñarles a tenerlas?

—Pues sí, señor Mallinson. Me opongo firmemente a esa idea de moderación de la que tanto oímos hablar. Llámenlo amplitud de miras si lo prefieren, pero en mi opinión conduce a los peores tipos de laxitud. El problema con la gente aquí es justo esa supuesta amplitud de miras, y tengo la intención de combatirla con todas mis fuerzas.

—¿Y son tan amplios de miras como para permitírselo? —preguntó Conway sonriendo.

—O a lo mejor ella es tan expeditiva que no hay forma de detenerla —intervino Barnard, y añadió con una sonrisa—: Es tal como yo decía; este establecimiento satisface todos los gustos.

—Es posible, si te gusta estar en una cárcel —espetó Mallinson.

—Bueno, incluso hay dos maneras de ver eso. ¡Madre mía, si piensan en la cantidad de gente en este mundo que lo daría todo por estar lejos del mundanal ruido en un lugar como este y sin poder salir! ¿Somos nosotros los presos o lo son ellos?

—Una conjetura reconfortante para un mono en una jaula —fue la réplica de Mallinson; seguía furioso.

Después, el joven habló con Conway a solas.

—Ese hombre me sigue poniendo de los nervios —dijo mientras caminaba de un lado a otro del patio—. No lamentaré que no nos acompañe en el regreso. Pensarás que soy muy susceptible, pero no me hace ninguna gracia que me tome el pelo con lo de la joven china.

Conway asió a Mallinson del brazo. Cada vez era más obvio que al muchacho le gustaba mucho aquella chica, y que esas últimas semanas en su compañía habían vuelto más profundo ese sentimiento, pese a su discordante mal humor.

—Me ha parecido que me tomaba el pelo a mí, no a ti —contestó.

—No, creo que su objetivo era yo. Sabe que estoy interesado en ella. Y lo estoy, Conway. No consigo averiguar qué hace en este sitio ni si realmente le gusta estar aquí. Por Dios, si hablara su idioma como tú, no tardaría en sacárselo.

—Me pregunto si lo conseguirías; no habla mucho con nadie, ¿sabes?

—Me desconcierta que no la acribilles a preguntas.

—No me hace mucha gracia darle la lata a la gente.

Deseó haber podido decir más y, de repente, una sensación de lástima e ironía flotó sobre él en una bruma transparente; aquel joven tan ansioso y ardiente iba a tomarse las cosas muy a la tremenda.

—Yo en tu lugar no me preocuparía por Lo-Tsen —añadió—. Es bastante feliz aquí.

La decisión de Barnard y la señorita Brinklow de quedarse atrás le pareció buena a Conway, aunque por el momento los dejaba a Mallinson y a él en el bando contrario. Era una situación insólita y no tenía planes definidos para abordarla.

Por suerte, no había la más mínima necesidad aparente de abordarla. Hasta que hubieran transcurrido los dos meses, no podía pasar gran cosa; y la crisis que habría entonces no sería menos grave porque hubiera tratado de prepararse para ella. Por esa y otras razones no sentía la necesidad de preocuparse por lo inevitable, aunque en cierta ocasión sí dijo:

—Sabe, Chang, me inquieta el joven Mallinson. Me temo que se tomará muy mal las cosas cuando se entere.

Chang asintió con gesto solidario.

—Sí, no será fácil convencerlo de su buena fortuna. Pero esa dificultad, al fin y al cabo, es solo temporal. Dentro de veinte años, nuestro amigo se habrá resignado.

A Conway le dio la impresión de que aquello suponía ver la cuestión desde un aspecto demasiado filosófico.

—Me pregunto cómo van a revelarle la verdad. Está contando los días hasta la llegada de los porteadores, y si no vienen…

—Pero van a venir, no lo ponga en duda.

—No me diga… Imaginaba que toda esa cháchara sobre ellos era solo una fábula agradable para defraudarnos con suavidad.

—En absoluto. Aunque no somos fanáticos con esa cuestión, es nuestra costumbre en Shangri-La ser moderadamente veraces, y puedo asegurarle que mi declaración sobre los porteadores era casi exacta. En cualquier caso, esperamos su llegada más o menos en el plazo que les dije.

—Entonces va a costarles impedir que Mallinson se una a ellos.

—Pero ni deberíamos intentar hacerlo. Él solo descubrirá, sin duda experimentándolo por sí mismo, que los porteadores son muy reacios a llevarse a nadie consigo.

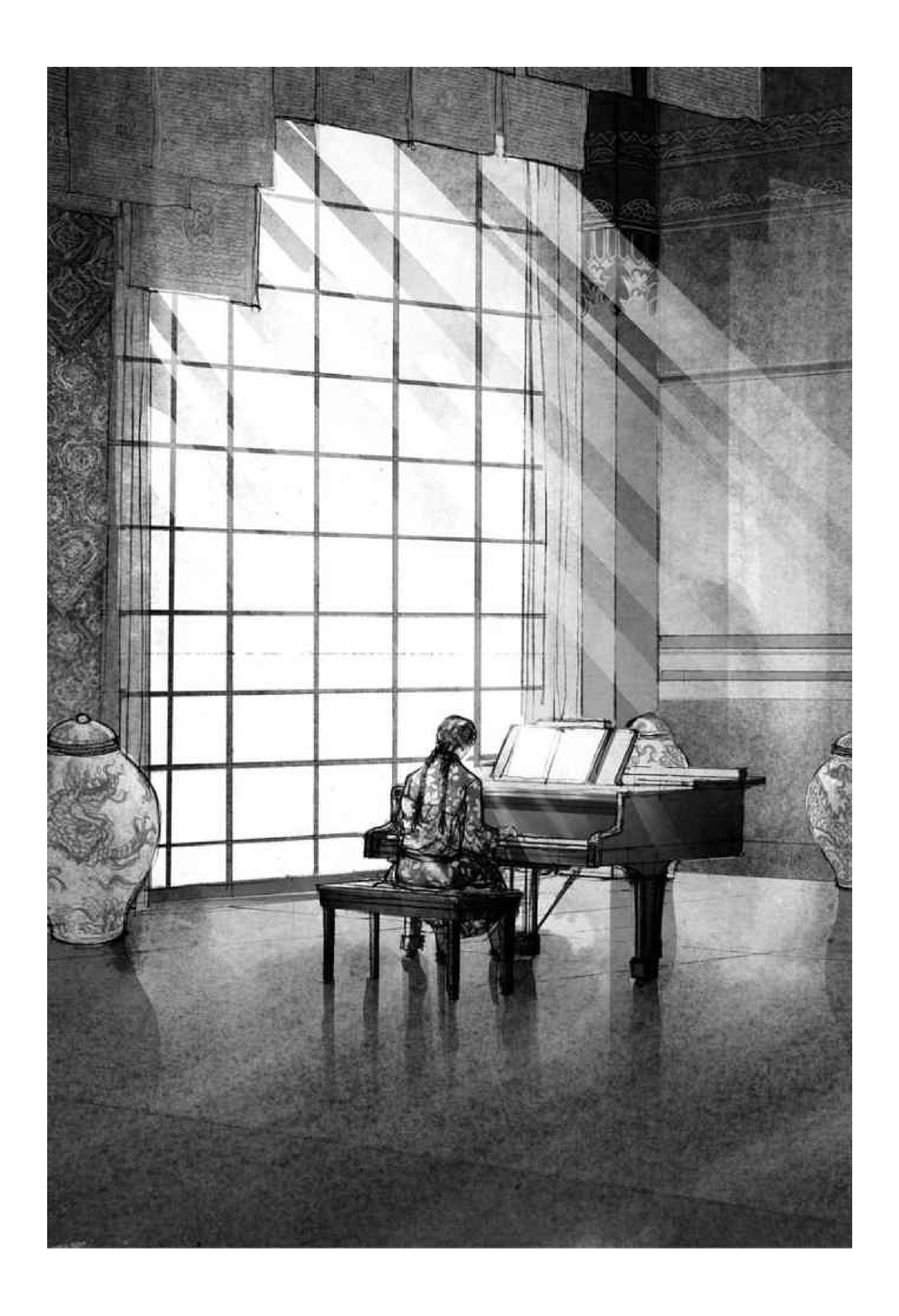
—Ya veo. ¿De modo que ese es el método? ¿Y qué esperan que suceda después?

—Entonces, mi querido señor, tras un periodo de decepción, como es joven y optimista, confiará en que el próximo convoy de porteadores, previsto dentro de nueve o diez meses, sea más receptivo a sus sugerencias. Y se trata de una esperanza que, si somos sabios, al principio no desalentaremos.

Conway dijo con cierta aspereza:

—No estoy tan seguro de que Mallinson vaya a hacer eso. En absoluto. Yo diría que es mucho más probable que intente escapar por su cuenta.

—¿Escapar? ¿De verdad le parece la palabra que debe usarse? Al fin y al cabo, el desfiladero está abierto para quien quiera cruzarlo en el momento que sea. No tenemos carceleros, excepto aquellos que la propia naturaleza nos ha proporcionado.



Conway sonrió.

—Bueno, pues debe admitir que ha sido eficaz. Aun así, supongo que no confían en la naturaleza en todos los casos. ¿Qué me dice de los diversos grupos de exploradores que han llegado aquí? ¿Se encontraban el desfiladero igualmente abierto para ellos cuando querían escapar?

Le tocó a Chang sonreír.

—Las circunstancias especiales, mi querido señor, han requerido a veces una consideración especial.

—Excelente. ¿De modo que solo le permiten a la gente la posibilidad de escapar cuando saben que sería una locura aprovecharla? Aun así, supongo que algunos lo hacen.

—Bueno, ha sucedido muy rara vez, pero por regla general los ausentes se alegran de volver tras la experiencia de una sola noche en la meseta.

—¿Sin refugio ni ropa adecuada? De ser así, puedo entender que sus métodos laxos sean tan eficaces como los severos. Pero ¿qué pasa con los casos menos habituales que no regresan?

—Usted mismo ha respondido a esa pregunta —contestó Chang—. No regresan. —Pero se apresuró a añadir—: Sin embargo, puedo asegurarle que esos desafortunados han sido bien pocos, y confío en que su amigo no será tan imprudente como para aumentar la cifra.

Conway no encontró esas respuestas del todo tranquilizadoras, y el futuro de Mallinson siguió siendo una preocupación para él. Deseaba que al joven le fuera posible volver al valle por su propia voluntad, algo que contaba con precedentes, como demostraba el caso reciente de Talu, el aviador. Chang admitió que las autoridades tenían la plena facultad para hacer lo que consideraran sensato.

—Pero ¿seríamos sensatos nosotros, mi querido señor, si confiáramos en la gratitud de su amigo y dejáramos nuestro futuro en sus manos?

Conway comprendió que la pregunta era pertinente, pues la actitud de Mallinson dejaba pocas dudas sobre lo que iba a hacer en cuanto llegara a la India. Era su tema favorito y a menudo se había desahogado sobre ello.

Pero todo eso, por supuesto, quedaba en el mundo prosaico que se desvanecía poco a poco en su cabeza para dar paso al más rico y omnipresente de Shangri-La. Excepto cuando pensaba en Mallinson, se sentía extraordinariamente satisfecho; el tejido de aquel nuevo entorno que se desplegaba ante sus ojos con lentitud continuaba sorprendiéndolo por la intrincada forma con que se adaptaba a sus propias necesidades y gustos.

En cierta ocasión le dijo a Chang:

—Por cierto, ¿dónde encaja el amor en el orden de las cosas? Supongo que a veces quienes llegan aquí desarrollan apegos.

—Muy a menudo —respondió Chang con una amplia sonrisa—. Los lamas son inmunes, por supuesto, al igual que la mayoría de nosotros cuando llegamos a los años de madurez, pero hasta entonces somos como los demás hombres, aunque creo poder afirmar que nos comportamos de manera más sensata. Y aprovecho la oportunidad, señor Conway, para asegurarle que la hospitalidad de Shangri-La es integral. Su amigo el señor Barnard ya se ha beneficiado de ella.

Conway le devolvió la sonrisa.

—Gracias —contestó con frialdad—. Sin duda lo habrá hecho, pero mis propias inclinaciones no son ahora mismo tan acuciantes. Es el aspecto emocional, más que el físico, lo que despierta mi curiosidad.

—¿Le resulta fácil separarlos? ¿Es posible que esté enamorándose de Lo-Tsen?

Conway se sintió desconcertado, aunque confió en que no se le notara mucho.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Mi querido señor, sería muy adecuado que ocurriera, siempre con moderación, por supuesto. Lo-Tsen no respondería con ningún grado de pasión, es más de lo que cabe esperar de ella, pero la experiencia sería deliciosa, se lo aseguro. Y hablo con cierta autoridad, porque yo mismo me enamoré de ella cuando era mucho más joven.

—¿En serio? ¿Y ella le correspondió?

—Solo apreciando de forma encantadora mis cumplidos y mediante una amistad que se ha vuelto más valiosa con el paso de los años.

—En otras palabras, no le correspondió…

—Si lo prefiere así… —repuso Chang, y añadió con tono un poco sentencioso—: Su método ha consistido siempre en ahorrarles a sus amantes el momento de saciedad que acompaña a toda consumación.

Conway se echó a reír.

—Todo eso está muy bien en su caso, y quizás en el mío también, pero ¿qué me dice de la actitud de un joven fogoso como Mallinson?

—¡Mi querido señor, sería lo mejor que podría pasar! No sería la primera vez, se lo aseguro, que Lo-Tsen ofrece consuelo por el pesar del exilio cuando el joven descubre que no habrá vuelta atrás.

—¿Consuelo, dice?

—Sí, aunque no debe malinterpretar mi uso del término. Lo-Tsen no prodiga caricias, sino que reconforta el corazón afligido con su sola presencia. ¿Qué dice su Shakespeare de Cleopatra?… «Cuanto más satisface al hombre, más despierta su apetito». Un ejemplo popular, sin duda, entre las razas apasionadas, pero le aseguro que una mujer así estaría completamente fuera de lugar en Shangri-La. Lo-Tsen, si se me permite enmendar la cita, elimina el apetito cuanto menos satisface. El suyo es un logro más delicado y duradero.

—Y tiene un enorme talento para llevarlo a cabo, supongo.

—Oh, desde luego que sí… Hemos tenido muchos ejemplos de ello. Suele calmar el palpitar del deseo para tornarlo un murmullo que no es menos agradable por no ser recíproco.

—En ese sentido ¿podríamos considerarla entonces parte del equipo de formación del establecimiento?

—Podría considerarla así, si lo prefiere —respondió Chang con desdeñosa indiferencia—. Pero sería más elegante, e igual de cierto, compararla con el reflejo del arcoíris en un cuenco de vidrio, o con las gotas de rocío en la flor de un frutal.

—Estoy totalmente de acuerdo, Chang; sería más elegante, desde luego. —Conway disfrutaba de las réplicas comedidas pero ágiles que a menudo provocaban en el chino sus tomaduras de pelo.

Sin embargo, en la siguiente ocasión en que estuvo a solas con la pequeña *manchú* comprendió que los comentarios de Chang habían sido muy sagaces. Había en ella una fragancia que se transmitía a las emociones del propio Conway y avivaba las brasas, que desprendían entonces calor y resplandor, pero sin llegar a arder. Y de repente reparaba en que Shangri-La y Lo-Tsen eran perfectas, y en que él no deseaba otra cosa que provocar una suave onda en toda esa quietud. Durante años, sus pasiones habían sido como nervios que el mundo insistía en crispar; ahora, por fin, el dolor encontraba alivio y él podía rendirse a un amor que no era tormento ni tedio. Por la noche, cuando pasaba junto al estanque de lotos, a veces la imaginaba en sus brazos, pero el sentido del tiempo emborronaba esa visión y le infundía calma hasta que sentía una reticencia infinita y tierna.

No creía haber sido nunca tan feliz, ni siquiera en los años anteriores a la gran barrera que supuso la guerra. Le gustaba el mundo sereno que le ofrecía Shangri-La, con aquel formidable ideal suyo que, más que dominarlo, lo apaciguaba. Le gustaba el estado de ánimo predominante en el que las sensaciones quedaban envueltas por pensamientos, y estos, al transformarse

en lenguaje, se atenuaban hasta convertirse en felicidad. Conway, a quien la experiencia le había enseñado que la rudeza no era en absoluto garantía de buena fe, no consideraba que una frase refinada fuera una prueba de falta de sinceridad. Le gustaba aquella atmósfera afectada y lenta en la que hablar suponía un logro, no un mero hábito. Y le gustaba percatarse de que los momentos de ocio podían dejar de considerarse ahora una maldita pérdida de tiempo, y de que la mente daba la bienvenida a los sueños más delicados. Shangri-La era siempre un lugar tranquilo, pero también una colmena de ocupaciones en suspenso; los lamas vivían como si realmente tuvieran todo el tiempo del mundo, pero era un tiempo leve como una pluma. Conway no había conocido a ninguno más, pero poco a poco llegó a darse cuenta de la extensión y variedad de sus tareas; además de su conocimiento de idiomas, algunos parecían sumergirse en los mares del saber hasta unas profundidades que habrían producido grandes sorpresas en el mundo occidental. Muchos se dedicaban a escribir libros de diversos tipos: uno de ellos —según Chang— había llevado a cabo valiosas indagaciones en la matemática pura; otro combinaba a Gibbon y Spengler en una extensa tesis sobre la historia de la civilización europea. Pero no todos se dedicaban a esa clase de cosas, ni lo hacían siempre; había muchos canales tranquilos en los que se zambullían por capricho, pescando, como Briac, fragmentos de viejas melodías o, como el vicario inglés, una nueva teoría sobre *Cumbres borrascosas*. Y había ocupaciones menos prácticas incluso que esas. En cierta ocasión, cuando Conway había hecho algún comentario al respecto, el Gran Lama le contó la historia de un artista chino del siglo III a. C. que, tras haberse pasado muchos años tallando dragones, pájaros y caballos en un hueso de cereza, ofreció su obra concluida a un príncipe. Este no conseguía ver nada al principio, solo un simple hueso de cereza, pero el artista le pidió que hiciera levantar un muro y abrir en él una ventana y observara el hueso de cereza a través de ella bajo el esplendor del amanecer. Así lo hizo el príncipe, y percibió entonces que el hueso era realmente hermoso.

—¿No te parece una historia encantadora, mi querido Conway, y que nos enseña una lección muy valiosa?

Conway estuvo de acuerdo. Le resultaba agradable la idea de que el sereno designio de Shangri-La pudiera abarcar infinidad de ocupaciones curiosas y triviales en apariencia, pues a él mismo siempre le habían gustado tales cosas. De hecho, cuando volvía la mirada hacia el pasado, lo veía sembrado de tareas demasiado erráticas o exigentes para haber podido llevarlas a cabo; pero ahora todas eran posibles, aun sumido en aquel estado

de ociosidad. Era una delicia contemplarlo, y no sintió la menor predisposición a mostrarse irónico cuando Barnard le confió que él también preveía un futuro interesante en Shangri-La.

Por lo visto las expediciones de Barnard al valle, más frecuentes últimamente, no se dedicaban por completo a la bebida y las mujeres.

—Verás, Conway, te cuento esto porque eres diferente de Mallinson: él me la tiene jurada, como seguro que has deducido. Creo que tú entiendes mejor mi posición. Es gracioso: los funcionarios británicos soléis ser rígidos y acartonados al principio, pero tú, a fin de cuentas, eres un tipo en el que se puede confiar.

—Yo no estaría tan seguro —respondió Conway sonriendo—. Y en cualquier caso, Mallinson es tan funcionario británico como yo.

—Sí, pero es solo un crío. Es incapaz de ver las cosas de un modo razonable. Tú y yo somos hombres de mundo, nos tomamos las cosas como vienen. Mira por ejemplo este lugar dejado de la mano de Dios: todavía no podemos entender todos sus entresijos ni por qué hemos aterrizado aquí, pero ¿no es así como suelen pasar las cosas? ¿Acaso sabemos para qué estamos en este mundo?

—Algunos de nosotros tal vez no, pero ¿a qué viene todo esto?

Barnard bajó la voz hasta convertirla en un susurro ronco.

—Oro, amigo mío —respondió con cierto éxtasis—. Nada más y nada menos. En el valle hay toneladas, literalmente. Fui ingeniero de minas en mis tiempos y no he olvidado qué aspecto tiene un yacimiento. Créeme, es un filón tan rico como el de Witwatersrand, y diez veces más fácil de extraer. Supongo que pensabas que andaba haciendo de las mías cada vez que bajaba allí en mi sillita de manos. Pues no, ni mucho menos. Sabía lo que me hacía. Desde el principio imaginé que estos tipos no podían hacerse traer todo de ahí fuera sin pagar un alto precio por ello, y ¿con qué podían pagar si no era con oro, plata o diamantes o algo así? Era pura lógica, en realidad. Y cuando empecé a explorar, no tardé mucho en descubrir la caja entera de trucos de magia.

—¿Lo descubriste por tu cuenta? —preguntó Conway.

—Bueno, no del todo, pero me olía que era así, de modo que le planteé el asunto a Chang; fui directo, eso sí, de hombre a hombre. Y créeme, Conway, que el chinito no es tan mal tipo como podríamos haber pensado.

—Personalmente, nunca me ha parecido mal tipo en absoluto.

—Claro, claro, ya sé que le cogiste cariño desde el principio, así que no te sorprenderá lo bien que nos llevamos ahora. La verdad es que hemos hecho

buenas migas. Me mostró todas las minas de extracción, y te interesará saber que cuento con el permiso absoluto de la autoridad para hacer prospecciones en el valle a mis anchas y redactar un informe completo. ¿Qué opinas de eso, amigo? Parecen muy contentos de contar con los servicios de un experto, sobre todo desde que les he dicho que es probable que pueda darles consejos sobre cómo aumentar la producción.

—Ya veo que vas a acabar sintiéndote como en casa aquí —comentó Conway.

—Bueno, debo decir que he encontrado un trabajo, y eso ya es algo. Y nunca se sabe cómo acaban resultando las cosas. A lo mejor mi gente no estará tan interesada en meterme entre rejas cuando sepan que puedo mostrarles el camino a un nuevo yacimiento de oro. La única dificultad es: ¿se fiarán de mi palabra?

—Tal vez lo hagan. Es extraordinario lo que la gente está dispuesta a creer.

Barnard asintió con entusiasmo.

—Me alegro de que lo entiendas, Conway. Y en este punto es donde tú y yo podemos hacer un trato. Iremos al cincuenta por ciento en todo, por supuesto. Cuanto tienes que hacer es poner tu nombre en mi informe: la firma de un cónsul británico y todo eso, ya sabes; así tendrá más peso.

Conway se echó a reír.

—Eso habrá que verlo. Tú haz tu informe primero.

Le divertía contemplar una posibilidad tan improbable, y al mismo tiempo se alegraba de que Barnard hubiera encontrado algo que le proporcionara un consuelo tan inmediato.

Lo mismo era para él el Gran Lama, a quien Conway había empezado a ver con creciente frecuencia. A menudo lo visitaba a última hora de la tarde y se quedaba con él durante muchas horas, hasta mucho después de que hubieran despachado a los criados con los últimos cuencos de té de la noche. El Gran Lama nunca dejaba de interesarse por los progresos y el bienestar de sus tres compañeros, y en una ocasión le preguntó en concreto por las carreras que su llegada a Shangri-La habría interrumpido tan inevitablemente.

Conway respondió con tono pensativo:

—A Mallinson podría haberle ido bien en lo suyo: es un joven enérgico y con ambición. Los otros dos… —Se encogió de hombros—. De hecho, resulta que a ambos les conviene quedarse aquí, durante un tiempo por lo menos.

Captó un destello de luz tras las cortinas de la ventana. Había oído el retumbar del trueno cuando cruzaba los patios de camino hacia aquella estancia tan familiar para él. Ahora ya no se oía nada y los pesados cortinajes convertían cada relámpago en un pálido resplandor momentáneo.

—Sí —fue la respuesta del anciano—, hemos hecho todo lo posible para que ambos se sientan como en casa. La señorita Brinklow desea convertirnos a su fe, y al señor Barnard también le gustaría convertirnos, pero en su caso en una sociedad de responsabilidad limitada. Ambos son proyectos inofensivos: harán que el tiempo pase de forma muy agradable para ellos. En cuanto a tu joven amigo, ese a quien ni el oro ni la religión pueden ofrecer consuelo, ¿qué me dices de él?

—Sí, va a ser un problema.

—Me temo que va a ser tu problema.

—¿Mío? ¿Por qué?

No obtuvo una respuesta inmediata, porque aparecieron los cuencos de té y el Gran Lama recurrió a las acartonadas fórmulas de hospitalidad.

—El Karakal nos envía tormentas en esta época del año —comentó, embarcándose en una conversación como exigía el ritual—. La gente del Valle Azul cree que son obra de los demonios furiosos que campan a sus anchas en la gran planicie más allá del paso. El «exterior», lo llaman ellos, y quizás sabrás que, en su dialecto, esa palabra alude al resto del mundo. Por supuesto, no saben nada sobre países como Francia, Inglaterra o incluso la India; imaginan que el temible altiplano se extiende sin límites, como casi ocurre en efecto. A ellos, tan cómodos en su valle cálido y sin viento, les parece impensable que alguien desee abandonarlo; de hecho, imaginan que todos los desafortunados «forasteros» desean fervientemente entrar. Solo es una cuestión del punto de vista, ¿no te parece?

Conway recordó los comentarios similares de Barnard y se los citó al anciano.

—¡Qué sensato! —fue el comentario del Gran Lama—. Y es nuestro primer estadounidense, además, así que somos muy afortunados.

Conway pensó con picardía que esa gran fortuna consistía en haber reclutado a un hombre a quien la policía de una docena de países buscaba activamente; y le habría gustado compartir aquella ironía, pero tenía la sensación de que era mejor que Barnard contara su propia historia a su debido tiempo.

—Sin duda tiene toda la razón —dijo— y a muchos en el mundo de hoy en día les encantaría estar aquí.

—A demasiados, mi querido Conway. Somos un solo bote salvavidas que surca los mares en un temporal; podemos rescatar a algunos supervivientes fortuitos, aunque si todos los náufragos nos alcanzaran y subieran a bordo, nosotros mismos nos hundiríamos… Pero no pensemos en eso ahora. He oído que has frecuentado la compañía de nuestro excelente Briac. Un encantador compatriota mío, aunque no comparto su opinión de que Chopin es el más grande de todos los compositores. Como ya sabes, yo prefiero a Mozart…

Solo cuando se llevaron los cuencos de té y se hubo despachado al criado, al fin Conway se aventuró a recordar la pregunta que había quedado sin respuesta.

—Estábamos hablando sobre Mallinson, y me ha dicho que iba a ser mi problema. ¿Por qué el mío en particular?

El Gran Lama se limitó a responder:

—Porque voy a morir, hijo mío.

Parecía una declaración extraordinaria, y dejó a Conway sin habla durante un rato. Después, el Gran Lama continuó:

—¿Te sorprende? Sin duda todos somos mortales, amigo mío, incluso en Shangri-La. Y es posible que todavía me quede un poco de tiempo, o incluso unos años, tal vez. Me limito a anunciar la simple verdad de que ya veo el final. Es enternecedor por tu parte parecer tan preocupado, y no voy a fingir que no sienta una punzada de nostalgia, incluso a mi edad, al contemplar la muerte. Por suerte queda muy poco de mí que pueda morir físicamente, y en cuanto al resto, todas nuestras religiones muestran una agradable unanimidad optimista. Estoy satisfecho, pero debo habituarme a una sensación extraña durante las horas que me quedan; debo comprender que solo dispongo de tiempo para una cosa más. ¿Imaginas qué puede ser?

Conway guardó silencio.

—Te concierne, hijo mío.

—Me concede un gran honor.

—Tengo intención de concederte mucho más que eso.

Conway se inclinó un poco, aunque no habló, y el Gran Lama, tras una breve espera, prosiguió:

—Es posible que la frecuencia de estas conversaciones haya sido inusual. Pero nuestra tradición nos dicta, si se me permite la paradoja, que no seamos nunca esclavos de la tradición. Aquí no hay rigideces, ni reglas inexorables. Hacemos lo que creemos conveniente, guiados en parte por el ejemplo del pasado, pero aún más por nuestra sabiduría presente y por nuestra mirada

clarividente hacia el futuro. Y es por eso que me siento con ánimos de acometer esta última tarea.

Conway seguía en silencio.

—Pongo en tus manos, hijo mío, el legado y el destino de Shangri-La.

Por fin se había quebrado la tensión y Conway captó más allá de ella el poder de una persuasión dulce y benigna; el eco de la voz del anciano se extinguió y reinó un silencio en el que solo quedó el latido de su propio corazón, golpeando como un gong. Y entonces, interceptando aquel ritmo, llegaron más palabras:

—Te he esperado durante mucho tiempo, hijo mío. Me he sentado en esta habitación y he contemplado los rostros de los recién llegados, los he mirado a los ojos y he escuchado sus voces, siempre con la esperanza de llegar a encontrarte algún día. Mis colegas han envejecido y adquirido sabiduría, pero tú, que todavía eres joven en años, ya eres igual de sabio. Amigo mío, la que te estoy legando no es una tarea ardua, porque nuestra orden solo conoce ataduras de seda. Ser amable y paciente, velar por los tesoros de la mente, presidir con sabiduría y discreción mientras la tormenta ruge sin ellas: todo te resultará muy placentero y simple, y sin duda te hará muy feliz.

Una vez más, Conway trató de responder, pero no pudo, hasta que por fin un vívido relámpago hizo palidecer las sombras y lo incitó a exclamar:

—La tormenta… esa tormenta de la que habla…

—Será distinta, hijo mío, a cualquier otra que el mundo haya visto antes. No habrá salvación mediante las armas, ni ayuda posible por parte de la autoridad, ni respuesta en la ciencia. Arremeterá hasta que cada florecilla de la cultura quede pisoteada y el mundo de los humanos se transforme en un enorme caos. Tuve esa misma visión cuando el de Napoleón era todavía un nombre desconocido; y ahora la veo con mayor claridad a medida que transcurren las horas. ¿Crees que estoy equivocado?

—No, creo que puede tener razón —respondió Conway—. Ya se produjo una vez un conflicto similar, y los tiempos oscuros que siguieron duraron quinientos años.

—El paralelismo no es del todo exacto. Porque esa edad oscura no lo era tanto en realidad, sino que estaba llena de faroles que parpadeaban, e incluso si la luz se había extinguido por completo en Europa, hubo otros rayos desde China a Perú que podían haberla reavivado. Pero los tiempos oscuros que se avecinan ahora cubrirán el mundo entero con un único manto; no habrá escapatoria ni santuarios, excepto aquellos demasiado secretos para encontrarlos o demasiado humildes para fijarse en ellos. Y Shangri-La puede

esperar ser ambas cosas. El aviador que lleve su mortífera carga a las grandes ciudades no cruzará por aquí, y si por azar lo hiciera, es posible que no nos considere dignos de una bomba.

—¿Y cree que todo eso pasará en mi tiempo?

—Creo que vivirás para ver esa tormenta. Y es posible que después, durante la larga era de la desolación, aún continúes vivo y envejeciendo, volviéndote más sabio y paciente. Conservarás la fragancia de nuestra historia y le añadirás el toque de tu propio espíritu. Darás la bienvenida al forastero y lo instruirás en la norma de la edad y la sabiduría; y uno de esos extraños, tal vez, te suceda cuando seas muy viejo. Más allá de eso, mi visión se debilita, pero distingo en la distancia un nuevo mundo agitándose entre las ruinas, con torpeza pero con esperanza, buscando sus tesoros perdidos y legendarios. Y todos seguirán aquí, hijo mío, ocultos tras las montañas en el valle de la Luna Azul, preservados como un milagro para un nuevo Renacimiento…

El discurso llegó a su fin y Conway vio cómo el rostro ante él se empapaba de una belleza remota; luego el resplandor se desvaneció y solo quedó una máscara llena de sombras y desmoronándose como madera vieja. Estaba inmóvil y tenía los ojos cerrados. Lo observó durante unos instantes, y al poco, como si formara parte de un sueño, acudió a su pensamiento que el Gran Lama había muerto.

Parecía necesario darle a la situación algún viso de realidad, no fuera a volverse demasiado extraña para poder creerla; y con un mecanismo instintivo guiándole la mano y los ojos, Conway echó un vistazo a su reloj de pulsera. Pasaban quince minutos de la medianoche. De repente, cuando cruzaba la habitación hacia la puerta, se le ocurrió que no sabía cómo ni dónde pedir ayuda. Era consciente de que habían despachado a los tibetanos hasta el día siguiente, y no tenía ni idea de dónde encontrar a Chang ni a nadie más. Se detuvo en el umbral del pasillo a oscuras, inseguro; a través de una ventana vislumbró que el cielo estaba despejado, aunque las montañas aún refulgían de relámpagos como en un fresco de plata. Y entonces, todavía en medio de aquel sueño que lo abarcaba todo, se sintió señor de Shangri-La. Lo rodeaban las cosas que amaba, las cosas de su fuero interno, en el que vivía inmerso cada vez más lejos del mundanal ruido. Su mirada se desvió hacia las sombras y quedó atrapada por los puntitos dorados que destellaban en las lacas suntuosas y onduladas; y el aroma del nardo, tan leve que casi se extinguía al borde de la sensación, lo atraía de habitación en habitación. Por

fin salió trastabillando a los patios y al borde del estanque; una luna llena surcaba el cielo tras el Karakal. Eran las dos menos veinte de la madrugada.

Más tarde, cobró conciencia de pronto de la cercanía de Mallinson, que lo llevaba del brazo para alejarlo a toda prisa de allí. No entendía de qué iba aquello, pero sí oía que el joven parloteaba con entusiasmo.

ONCE

Llegaron a la estancia rodeada de balcones donde solían comer, con Mallinson todavía sujetándolo del brazo y casi llevándolo a rastras.

—Vamos, Conway, tenemos hasta el amanecer para empaquetar lo que podamos y escapar. Son buenas noticias, hombre… me pregunto qué pensarán el viejo Barnard y la señorita Brinklow por la mañana, cuando adviertan que hemos desaparecido… Pero se quedan por propia elección, y probablemente nos irá mucho mejor sin ellos… Los porteadores están a siete u ocho kilómetros más allá del desfiladero, vinieron ayer con un cargamento de libros y otras cosas… Mañana emprenden el viaje de regreso… Eso viene a demostrar que estos tipos pretendían engañarnos, ni siquiera nos lo contaron; nos habríamos quedado varados aquí Dios sabe cuánto tiempo más… Oye, ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo?

Conway se había dejado caer en una silla y se inclinaba hacia adelante con los codos sobre la mesa. Se frotó los ojos.

—¿Enfermo? No, no lo creo. Solo estoy… cansado.

—Puede que sea por la tormenta. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Llevaba horas esperándote.

—Estaba… estaba visitando al Gran Lama.

—¡Vaya, conque a él! Bueno, pues ha sido por última vez, gracias a Dios.

—Sí, Mallinson, por última vez.

Algo en la voz de Conway, y aún más en el silencio que siguió, despertó la indignación del joven.

—Ojalá no sonaras tan tranquilo al respecto, maldita sea… tenemos que espabilar de una vez, ¿sabes?

El esfuerzo que le costó a Conway estar más consciente lo puso tenso.

—Lo siento —dijo. En parte por poner a prueba los nervios y la realidad de sus sensaciones, encendió un cigarrillo; descubrió que las manos y los labios le temblaban—. Me temo que no te sigo del todo… hablabas de los porteadores…

—Sí, de los porteadores. A ver si te calmas de una vez, hombre.

—¿Estás pensando en irte con ellos?

—¿Cómo que pensando? Estoy segurísimo, caramba. Están justo al otro lado de esos montes. Y tenemos que ponernos en marcha de inmediato.

—¿De inmediato?

—Sí, sí… ¿por qué no?

Conway hizo un segundo intento de trasladarse de un mundo al otro. Tras haberlo logrado solo en parte, dijo por fin:

—Supongo que te das cuenta de que puede que no sea tan fácil como te lo parece, ¿no?

Mallinson, que se estaba atando unas botas de montaña tibetanas hasta la rodilla, respondió bruscamente:

—Me doy cuenta de todo, pero es algo que tenemos que hacer, y lo haremos, con un poco de suerte, si no nos retrasamos.

—No veo cómo…

—Ay, por Dios, Conway, ¿tienes que echarte siempre atrás? ¿Ya no te quedan agallas?

Aquel reproche, apasionado y burlón a medias, ayudó a Conway a recobrar la compostura.

—No se trata de si me quedan agallas o no, pero si quieres que me explique, lo haré. La cuestión tiene que ver con algunos detalles importantes. Supongamos que consigues cruzar el paso y encuentras a los porteadores allí: ¿cómo sabes que te llevarán con ellos? ¿Qué incentivo puedes ofrecer? ¿No se te ha ocurrido que a lo mejor no están tan dispuestos como quieres creer? No puedes presentarte por las buenas ante ellos y exigir que te escolten. Hace falta un plan y negociaciones previas.

—O cualquier otra cosa que nos retrase más —exclamó Mallinson con amargura—. ¡Madre mía, menudo estás hecho! Por suerte no he tenido que confiar en ti para organizar las cosas. Porque resulta que sí se han planeado: los porteadores han cobrado por adelantado y han aceptado llevarnos. Y aquí están la ropa y el equipo necesario para el viaje, todo listo. Así que con esto se esfuma tu última excusa. Venga, hagamos algo de una vez.

—Pero… no entiendo…

—Ya lo supongo, pero da igual.

—¿Quién ha hecho todos estos planes?

Mallinson respondió con brusquedad:

—Lo-Tsen, si de verdad te interesa saberlo. Ella está ya con los porteadores, y nos está esperando.

—¿Cómo que nos está esperando?

—Sí. Viene con nosotros. Supongo que no tienes inconveniente, ¿no?

Ante la mención de Lo-Tsen, los dos mundos entraron en contacto y se fusionaron de repente en la mente de Conway. Y exclamó con aspereza, casi con desprecio:

—Eso es una tontería. Es imposible.

Mallinson estaba también visiblemente nervioso.

—¿Por qué es imposible?

—Porque… bueno, lo es y punto. Hay toda clase de razones. Créeme, no puede ser. Ya es bastante insólito que ella esté ahí afuera ahora, me deja perplejo lo que dices que ha pasado, pero la idea de que llegue aún más lejos es absurda sin más.

—No me parece absurda en absoluto. Es tan natural para ella querer irse de aquí como para mí.

—Pero ella no quiere irse. He ahí tu error.

Mallinson esbozó una sonrisa tensa.

—Diría que crees saber mucho más sobre ella que yo —comentó—. Pero quizás no sea así, pese a todo.

—¿Qué quieres decir?

—Hay otras maneras de llegar a entender a la gente que aprender montones de lenguas.

—Por el amor de Dios, ¿adónde quieres llegar? —Pero Conway añadió entonces con tono más sosegado—: Esto es absurdo; no debemos discutir. Dime, Mallinson, ¿de qué se trata? Sigo sin entenderlo.

—¿Por qué armas entonces tanto alboroto?

—Dime la verdad. Por favor, dime la verdad.

—Bueno, es bastante simple. Una muchacha de su edad, encerrada aquí con un montón de viejos chiflados; como es natural, se escapará si se le da la oportunidad. Hasta ahora no ha tenido ninguna.

—¿No crees que puedes estar imaginando su postura a la luz de la tuya? Como te he dicho siempre, es perfectamente feliz.

—Entonces ¿por qué dijo que vendría?

—¿Te lo dijo ella? ¿Cómo pudo hacerlo? No habla inglés.

—Se lo pregunté, en tibetano; la señorita Brinklow me ayudó a traducir las palabras. No fue una conversación muy fluida, pero nos bastó para llegar a un entendimiento. —Mallinson se sonrojó un poco—. Maldita sea, Conway, no me mires así; cualquiera diría que he estado cazando como un furtivo en tu coto privado.

—Nadie diría eso, confío —contestó Conway—, pero el comentario me revela más de lo que quizás pretendías que supiera. Solo puedo decir que lo siento mucho.

—¿Y por qué demonios deberías sentirlo?

Conway dejó caer el cigarrillo de los dedos. Se sentía cansado, molesto e inmerso en un profundo conflicto afectivo que preferiría no haber despertado.

—Ojalá no anduviéramos siempre con tantos malentendidos arriba y abajo —repuso suavemente—. Lo-Tsen es un encanto, lo sé, pero ¿por qué deberíamos pelearnos por eso?

—¿Un encanto? —Mallinson repitió la palabra con desprecio—. Es algo más que eso. No debes creer que todo el mundo es tan frío como tú con estas cosas. Admirarla como si estuviera en un museo puede ser tu idea de lo que ella merece, pero la mía es más práctica, y cuando veo a alguien que me gusta en una posición tan desagradable trato de hacer algo.

—Pero sin duda uno peca a veces de demasiado impetuoso, ¿no? ¿Adónde crees que va a ir si abandona este lugar?

—Supongo que tendrá amigos en China o en algún otro sitio. En cualquier caso, estará mejor que aquí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso?

—Bueno, pues yo mismo me ocuparé de que la cuiden, si nadie más lo hace. Al fin y al cabo, si rescatas a alguien de un infierno, en general no te detienes a preguntarle si tiene otro sitio adónde ir.

—¿Y crees que Shangri-La es un infierno?

—Pues sí, absolutamente. Hay algo oscuro y malvado aquí. Todo el asunto ha sido así desde el principio: la forma en que alguna clase de loco nos trajo aquí sin razón alguna; el modo en que nos hemos visto retenidos desde entonces, con una excusa u otra. Pero lo más espantoso de todo, para mí, es el efecto que ha tenido en ti.

—¿En mí?

—Sí, en ti. Hace un momento vagabas por ahí como si nada importara y estabas encantado de quedarte aquí para siempre. Hasta has llegado a admitir que te gusta este sitio… Conway, ¿qué demonios te ha pasado? ¿No puedes volver a ser el de siempre? Nos llevábamos muy bien en Baskul; aquellos días eras distinto por completo.

—¡Mi querido muchacho!

Conway tendió la mano hacia Mallinson, y el apretón con el que el joven respondió fue cálido, ávido y afectuoso.

—Supongo que no te has dado cuenta, pero en estas últimas semanas me he sentido terriblemente solo —continuó Mallinson—. A nadie parecía interesarle un comino lo que de verdad es importante; Barnard y la señorita Brinklow tenían sus razones, pero fue bastante horrible descubrir que tú estabas contra mí.

—Lo siento.

—No paras de decir eso, pero no ayuda.

Llevado por un impulso repentino, Conway respondió:

—Entonces déjame ayudarte, si puedo, contándote algo. Cuando lo hayas oído, entenderás muchas cosas que ahora te parecen muy curiosas y difíciles. En cualquier caso, caerás en la cuenta de por qué Lo-Tsen no puede volver contigo.

—No creo que nada me haga ver eso. Y resume todo lo que puedas, porque no nos sobra el tiempo, de verdad.

Conway procedió a relatarle, lo más breve que pudo, toda la historia de Shangri-La tal como se la había contado a él el Gran Lama y como la habían ampliado las conversaciones posteriores tanto con el anciano como con Chang. Era lo último que había tenido intención de hacer, pero le parecía que en esas circunstancias estaba justificado e incluso resultaba necesario; Mallinson era en efecto su problema y debía resolverlo como creyera conveniente. Contó la historia deprisa y con soltura, y al hacerlo cayó de nuevo bajo el hechizo de aquel mundo extraño y atemporal; su belleza lo abrumaba al hablar de ella, y más de una vez tuvo la impresión de estar leyendo una página de memoria, hasta tal punto las ideas y frases le habían quedado claramente impresas. Solo ocultó un episodio, y fue para ahorrarse una emoción con la que aún no era capaz de lidiar: el de la muerte del Gran Lama esa noche y su propia elección como sucesor.

Cuando se acercaba al final, se sintió reconfortado; estaba contento de haberlo contado, y era la única solución al fin y al cabo. Levantó la vista con calma cuando terminó, seguro de que había hecho bien.

Pero Mallinson se limitó a tamborilear con los dedos sobre la mesa, y solo habló tras una larga espera:

—La verdad es que no sé qué decir, Conway… excepto que tienes que estar loco de remate.

Siguió un prolongado silencio durante el cual los dos hombres se miraron a los ojos con estados de ánimo muy diferentes: Conway sentía retraimiento y desilusión; Mallinson iba de la indignación a una intranquila incomodidad.

—¿De modo que crees que estoy loco? —preguntó Conway pasado un rato.

Mallinson soltó una risa nerviosa.

—Bueno, es lo único que puedo decir tras una historia como esa. Quiero decir que… bueno, la verdad, menuda sarta de disparates; ni vale la pena discutir.

Conway lo miraba, y parecía perplejo.

—¿Crees que son disparates?

—Bueno, ¿qué otra cosa puedo pensar? Lo siento, Conway, es una afirmación bastante fuerte, pero no veo cómo una persona en su sano juicio podría tener dudas al respecto.

—¿Así que todavía sostienes que nos trajeron aquí por casualidad? ¿Que fue obra de algún lunático que hizo planes cuidadosos para fugarse con un avión y volar mil quinientos kilómetros por pura diversión?

Conway le ofreció un cigarrillo y el joven lo aceptó. Ambos parecieron agradecidos por la pausa. Mallinson respondió por fin:

—Oye, no sirve de nada ponernos a discutir esto punto por punto. De hecho, tu teoría de que los de aquí enviaron a alguien al mundo como señuelo para forasteros, y de que ese tipo aprendió a volar con una intención y esperó el momento preciso, hasta que apareció por casualidad un aparato adecuado que debía salir de Baskul con cuatro pasajeros… vaya, pues no te diré que sea imposible del todo, aunque me parece un poco ridícula y descabellada. Si se sostuviera por sí misma, podría valer la pena considerarla, pero cuando le añades toda clase de cosas completamente imposibles, como todo eso de que los lamas tienen cientos de años y han descubierto una especie de elixir de la juventud, o como sea que lo llames… Bueno, pues eso sí me hace preguntarme qué tipo de bicho te ha picado, nada más.

Conway sonrió.

—Sí, diría que parece difícil de creer. Quizás a mí también me costó al principio, ya ni me acuerdo. Por supuesto que es una historia extraordinaria, pero me atrevo a creer que has visto con tus propios ojos pruebas suficientes de que este es un lugar extraordinario. Piensa en todo lo que en realidad hemos visto los dos: un valle perdido en medio de montañas inexploradas, un monasterio con una biblioteca de libros europeos…

—Oh, sí, y un sistema de calefacción central, y una instalación de agua moderna, y el té de la tarde y todo lo demás. Todo es muy maravilloso, lo sé.

—Bueno, ¿y qué te hace pensar eso?

—Maldita sea, lo admito: es un completo misterio. Pero esa no es razón para tragarte cuentos que son físicamente imposibles. Creer en los baños calientes porque los has experimentado por ti mismo es diferente que creer en personas de cientos de años solo porque ellas te han dicho que los tienen. —Volvió a reír, todavía con inquietud—. Mira, Conway, este lugar te ha alterado los nervios, y la verdad es que no me extraña. Recoge tus cosas y vamos a dejarlo ya. Pondremos fin a esta discusión dentro de un par de meses tras una cenita estupenda en Maiden's.

Conway respondió en voz baja:

—No tengo el menor deseo de volver a esa vida.

—¿Qué vida?

—La vida en la que estás pensando. Cenas, bailes, polo… Todo eso.

—¡Pero yo nunca he dicho nada sobre bailes y polo! Y en todo caso, ¿qué tienen de malo? ¿Estás diciendo que no vienes conmigo? ¿Te vas a quedar aquí como los otros dos? ¡Pues al menos no podrás impedir que yo me largue de aquí! —Mallinson arrojó el cigarrillo al suelo y se encaminó hacia la puerta con los ojos echando chispas—. ¡Has perdido el juicio! —vociferó—. ¡Estás chiflado, Conway, eso es lo que te pasa! Sé que siempre conservas la calma, y yo siempre estoy alterado, pero por lo menos sigo cuerdo, ¡y tú no! Ya me avisaron al respecto antes de unirme a ti en Baskul, y pensé que estaban equivocados, sin embargo ahora puedo ver que no era así.

—¿De qué te avisaron?

—Dijeron que habías sido víctima de una explosión en la guerra, y que desde entonces te comportabas de forma rara a veces. No te estoy reprochando nada, sé que no era algo que pudieras evitar, y Dios sabe que detesto hablar así… Oh, me largo de aquí. Todo esto es horrible y angustioso, pero debo irme. He dado mi palabra.

—¿A Lo-Tsen?

—Pues sí.

Conway se levantó y le tendió la mano.

—Adiós, Mallinson.

—Por última vez, ¿no vienes?

—No puedo.

—Vale, pues adiós.

Se dieron un apretón de manos y Mallinson se fue.

Conway se sentó a solas a la luz del farol. Según una frase que tenía grabada en la memoria, le parecía que todas las cosas bellas eran fugaces y

perecederas, que los dos mundos acababan siendo irreconciliables y que uno de ellos pendía, como siempre, de un hilo. Después de haber meditado durante un rato, consultó su reloj; eran las tres menos diez.

Todavía estaba sentado a la mesa, fumando el último pitillo que le quedaba, cuando Mallinson regresó. El joven entró armando cierto barullo y, al verlo, se quedó atrás en la penumbra, como si estuviera poniendo las ideas en orden. Permanecía en silencio, y Conway, tras esperar un momento, le habló.

—Hola, ¿qué ha pasado? ¿Por qué has vuelto?

La absoluta naturalidad de aquella pregunta consiguió que Mallinson se adelantara y saliera a la luz. Se despojó de las pesadas pieles de oveja y se sentó. Tenía el rostro ceniciento y le temblaba todo el cuerpo.

—No he tenido valor —exclamó, medio sollozando—. ¿Te acuerdas de aquel sitio donde nos hicieron atarnos unos a otros? Pues he llegado hasta allí… y no he sido capaz de seguir. Sufro de vértigo, y a la luz de la luna me daba miedo. Qué tontería, ¿no? —Se vino abajo por completo y fue presa de la histeria, hasta que Conway consiguió tranquilizarlo. Luego añadió—: No hace falta que estos tipos de aquí se preocupen, porque nadie va a amenazarlos nunca por tierra. ¡Pero por Dios que daría lo que fuera por sobrevolar esto con una buena carga de bombas!

—¿Por qué te gustaría hacer eso, Mallinson?

—Porque este lugar, sea lo que sea, debería borrarse del mapa. Es insalubre e impuro, y ya que estamos, si tu relato imposible fuera cierto, ¡sería aún más horrible! Un montón de ancianos marchitos agazapados aquí como arañas para saltar sobre cualquiera que se acerque… Es repugnante. ¿Quién querría vivir tantos años, de todos modos? Y en cuanto a tu querido Gran Lama, si es la mitad de viejo de lo que dices, ya va siendo hora de que alguien ponga fin a su sufrimiento. Ay, ¿por qué narices no vienes conmigo, Conway? Odio implorarte por mi propio bien, pero maldita sea, soy joven y hemos sido buenos amigos, ¿mi vida entera no significa nada para ti en comparación con las mentiras de estas horribles criaturas? Y lo mismo pasa con Lo-Tsen, ella también es joven… ¿no cuenta en absoluto?

—Lo-Tsen no es joven —repuso Conway.

Mallinson levantó la vista y soltó una risita histérica.

—Oh, no, no es joven, claro, no es joven en absoluto, por supuesto. Parece tener unos diecisiete años, pero supongo que vas a decirme que en realidad tiene noventa y está bien conservada.

—Mallinson, llegó aquí en 1884.

—¡Estás delirando, hombre!

—Su belleza, Mallinson, como toda la belleza que hay en este mundo, está a merced de aquellos que no saben cómo valorarla. Es una cosa frágil que solo puede florecer donde se prodigue amor a las cosas frágiles. Llévatela lejos de este valle y la verás apagarse como un eco.

Mallinson soltó una risa áspera, como si sus propios pensamientos le dieran confianza.

—No le tengo miedo a eso. Si Lo-Tsen es un eco en algún sitio, es justo aquí. —Tras una pausa, añadió—: No me parece que una conversación como esta nos lleve a ninguna parte. Será mejor dejarnos ya de tanta poesía y ceñirnos a lo real. Conway, quiero ayudarte… todo esto es un simple disparate, lo sé, pero lo discutiré contigo si te hace algún bien. Fingiré que lo que me has contado es posible, y que realmente hace falta someterlo a debate. Ahora, dime en serio, ¿qué evidencias tienes de esa historia tuya?

Conway guardó silencio.

—Solo tienes este cuento chino, este rollo fantástico que te ha soltado alguien. Aunque viniera de una persona de absoluta confianza a quien conoces de toda la vida, no aceptarías ese tipo de cosas sin pruebas. ¿Y qué pruebas tienes en este caso? Ninguna, por lo que veo. ¿Alguna vez Lo-Tsen te ha contado su historia?

—No, pero…

—Entonces, ¿por qué creerla viniendo de otra persona? Y todo este asunto de la longevidad, ¿puedes señalarme un solo dato real que lo respalde?

Conway le dio vueltas un momento y mencionó las obras desconocidas de Chopin que Briac había tocado.

—Bueno, esa cuestión no significa nada para mí, porque no soy músico. Pero incluso si son genuinas, ¿no es posible que pudiera haberse hecho con ellas de alguna manera sin que su historia fuera cierta?

—Es posible, por supuesto.

—Y luego está el método que según tú consigue… preservar la juventud y todo eso. ¿En qué consiste? Dices que se trata de una especie de droga… pues bueno, quiero saber qué droga. ¿Alguna vez la has visto o probado? ¿Alguien te ha facilitado alguna vez algún dato positivo sobre esa sustancia?

—Con detalle, no. Lo admito.

—¿Y nunca has pedido más información? ¿No se te ocurrió que una historia como esa pudiera necesitar alguna clase de confirmación? ¿Te limitaste a tragártela así, por las buenas? —Aprovechando su ventaja, Mallinson continuó—: ¿Cuánto sabes en realidad sobre este lugar, aparte de

lo que te han contado? Has visto a un puñado de ancianos, y ahí se acaba la cosa. Aparte de eso, solo podemos decir que está bien montado y parece funcionar siguiendo una línea bastante intelectual. No tenemos ni idea de cómo y por qué llegó a existir, y también es un misterio por qué quieren retenernos aquí, si en efecto lo hacen, ¡pero todo eso difícilmente es excusa para creer cualquier vieja leyenda que te pase por delante! Al fin y al cabo, hombre, eres una persona crítica que no se creería gran cosa que le dijeran en un monasterio inglés, ¡así que de verdad que no comprendo por qué tienes que tragártelo todo solo porque estás en el Tíbet!

Conway asintió con la cabeza. Incluso sumido como estaba en percepciones de mayor calado, no podía dejar de apreciar una observación bien argumentada.

—Un comentario ingenioso por tu parte, Mallinson. Supongo que cuando se trata de creer cosas sin evidencia real, todos tendemos a preferir lo que nos resulta más atractivo.

—Bueno, pues por mucho que me esfuerce no consigo verle el atractivo a vivir hasta que estés medio muerto. Puestos a elegir, prefiero una vida corta y llena de alegría. Y todo ese asunto sobre una guerra futura me suena bastante pillado por los pelos. ¿Cómo sabe alguien cuándo tendrá lugar la próxima guerra, o cómo será? ¿No se equivocaban acaso todos los profetas que parloteaban sobre la última? —Al ver que Conway no respondía, añadió—: En todo caso, no creo que pueda decirse que las cosas son inevitables. E incluso si lo fueran, no hace falta echarse a temblar. Sabe Dios que es probable que me muriese de miedo si tuviera que luchar en una guerra, pero prefiero enfrentarme a eso a dejar que me entierren aquí.

Conway sonrió.

—Mallinson, tienes una excelente habilidad para malinterpretarme. Cuando estábamos en Baskul me creías un héroe, y ahora me tomas por un cobarde. De hecho, no soy ninguna de las dos cosas, aunque da igual, por supuesto. Cuando vuelvas a la India puedes decirle a la gente, si quieres, que decidí quedarme en un monasterio tibetano porque temía que hubiera otra guerra. No lo hago por esa razón, en absoluto, pero sin duda la gente que me cree un loco se lo tragará con toda tranquilidad.



Mallinson respondió con tono tristón:

—Hablar así es una tontería, ¿sabes? Jamás diré una palabra contra ti, pase lo que pase. Puedes contar con eso. No te entiendo, lo admito, pero… pero desearía hacerlo. Oh, ojalá lo hiciera. Conway, ¿no puedo ayudarte? ¿No hay nada que pueda decir o hacer?

Reinó un largo silencio después de eso, que Conway rompió al final diciendo:

—Solo hay una pregunta que me gustaría hacerte, si me perdonas que sea tremendamente personal.

—¿Sí?

—¿Estás enamorado de Lo-Tsen?

La palidez del joven se transformó rápidamente en rubor.

—Me atrevo a decir que sí. Sé que te parecerá absurdo e impensable, y es posible que lo sea, pero no puedo evitar sentir lo que siento.

—No me parece absurdo en absoluto.

La discusión parecía haber llegado a puerto tras muchos bandazos, y Conway agregó:

—Tampoco yo puedo evitar mis sentimientos. Resulta que tú y esa chica sois las dos personas en el mundo que más me importan, aunque pueda parecerte extraño por mi parte. —Se levantó de golpe y se paseó por la habitación—. Ya está todo dicho entre nosotros, ¿no?

—Sí, supongo que sí. —Pero Mallinson, en una repentina oleada de apasionamiento, continuó: ¡Ay, pero qué disparate tan estúpido, todo eso de que Lo-Tsen no sea joven! Y es repugnante y espantoso también. Conway, ¡no puedes creer algo así! Es demasiado ridículo. ¿Cómo puede tener algún sentido?

—¿Cómo sabes tú que en realidad es joven?

Mallinson se volvió de perfil y una timidez solemne le encendió el rostro.

—Resulta que lo sé… Tal vez me tendrás en menor concepto por ello… pero lo sé a ciencia cierta. Me temo que nunca la has entendido bien, Conway. Parecía fría en la superficie, pero era porque la vida aquí había congelado todo su calor. Sin embargo la calidez estaba allí.

—¿Para que alguien la descongelara?

—Bueno, sí… sería una forma de expresarlo.

—Y dices que es joven, Mallinson, pero ¿estás totalmente seguro de eso?

Mallinson respondió en voz baja:

—Por Dios, sí, no es más que una niña. Me daba una pena terrible, y nos sentimos atraídos el uno por el otro, supongo. No me parece que sea algo de

lo que avergonzarse. De hecho, en un lugar como este, me gusta pensar que es lo más decente que ha sucedido…

Conway salió al balcón y contempló el deslumbrante penacho del Karakal; la luna cabalgaba en lo alto de un océano sin olas. Se le ocurrió entonces que un sueño se había desvanecido, como les pasa a todas las cosas demasiado hermosas ante el primer contacto con la realidad; que el futuro del mundo entero, ponderado en la balanza contra la juventud y el amor, sería tan ligero como el aire. Sabía, asimismo, que su mente habitaba en un mundo propio, un Shangri-La en microcosmos, y que ese mundo también corría peligro. Porque incluso mientras se armaba de valor, veía cómo los corredores de su imaginación se retorcían y tensaban bajo el impacto; los pabellones se venían abajo; todo estaba a punto de convertirse en ruinas. Eso hacía que se sintiera infeliz solo en parte, pero estaba infinita y tristemente perplejo. No sabía si había estado loco y ahora estaba cuerdo, o si había pasado un tiempo cuerdo y ahora volvía a estar loco.

Cuando se dio la vuelta, algo había cambiado en él: su voz era más cortante, casi brusca, y su rostro se estremecía un poco; se parecía mucho más al Conway que había sido un héroe en Baskul. Con el cuerpo tenso para la acción, se encaró con Mallinson en un nuevo y repentino estado de alerta.

—¿Te parece que podrías apañártelas con una cuerda en esa parte difícil si yo estuviera contigo? —preguntó.

Mallinson saltó hacia adelante.

—¡Conway! —exclamó con un grito ahogado—. ¿Quieres decir que vendrás? ¿Por fin has cambiado de opinión?

Se fueron en cuanto Conway estuvo listo para el viaje. Para su sorpresa, marcharse fue sencillo, más una partida que una fuga; no hubo incidentes cuando cruzaban los haces de luz de luna y sombras en los patios. Habría cabido pensar que allí no había nadie, reflexionó Conway; y de inmediato la idea de semejante vacío se convirtió en un vacío en sí mismo; aunque él apenas lo oía Mallinson no paraba de parlotear sobre el viaje. Qué extraño que su larga discusión hubiese acabado así, convertida en acción; que alguien que había encontrado tanta felicidad en aquel santuario renunciara a él de ese modo. Porque, en efecto, menos de una hora después, se detuvieron sin aliento en una curva del terreno y vieron Shangri-La por última vez. Muy por debajo de ellos, el valle de la Luna Azul semejaba una nube, y a Conway le pareció que los tejados dispersos flotaban hacia él a través de la bruma. Había

llegado el momento de la despedida. Mallinson, a quien el escarpado ascenso había sumido en silencio durante un tiempo, soltó un suspiro:

—Amigo mío, vamos bien… ¡adelante!

Conway sonrió, pero no respondió; ya estaba preparando la cuerda para la travesía de la cornisa estrecha como un filo de cuchillo. Era verdad, como había dicho el joven, que había cambiado de opinión, pero era solo lo que quedaba de su mente. Ese pequeño y activo fragmento dominaba ahora; el resto consistía en una ausencia difícilmente soportable. Era un vagabundo entre dos mundos y siempre vagaría entre ellos; pero, por el momento, en un vacío interior cada vez más profundo, todo lo que sentía era que le tenía aprecio a Mallinson y debía ayudarlo; estaba condenado, como millones, a huir de la sabiduría y convertirse en un héroe.

Mallinson estaba muy nervioso ante el precipicio, pero Conway consiguió que ambos lo superaran al estilo montañero tradicional, y cuando el sendero quedó atrás, se inclinaron juntos para fumar unos pitillos de Mallinson.

—Conway, debo decir que esto es muy generoso de tu parte. Tal vez imagines cómo me siento… No puedo decirte ahora cuánto me alegro…

—Pues yo en tu lugar ni lo intentaría.

Tras una larga pausa, y antes de que reanudaran el viaje, Mallinson agregó:

—Pero sí me alegro, y no solo por mi propio bien, sino también por el tuyo. Es magnífico que ahora comprendas que todas esas cosas eran puras estupideces. Es maravilloso volver a ver al verdadero Conway…

—Qué va —soltó él con una ironía que era solo para su propio consuelo.

Hacia el amanecer cruzaron el desfiladero sin que los detuviera ningún centinela, si es que los había; aunque a Conway se le ocurrió que la ruta, siguiendo el verdadero espíritu del lugar, solo podría estar moderadamente vigilada. Luego llegaron a la meseta, que el azote de los vientos había dejado pelada como un hueso, y tras un descenso gradual, el campamento de los porteadores apareció ante sus ojos. Todo fue como Mallinson había pronosticado: encontraron a los hombres esperándolos, tipos robustos envueltos en pieles y lana de oveja, encorvados bajo el vendaval y ansiosos por emprender el trayecto a Tatsien-Fu, a unos mil setecientos kilómetros hacia el este en la frontera con China.

—¡Él viene con nosotros! —exclamó Mallinson emocionado cuando se encontraron con Lo-Tsen, olvidando que ella no sabía inglés; pero Conway tradujo sus palabras.

Le pareció que la pequeña *manchú* estaba más radiante que nunca. Le brindó a Conway una sonrisa encantadora, pero solo tenía ojos para el joven Mallinson.

EPÍLOGO

Volví a encontrarme con Rutherford en Delhi. Nos habían invitado a ambos a una cena en la Casa del Virrey, pero la distancia y el protocolo nos mantuvieron separados hasta que algo más tarde los lacayos con turbante nos entregaron nuestros sombreros.

—Ven a mi hotel a tomar una copa —me invitó.

Compartimos un taxi a lo largo de los áridos kilómetros que separan la naturaleza muerta de Lutyens del cálido y palpitante cinematógrafo que es la vieja Delhi. Sabía por los periódicos que Rutherford acababa de regresar de Kashgar. Gozaba de una de esas reputaciones bien cuidadas que sacan el máximo provecho de todo; cualquier viaje de vacaciones a un lugar insólito adquiere visos de exploración, y aunque el explorador procura no hacer nada muy original, el público no está al corriente de ello, y puede sacarle mucho partido a una impresión apresurada. No me había parecido, por ejemplo, que el viaje de Rutherford, como informaba la prensa, hubiera sido nada trascendental; las ciudades sepultadas de Jotán eran material anticuado, si alguien recordaba a Stein y Sven Hedin. Conocía a Rutherford lo bastante bien como para burlarme de él al respecto, y eso lo hizo reír.

—Sí, la verdad les habría dado para un relato mejor —admitió críptico.

Fuimos a la habitación de su hotel y nos servimos *whisky*.

—¿De modo que buscaste a Conway? —sugerí cuando me pareció el momento oportuno.

—Buscar es una palabra demasiado fuerte —respondió el novelista—. No se puede buscar a un hombre en un país tan grande como media Europa. Todo lo que puedo decir es que visité lugares donde esperaba encontrarme con él, o conseguir noticias suyas. Recordarás que su último mensaje fue que había salido de Bangkok hacia el noroeste. Encontré rastros de él durante un tiempo, y pienso que lo más probable es que se dirigiera hacia las zonas tribales en la frontera china. No creo que hubiera querido entrar en Birmania, donde se habría topado con funcionarios británicos. De todos modos, se

podría decir que el rastro definitivo se pierde en algún lugar del alto Siam, y por supuesto nunca pensé seguirlo hasta tan lejos.

—¿No consideraste que habría sido más fácil buscar el valle de la Luna Azul?

—Bueno, la verdad es que sí parecía un objetivo más concreto. Supongo que le echaste un vistazo a ese manuscrito mío, ¿no?

—Mucho más que un vistazo. Debería habértelo devuelto, por cierto, pero no dejaste ninguna dirección.

Rutherford asintió con la cabeza.

—Me pregunto qué opinas de eso.

—Me pareció extraordinario, dando por hecho, claro, que todo esté genuinamente basado en lo que Conway te dijo.

—Te doy mi solemne palabra de que así es. Lo cierto es que no inventé nada en absoluto, e incluso hay menos ahí de mi propio estilo de lo que imaginas. Tengo buena memoria, y a Conway siempre se le dio bien describir las cosas. No olvides que mantuvimos unas veinticuatro horas de conversación casi sin interrupciones.

—Bueno, como te decía, todo es extraordinario.

Se reclinó en el asiento y sonrió.

—Si eso es todo lo que vas a decir, ya veo que tendré que hablar por mí mismo. Supongo que me consideras una persona bastante crédula, y la verdad, no creo que lo sea. La gente comete errores en la vida por creer demasiado, pero se aburre bastante cuando apenas creen. Es cierto que la historia de Conway me cautivó, en más de un sentido, y me hizo sentir el suficiente interés para estar pendiente de él y seguirle los pasos, aparte de la posibilidad de encontrármelo en persona.

Después de encender un puro, continuó.

—Supuso muchos trayectos extraños, pero me gustan esas cosas, y mis editores no pueden ponerle peros a un libro de viajes de vez en cuando. En total, debo de haber recorrido unos cuantos miles de kilómetros: Baskul, Bangkok, Chung-Kiang, Kashgar; visité todos esos sitios, y en algún lugar, dentro de la zona que se extiende entre ellos, reside el misterio. Pero es un área bastante grande, ya sabes, y todas mis pesquisas no me llevaron más allá del borde, y la verdad es que tampoco me acercaron al misterio. De hecho, si quieres los hechos reales sobre las aventuras de Conway, hasta donde he podido verificarlos, cuanto puedo decirte es que salió de Baskul el 20 de mayo y llegó a Chung-Kiang el 5 de octubre. Y lo último que sabemos de él

es que abandonó de nuevo Bangkok el 3 de febrero. Todo lo demás son probabilidades, posibilidades, conjeturas, mitos, leyendas; lo que prefieras.

—¿De modo que no encontraste nada en el Tíbet?

—Mi querido amigo, nunca llegué a internarme siquiera en el Tíbet. La gente del Gobierno no quiso ni oír hablar del asunto; a lo máximo que llegan es a aprobar una expedición al Everest, y cuando dije que estaba pensando en vagar por las Kunlun por mi cuenta, me miraron como si hubiera sugerido escribir una biografía de Gandhi. En realidad, ellos sabían más que yo. Pasear por el Tíbet no es tarea para un solo hombre. Se necesita una expedición debidamente equipada y dirigida por alguien que sepa al menos unas palabras del idioma. Recuerdo que cuando Conway me contaba su historia, yo no paraba de preguntarme a qué venía tanto alboroto por esperar a los porteadores… ¿por qué no se marchaban sin más? No tardé mucho en descubrirlo. La gente del Gobierno tenía toda la razón: ni todos los pasaportes del mundo podrían haberme llevado más allá de las montañas de Kunlun. De hecho, llegué a verlas a lo lejos, en un día muy claro, a unos ochenta kilómetros de distancia. No hay muchos europeos que puedan afirmar eso.

—¿Tan inaccesibles son?

—Parecían un friso blanco en el horizonte, nada más. En Yarkand y Kashgar pregunté por ellas a todos los que me encontraba, pero fue extraordinario lo poco que pude descubrir. Creo que debe tratarse de la cordillera menos explorada del mundo. Tuve la suerte de conocer a un viajero estadounidense que una vez intentó cruzarla, pero no logró encontrar ningún paso. Según él hay desfiladeros, pero son tremendamente abruptos y no aparecen en los mapas. Le pregunté si creía posible que existiera un valle como el que Conway me describió, y dijo que no lo veía imposible, pero que no lo creía muy probable, al menos por razones geológicas. Entonces le pregunté si alguna vez había oído hablar de una montaña en forma de cono y casi tan alta como la más alta del Himalaya, y su respuesta a eso fue bastante intrigante. Había una leyenda, según dijo, sobre esa supuesta montaña, pero él creía que era algo que no tenía mucho fundamento. Incluso circulaban rumores, agregó, sobre cumbres más altas que el Everest, aunque él mismo no les daba crédito.

»—Dudo que algún pico de las Kunlun tenga más de siete mil quinientos metros, si es que llega —dijo. Sin embargo admitió que nunca se habían explorado de forma adecuada.

»—Entonces, como él había estado en el país varias veces, le pregunté qué sabía sobre los monasterios *lamaístas* tibetanos, y me contó las historias

habituales que uno puede leer en todos los libros. No eran sitios bonitos, me aseguró, y los monjes que los habitaban solían ser corruptos y sucios.

»—¿Viven mucho tiempo? —quise saber, y me contestó que sí, que a menudo lo hacían, si no morían antes de alguna enfermedad repugnante. Luego me atreví a ir al grano y le pregunté si alguna vez había oído leyendas sobre una extrema longevidad entre los lamas.

»—Montones de ellas —respondió—. Es una de las fábulas que circulan por todas partes, pero no se pueden verificar. Te cuentan que una criatura de aspecto asqueroso ha pasado cien años encerrada en una celda, y aunque es cierto que tiene pinta de haberlo hecho, por supuesto, no puedes reclamarle una partida de nacimiento.

»Le pregunté si creía que tenían alguna forma oculta o medicinal de prolongar la vida o preservar la juventud, y contestó que supuestamente tenían muchos conocimientos muy curiosos sobre tales cosas, pero sospechaba que si uno se ponía a investigar al respecto, era como aquel truco de magia de la cuerda india: algo que siempre había visto algún otro. Sin embargo, me contó que los lamas parecían tener extraños poderes de control corporal.

»—Los he visto sentados en la orilla de un lago congelado, desnudos por completo, a temperaturas bajo cero y con un viento desgarrador, mientras sus sirvientes rompen el hielo y los envuelven con sábanas que han sumergido en el agua. Lo hacen una docena de veces o más, y los lamas secan las sábanas con el calor que desprenden sus propios cuerpos. Se mantienen calientes mediante la fuerza de voluntad, por lo que uno imagina, aunque supongo que no es muy buena forma de explicarlo.

Rutherford se sirvió más *whisky*.

—Pero por supuesto, como admitió mi amigo estadounidense, nada de eso tenía mucho que ver con la longevidad. Tan solo demostraba que los lamas tenían gustos sombríos en lo que se refiere a la autodisciplina. Así que ahí acababa la cosa, y seguro que estás de acuerdo conmigo en que todas las pruebas disponibles hasta el momento no daban ni para acusar a un perro por robar un hueso.

Le dije que era cierto que no eran concluyentes, y pregunté si los nombres «Karakal» y «Shangri-La» habían significado algo para el estadounidense.

—Nada de nada, ya intenté mencionárselos. Después de que siguiera interrogándolo durante un rato, me dijo: «Francamente, no me gustan los monasterios; de hecho, una vez le dije a un compañero que conocí en el Tíbet que si me desviaba de mi camino sería para evitarlos, no para visitarlos».

Aquel comentario fortuito suyo me dio una idea curiosa, y le pregunté cuándo había tenido lugar aquel encuentro en el Tíbet. «Oh, hace mucho tiempo, antes de la guerra, en 1911, creo que fue», respondió. Le insistí para obtener más detalles, y él me los dio tan bien como podía recordar. Al parecer viajaba entonces para alguna sociedad geográfica americana, con varios colegas, porteadores, etcétera; de hecho, era una auténtica expedición. En algún lugar cerca de las Kunlun se encontró con un hombre, un chino al que unos porteadores nativos llevaban en una silla. Resultó que el tipo hablaba inglés bastante bien, y les recomendó encarecidamente que visitaran cierta *lamasería* que quedaba allí cerca; incluso se ofreció a servirles de guía hasta allí. El estadounidense dijo que no tenían tiempo y que no estaban interesados, y ahí acabó todo.

Tras una pausa, Rutherford continuó.

—No quiero decir que signifique gran cosa. Cuando un hombre trata de recordar un incidente fortuito que tuvo lugar veinte años atrás, no se puede elucubrar mucho sobre él. Pero sí ofrece una especulación atractiva.

—Sí, aunque si una expedición bien equipada hubiera aceptado la invitación, no veo cómo podrían haberles retenido en la *lamasería* contra su voluntad.

—Oh, cierto. Y tal vez no fuera en absoluto Shangri-La.

Le dimos vueltas, pero parecía un caso demasiado confuso para debatir sobre él, y a continuación le pregunté si había hecho algún descubrimiento en Baskul.

—Baskul no me sirvió de mucho, y Peshawar aún menos. Nadie pudo decirme nada, excepto que el secuestro del avión sin duda tuvo lugar. Aunque les costó admitir incluso eso; es un episodio del que no están orgullosos.

—¿Y no volvió a saberse nada del avión después?

—Ni una palabra, ni un rumor, ni nada sobre sus cuatro pasajeros. Sin embargo, verifiqué que era un aparato capaz de subir lo bastante alto como para sobrevolar la cordillera. También traté de rastrear al tal Barnard, pero me encontré con un pasado tan misterioso que no me sorprendería en absoluto que en realidad fuera Chalmers Bryant, como decía Conway. Al fin y al cabo, la desaparición absoluta de Bryant en medio de todo aquel revuelo fue más bien asombrosa.

—¿Trataste de averiguar algo sobre el propio secuestrador?

—Lo intenté, pero de nuevo fue inútil. El piloto de la Fuerza Aérea a quien el tipo había noqueado y suplantado había sido asesinado, por lo que se cerró una línea de investigación prometedora. Incluso escribí a un amigo mío

en Estados Unidos que dirige una escuela de aviación, preguntándole si había tenido alumnos tibetanos últimamente, pero su respuesta fue rápida y decepcionante. Dijo que no podía diferenciar a los tibetanos de los chinos, y que había tenido unos cincuenta de estos últimos, todos entrenados para luchar contra los japoneses. Ya ves que no hay muchas posibilidades por ahí. Pero sí hice un descubrimiento bastante pintoresco, y que podría haber hecho con la misma facilidad sin salir de Londres. Hubo un profesor alemán en Jena, a mediados del siglo pasado, que se convirtió en un trotamundos y visitó el Tíbet en 1887. Nunca regresó, y circulaba la historia de que se había ahogado al vadear un río. Su nombre era Friedrich Meister.

—¡Madre mía, uno de los nombres que mencionaba Conway!

—Sí, aunque podría ser solo una coincidencia. No prueba toda la historia ni mucho menos, porque el tipo de Jena nació en 1845, y eso no tiene nada de emocionante.

—Pero es curioso —comenté.

—Oh, sí, bastante curioso.

—¿Lograste seguirle el rastro a alguno de los otros?

—No. Es una pena que no tuviera una lista más larga con la que trabajar. No pude encontrar constancia alguna de un alumno de Chopin llamado Briac, aunque por supuesto eso no prueba que no lo tuviera. Conway fue bastante parco con los nombres, si te paras a pensarlo: de cincuenta y tantos lamas que parece que vivían en las instalaciones, solo nos revela un par. Perrault y Henschell, por cierto, resultaron también imposibles de rastrear.

—¿Qué me dices de Mallinson? —pregunté—. ¿Trataste de averiguar qué le pasó? ¿Y a la muchacha, la joven china?

—Mi querido amigo, por supuesto que sí. La parte delicada, como tal vez habrás deducido a partir del manuscrito, es que la historia de Conway concluye en el momento en que abandonan el valle con los porteadores. Después, no pudo o no quiso contarme lo que sucedió, aunque tal vez podría haberlo hecho, si hubiera dispuesto de más tiempo. Tengo la impresión de que podemos adivinar algún tipo de tragedia. Las dificultades del viaje tuvieron que ser espantosas, aparte del riesgo de asaltantes o incluso de traición entre su propio grupo de escoltas. Lo más probable es que nunca sepamos qué ocurrió exactamente, pero parece bastante seguro que Mallinson nunca llegó a China. Hice todo tipo de pesquisas, ya sabes. En primer lugar, traté de rastrear detalles de cargamentos de libros, etcétera, enviados a través de la frontera tibetana, pero de todos los lugares posibles, como Shanghái y Pekín, me fui con las manos vacías. Eso, por supuesto, no tiene mayor importancia, ya que

los lamas sin duda se habrían ocupado de que sus métodos de importación se mantuvieran en secreto. Luego probé en Tatsien-Fu. Es una ciudad extraña, una especie de mercado del fin del mundo, difícil de alcanzar, donde los *culis*[17] chinos de Yunnan transfieren sus cargamentos de té a los tibetanos. Podrás leerlo en mi nuevo libro, cuando salga. Los europeos no suelen llegar tan lejos. La gente me pareció bastante civilizada y cortés, pero no había la menor constancia de que el grupo de Conway hubiera llegado allí siquiera.

—¿Entonces sigue sin tener explicación cómo llegó el propio Conway a Chung-Kiang?

—La única conclusión es que llegó allí por casualidad, como podría haber llegado a cualquier otro lugar. De todos modos, volvemos al ámbito de los hechos reales cuando llegamos a Chung-Kiang, algo es algo. Las monjas en el hospital de la misión eran lo suficientemente genuinas, y para el caso, también lo fue la emoción de Sieveking en el barco cuando Conway interpretó aquella supuesta obra de Chopin. —Rutherford hizo una pausa y luego agregó con expresión pensativa—: La verdad es que es un ejercicio de sopesar las probabilidades, y debo decir que la balanza no se inclina con claridad hacia ningún lado. Por supuesto, si no aceptas la historia de Conway, significa que dudas de su veracidad o de su cordura, para ser franco.

Hizo una pausa de nuevo, como si me invitara a hacer comentarios, y le dije:

—Como ya sabes, nunca lo vi después de la guerra, pero tengo entendido que lo cambió muchísimo.

—Sí, en efecto —respondió Rutherford—, es un hecho innegable. No se puede someter a un simple muchacho a tres años de intenso estrés físico y emocional sin hacer añicos algo. La gente diría, supongo, que salió de aquello sin un rasguño. Pero los arañazos estaban ahí, en su interior.

Hablamos durante un rato sobre la guerra y sus efectos en varias personas, y por fin continuó:

—Hay algo más que debo mencionarte, y quizás, de alguna manera, es lo más extraño de todo. Salió a la luz durante mis pesquisas en la misión. Allí todos se volcaron en ayudarme, como adivinarás, pero no podían recordar gran cosa, sobre todo porque estuvieron muy ocupados con unas fiebres epidémicas en aquel momento. Una de las preguntas que les planteé fue sobre cómo había llegado Conway al hospital; para empezar, si se había presentado solo, o si otra persona lo había encontrado enfermo y llevado hasta allí. No lo recordaban con exactitud, pues al fin y al cabo hacía mucho tiempo, pero de repente, cuando estaba a punto de abandonar el interrogatorio, una de las

monjas comentó como quien no quiere la cosa: «Creo que el médico dijo que lo trajo una mujer». Eso fue todo lo que pudo decirme, y como el médico había dejado la misión, no tuve confirmación en el acto.

»Pero habiendo llegado tan lejos, no estaba dispuesto a rendirme. Al parecer, el médico se había ido a un hospital más grande en Shanghái, así que me tomé la molestia de obtener su dirección y acercarme a hacerle una visita. Fue justo después del ataque aéreo japonés, y las cosas allí eran bastante duras. Conocía a aquel hombre de mi primera visita a Chung-Kiang, y fue muy educado, aunque estaba terriblemente sobrecargado de trabajo; sí, “terriblemente” es la palabra adecuada, porque, créeme, los ataques aéreos en Londres por parte de los alemanes no fueron nada comparado con lo que los japoneses causaron en las partes autóctonas de Shanghái. “Oh sí”, dijo al instante; recordaba el caso del inglés que había perdido la memoria. “¿Era cierto que una mujer lo había llevado al hospital de la misión?”, pregunté. “Oh sí, en efecto fue una mujer, una mujer china”. “¿Recordaba algo de ella?”. “Nada”, respondió, excepto que ella misma había estado enferma de fiebre y había muerto casi de inmediato… En ese momento hubo una interrupción: llevaron a un grupo de heridos y los dejaron en camillas en los pasillos; las salas estaban llenas, y no quise seguir robando el tiempo de aquel hombre, sobre todo porque el ruido sordo de las armas en Woosung fue un recordatorio de que todavía tendría mucho que hacer. Cuando volvió junto a mí, bastante contento incluso en medio de tanto horror, le hice una última pregunta, y me atrevo a decir que puedes adivinar cuál fue.

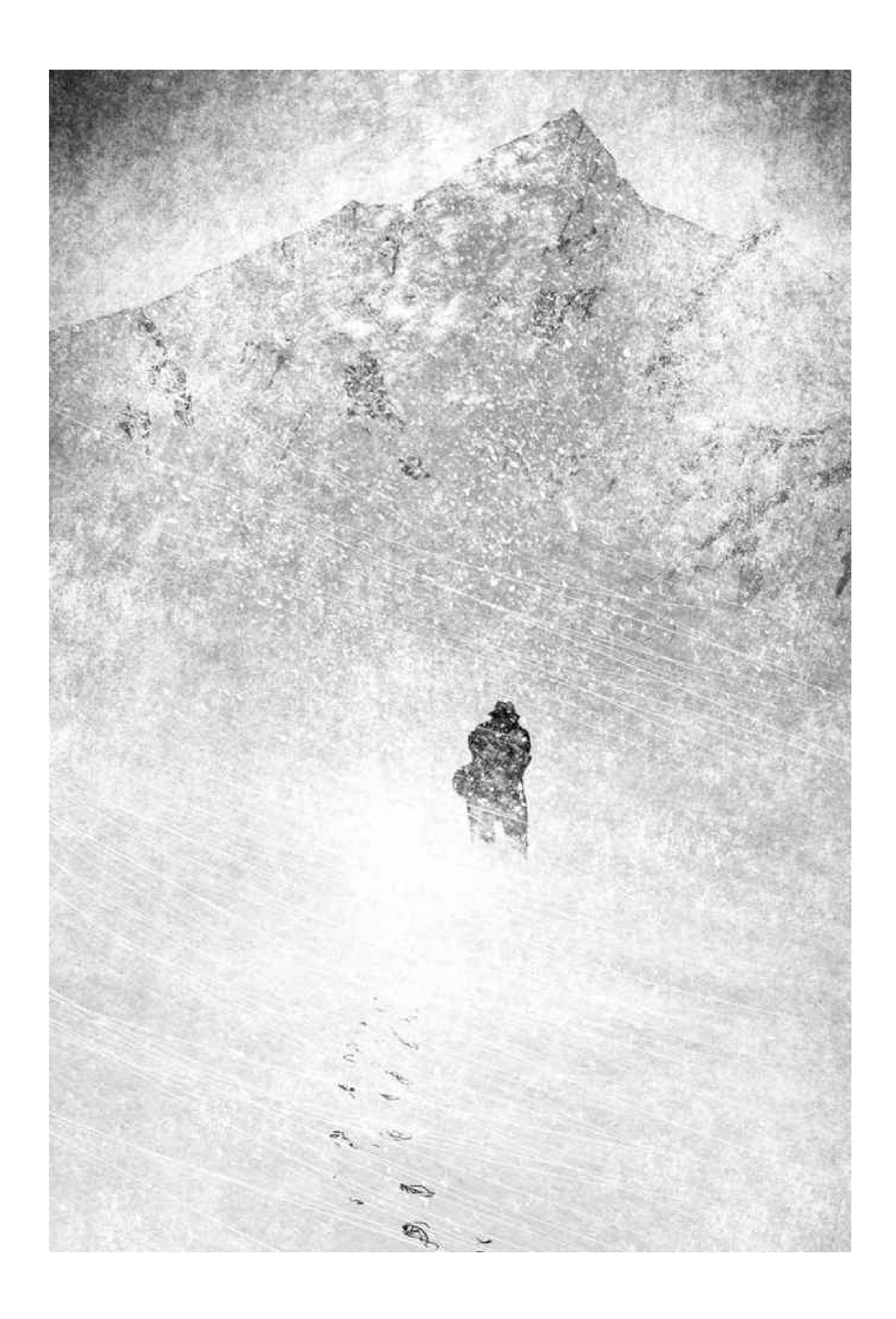
—Sobre esa mujer china —dije—. ¿Era joven?

Rutherford le dio golpecitos al puro, como si el relato lo hubiera emocionado tanto como esperaba que me emocionara a mí. Por fin continuó:

—El joven médico me miró con gesto solemne durante unos instantes, y luego respondió con ese gracioso inglés entrecortado de los chinos educados: «Oh, no, era muy vieja, la mujer más vieja que he visto nunca».

Permanecimos un buen rato sentados en silencio, y luego volvimos a hablar de Conway tal como yo lo recordaba, joven y lleno de talento y de encanto, y sobre la guerra que tanto lo había cambiado, y de todos los misterios del tiempo, la edad y la mente, y de la pequeña *manchú*, que había sido «la más vieja», y del extraño sueño eterno del valle de la Luna Azul.

—¿Crees que lo encontrará alguna vez? —pregunté.



WOOPRFRORP GREEN

April, 1933

FIN

NOTA DEL EDITOR

Vas hacia el Camino y si no cuidas tus pasos,
no sabes hacia dónde te arrastrarán.

El Señor de los Anillos, J. R. R. Tolkien.

En el primer volumen de sus memorias, Janet Frame, autora de Rostros en el agua, recuerda el momento en el que, en su más tierna infancia, empezó a leer libros de aventuras. Entusiasmada con el descubrimiento de que podía viajar sin salir de casa, se lo explicó a sus padres, —indiscreción de la que me arrepentí muy pronto, porque mamá, o papá, así que me veían acurrucada en el cubo del carbón con un libro en las manos, preguntaba con humillante aire sabihondo—: «¿Has tenido ya la aventura?». Yo también crecí leyendo libros de aventuras, desde *La isla del tesoro* a *El hobbit*, y, aún después de muchos libros leídos, sigo sintiendo ese cosquilleo especial ante el inicio de un nuevo viaje en forma de libro. De hecho, de esta visión de la lectura como viaje, como aventura, proviene el nombre de esta editorial, y por la misma razón las colecciones llevan el nombre de grandes exploradores de la historia.

Lo que no podía imaginar era que, como editor, también viviría la publicación de cada libro como una aventura de imprevisible final. Al igual que el avión en el que vuelan tres británicos y un estadounidense evacuados por la inestable situación política de la India, cada vez que tomo la decisión de editar y publicar un libro que me ha enamorado lo hago con un plan premeditado dirigido a hacer todo lo posible para que el libro llegue a los lectores con los que creo que puede conectar más. El camino puede parecer más o menos intrincado, pero el destino está claro.

Entonces me pongo a trabajar para capear la permanente tempestad de novedades y conseguir un espacio para ese libro en el que creo y, sin embargo, a pesar de toda la planificación, el avión siempre acaba por cambiar de rumbo; al principio es algo leve, casi imperceptible —el mensaje de un

lector, la forma en la que lo recomienda una librera, las palabras elegidas en una reseña—, pero pronto se hace evidente que el libro y sus lectores han elegido un camino del todo imprevisible para mí.

Las obras de James Hilton, como ese avión sobrevolando el Himalaya, siempre han seguido caminos insospechados. Se dice que el origen de horizontes perdidos está en las maravillas descritas por el explorador Joseph Rock sobre el Tíbet en un artículo publicado en el National Geographic que leyó Hilton. La novela ganó el Hawthornden Prize un año después, en 1934, el mismo año en el que, en plena Gran Depresión, la editorial estadounidense Little Brown decidió apostar por la publicación de Adiós, señor Chips, la historia de un profesor de latín y griego tan convencional como entrañable. La tirada era corta, tan prudente como lo aconsejaba la penosa situación económica del momento, pero, ante el asombro de los editores y del mismo autor, el libro tuvo un éxito espectacular. Empezaron a reimprimir la novela, cada vez las tiradas eran más largas, más confiadas, pero el número de lectores que querían conocer al señor Chips parecía no tener fin. Pronto la editorial Hodder & Stoughton lo publicó en Reino Unido y solo el día del lanzamiento vendió más de quince mil ejemplares. Se realizaron películas, series de televisión, musicales, obras de teatro, adaptaciones radiofónicas y parodias.

El éxito de *Adiós, señor Chips* llevó a la editorial a recuperar una obra tan diferente como su novela anterior, horizontes perdidos, que en 1939 estrenó el catálogo de Pocket Books, un sello que, revolucionó la industria editorial en Estados Unidos publicando libros en formato pequeño, de bolsillo, baratos, haciendo los libros accesibles por primera vez para gran parte de la población. *Horizontes perdidos*, de James Hilton, fue el primer libro de bolsillo producido a gran escala en América, y obtuvo un éxito solo comparable al de su otra obra maestra: se realizó una adaptación radiofónica, un musical y, sobre todo, la ya mítica adaptación cinematográfica dirigida por Frank Capra.

Por si todo eso fuera poco, *Horizontes perdidos* consiguió algo que muy pocas novelas han conseguido: entrar en el imaginario colectivo. Creó Shangri-La, ese monasterio localizado en un valle secreto en el que reina la paz, la concordia y el amor, y ante el que incluso el paso del tiempo se rinde, otorgando longevidad a sus habitantes. Gente que no ha leído esta novela ni ha visto su adaptación utilizan «Shangri-La» para transmitir la idea de una utopía de felicidad alejada del mundanal ruido. Aparece constantemente en ensayos y artículos periodísticos. El presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, puso el nombre de Shangri-La a la casa de retiro

presidencial en Maryland y varios municipios tibetanos se disputan el título de haber sido la inspiración de Hilton a la hora de imaginar este paraíso terrenal (hasta que en 2001 la ciudad de Zhongdian dio un golpe de efecto al resto de candidatos cambiando su nombre por el de Shangri-La).

La recuperación de *Adiós, señor Chips* también estuvo plagada de sorpresas; contra todos mis pronósticos la novela llegó al corazón de muchos lectores saturados por la situación límite a la que nos llevó la pandemia global del coronavirus. Tantos años después de su primera publicación, la sencillez y el carisma del señor Chips volvió a ser un refugio para mucha gente en tiempos de crisis. Más adelante, para celebrar la segunda Navidad de la editorial, traduje y publiqué el relato *Feliz Navidad, señor Chips*, que dio la oportunidad a los lectores de reencontrarse con un profesor tan entrañable que, en muy pocas páginas, ya se vuelve inolvidable. Cuando, un año después de lanzar *Adiós, señor Chips*, empecé a leer horizontes perdidos, supe al instante que también lo publicaría. En muchos aspectos es totalmente diferente a *Adiós, señor Chips*, pero ambos comparten el mérito de esconder un mensaje muy profundo detrás de su sobriedad estilística, de hacer parecer fácil lo difícil. A medida que avanza horizontes perdidos aumenta la carga filosófica, convirtiendo una entretenida novela de aventuras en algo mucho más trascendente.

El proceso de edición de horizontes perdidos ha fluido desde el principio; todos los profesionales implicados en él nos moríamos de ganas de volver a trabajar para recuperar la otra obra maestra de Hilton. Patricia Antón, traductora de Rostros en el agua, de Janet Frame, enseguida aceptó asumir la traducción de horizontes perdidos y se encontró más dificultades de las que esperaba en el camino al descubrir el sutil universo de detalles que guarda la literatura de James Hilton. El correo electrónico en el que me mandó la traducción termina con una afirmación categórica: «El libro es muy bueno y sorprendentemente profético». También Jordi Vila Delclòs, que ya había ilustrado Adiós, señor Chips, no dudó en sumar su talento a este proyecto con nueve ilustraciones impresionantes que requirieron un gran trabajo de investigación. De tanto buscar fotografías del Himalaya, de monasterios budistas y de la increíble luz del Tíbet ha nacido en él el imperioso deseo de viajar allí. Jordi ha contado con libertad absoluta a la hora de dibujar su visión del mundo que nos ofrece James Hilton en esta novela, la única idea que le comenté fue la de Shangri-La como una extensión de la misma montaña, formando parte del entorno, como si siempre hubiera estado allí y la

naturaleza lo acogiese como un igual. Sus ilustraciones han superado con creces cualquier imagen que yo me había imaginado leyendo la novela.

El esfuerzo de Patricia, Jordi y muchos otros profesionales han hecho posible este punto de partida, este vuelo, esta semilla de aventura. Escribo estas palabras sin saber por qué vientos se dejará arrastrar este libro, deseando en el fondo que el vuelo no siga el rumbo previsto, impaciente por ver qué maravillas me ofrecerá el anhelado desvío, pero, más allá de toda previsión o cálculo, me gusta pensar que alguien, como Janet Frame cuando era una niña —la infancia, ese Shangri-La vital—, acabará esta lectura con la sensación de haber vivido una aventura inolvidable.

Jan Arimany



JAMES HILTON. (1900-1954) fue un escritor británico conocido sobre todo por su obra de ficción de 1933 *Horizontes perdidos*, en la que describía un utópico paraíso tibetano que él denominó «Shangri-La», nombre de su invención convertido al poco tiempo en sinónimo de lugar edénico.

Hilton encontró el éxito en la literatura a temprana edad. Su primera novela *Catherine Herself*, fue publicada en 1920. Varios de sus libros fueron *bestsellers* internacionales e inspiraron exitosas películas, sobre todo *Horizontes perdidos*, novela que había ganado el premio *Hawthornden*, y que fue llevada al cine por Frank Capra. Muy conocida es también otra de sus novelas *Goodbye, Mr. Chips!* de 1934, que cuenta con dos famosas adaptaciones al cine; otra conocida novela de Hilton es *Niebla en el pasado* (Random harvest, 1941), adaptada al cine en 1942 por el director Mervyn LeRoy.

Hilton, vivió y trabajó en Hollywood desde mediados de los años treinta y ganó un Oscar en 1942 por el guion de la película *Señora Miniver*, dirigida por Jan Struther.

Notas

[1] *afgano*: Natural de Afganistán, país de Asia. (*N. del Ed.*). **<<**

[2] *afridi*: De una tribu del noroeste del Afganistán. (*N. del Ed.*). <<

[3] Martinus Sieveking (1867-1950) fue un pianista holandés, compositor, profesor e inventor. En su época se le consideró uno de los pianistas más grandes. (N. de la T.). <<

[4] *Certum est quia impossibile est,* que significa: «es cierto porque es imposible». (*N. del Ed.*). <<

[5] *detritus*: residuos, generalmente sólidos, permanentes, que provienen de la descomposición de fuentes orgánicas. (*N. del Ed.*). **<<**

[6] Una *lamasería*, es un lugar para los monjes tibetanos y mongoles que practican el budismo tibetano, y aspiran a convertirse en lama (equivalente a sacerdote). (*N. del Ed.*). <<

[7] El *edelweiss*, una delicada flor de montaña con afelpados pétalos blancos, está tan fuertemente asociado a los Alpes que es difícil creer que es originario del Himalaya y Siberia. (*N. del Ed.*). <<

[7a] En la cocina hindú los *chapati* son uno de los numerosos panes indios, la mayoría con forma de tortita redonda y plana. Los tenemos de harina blanca, integral, y con o sin levadura. (*N. del Ed.*) <<

[8] Los *manchúes* son una minoría étnica en China y el pueblo del que Manchuria deriva su nombre. (*N. del Ed.*). **<<**

[9] El *taoísmo* es una tradición filosófica y espiritual de origen chino la cual enfatiza vivir en armonía con el *tao* (la «vía» o el «camino»). Tien Kung, es la suprema deidad del panteón taoísta, y gobierna sobre el Cielo y la Tierra del mismo modo que los emperadores terrenales gobernaron en el pasado sobre China. (*N. del Ed.*). <<

[10] El *confucianismo* es un sistema de pensamiento con aplicaciones religiosas, rituales y morales, predicadas por los discípulos y seguidores de Confucio tras su muerte. Las doctrinas del confucianismo se centran en los valores humanos como la armonía familiar y social, la piedad filial, la bondad y la humanidad, que es un sistema de normas rituales que determina cómo debe actuar una persona para estar en armonía con la ley del Cielo. (*N. del Ed.*). <<

[11] Del escritor alemán Erich Maria Remarque, publicada en 1929. <<

[12] Los *derviches* son místicos islámicos que se agrupan en hermandades. Siguen una corriente espiritual surgida en Persia en la que sus miembros mantienen una actitud ascética, es decir, indiferente hacia los bienes materiales. (*N. del Ed.*). <<

[13] El *mahdi* es una figura islámica que, según el islam, vendrá a la Tierra para dirigirla durante algunos años antes del fin del mundo, librándola del mal y restaurando la verdadera religión. Se dice que será un descendiente de Mahoma que aparecerá poco antes que el profeta Jesús y liderará a los musulmanes a gobernar el mundo. (*N. del Ed.*). <<

[14] La batalla de Malplaquet tuvo lugar en 1709 en el marco de la guerra de sucesión española, donde tropas de Francia fueron vencidas por las de la Alianza (compuesta por Austria, Inglaterra y Holanda). (*N. de la T.*) <<

[15] Una *cadenza* es el momento dentro del concierto en el que la orquesta interrumpe el toque de los instrumentos, dejando al solista un tiempo libre que puede ser improvisado. (*N. del Ed.*) <<

[16] Alfred Denis Cortot (1877–1962) y Vladimir Pachmann (1848–1933), ambos fueron famosos pianistas que interpretaron a Chopin. (*N. de la T.*) **<<**

[17] *culis*: apelativo utilizado para designar a los cargadores y trabajadores con escasa cualificación procedentes de la India, China y otros países asiáticos. (*N. del Ed.*) <<